

RAFAEL OBREGON LORIA

COSTA RICA Y LA GUERRA DEL 56

**(LA CAMPAÑA DEL TRANSITO)
1856-1857**

PROLOGO: TEODORO PICADO MICHALSKI

INDIANA UNIVERSITY
LIBRARIES
BLOOMINGTON

F
1526.27
.02
1976



Editorial Costa Rica
San José, Costa Rica
1976 *lh*

BIBLIOTECA PATRIA
Director: Joaquín Gutiérrez Mangel

Al distinguido costarricense

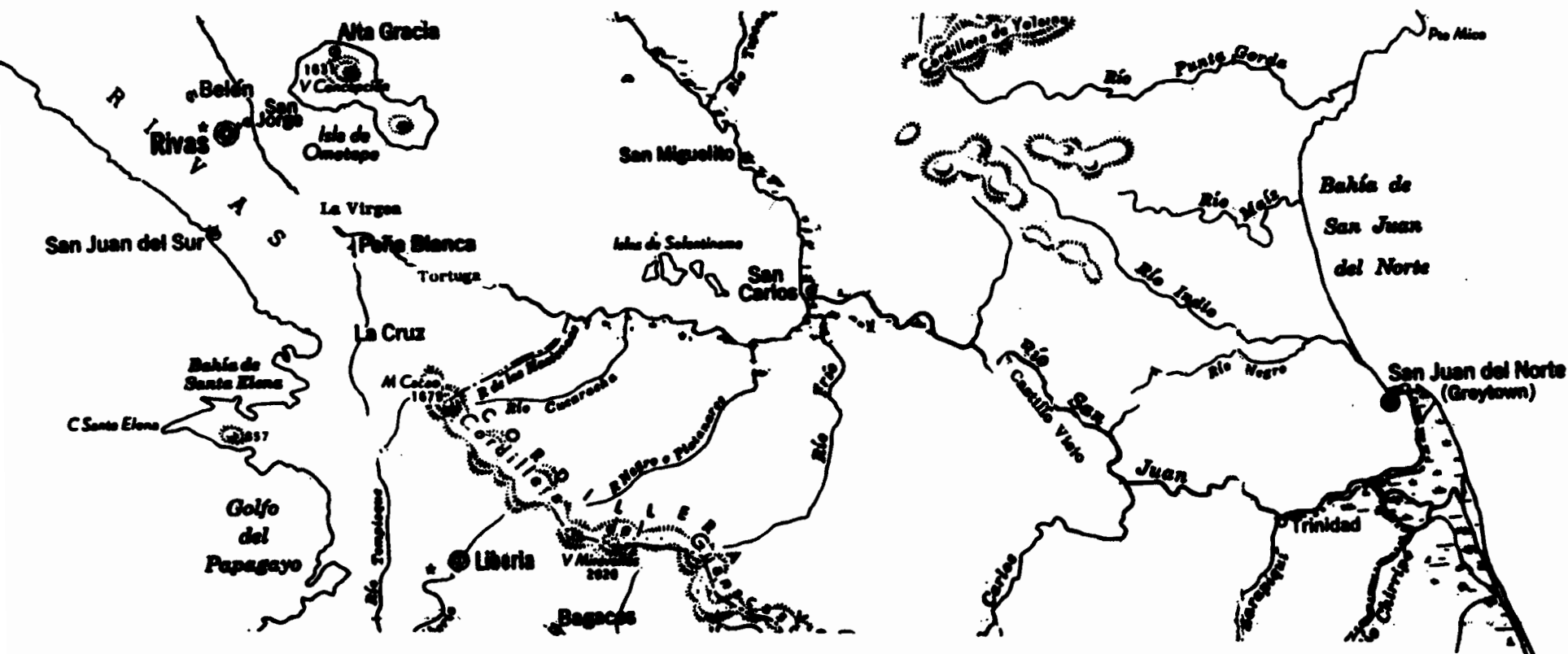
Dr. MANUEL AGUILAR BONILLA

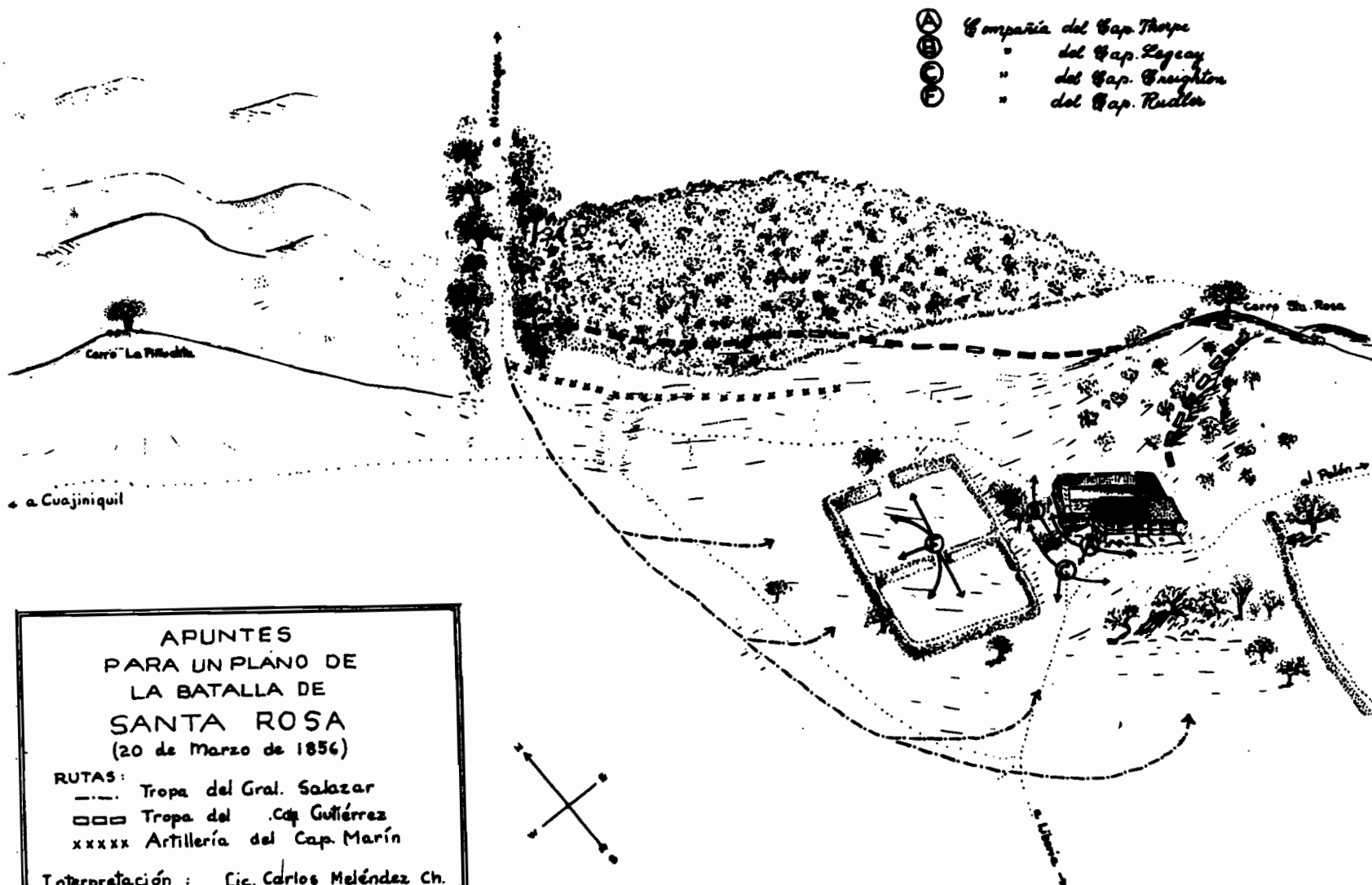
Primera edición: *La campaña del tránsito*,
Editorial Universitaria, 1956.
Segunda edición: *Costa Rica y la Guerra del 56*,
Editorial Costa Rica, 1976.

Hecho el depósito de ley.
Impreso en Costa Rica.

8-20-81

MAPA DE LA ZONA DEL TRANSITO

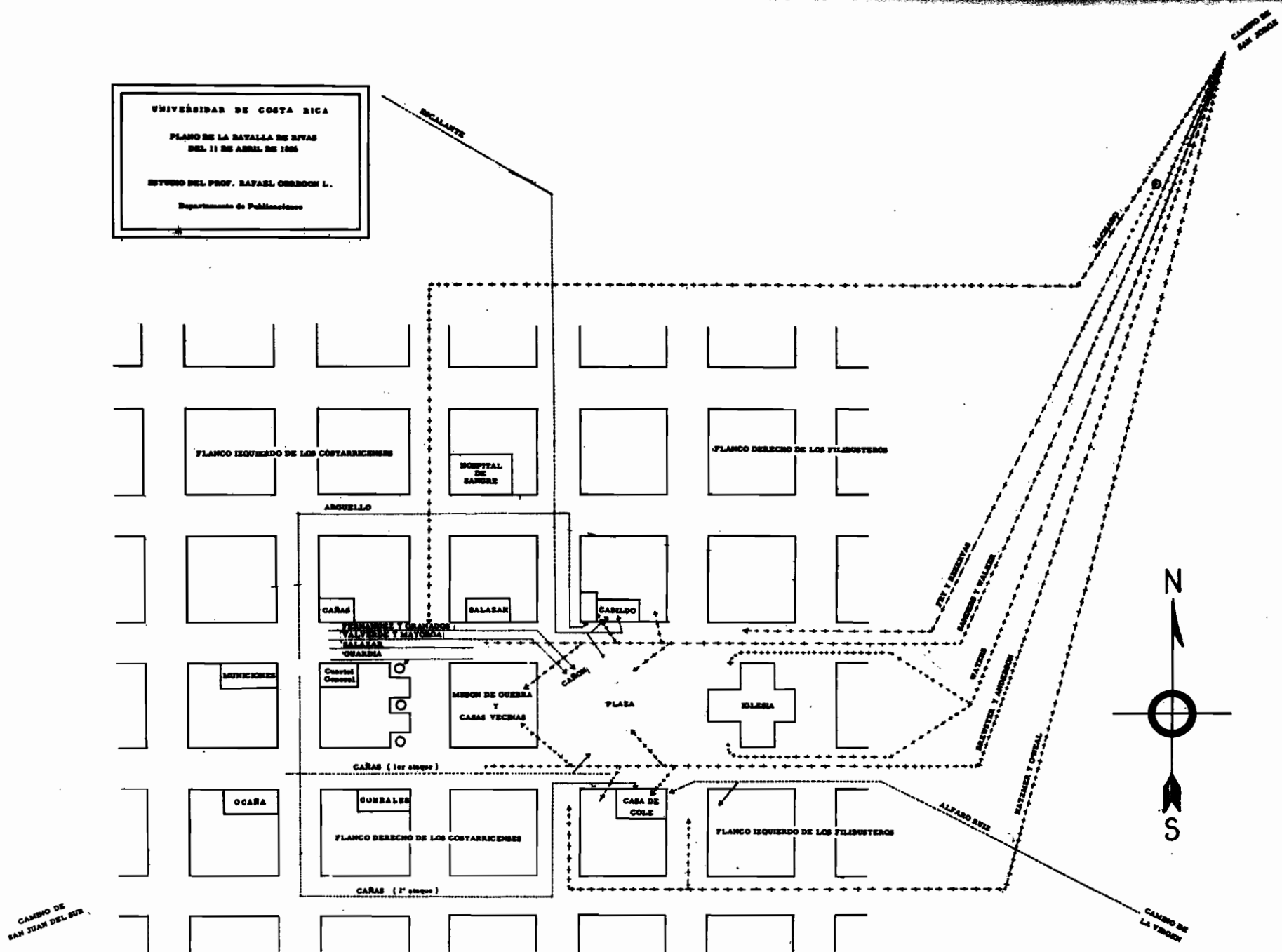




**PLANO DE LA BATALLA DE RIVAS
DEL 11 DE ABRIL DE 1866**

ESTUDIO DEL PROF. RAFAEL CARRASCO L.

Departamento de Publicaciones



por el Baron A. de Bülow.

Ercole da Milano inglese.



[illegible]

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

Con motivo de cumplirse, en el presente año de 1956, el centenario de la histórica lucha emprendida por el pueblo costarricense con el propósito de rechazar a gentes inescrupulosas y aventureras, que trataban de mancillar la dignidad y la soberanía de Costa Rica y de Centro América, la Universidad de Costa Rica se unió a las entidades gubernativas y a los ciudadanos todos para rendir un homenaje fervoroso a quienes dieron su vida en aras de una Patria libre y democrática. No podía, pues, nuestra Alma Mater quedar al margen de una celebración que surgía desde los más hondos pliegues del ser costarricense, de actos cívicos en que se cantaban los gloriosos hechos de un pueblo de campesinos, que nació en la libertad y para la libertad.

Con suficiente antelación, el Consejo Universitario y el señor Rector convinieron en que don Rafael Obregón Loría, en su calidad de profesor investigador —quien ha venido desempeñando la Cátedra de Historia de la República en la Facultad de Filosofía y Letras—, hiciera una investigación histórica en torno a la guerra contra los filibusteros. El Profesor Obregón, con encomiástico empeño trabajó durante meses, casi un año, en los Archivos Nacionales y en no pocos particulares, en Bibliotecas públicas y privadas en busca de documentos así como de publicaciones agotadas desde hace mucho tiempo. De esa manera, acumuló un precioso material documental y numerosas publicaciones, lo que le permitió concretar su trabajo a historiar la Campaña del Tránsito, desconocida para no pocos ciudadanos.

Naturalmente, las investigaciones llevadas a cabo por el autor de la obra que la Universidad de Costa Rica presenta a los estudiosos y al público en general, no podía circunscribirse en forma rígida e insular a analizar los hechos que caracterizaron las heroicas jornadas que se llevaron a cabo a lo largo y ancho de la Vía del Tránsito, sino retrotraerlos hasta los comienzos de la gesta nacional. Para el historiador es de suma importancia presentar los hechos referidos a un periodo, a un ciclo, para señalar su significación en el desarrollo histórico de la nación, a fin de establecer las relaciones o nexos que hacen luz sobre tendencias, ideas, actitudes, influencias —internas y externas—, costumbres e instituciones dominantes. Ese requerimiento metodológico amplió el campo de la investigación, en el cual debía operar el Profesor Obregón Loría, y pudo así armar un cuadro de conjunto de la Guerra contra los Filibusteros desde el ángulo costarricense, y hurgar en los sentimientos del pueblo y en los pensamientos y hazañas de los hombres que tuvieron en esa época la responsabilidad mayor del destino nacional. Desde este punto de vista el trabajo que presentamos es de profundo y dinámico valor educativo, porque quien conozca el desinterés y la altura de miras con que el "patillo" tomó el arma para defender la libertad y sus convicciones, sentirá más cariño y devoción por Costa Rica. Porque en la obra que comentamos se revive en la

conciencia de los lectores la hermosa y patriótica gesta, la lucha de un pueblo que marchó hacia el campo de batalla para derrotar la esclavitud y exaltar la libertad como valor supremo que lo mueve hacia mejores destinos. A lo largo de las páginas del libro de don Rafael Obregón podemos seguir la huella de ciudadanos que unieron sus corazones, voluntades y generosos pensamientos con el propósito de afirmar la nacionalidad.

La Universidad de Costa Rica se siente orgullosa de presentar el libro de don Rafael Obregón Loria sobre "La Campaña del Tránsito", no sólo con el fin de unirse a la celebración del centenario de la Guerra contra los Filibusteros, sino también con el claro propósito de hacer conciencia en las generaciones actuales del esfuerzo realizado por el pueblo en defensa de la soberanía y de la libertad y que es base de nuestro estado de conciencia ciudadana actual.

ESTE LIBRO

TEODORO PICADO MICHALSKI

La conmemoración de la lucha que los pueblos centroamericanos libraron hace un siglo en defensa de su autonomía, amenazada por la invasión de Walker, ha sido oportunidad para aportar nuevos datos documentales sobre esa cruzada que fue nuestra verdadera guerra de la independencia. Como por un sino incontrastable, la sangre no se derramó en el año de 1821, al separarnos políticamente de la Madre Patria, corrió caudalosamente en los años 1856 y 1857 y empapó el suelo de Nicaragua.

La obra titulada "La Guerra Nacional" del doctor Ildelfonso Palma Martínez, editada en el curso del presente año en México, debe considerarse como uno de los más preciados aportes a la historia del dramático conflicto, en que el espíritu fraternal de nuestros antepasados tuvo su eclosión luminosa y ejemplar.

Nos llega de Costa Rica otro libro fundamental: "La Campaña del Tránsito", escrito por el profesor Rafael Obregón Loria, bajo los auspicios de la Universidad de su Patria. El autor honra el nombre de su ilustre padre don Miguel Obregón educador de tipo apostólico, bien conocido en todo el ámbito centroamericano por sus estudios geográficos, realizados en una época en que, en ese orden de conocimientos, dependíamos casi exclusivamente del extranjero, interesado en conocer nuestras costas para beneficio de su marina mercante y de guerra, o en localizar yacimientos mineros. Sirvió don Miguel elevadas funciones públicas, pero jamás fueron éstas para él motivo de torpe vanidad o de barata pretensión.

Y así el hijo es también noblemente modesto y profundo investigador del pasado. El título de la obra del profesor Obregón Loria aclara bien que no abarca globalmente toda la guerra contra el filibustero y que limita su examen a los hechos que tuvieron por teatro al Tránsito, o sea a la comunicación interoceánica al través del San Juan, del Lago de Granada y del istmo rivense. Eso no significa que prescinda de referirse a los hechos adyacentes o que haga menosprecio del cuadro general en que se desenvolvió la increíble gesta.

Los costarricenses libraron las batallas de Santa Rosa y Rivas, pero el terrible flagelo del cólera los hizo regresar al interior de su país, donde por otro lado, se conspiraba activamente contra el Presidente Mora.

La clave de la guerra estaba en la ruta del Tránsito. El profesor Obregón Loria lo dice claramente: "Mientras Walker hubiera continuado dominando esa vía, el filibusterismo habría sido invencible. Era necesario cortarle la comunicación con los Estados Unidos e impedir que desde allá le enviaran por el río y por el Lago toda clase de ayuda y de refuerzos".

En realidad Walker estaba unido con sus amigos del Sur por ese cordón umbilical. De ahí que cortarlo fuera medida inevitable, que de otro modo de nada valdría la pugna, por heroica que fuese, contra un bucanero cuyas bajas eran repuestas constantemente.

A los costarricenses cúpoles realizar esa empresa, superando obstáculos de todo género, en una época en que la colonización nativa aún no había llegado a las regiones norteñas de las provincias de Alajuela y Heredia.

Muchos historiadores de la Guerra Nacional apenas sí mencionan esta campaña desigual, en que los apacibles campesinos de la Meseta Central tica renunciaron a su vida bucólica para trocirla por una aventura en que habían de cruzar espesas junglas para descender, por ríos caudalosos, hasta el San Juan defendido por sus fortalezas coloniales, obligados por las circunstancias a improvisarse marinos y a sufrir un clima al que no estaban acostumbrados, con daño para su salud, quebrantada por la malaria y otros males propios de una zona de altos índices pluviales.

Mora al dirigirse a Nicaragua en marzo de 1856 pasó por la población llamada Atenas y, —refiere el profesor Obregón—, que dió orden a Francisco Martínez que reclutara 50 hombres a fin de que se situase en el sitio más conveniente de la confluencia del río San Carlos con el San Juan. Martínez era un verdadero pionero de esa región. Seis años antes había hecho una picada de San Ramón al río San Carlos del que fue explorador en cierto modo. Cumplió su misión, pero ya Walker tenía un destacamento en la boca del San Carlos. A fines del año 1856 ya fuerzas costarricenses habían llegado al San Juan. Cornelius Vanderbilt, que ya encabezaba la lista de los millonarios de los Estados Unidos, se convirtió en aliado de nuestra causa por dificultades que tuvo con Walker. Ayudó eficazmente.

No tenemos espacio para seguir glosando la magnífica obra del profesor Obregón, cuyo relato de la Campaña del Río San Juan, refiriéndose a hechos reales, tiene aunque el autor no haya querido dárselo, artificiosa y deliberadamente, una tónica de epopeya.

El volumen, de más de 382 páginas, está pulcramente impreso. El estilo es claro: podríamos decir que científico. No hay en él esas terribles cataratas literarias en que eran poca la sustancia y grande el estruendo.

*(Publicado en el periódico NOVEDADES,
de Managua, Nicaragua, de 22 de
diciembre de 1956)*

CAPITULO I

1. Llegada de Walker a Nicaragua. Sus ideas y propósitos. 2. Filibusterismo. 3. Importancia que tiene la Campaña realizada por los costarricenses para la toma de la vía del Tránsito. 4. El Lago de Nicaragua. 5. El río San Juan. 6. El Fuerte de San Carlos. 7. El Castillo Viejo. 8. Rivas. 9. San Juan del Norte. 10. San Juan del Sur. 11. La Virgen. 12. La Trinidad o Punto Hipp. 13. El río San Carlos. 14. El río Sarapiquí.

1.— El 16 de junio de 1855, y acompañado de un grupo de aventureros, recogido en las tierras de California, puso William Walker sus pies en el territorio de Nicaragua, iniciándose con su llegada uno de los capítulos más azarosos y sangrientos de la Historia de Centro América.

Hacía ya más de un año que Nicaragua se encontraba azotada por la guerra civil como consecuencia de las odiosas rivalidades existentes entre los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, llamados en ese entonces, respectivamente, democrático y legitimista, y había sido cabalmente el primero de dichos partidos el que había llamado a los filibusteros para que le ayudasen a exterminar a su rival.

Era Walker hombre inteligente, audaz y ambicioso, y la más destacada figura del filibusterismo de la época; llegaba a Nicaragua con la plena confianza de que, dividido y ensangrentado el pueblo como estaba, le sería muy fácil apoderarse del país en breve tiempo.

A pesar de su juventud, pues tenía apenas 31 años de edad cuando llegó a Centro América, William Walker, el hombre de los ojos zarcos, médico, abogado y periodista, había realizado importantes hechos que le habían dado fama y prestigio en el mundo de los aventureros.

Dos años antes, y con el propósito de apoderarse de los Estados Noroccidentales de la República de México, había invadido el territorio de la Baja California y había fundado la República de Sonora, de la cual fue elegido Presidente por sus compañeros de expedición, quienes, a su vez, integraron su gobierno. En tal oportunidad, Walker dirigió un Manifiesto al pueblo de los Estados Unidos en el cual justificaba su atentado diciendo que cuando los pueblos de un territorio han sido incapaces de desarrollar plenamente los recursos con que la Naturaleza los ha favorecido, los intereses de la civilización exigen que otros fueran a tomar posesión de ese territorio (1).

La República de Sonora tuvo poca vida, pues los mexicanos se aprestaron a defender su autonomía, y Walker y los suyos tuvieron que replegarse hacia el Norte,

(1) Mensaje de William Walker al pueblo de los Estados Unidos, noviembre de 1853.

buscando las tierras de California, de donde habían salido, siendo perseguidos y atacados por las fuerzas mexicanas. En los primeros días de mayo de 1854 pasaron la frontera y se entregaron a las autoridades de San Diego de California "treinta y cuatro hombres harapientos, casi desnudos y famélicos, que representaban el presidente, gabinete, ejército y marina de Sonora" (2).

Se les acusó de violación de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, pero bien pronto fueron absueltos, y Walker volvió a sus actividades periodísticas en San Francisco. Esa expedición, aunque fracasada, sirvió para darle una gran reputación entre los centenares de aventureros que poblaban las tierras de California, y quienes le designaban ya con el nombre de "el coronel Walker".

Al venir a Nicaragua, seguro de la realización de sus planes, Walker había concebido la creación de un nuevo estado, de una república militar como él decía, con íntimos lazos de amistad y comunes intereses con los Estados del Sur de los Estados Unidos. En dicha República pondría en ejecución todos sus planes y ambiciosas ideas políticas y sociales, cuya base era la implantación de la esclavitud, como él mismo lo expresó en su libro: "El verdadero campo para ejercer la esclavitud es la América tropical; allí está el natural asiento de su imperio y allí puede desarrollarse con sólo hacer el esfuerzo, sin cuidarse de conflictos con intereses contrarios. El camino está abierto y tan sólo se requiere tener valor y voluntad para recorrerlo y llegar a la meta" (3).

William O. Scroggs, autor de la obra "Filibusters and Financiers", considerada por don Ricardo Fernández Guardia (4) como la mejor y la más completa de las obras que hasta hoy se han publicado en los Estados Unidos sobre William Walker, afirma que la actitud en pro de la esclavitud asumida por Walker no era en realidad más que una calurosa solicitud de apoyo dirigida a los Estados del Sur de los Estados Unidos para realizar su proyecto.

Los planes de Walker eran en realidad muy vastos, y la posesión de Nicaragua no era más que el comienzo de su realización. Su lema: "Five or None", las cinco Repúblicas o ninguna, ponía de manifiesto cuáles eran sus intenciones.

El profesor Scroggs resume los verdaderos fines de Walker en los siguientes conceptos: "Tenía el plan de formar con las cinco repúblicas centroamericanas un fuerte Estado federado, organizado y gobernado según principios militares; hecho esto se proponía hacer la conquista de Cuba, y, para ayudar en la obra de esta conquista y en la subsiguiente "regeneración" del istmo y de la isla, proyectaba introducir pobladores americanos, asegurándoles la posesión del suelo. Luego quería proporcionar a los dueños de las tierras el privilegio de cultivarlas por medio del trabajo esclavo si así lo deseaban. Abrigaba realmente la duda de que alguna otra forma de trabajo fuese adaptable a los trópicos, y no echaba por supuesto en olvido la simpatía que a favor de su causa iba a despertar en los Estados del Sur su política esclavista. Por último y para

(2) Roche, James Jeffrey, *Historia de los Filibusteros*, versión castellana de Manuel Carazo Peralta, 1908, pág. 14.
(3) Walker, William, *La Guerra de Nicaragua*, versión castellana de Ricardo Fernández Guardia, 1924, pág. 250.
(4) *Revista de los Archivos Nacionales*, Año II, Nos. 1 y 2, pág. 88 (nota).

coronar sus sistemas, tenía el plan de hacer que el soñado canal interoceánico se convirtiese en una realidad, ligando así su gobierno a las poderosas naciones marítimas con los fuertes lazos del comercio. A lo que se debe añadir que en esta federación tropical Walker se proponía desempeñar el papel de dictador" (5).

2.— Aunque algunos consideran que el término filibustero es sinónimo de pirata o bucanero, en realidad no es así. La palabra filibustero se usó a mediados del siglo pasado para designar a aquellos hombres que trataban de apoderarse de territorios o de países, ya sea para anexarlos a su patria de origen o ya sea para manejarlos ellos mismos.

En una revista publicada en la ciudad de New York a principios de 1856, leemos en un artículo relativo a los actos de filibusterismo de Walker, los siguientes importantes conceptos:

"Es una idea fija en el pueblo americano que en determinado tiempo va a tener el control de América del Norte y de la isla de Cuba; los norteamericanos consideran esto como su "destino manifiesto" y cualquier movimiento en ese sentido es mirado por ellos como una cosa natural y digna de encomio.

El nombre popular para la agencia que propicia este estado de cosas es "filibusterismo". La palabra filibustero, tanto en el idioma francés como en el español, deriva de la palabra inglesa "freebooter" nombre que en días de antaño fue usado frecuentemente por cierta clase de hombres a quienes les disgustaba el duro nombre de pirata, y ese término vino a ser familiar a los habitantes de las Antillas y de la América Central. Pero, "filibusterismo" como ahora se usa, expresa la acción del pueblo norteamericano, o de una porción de él, en la adquisición de territorio que no les pertenece sin freno de responsabilidades del Gobierno americano.

El pueblo soberano de los Estados Unidos y el Gobierno de los Estados Unidos son dos cuerpos distintos, influidos por diferentes motivos. El Gobierno está obligado a mantener las apariencias de buena fe con los países amigos, pero al mismo tiempo, está deseoso también de ganar popularidad en casa, y por eso no toma realmente medidas efectivas para controlar cualquier movimiento popular, por ilegal que sea, si está favorecido por la mayoría del pueblo" (6).

Comprobado está que el filibusterismo fue la consecuencia natural de esas ideas conocidas con el nombre de "destino manifiesto". Scroggs dice al respecto: "Por tanto, en 1850 Estados Unidos se convirtió en el vivero del filibusterismo, y tanto así que un observador francés de aquellos días (Auguste Nicaise, "Les Filibustiers Américains", París, 1860) manifestó que eso era ya casi una institución nacional del pueblo americano... Esta tendencia filibusterista tenía más hondas raíces en los estados del Sur que en otras partes del país. Era por consiguiente natural que muchos de los más señalados filibusteros, como decir Quitman, Walker, y Crabb, fuesen sureños, y que sus empresas y designios encontraran profundas simpatías en el Sur. Pero queda todavía una razón más para explicar la actitud del Sur con respecto del

(5) Scroggs, William O., *Filibusters and Financiers*, en "Revista de los Archivos Nacionales" Año I, Nos. 11 y 12, pág. 611.
(6) "Blackwood's Edinburgh Magazine", No. 385, March, 1856. (American Edition). Vol. XLII, No. 3, New York.

filibusterismo: el deseo de agrandar el territorio esclavista. Los hombres que engrosaron las filas de las expediciones esclavistas no eran los frenéticos apóstoles de la esclavitud que algunos escritores describen con su bien manipulado arte de la propaganda, aunque muchos de sus dirigentes sí lo fueron. La exuberancia del sistema esclavista necesitaba de constante adquisición de tierras vírgenes. Sin ellas la llamada "peculiar institución" fracasaría, y el Sur, sería a su vez víctima de una revolución social e industrial cuyos alcances nadie podía prever... El espíritu filibustero flotaba en el ambiente, y las osadas empresas parecían contar con las simpatías, en igual grado, de los pioneros californianos, de los llaneros de Texas, de los exiliados políticos de Europa, de los sureños simpatizantes de la esclavitud, y también de los norteños entusiastas del destino manifestado. Buena parte de los hombres de Walker fue reclutada entre los delincuentes de toda laya en lugares como Nueva York, San Francisco, y Nueva Orleans, puertos éstos de donde zarpaban los vapores con rumbo a la meta ansiada de los filibusteros..." (7).

3.— La campaña realizada por los costarricenses para apoderarse de la vía del Tránsito, puesta al servicio de los intereses de Walker en Nicaragua, constituye el plan militar más importante desarrollado durante la Guerra contra los Filibusteros, y el golpe más decisivo que éstos recibieron.

Mientras Walker hubiese continuado dominando esta vía, el filibusterismo en Nicaragua hubiera sido invencible. Era necesario cortarle la comunicación con los Estados Unidos e impedir que desde allá le enviaran por el río y por el Lago toda clase de ayuda y de refuerzos.

Para vencer a Walker y extirpar el filibusterismo era pues imprescindible cortar esa comunicación; era necesario aislar a los filibusteros y encerrarlos en el territorio nicaragüense con el propósito de que se batieran con sus propias fuerzas.

Esa era la clave del triunfo, y eso fue lo que hicieron los costarricenses. La campaña para apoderarse de la vía del Tránsito no fue un plan inspirado por Vanderbilt, como han afirmado algunos historiadores. La toma de los vapores del río no fue una empresa de Spencer, a quien muchos han querido asignarle la gloria, y en cuya realización no fue más que un importante colaborador.

Con clara inteligencia los costarricenses concibieron ese plan desde el comienzo de la campaña. No sólo por su vecindad, sino porque la ocupación de ella fue todo el tiempo el firme propósito de nuestros jefes militares, es causa por la cual el ejército de Costa Rica se movió siempre dentro de la zona correspondiente a la vía del Tránsito.

En lo que llamamos la primera Campaña pudo ocuparse la ciudad de Rivas y la parte de la vía del Tránsito comprendida entre La Virgen y el puerto de San Juan del Sur, y cuando ya iban a iniciarse las operaciones en el río San Juan, vino la suspensión de esa campaña con motivo de los estragos de la peste del cólera y el retiro de nuestras fuerzas del territorio de Nicaragua.

Estos fueron los motivos por los que los otros puntos del plan no pudieron realizarse sino hasta la segunda campaña, unos meses más tarde.

(7) Scroggs, William, *Filibusteros y Financieros*, traducción española editada por el Banco de América, de Managua, Nicaragua, 1974, págs. 8, 9 y 10.

Los historiadores en general, al referirse a la toma de la vía del Tránsito, narran estos acontecimientos de manera muy sucinta, sin darles toda la importancia que ellos tienen. Ha habido algunos escritores que casi no se han dado cuenta de que la captura de la vía del Tránsito fue no sólo la parte más interesante sino que, como hemos dicho, la más decisiva de la guerra contra Walker.

Las siguientes páginas tienen por objeto decir en qué consistió esa magna empresa y poner en evidencia qué fue lo que hicieron las armas costarricenses en la lucha por la libertad de Nicaragua y afianzamiento de la independencia de Centro América.

Pero antes de comenzar nuestra relación juzgamos conveniente consignar algunos datos de carácter geográfico o histórico relacionados con los lugares que habremos de citar mucho en estas páginas.

4.— El lago de Nicaragua, llamado también de Granada, es el mayor de la América Central, y está rodeado de los Departamentos de Granada y Rivas por el Oeste, y el de Chontales por el Norte y por el Este. Por el Sur una estrecha zona le separa de Costa Rica. Asimismo, una angosta faja de tierra montañosa le separa del océano Pacífico, conocida con el nombre de istmo de Rivas o de Brito.

Su forma es la de una elipse, y su eje principal se encuentra orientado de NO a SE. Mide 166 kilómetros de largo por 58 kilómetros en su mayor anchura, y tiene una superficie total de 7.125 kilómetros cuadrados.

Sus costas son irregulares, y su profundidad varía según los sitios o la proximidad de las costas e islas; la mayor que se ha medido es de 80 metros, pero por término medio oscila entre 16 y 40 metros.

La altura de sus aguas se encuentra a 33 metros sobre el nivel del mar, pero esa altura varía según las estaciones; casi todos los días el nivel del lago baja y sube medio metro. El viento del NE azota sus aguas que casi siempre son tempestuosas.

Se comunica con el Atlántico por medio del río San Juan, llamado corriente-mente el Desaguadero.

Entre los ríos que llevan sus aguas al lago podemos citar el Tipitapa, que le llega por el Norte y trae aguas procedentes del lago de Managua; Tule, Tepenaguazapa, Oyate, Acoyapa, Mayales, Tecolostote y Malacatoya, que le llegan por el Este; Ochomogo, Gil González, Lajas, Santa Clara y Sapoá que le llegan por el Oeste; Haciendas, Tortuga, Cucaracha, Zapote y Frío que le llegan por el Sur, siendo este último el más importante de todos por su caudal.

En el lago encontramos también gran cantidad de islas, tales como las de Ometepe, Madera, Zapatera, el archipiélago de Solentiname, las Isletas, etc. La isla de Ometepe tiene en su parte occidental dos poblaciones: Mayogalpa y San Jorge, y en ella hay algunas haciendas; unida a ella, por una baja y estrecha lengua de tierra, generalmente oculta por el agua, está la isla Madera.

Los volcanes Ometepe, Madera y Zapatera se encuentran en las islas de sus nombres, pero sólo el primero se encuentra activo.

Los puertos más importantes del lago son:

Granada, San Jorge y la Virgen, hoy abandonado, en la costa occidental; San Ubaldo y San Miguelito en la costa oriental; Cárdenas, antes llamado Tortuga, en la costa del Sur; Moyogalpa, en la isla Ometepe, y San Carlos en el SE., donde comienza el río San Juan.

5.— “Gracias a los proyectos de canal interoceánico en que habrían de aprovecharse sus aguas y parte de su lecho, es el San Juan, históricamente llamado el Desaguadero, por serlo de los lagos, el río centroamericano que se ha estudiado mejor y el de más poderosa corriente. Sale del Lago inmediatamente al E. de la boca del río Frío. El San Juan es un río magnífico, de hermosos paisajes, su anchura varía mucho y puede estimarse en doscientos metros por término medio, habiendo parajes en que se acerca al millar, si bien en otros disminuye a menos de cien. Su profundidad es también muy variable; se estima en tres metros por término medio. Su caudal, considerable siempre, es asimismo irregular, no sólo porque va acrecentándose con el de los numerosos ríos y riachuelos que le caen, sino también por la desigual cantidad de lluvias que recibe su gran cuenca, cantidad que ha subido algunos años a más de cuatro metros y bajado en otros a metro y medio. Al llegar a la boca del Sábalo, hasta donde la corriente es bastante tranquila, lleva 550 metros cúbicos por segundo, con extremos de 800 y de 300. En Ochoa, después de recibir la poderosa corriente del San Carlos, la descarga de aguas es de 1600 metros cúbicos por segundo, con una máxima de 2900 y una mínima de 480. En la cintura del delta estas cifras alcanzan, respectivamente, a 1800, 3200 y 575.

Topográficamente, pueden distinguirse cinco secciones en este río.

1a. del lago al raudal del Toro	46 kms.
2a. del raudal del Toro al pie del de Machuca	34 kms.
3a. del pie de Machuca al comienzo del delta	77 kms.
4a. del comienzo del delta al escape del Colorado	8 kms.
5a. de esa bifurcación al mar	30 kms.
Longitud total del río	195 kms.

En la primera sección, el desnivel del lecho es insignificante, casi nulo, de 4 centímetros por kilómetro y, en consecuencia, la corriente es muy tranquila; las aguas, previamente asentadas en el lago, son limpias y sin sedimentos; las orillas van elevándose poco a poco y estrechando la corriente que alcanza hacia el final de la sección una profundidad de 7 metros, pero al principio son bajas, y en algunos trechos se inundan y forman pantanos.

“La segunda es la sección rocosa de los rápidos o raudales, la que señala sobre el lecho del río los extremos laterales del cuello del Castillo, hoy casi nivelado por la erosión. Comienza en el raudal del Toro y termina en el de Machuca, quedando entre ellos el del Castillo y el mal llamado raudal del Mico y de las Balas, donde no existe desnivel, pero donde el río es poco profundo y en su fondo hay una acumulación de piedras rodadas, molestas para la navegación porque la corriente las mueve y cambia de sitio. El raudal de Machuca es el de mayor consideración, de

muy poca profundidad, y contiene en el fondo gran cantidad de pedruscos movizados.

“La tercera sección comienza por un trecho de 24 kilómetros de aguas profundas cuyo fondo está a veces más bajo que el nivel del mar; lleva el nombre de Aguas Muertas. Es una porción del viejo canal del río no colmada por arenas volcánicas, como las transportadas más abajo al San Juan por el río San Carlos. Antes de la confluencia de este río, las aguas llevan poquísimas materias sedimentarias, pues salen del lago después de asentadas y purificadas; pero de allí en adelante, lo acarreado por el San Carlos y el Sarapiquí se las proporcionan en tan grandes cantidades, que han elevado el lecho del curso inferior y formado el delta y la barra. Los terrenos de esta sección y las siguientes, hasta el mar, son planos; las aguas discurren mansamente y van depositando lo acarreado, de modo que la anchura del río aumenta y las orillas se inundan en partes, excepto en los lugares a donde llegan los últimos declives de la cadena de Chontales, por el lado de Nicaragua. Entre los cursos finales del San Carlos y del Sarapiquí, a poca distancia de la orilla del San Juan, hay algunos pantanos y lagunas, que en conjunto llevan la denominación de laguna de Manatí o de Copalchí (vulgo Colpachí), y que desaguan en el San Juan por medio del riachuelo Copalchí. Alcanzan a tener de E. a O. algo así como 9 o 10 kilómetros.

“La cuarta sección se inicia con el desprendimiento, por la izquierda, del San Juanillo, que señala el comienzo del delta. Ese brazo describe multitud de meandros, manda emisarios por uno y otro lado y va acumulando sedimentos y formando lagunetas y pantanos que pronto se cubren de plantas flotantes que aprisionan las tierras de acarreo, sedimentos que van creciendo por la continua llegada de nuevos aluviones y concluyen por solidificarse. El San Juanillo termina en San Juan del Norte, ya reunido con el otro brazo del río que, aunque de empobrecido caudal por el escape del Colorado, conserva el nombre de San Juan.

“El brazo del Colorado era a mediados del siglo anterior el segundo por su caudal entre los que finalizan el río, y había sido anteriormente de mucha menor importancia; pero ahora, habiendo capturado la mayor parte de las aguas del San Juan, es una corriente voluminosa. Se desprende 8 kilómetros abajo de la salida del San Juanillo; describe una curva hacia el SE. y la continúa hacia el NE.; forma entre esas curvas el caño Bravo, y va a desembocar en el Atlántico, en cuyo litoral da origen a las lagunas de Samay y Agua Dulce.

“El otro brazo, San Juan, describe también muchos meandros, se comunica por algún caño con el Colorado, y antes de llegar a San Juan del Norte se bifurca y envía hasta el mar el Caño Taura.

“Esta región deltaica, sumamente pantanosa, está cubierta de vegetación y en parte de bosquillos, y va lentamente endureciéndose y convirtiéndose en tierra laborable de pasmosa fecundidad” (8).

Hablando del río San Juan, nos dice Squier que por ahí de 1727 existían en dicho río no menos de doce estaciones militares, las cuales estaban situadas así: la primera, en el Fuerte de San Carlos; la segunda, en la boca del río Sábalo, la tercera, a

(8) Obregón Izano, Miguel, *Geografía de Costa Rica*, 1932, págs. 296 a 299.

corta distancia de la boca del río Pocosol; la cuarta, en el Castillo Viejo; la quinta, en la isla de Bartola; la sexta en un banco alto llamado Diamante, al pie del Raudal de las Balas; la séptima, en el raudal de Machuca; la octava, en la isla Petrona, en la boca del río San Carlos; la novena, en la boca del río San Francisco; la décima, en la boca del río Sarapiquí, o sea, en el sitio llamado después La Trinidad; la undécima, en el punto llamado Concepción, opuesto a la isla del mismo nombre; y la duodécima, en el puerto de San Juan del Norte, con una estación provisional intermedia, llamada Rosario (9).

6.— El puerto de San Carlos es, después de Granada y San Jorge, el más importante de los puertos del Lago, y se encuentra en la margen izquierda del río San Juan, donde este comienza, y frente a la desembocadura del río Frío, estando rodeado ese lugar de magníficos paisajes.

Por disposición de don Juan de Salinas y Cerda, Gobernador de Nicaragua (10), comenzó la construcción de un Fuerte en el Presidio de San Carlos (11), el cual se acabó de levantar en agosto de 1666 sobre una loma que allí existe. Alrededor de dicha fortificación fue formándose un pequeño pueblo que recibió también el nombre de San Carlos de Austria.

En 1670 el Fuerte fue atacado y tomado por los piratas, y por esa razón se acordó fortificar el río más hacia la entrada, y así se construyó la fortaleza que hoy llamamos Castillo Viejo.

Posteriormente, el Fuerte de San Carlos fue renovado y se situó allí la guarnición principal destacada en el río.

En febrero de 1848 fue ocupado sorpresivamente por fuerzas inglesas que lo abandonaron a principios del mes siguiente, después de haber firmado un convenio con el Gobierno de Nicaragua.

Como todo lo que entraba en Nicaragua por el puerto de San Juan del Norte tenía que pasar por este sitio, se dispuso colocar allí la Casa de la Aduana; cualquier embarcación que subiera el río San Juan tenía forzosamente que detenerse en San Carlos, donde era inspeccionada.

Los empleados de la Aduana y los soldados de la guarnición con sus familias ocupaban la mayoría de las casas del pueblo.

7.— Por disposición del general Fernando Francisco de Escobedo, Capitán General interino, y con el propósito de fortificar bien el río San Juan e impedir la entrada de los piratas, se levantó esta fortificación sobre una colina rocosa en el raudal de Santa Cruz, que hoy se conoce con el nombre de raudal del Castillo. La obra se terminó de construir en 1675, siendo Gobernador de Nicaragua don Pablo de Loyola, y al principio se llamó a esta fortaleza el Castillo de la Inmaculada Concepción.

El historiador nicaragüense don José Dolores Gámez nos dice al respecto: "El castillo estaba situado sobre una montaña de peña viva, y aunque no muy grande, era suficiente para impedir el paso y subida del río. Quedó guarnecido con treinta y seis

(9) Squier, E. G., *Nicaragua*, 1880, pág. 53.

(10) Don Juan Fernández de Salinas y de la Cerda, quien fue también Gobernador de Costa Rica de 1650 a 1659.

(11) Designábase con el nombre de Presidio a un puesto militar en un sitio de avanzada.

cañones y tenía además un caballero (12) muy bien construido. A la lengua del agua existía una plataforma con seis cañones, y la parte de tierra estaba defendida por el foso y estacada que lo rodeaban hasta el propio río" (13).

En el año de 1747 se le hicieron importantes arreglos.

En 1762 la fortaleza fue atacada por una expedición inglesa, pero fue rechazada energicamente, distinguiéndose en esta acción la heroína Rafaela Herrera, hija del Comandante del Fuerte, la que disparó los cañones contra las naves que remontaban el río.

En 1780 una nueva expedición inglesa al mando del coronel Polson sitió el Castillo y logró tomarlo; en esa oportunidad figuró en las fuerzas atacantes el teniente Horacio Nelson, que fuera más tarde famoso Almirante. Los ingleses ocuparon el Castillo por algún tiempo, pero en 1781 lo desocuparon a causa de una grave epidemia que se desarrolló en la tropa.

Por real orden de 4 de setiembre de 1781 se le mandó destruir, pero nunca se llevó a cabo su demolición; sin embargo, perdió importancia y se le dejó únicamente la fuerza precisa para su resguardo. A orillas de la fortaleza e inmediatamente al lado del río se formó una pequeña población con el mismo nombre.

Mr. E. G. Squier, quien llegó a Nicaragua en 1849 con el cargo de Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, describe su visita al Castillo Viejo en los siguientes términos:

"... Llegamos a los raudales del Castillo, dominados por la antigua Fortaleza de San Juan, llamada hoy Castillo Viejo. Sobre una eminencia se levantan las murallas del Castillo. El cerro se parece al de Chapultepec, cerca de México: es igualmente escarpado y ha sido cortado para formar la pendiente y las caras de una pirámide. Los lados están ahora cubiertos con arbustos y mezclados con vid; pero las murallas aún se levantan imponentes sobre la espesura del monte. Al pie y cerca del nivel del agua está lo que se llama la plataforma, donde se encontraban situados los antiguos cañones. Hoy está ocupado por unas pocas barracas o casas de paja, cuarteles de una pequeña guarnición mantenida por el Gobierno de Nicaragua, como una muestra de posesión, y para ayudar a las embarcaciones en el paso de los raudales del Castillo, los cuales, aunque estrechos, son muy poderosos, y merecen más bien el nombre de cataratas. Aquí los botes tienen que ser soliviados a pura fuerza, y es corriente que los pasajeros se vean en la necesidad de desembarcar y aligerar el bote todo lo posible. Es con frecuencia necesario sacar una parte considerable de la carga, o esperar la llegada de otra embarcación para subir con las fuerzas unidas.

"Al Castillo se va por una senda que la guarnición por orden expresa del Gobierno, mantiene siempre limpia. La subida estaba muy escarpada y resbaladiza, a causa de la lluvia que había caído sin interrupción toda la mañana. Un ancho y profundo foso corre alrededor del cerro, con pendientes perpendiculares, que cruzamos sobre una calzada estrecha, evidentemente de una construcción reciente. Si la obra parece imponente desde el río cuánto más nos lo fue cuando la contemplamos dentro

de sus murallas: en ellas se ven dos hileras de cuartos incrustados en la roca, y en la cual crecen elevados árboles cuyas ramas más altas casi llegaban al nivel en que nos hallábamos. Descendimos por una escalera al fondo en que había estado el almacén o depósito de armas, y a los cuartos de la roca donde la antigua guarnición había estado acuartelada, más que nunca admirados con el atrevimiento y energía de aquellos hombres de hierro que habían subyugado los imperios de Moctezuma y de los Incas; y quienes cincuenta años después del Descubrimiento, habían atravesado todas las partes del continente, desde California hasta La Plata. Fuimos a la Capilla, donde estaba el nicho en que había existido la cruz y la efigie de "Nuestra Madre de las Mercedes", y bajo ella estaba la fuente que contenía el agua bendita. Por un pasaje protegido ascendimos a la Torre, una sólida masa de mampostería, levantada unos sesenta pies sobre las obras más bajas, con un parapeto con claraboyas para doce cañones, y ahora tan sólida y firme como si fuese acabada de construir. En este clima, donde el hielo jamás alcanza, la estabilidad de la buena mampostería es casi increíble. El piso de la torre, con la excepción del centro, que ha sido roto, probablemente bajo la creencia de que un tesoro debía estar allí oculto, estaba tan nivelado y firme como siempre. Hacia el lado occidental de la obra estaba la entrada principal, y allí se encuentra el sólido bastión que sostiene el puente levadizo, y un glasis (14) que sale a la terraza, el cual había sido el lugar de las paradas militares, a la vez que jardín y cementerio de la guarnición. Todo alrededor de la obra, por este lado, era un camino arqueado, e inmediatamente, frente al puente y firmemente incrustado en la mampostería de la torre, hay una gran piedra que tiene una larga inscripción, pero tan borrada que es casi imperceptible. Su objeto es, sin embargo, manifestar que el Castillo fue reconstruido por órdenes reales del Gobernador intendente de Nicaragua y Costa Rica para la defensa del río en 1747.

"Sobre el bastión noroeste del Fuerte, y mirando tanto arriba como abajo del río, existe un nicho de piedra para el centinela, y a su lado, firmemente fijo en las murallas, el tronco o muñón de la antigua asta de bandera. Dentro del nicho se ven todavía las señales que habían hecho en la piedra, los fusiles de los centinelas." (15)

8.— Lo que hoy es el Departamento de Rivas se llamó antiguamente Valle de Nicaragua, posiblemente por haber estado allí situada la población donde residió el famoso cacique Nicarao, a quien visitó Gil González Dávila en su célebre expedición.

De la obra histórica del doctor don Tomás Ayón extractamos en forma resumida los siguientes datos relativos a la historia de la ciudad de Rivas:

Muchos vecinos de Granada habían formado, a principios del siglo XVII, haciendas de cacao y de ganado en el Valle de Nicaragua, y como debido a la larga distancia y a los malos caminos no podían estar viajando con frecuencia de un lugar a otro para cuidar personalmente sus intereses, decidieron radicarse definitivamente en el Valle. En 1607, el obispo Villarreal dio autorización para erigir en ese Valle una iglesia con el objeto de establecer una población formal, pero esa idea fracasó porque no

(12) Terraplén elevado que se construía para situar en él artillería con bastante dominación, sobre el campo.

(13) Gámez, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, 1889, pág. 217.

(14) Parte de la explanada que se extiende delante de las fortificaciones.

(15) Squier, E.G., *Nicaragua*, 1860, págs. 79 y 81.

encontró completa acogida en el Presidente de la Audiencia, quien era el que debía decidir en última instancia.

Los vecinos del Valle levantaron una ermita dedicada a San Sebastián, y más tarde, en 1657, ocurrieron a la Real Audiencia en igual solicitud, y este alto cuerpo dictó el 5 de octubre de ese año una resolución disponiendo que los curas de Granada nombrasen persona idónea para la administración espiritual del Valle, y que previa aprobación del obispo se designase lugar cómodo y decente para levantar el templo.

Provisionalmente sirvió de parroquia la ermita de San Sebastián y a su alrededor comenzaron a construirse algunas casas, al mismo tiempo que se iniciaba la edificación de la iglesia; pero los trabajos de ésta se suspendieron por mucho tiempo porque se suscitó la cuestión de si se construía en ese lugar, o si era mejor levantar las bases de la población en un pueblo indígena inmediato. Por fin los vecinos decidieron no moverse de aquel sitio, concluyeron la construcción de la iglesia, y comprendiendo que tenían necesidad de autoridades propias que velasen por la seguridad de sus bienes y personas, ya que las autoridades de Granada, a las cuales estaban sometidos, no les daban la debida protección, y considerándose en aptitud de darse la forma perfecta de un pueblo independiente en lo civil y religioso, presentaron una solicitud ante el Presidente Maestre de Campo don Francisco Rodríguez de Rivas, solicitando que la población formada a inmediaciones del templo fuese distinguida con el título de Villa y la iglesia erigida en parroquia. El Presidente recibió con favor la solicitud y dio al Valle el distintivo de *Villa de la Purísima Concepción de Nicaragua de Rivas* —en consideración a su propio apellido—, estableció el Ayuntamiento con dos alcaldes ordinarios y de la hermandad, alférez real, alguacil mayor, depositario general, dos regidores, procurador y mayordomo. Le asignó, además, una jurisdicción que comprendía un territorio de dieciocho leguas de Este a Oeste, y de seis o más de Norte a Sur, debiéndose contar las unas del Lago de Granada a la Sabanita, y las otras del río Ochozongo al océano Pacífico, quedando también incorporada a la nueva jurisdicción la isla de Omotepe (16). Pero para legalizar esta nueva jurisdicción los pobladores del Valle tenían que solicitar la confirmación del Rey, y así lo hicieron el 14 de agosto de 1722. Por su parte, el vecindario de Granada y aún el Gobernador de la Provincia, Duque de Estrada, habían recibido con gran disgusto la resolución del Presidente Rodríguez de Rivas, y sucedió que un buen día el mismo Gobernador, con una numerosa escolta, llegó a la población de Rivas, donde capturó al alguacil mayor y al alcalde ordinario, declaró suprimido el título de Villa que se le había dado a la población y dispersó el Ayuntamiento. Los vecinos entonces presentaron acusación contra el Gobernador ante el Capitán General, y esta autoridad falló el 19 de febrero de 1727, declarando que el cabildo de Rivas estaba facultado para nombrar anualmente los concejales; que el Gobernador, al suprimir el título de Villa y extinguir el Cabildo, había cometido exceso; y que los concejales debían permanecer en el ejercicio de sus funciones hasta que el Rey no dispusiese otra cosa.

(16) Don Francisco Rodríguez de Rivas tomó posesión de su cargo el 4 de octubre de 1716 y duró en el desempeño de esas funciones hasta diciembre de 1724. Según el historiador Marure (página 87 de sus *Efemérides*) la Villa de Rivas fue fundada en Julio de 1717.

El Cabildo y los curas de Granada alegaron de la resolución y entonces el Consejo resolvió el 16 de setiembre de 1727 mantener a Rivas en posesión del título de Villa que se le había otorgado.

Los rivenses ocurrieron al obispo Villavicencio solicitando que la iglesia de la Villa se erigiese en parroquia, y el prelado nombró cura al presbítero Francisco del Valle y Valdés, imponiéndole al nuevo curato de Rivas dar cincuenta pesos cada año a cada uno de los curas de Granada, pero poco más tarde suprimió este impuesto.

Los párrocos de Granada no quedaron satisfechos y tuvieron que guardar silencio por tres años; pero habiendo muerto el obispo Villavicencio en diciembre de 1735, pensaron que ya era tiempo de hablar, y el 25 de mayo de 1736 presentaron su alegato ante el Vicario Capitular pidiéndole, entre otras cosas, que obligase a pagar los cincuenta pesos anuales de impuesto. El Vicario falló el 8 de febrero de 1737 confirmando todo lo hecho por el obispo Villavicencio; de nada les valió a los curas de Granada apelar ante el Arzobispo de México, porque éste también confirmó las resoluciones anteriores. Así, pues, desde esa época, dejó de estar la Villa de Rivas sujeta a la jurisdicción de las autoridades civiles y eclesiásticas de Granada. La población continuó creciendo, y ya a mediados del siglo XVIII contaba con varias casas, entre ellas las del Ayuntamiento, que eran de adobes y tejas, y tenían portales a la plaza; además, había unas cien casas de tejas y unas cincuenta de paja formadas en calles cuadradas. (17)

El 12 de mayo de 1835 le fue otorgada a Rivas el título de ciudad. (18)

Está situada esta población en el istmo que separa el Lago de Granada del océano Pacífico; dista unos cinco o seis kilómetros de la costa oeste del Lago, y está a veinticinco kilómetros del puerto de San Juan del Sur, que es su puerto del Pacífico; el del Lago es San Jorge. Es cabecera o capital del Departamento del mismo nombre, llamado antes el Departamento Meridional.

Su clima, aunque algo húmedo, es uno de los más sanos de Nicaragua, debido a la estrechura del istmo, a la poca elevación de la cadena costera y a la constancia de los vientos que soplan del Este por la cuenca del río San Juan y a través de las llanuras del Pacífico. A causa de esta ventilación la temperatura no es tan ardiente en iguales alturas como ocurre en los Departamentos de Granada y de León. Los alrededores de la ciudad de Rivas son de gran belleza, y hay valiosas haciendas de ganado, y otras que producen cacao, frutas, maderas, etc.

La ciudad de Rivas ha sido asiento de importantes acontecimientos históricos, y fue considerada como la llave del Tránsito, y de allí el interés que hubo durante la Guerra contra los Filibusteros de dominar esta ciudad.

Cerca quedan algunas poblaciones como Buenavista, San Esteban, Potosí, y el Obraje, a ésta última, pequeña aldea colocada al Sur del río Gil González, a unos 12 kilómetros de Rivas, y sitio muy importante durante la guerra citada, se la conoce hoy con el nombre de Belén.

(17) Ayón, Tomás, *Historia de Nicaragua*, tomo II, 1887, pág. 276 y siguientes.

(18) Marure, Alejandro, *Efemérides de los Hechos Notables acaecidos en la República de Centro América desde 1821 hasta 1842, 1844*, pág. 87.

9.— El puerto de San Juan del Norte (Greytown) está situado a poca distancia de la desembocadura del río San Juan, y dentro de una bahía que se encontraba antes casi cerrada completamente por una lengua de tierra que corría de Este a Oeste, y luego cruzaba un poco hacia el Sur, llamada Punta Castilla o Punta Arenas, la cual protegía al puerto de las violencias del mar. Hoy esta península ha sido destruida por la fuerza de las marejadas, y esto, con los materiales que arrastra el río y los acarreados por las corrientes marinas, ha hecho que el puerto esté prácticamente cegado.

El puerto de San Juan tiene la forma de una herradura, y sus casas están dispuestas con alguna regularidad sobre la costa suroeste del puerto. Las tierras que lo rodean son bajas, y a corta distancia de la costa son pantanosas y terminan con numerosas lagunas, pasadas las cuales, y penetrando más hacia el interior, se encuentran ya tierras más altas que son fértiles y apropiadas para distintos cultivos. El clima del lugar es cálido y húmedo, y su población heterogénea.

San Juan del Norte fue habilitado en 1796 como puerto colonial español para Nicaragua y Costa Rica conjuntamente. El Gobierno Federal de Centro América lo ocupó luego hasta 1838, año en que, disuelta la Federación, quedó Nicaragua en posesión de él. Por orden de la Capitanía General de Guatemala de 2 de mayo de 1821, se dispuso levantar defensas adicionales en este puerto, trabajo que no se realizó por haber venido inmediatamente la independencia de Centro América.

A San Juan del Norte llegaban con frecuencia barcos procedentes de New York y de New Orleans, y por él se realizó durante largos años todo el comercio de Nicaragua con Europa; también por allí venía a Costa Rica la correspondencia procedente de Europa, la cual era traída a la capital por la vía del río Sarapiquí.

En octubre de 1847 las autoridades mosquitas notificaron a las de Nicaragua que el puerto de San Juan del Norte les pertenecía y que a partir del 1° de enero próximo estaban dispuestas a tomar posesión de él. En vista de eso, el Gobierno de Nicaragua envió a San Juan del Norte al general Trinidad Muñoz con una fuerza de 500 hombres, quien se estacionó en la desembocadura del río Sarapiquí, lugar que desde entonces tomó el nombre de "La Trinidad".

El 1° de enero de 1848 se presentaron en San Juan del Norte dos barcos ingleses enarbolando las banderas de Inglaterra y de Mosquitia, y habiendo desembarcado 150 hombres, fue bajada la bandera de Nicaragua y enarbolada en la plaza la bandera mosquita con honores; luego se ordenó a las autoridades nicaragüenses retirarse del lugar, y fueron nombradas nuevas autoridades.

Apenas se fueron las tropas inglesas, el general Muñoz llegó al puerto, redujo a prisión a las autoridades mosquitas, se apoderó de dos banderas, de una lancha y de varias armas, e instaló nuevamente a las autoridades nicaragüenses. Después de lo cual, regresó a Granada con los prisioneros y las banderas, pero dejando parte de su gente en La Trinidad al mando del teniente coronel Antonio Salas.

Pero el 8 de febrero siguiente llegaron a San Juan tres barcos de guerra ingleses, y habiendo desembarcado tropas, se llegaron éstas en lanchas cañoneras hasta el sitio de La Trinidad el día 12 en las primeras horas de la mañana. El combate duró tres horas, y en él llevaron la peor parte los nicaragüenses; murieron muchos, quedaron heridos otros muchos y escaparon los demás por las montañas.

Los ingleses llegaron luego al Castillo Viejo portando bandera blanca y tomándolo con engaño, y luego en la misma forma se apoderaron del Fuerte de San Carlos.

El Gobierno de Nicaragua se vió obligado a firmar un convenio el 7 de marzo de 1848 con el comandante de las fuerzas inglesas Granville G. Lock "en el cual se estipuló que se devolverían por ambas partes los prisioneros, municiones y objetos tomados: que Nicaragua daría una satisfacción al gobierno inglés, declarando que, al arriar la bandera mosquita, ignoraba que estaba tan vinculada con la de Inglaterra, en tal extremo que un ultraje para la primera envolvía un insulto para la segunda: que no perturbaría más a las autoridades mosquitas en la pacífica posesión de San Juan del Norte". (19)

Después de dicho convenio las autoridades mosquitas tomaron tranquila posesión del puerto de San Juan del Norte, al cual dieron el nombre de Greytown en honor del Gobernador Grey de Jamaica, y arreglaron la planta de la población asignando nombres ingleses a las calles y a las plazas.

En virtud del Tratado Clayton-Bulwer firmado el 19 de abril de 1849, Greytown fue declarado puerto libre y se le consideró como territorio neutral. El Vice-cónsul inglés, en calidad de delegado del rey mosco gobernaba la población con la ayuda de unos cuantos funcionarios municipales elegidos libremente por el vecindario, todo conforme a las leyes inglesas.

El dominio mosquito sobre Greytown terminó en 1894 cuando toda la Mosquitia fue reincorporada a la República de Nicaragua, empresa realizada por el general Rigoberto Cabezas Figueroa. (20)

Como dato muy importante diremos que en setiembre de 1855 llegó a San Juan del Norte el coronel William L. Kinney, acompañado de veinte hombres, quienes habían salido todos de los Estados Unidos burlando las leyes de aquel país. Kinney compró una gran extensión de terreno al rey de los mosquitos, construyó una casa, y más tarde se hizo elegir por el pueblo de Greytown como su Gobernador.

No obstante, la empresa de Kinney fue desventurada, y poco duró en aquel lugar, de donde luego fue prácticamente echado.

10.— El puerto de San Juan del Sur, llamado antiguamente también San Juan de la Concordia, está situado en la costa del Pacífico, dentro de la bahía de su nombre: el puerto es pequeño, en forma de semicírculo, con magníficas playas a las que una corriente de agua fría bordea refrescándolas.

Este puerto era el extremo occidental de la vía del Tránsito, y a él llegaban quincenalmente los barcos procedentes de California.

El nombre de San Juan del Sur se debe al hecho de encontrarse situado en el océano Pacífico, llamado durante mucho tiempo el mar del Sur. Su nombre, como el de San Juan del Norte son impropios, ya que se encuentra mucho más al Norte que éste.

(19) Gámez, José Dolores, *Historia de la Costa de Mosquitos*, 1939, pág. 239.

(20) Rigoberto Cabezas nació en Cartago, Costa Rica, y era sobrino del Dr. Eusebio Figueroa.

La población de San Juan del Sur dista de la ciudad de Rivas unos dieciocho kilómetros al sudoeste.

11.— El puerto de La Virgen se encuentra situado en la costa occidental del Lago de Granada, un poco al sur del puerto de San Jorge, y dentro de una pequeña bahía.

Al iniciarse la guerra contra los filibusteros este puerto tenía un muelle muy bien acondicionado, una aduana amplia y un hotel. La Compañía Accesorio del Tránsito construyó un camino "macadamizado" para unirlo con el de San Juan del Sur, en el Pacífico, y por allí se trasladaba a los pasajeros usando para ello carruajes o diligencias y caballos.

Hoy el puerto de La Virgen está abandonado.

12.— Con el nombre de La Trinidad se distinguía a un lugar situado cerca de la desembocadura y en la margen izquierda del río Sarapiquí, donde ese río hace una curva rápidamente y donde los cerros se acercan al agua. Su nombre se debió al hecho de haberse situado allí la "batería Trinidad", sitio militar organizado por el general Trinidad Muñoz, como dijimos antes al hacer referencia a los conflictos suscitados con los mosquitos.

El lugar es pantanoso, insalubre, de clima sofocante, y expuesto al peligro de las inundaciones.

En ese sitio existían dos o tres ranchos construidos para albergar a los que se veían obligados a pasar por allí; uno de esos ranchos había sido construido por el costarricense don Francisco Alvarado, quien conocía muy bien esos lugares por haber tenido allí negocios. Otro, fue construido por el extranjero William Hipp, a quien los costarricenses le decían don Guillermo. Los filibusteros llamaban a este lugar "Hipp's Point", nombre que ha sido traducido por la mayoría como Punta Hipp, lo que nos parece una equivocación, pues ahí no se encuentra punta de ninguna clase; la traducción correcta es Punto Hipp.

Durante la campaña del Tránsito este lugar tuvo una gran importancia; desde el punto de vista militar es difícil defenderlo de ataques hechos desde el río, y por eso hay que admirar la lucha del Mayor Máximo Blanco y de sus hombres por defender el sitio.

13.— El río San Carlos tiene una longitud de 130 kilómetros y está constituido por dos brazos principales que son el San Carlos, propiamente dicho, y el Arenal, que sale del lago del mismo nombre. Entre otros afluentes importantes podemos citar los ríos San Rafael, Aguas Zarcas, Tres Amigos, Pefías Blancas, etc.

Desde la confluencia del río San Rafael, en el sitio llamado El Muelle, escogido para asiento del resguardo fiscal por la belleza y fácil vigilancia del lugar, el San Carlos comienza a ser navegable.

La anchura de este río es muy variable, pero considerada en la sección comprendida entre el Muelle y la boca, puede estimarse en 150 metros por término medio, mientras que la profundidad es poca por lo general; esta circunstancia y la gran cantidad de sedimentos que acarrea el río explica la formación de bancos de arena y de

isletas. Poco antes de su desembocadura, el San Carlos se angosta entre peñascos basálticos, ganando en profundidad y velocidad lo que pierde en anchura.

En la confluencia del San Carlos y San Juan hállase la isla de la Petrona, en donde se detienen parcialmente los abundantes arrastres de aquél, dificultando la navegación. Esta isla adquiere los caracteres de un delta. Allí se han encontrado algunas cantidades de plomo, anclas y cadenas de hierro, enterradas por los filibusteros (21), quienes se fortificaron en ese lugar de febrero a abril de 1856 con la mira de atacar al Castillo Viejo.

14.— El río Sarapiquí nace al noroeste del macizo del Barba, y recibe gran cantidad de afluentes, entre ellos, los ríos Sucio, Patria, Sardinal y Toro. Su longitud es algo mayor de cien kilómetros y es navegable en su curso inferior y medio.

Este río, como el San Carlos, suele tener violentas crecidas que hacen subir considerablemente el nivel de las aguas en pocas horas. Estas crecientes inundan las orillas bajas, aumentan la velocidad de las aguas y hacen peligrosa la navegación.

A mediados del siglo anterior la vía del Sarapiquí tuvo una importancia extrema para Costa Rica ya que, aprovechando sus aguas y las del San Juan, era prácticamente nuestro único camino al Atlántico, y por allí recibíamos quincenalmente la correspondencia procedente de Europa. Durante un tiempo nuestro Gobierno pensó seriamente en la construcción de un camino que uniese la capital con el río Sarapiquí.

Lévy, en su obra publicada en 1873 (22) nos da los siguientes datos relacionados con esta ruta del Sarapiquí:

De San Juan del Norte a Costa Rica por el Sarapiquí

	Millas	
San Juan del Norte a la confluencia del Sarapiquí	25	45 millas por agua (vapor y botes)
Al Resguardo	12	
Al Muelle	8	
Rancho Quemado	6	66 millas por tierra (camino mulero en verano)
Rancho de la Virgen	3	
San Miguel	12	
Cariblanco	3	
La Paz	12	
El Desengaño	6	
Rancho de los Cartagos	3	
Concordia	6	
Heredia	9	
San José (capital)	6	
Total	111 millas	

(21) Estos datos, lo mismo que los relativos al Sarapiquí, han sido tomados de "Geografía de Costa Rica", por M. Obregón L., 1932.

(22) Lévy, Pablo, *Nicaragua*, 1873, pág. 406.

CAPITULO II

1.— Antigua idea de canalizar a Nicaragua. 2.— Primer Contrato de canalización. 3.— Segundo Contrato y formación de la Compañía Accesorio del Tránsito. 4.— Detalles acerca de cómo se hacía el Tránsito. 5.— La Compañía incumple sus compromisos y el Gobierno de Nicaragua la amenaza. 6.— Los democráticos ocupan a Rivas y las fortalezas del río. 7.— Los legitimistas recuperan esos puntos. 8.— Walker intenta tomar a Rivas; combate del 29 de junio y su derrota. 9.— Costa Rica protesta por incursión de fuerzas legitimistas en su territorio. 10.— Walker regresa a San Juan del Sur; el combate de La Virgen y la toma de Granada. 11.— Incidentes en La Virgen y en San Carlos, y represalias de Walker. 12.— Walker interviene en el conflicto con la Compañía y embarga las propiedades de ésta en Nicaragua. 13.— Reacción de Vanderbilt y de sus socios.

1.— Puede decirse que desde que fue descubierto el océano Pacífico surgió en el ánimo de muchos hombres el deseo de encontrar un paso fácil del Atlántico al Pacífico a través del continente americano.

Ya desde los años de la Colonia se pensó en la construcción de un canal a través de Nicaragua. Durante el siglo XIX se hicieron varios estudios formales, se esbozaron diferentes proyectos, se iniciaron varias negociaciones que no tuvieron éxito y se dieron a la luz muy interesantes publicaciones.

Cuando en 1848 fueron descubiertas las minas de oro de California, se inició una fuerte emigración hacia aquella zona. Gentes de los Estados del Atlántico de los Estados Unidos, y gentes procedentes de muchos otros países empezaron a trasladarse a la zona californiana, pensando todos que iban a enriquecerse.

Algunos atravesaron el territorio de los Estados Unidos venciendo las muchas dificultades que presentaba el recorrer extensas regiones desconocidas, enormes desiertos, bosques densos, y el peligro que significaban los indios pieles rojas que atacaban a su paso a los viajeros.

Por ese motivo muchos prefirieron atravesar el istmo de Tehuantepec, otros buscaron paso a través de Panamá, algunos hasta fueron a dar la vuelta por el estrecho de Magallanes, y muchos decidieron también marchar a través de Nicaragua.

El movimiento de los pasajeros se hizo enorme. Miles de personas llenas de ilusiones iban a California por todas estas distintas rutas, y asimismo centenares regresaban, unos para saborear el éxito y otros el fracaso.

Desde los primeros meses de 1849 comenzó a pasar por el territorio de Nicaragua gran cantidad de pasajeros que iban a California o regresaban de allá; éstos hacían el viaje por el río y por el lago embarcados en bongos o pequeñas embarcaciones de remo, y de Granada al puerto del Realejo, a caballo o en carretas. Ese tráfico dio mucha vida a las poblaciones colocadas en la ruta, a tal extremo que hubo que establecer amplios hoteles en León y en Granada.

Hubo casos de pasar grupos de hasta setecientos pasajeros, cuya presencia en el país provocaba enorme entusiasmo.

Un testigo de la época dice al respecto: "Apenas se presentaron en el istmo los primeros americanos, cuando fueron recibidos a brazos abiertos, tratándoseles de salvadores, y poco faltó para que fuese verdadero culto el que inspiraron. Los transeúntes atravesaban toda la República desde Realejo hasta San Juan del Norte; y eran el objeto de ovaciones incesantes saliendo a su encuentro grupos considerables de las diversas poblaciones, llevándoles con sus manifestaciones de simpatías y amor cuanto bueno ofrece este delicioso clima. Los lazos de amistad de los republicanos del Norte y del Centro parecían estrecharse más." (1)

2.— Entonces fue cuando algunos hombres de rica iniciativa y de espíritu de empresa, y también con la esperanza de hacer grandes fortunas, se dedicaron a facilitarles el viaje a los demás.

En esa época creció intensamente el interés por la construcción del canal de Nicaragua.

Capitalistas norteamericanos, entre los cuales estaban Cornelius Vanderbilt, Joseph L. White y Nathaniel H. Wolf, organizaron la Compañía denominada "The American Atlantic and Pacific Ship Canal Company", que tenía por objeto la construcción de un canal interoceánico a través del territorio de Nicaragua.

El Dr. David White, en representación de los socios de la Compañía, se trasladó a Nicaragua, y el 27 de agosto de 1849 firmó con el Gobierno del Estado un contrato por medio del cual obtenía esa Compañía el derecho exclusivo de construir el canal, contrato al cual le fueron hechas algunas modificaciones que quedaron definitivamente aprobadas el 11 de abril de 1850.

Meses más tarde, los dueños de la Compañía hicieron realizar un reconocimiento de la ruta, y entonces se dijo que había privado la opinión de que esta obra era impracticable por cuanto las aguas del Lago eran insuficientes, su nivel variable; el río San Juan en una sección torrentosa, con un lecho constituido de rocas irregulares, difícil de igualar, presentando en su desembocadura y vecindades bancos de cieno y arenas movedizas. Otra de las objeciones hechas a este proyecto es el de que el canal pasaría por un centro volcánico sumamente activo, cuyo foco principal se encuentra posiblemente en el Lago. Y aunque el contrato mencionado se había conseguido con el objeto de facilitar la construcción del canal marítimo, la Compañía no hizo nunca nada para realizar dicha construcción, proyecto que más bien abandonó.

(1) Antonino de Barruel, vecino de San Juan del Norte. Gaceta Oficial de Costa Rica, 19 de julio de 1861.

Pero los contratistas, variando sus planes, pensaron que si no podía construirse el canal, sí podía acondicionarse una ruta para el paso de los viajeros, y en ese sentido proyectaron la organización de esta vía de tránsito interoceánico, utilizando para ello vapores para el río y lago, y carruajes para la sección de tierra.

3.— Así fue cómo el representante de la Compañía del Canal celebró el 14 de agosto de 1851 un nuevo contrato con el Gobierno nicaragüense por establecer una comunicación interoceánica, y por medio del cual quedó fundada una nueva Compañía bajo el título de "The Accessory Transit Company", o sea la Compañía Accesoría del Tránsito, a la cual se le concedió el monopolio del tránsito interoceánico en el territorio nicaragüense. Firmaron ese contrato don Fruto Chamorro y don Mateo Mayorga, por el Gobierno de Nicaragua, y Mr. Joseph L. White, por la Compañía.

La nueva Compañía se comprometió a pagarle al Gobierno de Nicaragua diez mil pesos anuales de subvención, más el diez por ciento de las utilidades netas.

4.— Ya hemos dicho que el tránsito por Nicaragua se hizo primeramente de San Juan del Norte al puerto del Realejo. Pero la Compañía Accesoría del Tránsito, con el propósito de acortar el proyecto por tierra, varió la ruta, y en vez de Granada usó el puerto lacustre de La Virgen, de donde construyó un camino "macadamizado" hasta el puerto de San Juan del Sur en el Pacífico; por ese camino pasaban los pasajeros en diligencias o carruajes que la misma Compañía trajo, o en cabalgaduras.

En San Juan del Norte, en La Virgen y en San Juan del Sur la Compañía construyó muelles y amplios locales para uso de sus oficinas y bodegas y alojamiento de sus empleados.

El primer vapor que la Compañía colocó en el lago fue el "Director" (2), que tenía una capacidad para cuatrocientos pasajeros y el cual hizo su aparición frente al puerto de Granada en la mañana del 1º de enero de 1851, constituyendo su llegada un verdadero acontecimiento. En el río fue colocado el vaporcito "Orus" que poco tiempo después encalló y se destrozó sobre las rocas del raudal de Machuca.

La Compañía aumentó luego su flota con las siguientes unidades:

En el lago, los vapores "San Carlos" y "Central America" (3).

En el río, los vapores "Sir Henry Bulwer", "C. Morgan", "J. Ogden", "J. N. Scott", "Col. Wheeler", "J. M. Clayton", "J. L. White", "V. L. Route", "H. L. Hunt", y "Granada".

La sección de los raudales dificultaba la navegación en el río, motivo por el cual se hacían bajar en Machuca a los pasajeros y la carga que se trasladaban por tierra hasta pasado el raudal del Castillo, en donde estaba el otro vapor que los conducía a La Virgen.

El viaje de océano a océano por la vía del Tránsito se completaba en dos días. Los barcos grandes llegaban dos veces por mes a los puertos de San Juan del Norte y del Sur. De New York a Greytown tardaban unos ocho días.

(2) Entendemos que este Vapor cambió luego su nombre por "La Virgen".

(3) Hundido en la boca del río Sábalo, poco después de la toma de Granada, o sea, antes de que los costarricenses iniciaran su campaña.

La vía del Tránsito se consideró como la ruta más breve entre Nueva York y San Francisco de California, pues el viaje se podía reducir a veinticuatro días (4).

En un artículo publicado en la revista "Blackwood's Edinburgh Magazine", en marzo de 1856, se decía que en los últimos cinco años había pasado por la vía del Tránsito un promedio de dos mil americanos por mes.

El tránsito fue desde el primer momento un gran éxito y proporcionó a sus dueños grandes ganancias. Un escritor de la época, Alfred Assollant, escribía en esos días en una Revista de París (5) lo siguiente:

"... Vanderbilt y sus socios celebraron un tratado ventajoso con este Estado (Nicaragua), y con sus esfuerzos acortaron en diez días el viaje de Nueva York a San Francisco. Hoy ese viaje no dura más que diecinueve días. Dos rutas principales se hacen la competencia para el transporte de las mercaderías y los pasajeros que van a California: el ferrocarril de Panamá y la ruta de Nicaragua. Se puede juzgar de la importancia de estas dos rutas por la del tránsito. En 1855, de 42 millones de dólares enviados de California a Nueva York, 29 millones tomaron la ruta de Panamá, y 13 millones la del río San Juan" (6).

En los Estados Unidos la propaganda que se le hacía a la ruta del tránsito por Nicaragua era intensa. Se ofrecían grandes rebajas, buen trato, seguridad absoluta, etc. Pero la realidad era bien distinta, según el escritor alemán Wilhelm Marr, quien hizo un viaje a Nicaragua en 1852 y luego publicó el interesante relato de su viaje. Allí dice:

"La fama de que gozaba esta *Transit Company* era apenas menos buena que la de las honorables gavillas de los Cartouche, Rinaldini y otras notabilidades de la alta industria. Así por ejemplo, se anunciaba en Nueva York que todo pasajero que se dirigiese a San Francisco podría llevar en el *steamer* tanto equipaje como quisiera. Naturalmente, más de un pobre diablo cargaba con todo su ajuar para instalarse en San Francisco de modo barato; pero tan pronto como fondeaba el vapor en Greytown, se presentaban a bordo los agentes de la compañía y se ponían a pesar el equipaje, haciendo pagar un real (diez centavos) por el flete de cada libra *across the Isthmus*. A los pasajeros les arrebatában y pesaban los paraguas, bastones, sombreros y abrigos que tenían en las manos. Eran formalmente estafados. Durante la comida me enteré de que todo lo que en el mundo se había pregonado a son de trompetas sobre Nicaragua y la canalización del istmo, no pasaba de ser el más desvergonzado *humbug* americano. La *Transit Company* había hecho con el Gobierno de Nicaragua un contrato mediante el cual adquiría por treinta años el monopolio del transporte de pasajeros y mercaderías a través del istmo, debiendo pagar a la República un dólar por el derecho de tránsito de cada pasajero. La Compañía se había obligado después a construir dentro de nueve

años un canal navegable entre los dos océanos. Con este contrato en la mano el hermano Jonathan (según su costumbre) emprendió el negocio. Al río se llevaron *river steamers* y se lanzaron vapores al mar; se adquirieron grandes recuas de mulas para transportar californianos de la bahía de La Virgen a San Juan del Sur, a la orilla del mar, desde donde se les despachaba a San Francisco en los *California steamers*. La Compañía no volvió a pensar en el canal y bien puede ser que nunca pensara seriamente en él. Calculó que en nueve años se podía reunir una bonita suma de dinero. Acudieron aventureros de todas clases, estableciéndose en Greytown o en el Castillo Viejo, a la margen del río. Unos en La Virgen, a orillas del lago, otros en San Juan del Sur, sobre las playas del océano Pacífico, todos se pusieron a especular con los californianos que pasaban. Con todo, la cosa habría tenido su parte buena si se hubiesen traído colonos a estas regiones hasta entonces inhospitalarias; pero la Compañía a causa de disputas con las autoridades locales de Greytown, trasladó su empresa a Punta Arenas y llevó sus pasajeros directamente de los *steamers* del mar a los del río, asestando con esto un golpe mortal al esperado florecimiento del puerto" (7).

5.— Con excepción de la primera anualidad de diez mil pesos, la Compañía del Tránsito se negó a pagar más dinero al Gobierno de Nicaragua, alegando que no le quedaba ninguna ganancia.

Cuando en abril de 1853 llegó don Fruto Chamorro al cargo de Director del Estado, una de las primeras preocupaciones fue la de tratar de arreglar los asuntos pendientes con la Compañía. Esta propuso entonces al Gobierno entregarle la suma de \$ 35.000 como monto del diez por ciento del producto neto desde que comenzó el Tránsito hasta el 1° de agosto de 1853, y un derecho de dos dólares por cada pasajero que cruzara el istmo. Chamorro, con fecha 20 de junio de 1853, fijó la suma a pagar en \$ 45.000, y tres dólares por persona adulta que pasara por esa ruta. A esta proposición de Chamorro la Compañía no contestó absolutamente nada, y el asunto quedó, pues, pendiente.

El señor Barruel, en el artículo ya citado, y hablando de las pretensiones de la Compañía Accesorio del Tránsito, dice que ésta no era "sino una potencia que no relevaba de nadie nada más que de sí" y que "para sostenerse en tan fatal y criminal situación tenía el apoyo más eficaz del Gobierno Americano" (8).

La Compañía, en efecto, no hacía caso del Gobierno de Nicaragua ni de sus funcionarios. El Ministro de Relaciones Exteriores de este país decía el 24 de abril de 1854 al Departamento de Estado: "... los Agentes de la Compañía no se portan con las autoridades de la República con la cortesía y decoro con que debieran ... los empleados del Gobierno son tratados con menosprecio ..." (9).

En repetidas ocasiones el Gobierno de Nicaragua presentó sus quejas al Ministro norteamericano por actos realizados por la Compañía, y también por ciudadanos norteamericanos; por ejemplo, acusó a un Mr. Weiner, empleado de la Compañía,

(4) Molina, Felipe, *Bosquejo de la República de Costa Rica*, 1851, pág. 51.

(5) "Revue des Deux Mondes" de 15 de agosto de 1856; reproducido en la "Revista de los Archivos Nacionales" de Costa Rica, Tomo I, números 1 y 2.

(6) Tenemos esta otra referencia: "En 1855 cruzaron de Panamá a Chagres veintinueve millones (de dólares) y por la ruta de Nicaragua, en igual lapso, fueron transportados cuarenta y seis millones del mismo origen" (Historia de Panamá), por Ernesto J. Castillero R. y Enrique J. Arce, cuarta edición, Buenos Aires, 1949, pág. 77.

(7) "Revista de los Archivos Nacionales" de Costa Rica, Tomo I, números 1 y 2, pág. 68 y 69.

(8) "Gaceta Oficial" de Costa Rica, 19 de julio de 1861.

(9) Carta del Ministro Mayorga a Mr. Marcy, fechada el 24 de abril de 1854. "Diplomatic correspondence", Manning, Volume IV, pág. 402.

porque sin permiso alguno construyó un hotel sobre la plataforma al pie del Castillo Viejo, usando para ello materiales obtenidos de la destrucción de la Fortaleza.

En junio de 1855 el Gobierno comisionó a don Gabriel Lacayo y a don Rafael Tejada para que fuesen a New York a examinar los libros de la Compañía, y a tratar de llegar a un arreglo, pero la Compañía se negó a mostrar los documentos, y el conflicto entonces se agravó.

En un informe muy importante que se encuentra en los archivos del Departamento de Estado se dice: "El número de pasajeros, derechos de carga y especias llegó a ser grande pero los empleados de la Compañía tenían gran cuidado de no dejar registro en el país, con lo cual, incapacitaban al Gobierno para practicar un examen o balance" (10).

Ante la actitud de la Compañía, reaccionó don Fruto Chamorro y se dirigió al Agente Principal de ésta intimidándole al pago dentro de cierto plazo, o de lo contrario le embargaría los vapores que surcaban el Lago.

Tal era la situación existente entre el Gobierno de Nicaragua y la Compañía Accesoría del Tránsito cuando estalló la fatal revolución que trajo tan graves consecuencias para Nicaragua y para Centro América.

6.— El Gobierno legitimista de Chamorro había nombrado Gobernador militar de Rivas al teniente coronel José Baldizón, persona que no sólo no tenía simpatías en esa ciudad, sino que, según se decía, despertaba desconfianza en el ánimo de muchos, motivo por el que varios vecinos emigraron del lugar, y muchos de los otros se encontraban dispuestos a no colaborar en ninguna forma.

Enterados los democráticos de esa situación, enviaron en junio de 1854 una fuerza militar al mando del Licenciado Buenaventura Selva, la que ocupó fácilmente la ciudad, y huyó Baldizón y varios legitimistas hacia Costa Rica.

La ocupación de Rivas fue muy importante para los democráticos porque les daba el dominio del lago y del río junto con sus fortalezas.

El 14 de junio, fuerzas democráticas salieron del puerto de La Virgen hacia el Fuerte de San Carlos y el Castillo Viejo, lugares que fueron ocupados con mucha facilidad, ya que prácticamente habían sido abandonados por las reducidas guarniciones que el Gobierno legitimista había colocado en esos puestos.

La Compañía Accesoría del Tránsito que, como consecuencia de la amenaza de Chamorro, tenía mucho interés en el triunfo de los democráticos, prestó a estos una eficaz colaboración, y les ofreció los vapores de su pertenencia.

El Gobierno provisional de los democráticos hizo saber a la Compañía que había desconocido al Gobierno de Granada, y en respuesta, Mr. Cushing, Agente de la Compañía, situado en La Virgen, dirigió con fecha 25 de junio de 1854 la siguiente carta al Ministro de aquel Gobierno, don Pablo Carvajal:

"El infrascrito, Agente General de la Compañía Accesoría del Tránsito, tiene el honor de acusar recibo del despacho de S.E. el Ministro General datado el 15 de junio

(10) M. S. Dept. of State, Bureau of Index and Archives, Despatches of Nicaragua. Citado por el Dr. Miguel Angel Alvarez, pág. 8.

de 1854, informándole que el pueblo y el ejército democrático de Nicaragua en ejercicio de su legítimo derecho, ha desconocido al Gobierno de don Fruto Chamorro. Los hechos y perspectivas en el despacho del Ministro General, juntamente con el discurso del señor Castellón, no han dejado lugar al infrascrito, que es su deber reconocer y respetar al Gobierno Provisorio como la autoridad suprema de la República. El infrascrito estará muy satisfecho de saber que el Gobierno provisorio se halla dispuesto a arreglar las cuestiones con la Compañía Accesoría del Tránsito amigable y justamente; y estoy ampliamente autorizado para asegurar a S.E. que el ardiente deseo de la Compañía es arreglar sin dilación las cuestiones pendientes con espíritu de justicia y armonía". (11)

En los últimos días del mes de julio varios de los asilados en Costa Rica intentaron una incursión en el Departamento de Rivas, pero los democráticos les salieron al paso y fusilaron a varios de ellos.

7.— El General Ponciano Corral, usando para ello algunas goletas, salió de Granada y se dirigió al Fuerte de San Carlos, el cual encontró abandonado, pues los democráticos se habían concentrado en el Castillo Viejo, donde eran auxiliados por los vapores de la Compañía del Tránsito que les llevaban los víveres.

Corral permaneció varios días en el Fuerte, y el 15 de diciembre de 1854 salió con cien hombres y cinco embarcaciones para atacar el Castillo.

Oigamos lo que nos dice al respecto don Jerónimo Pérez:

"En la madrugada llegaron a la ensenada de Los Chivos, una milla antes de El Castillo, de donde desembarcaron los cien infantes destinados a atacar por tierra, de los cuales formaron cuatro guerrillas de 25 hombres cada una al mando la 1.ª del teniente coronel Francisco Montenegro; la 2.ª del teniente coronel Pedro Sequeira; la 3.ª del teniente coronel Estanislao Argüello; y la 4.ª del capitán Andrés Murillo.

"Corral, con la compañía de artilleros, prosiguió por agua, con objeto de cañonear la Fortaleza si era necesario. La infantería, por los rodeos del camino, tuvo que andar más de 5 millas salvando esteros y rompiendo breñales, hasta que a las 9 de la mañana apareció en la avanzada, que inmediatamente se concentró a la izquierda de la Fortaleza. Corral había dispuesto que cada una de las guerrillas atacase un punto del enemigo que ocupaba diversas casas, proponiéndose llamar la atención por diversos puntos, pues que El Castillo no podía ser posición más ventajosa, cuando la Historia recuerda que una mujer, la señora doña Rafaela Mora (12), lo defendió contra un ataque de los ingleses; pero el teniente coronel Montenegro hizo cargar las cuatro guerrillas sobre uno solo de dichos puntos, razón porque la acción se hizo más prolongada. Los democráticos encerrados en El Castillo suspendieron el puente falso que cubría el foso, quitando así el paso a los asaltadores; pero unos soldados escalaron el muro y otros tomaron las tablas que formaban el puente, facilitaron a los oficiales el paso, en cuyo momento se apoderaron del *Caballero*, y los democráticos quedaron desalojados del centro y reducidos a sus alas izquierda y derecha. Los legitimistas

(11) Pérez, Jerónimo, *Obras Históricas Completas*, 1928, pág. 50.

(12) Rafaela Herrera.

cargaron primero sobre el ala izquierda sostenida por el coronel Laureano Zelaya y por Braulio Barrientos, llamado el Diablo Blanco, que fueron tomados y pasados al instante por las armas. Enseguida acometieron a la derecha mandada por el oficial Juan Buitrago, que, desalojado a vivo fuego, se precipitó con sus soldados a la montaña, de los cuales unos pudieron tomar la ruta por agua para San Juan del Norte y otros vagaron en la montaña en que perecieron varios. De los legitimistas hubo dos muertos y veinte heridos, entre éstos, dos jefes principales. De parte de los democráticos hubo cincuenta muertos, y veinticinco prisioneros, y como cien dispersos en la montaña. La noticia de esta victoria tan importante para los legitimistas, que tenían ya abierto el río San Juan, fue recibida por ellos con mucho aplauso". (13)

En el mes de febrero de 1855 dispusieron los legitimistas apoderarse de la plaza de Rivas.

En efecto, salió de Granada el coronel Estanislao Argüello con doscientos hombres, y al llegar a Rivas se encontró con que el Gobernador democrático había dado de baja a la fuerza y se había embarcado en San Juan del Sur.

Un grupo de democráticos que se encontraba en el puerto de Tortuga volvió a tomar la plaza, pero por muy breve tiempo, pues una fuerza al mando del coronel Manuel Argüello la recuperó fácilmente.

Desde ese momento, Rivas y todos los lugares del Tránsito quedaron bajo el absoluto dominio de los legitimistas.

8.— Apenas llegó William Walker con su gente a Nicaragua dispuso realizar una expedición al Departamento de Rivas, y el 23 de junio se embarcó en El Realejo, llevando bajo sus órdenes 55 norteamericanos, y siendo acompañado por 100 nicaragüenses al mando del teniente coronel Félix Ramírez.

El día 27 de junio desembarcaron en un lugar llamado El Gigante, algo al norte del puerto de San Juan del Sur.

Esta expedición de Walker fue conocida con anterioridad por el general Corral quien envió a la plaza de Rivas una fuerza al mando del coronel Manuel G. Bosque, la que fortificó inmediatamente ese lugar.

En la noche del 28 de junio las fuerzas de Walker encontraron en la aldea de Tola un destacamento de 20 legitimistas, el cual fue dispersado, y estos corrieron hacia Rivas para notificar la aproximación del enemigo. Rápidamente se prepararon las tropas y se mandó a avisar al comandante del puerto de San Juan del Sur, don Manuel Argüello, para que viniera en su ayuda.

En la mañana del día 29 de junio Walker apareció con su gente a la vista de las primeras casas de la población. Un destacamento legitimista rompió el fuego y los americanos lo contestaron nutridamente.

Walker y su gente lograron al principio alguna ventaja, e hicieron retroceder a los legitimistas hacia la plaza, al mismo tiempo que se apoderaron de una pequeña colina y de las casas situadas en ella.

En ese momento llegó el teniente coronel Manuel Argüello con una fuerza y atacó el flanco izquierdo de los norteamericanos, quienes tuvieron que meterse en una amplia casa de adobes que estaba cerca de la colina, lo mismo que en algunas casas pequeñas de la vecindad.

Las fuerzas legitimistas comenzaron a estrechar a los norteamericanos, y en tal situación, Ramírez y los demás democráticos que los habían acompañado, los abandonaron y marcharon hacia la frontera de Costa Rica.

Encerrados en aquellas casas, los norteamericanos pelearon con decisión e hicieron todavía fuertes daños en las filas legitimistas. Cuando estos trataron de montar un cañón para atacar la casa, los americanos realizaron una carga y lo impidieron.

Entonces los legitimistas pensaron en prenderle fuego a algunas de estas casas, lográndose incendiar aquella en que se encontraba el mayor grupo de norteamericanos; esa acción la realizó el joven Emmanuel Mongalo.

La acción había comenzado a las 12 del día y no fue sino hasta las 4 de la tarde cuando Walker dio a sus hombres la orden de iniciar la retirada.

Según Walker, los legitimistas tuvieron 60 muertos y otros tantos heridos; la Falange, por su parte, tuvo 6 muertos y 12 heridos, cinco de estos últimos fueron fusilados por los legitimistas.

Walker y su gente se trasladaron al puerto de San Juan del Sur, donde se embarcaron para regresar a León.

9.— Ya dijimos anteriormente que los democráticos que acompañaron a Walker en su expedición a Rivas, habían huido junto con su jefe Ramírez y se habían internado en el territorio de Costa Rica.

El Gobernador militar de Rivas, enterado de que estos democráticos se encontraban reunidos cerca de la frontera, encargó al capitán Juan Quirós para que los persiguiese; era éste un militar costarricense que se encontraba radicado desde hacía algún tiempo en Nicaragua por ser enemigo político de la administración de Mora.

El capitán Quirós se extralimitó en el cumplimiento de esa orden, pues internándose en territorio costarricense, atacó allí a los democráticos, hizo varios prisioneros, de los cuales fusiló a unos y a otros se llevó.

Se salvaron 42 individuos que el Gobernador de Moravia, don Rudesindo Guardia, remitió a la capital custodiados por el Sargento Mayor Clodomiro Escalante y por el teniente Macedonio Esquivel; todos ellos quedaron bajo la vigilancia del Gobierno, y a la mayoría se les dio trabajo en la construcción del puente de Barranca y en otras obras. El 9 de agosto siguiente se les comunicó que estaban en absoluta libertad para salir de la República cuando les conviniese y por el punto que les pareciese bien, a excepción de las fronteras de tierra con Nicaragua.

Inmediatamente que nuestro Gobierno se dio cuenta de la violación del territorio nacional por fuerzas nicaragüenses, le ordenó al coronel José María Cañas que se trasladase inmediatamente al Departamento de Moravia, con el cargo de Comandante de la División de Vanguardia, para que tomase todas las medidas del caso, a fin de impedir se repitiese otro hecho de tal naturaleza.

(13) Pérez, Jerónimo, *Obras Históricas Completas*, 1928, pág. 89.

Con fecha 23 de julio el Gobierno de Costa Rica envió una enérgica nota al Gobierno de Granada exigiéndole la entrega de Quirós, la devolución de los prisioneros que éste se había llevado, el castigo de las autoridades que ordenaron la violación del territorio y además una satisfacción pública.

El Gobierno de Nicaragua contestó ampliamente esa comunicación diciendo que no tenía inconveniente en hacer las explicaciones del caso. "Aseguró que había enviado comunicaciones al Gobierno de la República y al Gobernador del Guanacaste, en que se les manifestaba que no extrañaran que las tropas nicaragüenses se introdujeran en el territorio de Costa Rica en pos de fugitivos que amenazaban la independencia de ambos países que se cuidó de no verificar la internación antes de que se tuviera noticia de que dichas notas habían sido recibidas: que no hubo intención de ofender al pueblo ni al Gobierno de Costa Rica: que los intereses de ambas secciones centroamericanas eran idénticos y que favoreciéndose a una se favorecía necesariamente a otra". (14)

En el arreglo de estas dificultades influyó mucho la presencia del coronel Cañas en el Departamento de Moravia; Cañas, figura extraordinaria, era sumamente apreciado por todas las personas que lo conocían, y los políticos nicaragüenses tenían también por él mucha simpatía. Cañas cultivaba amistad con dos de los hombres más prominentes del partido legitimista nicaragüense, don Dionisio y don Pedro Joaquín Chamorro, y no titubeó en escribirle al primero con fecha 7 de agosto a fin de buscar un medio conciliatorio. El señor Chamorro le contestó el día 16 del mismo mes, dándole las explicaciones del caso y mostrando también sus sentimientos de concordia. (15)

El Ministro de la Guerra, con fecha 3 de setiembre, se dirigió al coronel Cañas manifestándole que el Presidente de la República, después de haberse impuesto de la contestación satisfactoria que el Gobierno de Nicaragua había dado al de esta República en virtud de la reclamación que éste había hecho a aquél, a consecuencia de la violación del territorio por tropas de aquel Gobierno, disponía que el coronel Cañas volviera a Funtaremas a hacerse cargo nuevamente de la Gobernación y Comandancia de dicho puerto. (16)

10.— El 29 de agosto de 1855 volvió Walker nuevamente a San Juan del Sur al frente de otra expedición, de la que formaban parte ciento veinte demócratas al mando del coronel José María Valle. Al mismo tiempo, arribó a ese puerto el vapor de California, y muchos de los pasajeros vinieron a engrosar las filas de la Falange.

El 3 de setiembre se trasladó Walker a La Virgen, donde fue atacado por quinientos hombres a las órdenes del general Guardiola, a los que infligió tremenda derrota, haciéndoles sesenta muertos y más de cien heridos.

Después de este combate, Walker volvió a situarse en San Juan del Sur, donde continuó aumentando sus fuerzas.

En Rivas se encontraba el general Corral, quien cometió el error de dejar pasar varios días sin atacar a Walker, y sabiendo éste que gran número de fuerzas habían salido de Granada, dejando la ciudad casi sin defensa, se trasladó nuevamente a La Virgen, donde capturó el vapor de ese mismo nombre, perteneciente a la Compañía Accesorio del Tránsito, y se embarcó rumbo a Granada, ciudad que tomó sorpresivamente en la madrugada del 13 de octubre.

11.— Pocos días después de la caída de Granada, el 17 de octubre, llegó a San Juan del Sur el vapor "Uncle Sam" trayendo, además de los pasajeros corrientes que iban a atravesar el territorio nicaragüense, un grupo de unos sesenta filibusteros comandados por el coronel Fry, Parker H. French, Sanders y otros más; "todos tenían sus rifles y estaban bien provistos de municiones" (17) y además traían "un cañón de bronce de a seis con algunas municiones". (18)

Este grupo marchó al puerto de La Virgen, donde se encontraba esperando el vapor que iba a llevar al raudal del Toro a los pasajeros de California. Por idea de French los filibusteros se embarcaron junto con los pasajeros con el propósito de ir a tomar el fuerte de San Carlos.

Walker dice en su libro que al llegar el vapor frente a San Carlos, los filibusteros vieron que las "fortificaciones eran demasiado fuertes para la gente que llevaban y de pronto notaron que la provisión de fulminantes era insuficiente", y que juiciosamente el vapor viró de bordo y se fue para Granada.

No es exacto Walker en su narración, pues lo que sucedió fue algo distinto. El vapor que conducía a los filibusteros armados, junto con los cuales iban los pasajeros californianos, llegó cerca de la fortaleza que pretendieron los filibusteros tomar por engaño; allí desembarcaron dos filibusteros "quitándose previamente las fornituras (correa y cartucheras que llevan los soldados) y llegados al comandante le manifestaron que en dicho vapor no iban más que pasajeros y que en tal virtud les permitiese arribar y anclar. Por fortuna el comandante pudo advertir la tramoya; y deteniéndolos allí y viendo que el vapor se aproximaba sin obedecer la orden de virar de rumbo, le mandó hacer fuego sin poder conseguir que se volviese sino hasta el quinto cañonazo que ya le pasó muy cerca" (19); no hubo por entonces ninguna desgracia, y el vapor regresó, dirigiéndose a Granada y luego a La Virgen, donde vinieron a tierra sus pasajeros.

Sucedió que en Rivas ejercía en ese momento el cargo de comandante el general Florencio Xatruch, quien enterado tal vez de que en La Virgen había filibusteros, despachó hacia ese lugar una fuerza al mando del capitán Francisco Gutiérrez. Cuando esta fuerza entró a la población fue atacada desde la Casa de la Compañía Accesorio del Tránsito, causándole cuatro heridos. El capitán Gutiérrez ordenó inmediatamente contestar el fuego, y en la refriega murieron tres norteamericanos y salieron heridos otros más.

(14) Montúfar, Lorenzo, *Reseña Histórica de Centro América*, tomo VII, pág. 84.

(15) "Documentos Relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes", Tipografía Nacional, 1914, págs. 84 y 88.

(16) Archivos Nacionales, Guerra y Marina. Expediente número 9820.

(17) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", versión castellana de don Ricardo Fernández Guardia, 1924, pág. 103.

(18) Walker, William, obra citada, pág. 104.

(19) Gaceta de Guatemala, 21 de febrero de 1856.

Los que habían atacado la fuerza de Gutiérrez huyeron y se escondieron, y entonces los soldados legitimistas entraron en la Casa de la Compañía y capturaron al Agente, Mr. Cushing, a quien se llevaron preso a Rivas, y poco después fue puesto en libertad.

Gutiérrez y sus hombres se retiraron del puerto de La Virgen sin tomar ninguna otra actitud porque se les dijo que allí no había más que pasajeros.

Posteriormente, otro vapor que venía de San Juan del Norte se acercó al Fuerte de San Carlos y, por no acatar la orden de detenerse, el comandante de la fortaleza le mandó hacer fuego, y se le disparó un cañonazo, de resultas del cual murieron una mujer y un niño. El vapor se detuvo, y habiéndose comprobado que no venían en él más que pasajeros, se le dió permiso de continuar su camino.

Al enterarse Walker de estos sucesos dispuso mandar a fusilar en represalia al ex-Ministro de Relaciones Exteriores, don Mateo Mayorga, a quien tenía preso en Granada, y habló de fusilar noventa más. El fusilamiento de Mayorga ocurrido el 22 de octubre, fue una inicua venganza del jefe filibustero, ya que Mayorga no había tenido que ver absolutamente nada en los sucesos ocurridos y, por otra parte, como muy bien se ha dicho, el capitán Gutiérrez y el comandante de San Carlos cumplieron con su deber, uno porque contestó el fuego, y el otro porque obligó los vapores a detenerse.

Apenas se enteraron las guarniciones legitimistas que se encontraban en las fortalezas del río, de la caída de Granada y de las represalias de Walker, se dieron a la huida, dejando libres aquellas posiciones que fueron ocupadas por guarniciones adictas a Walker, y cuyos jefes eran norteamericanos.

Las medidas tomadas por Walker produjeron pánico en las filas legitimistas y, como lo diremos más adelante, obligaron a los jefes de ese partido que se encontraban en Granada, a capitular, olvidando que su divisa había sido desde el principio "legitimidad o muerte".

Sin embargo, justo es hacer constar que otras figuras de primera línea del partido legitimista, tales como los generales Tomás Martínez, Fernando Chamorro y José Dolores Estrada, refugiados primero en los departamentos del centro, y luego hasta en el norte, le hicieron más tarde decidida guerra al invasor filibustero.

Asimismo, no puede dejar de citarse la actitud del eximio ciudadano don Pedro Joaquín Chamorro, quien, desde la ciudad de San Fernando, bautizada luego con el nombre de Masaya, dirigió el 19 de octubre de 1855 a los nicaragüenses una patriótica proclama que comenzaba diciendo: "Hoy he sido nombrado Prefecto y Subdelegado de Hacienda del Departamento, y en estas circunstancias no he vacilado en aceptar, porque no seré yo quien abandone el Gobierno cuando la independencia de mi país está en inminente peligro..." El señor Chamorro hacía referencia más adelante a la toma de Granada por los filibusteros, y al instar a sus compatriotas a recuperar dicha ciudad, terminaba su proclama de la siguiente manera: "Si para lograr tan noble objeto fuese necesario derramar la sangre de mi familia y amigos que allí existen, sangre adorada para mí, en buena hora, si ella sirve para regar el árbol de la independencia. Marchad, pues, que el triunfo será vuestro; mas si la suerte nos fuese adversa, bajemos a la tumba sin llevar remordimiento. Dejemos la ignominia a los traidores, a esos hijos ingratos, a los egoístas y a los Estados vecinos por su criminal indiferencia.

Ellos pensarán como yo, y conocerán su error cuando sean esclavos; y entonces, de qué les servirá?" (20).

Infortunadamente, como lo comenta don Jerónimo Pérez en sus "Memorias", la voz del señor Chamorro "fue ahogada en el torrente de las circunstancias que condujeron al país al borde de su ruina" (21).

12.— Castellón, como jefe provisional, había revocado en julio de 1855 los poderes de los Comisionados nombrados por Chamorro, y facultado a Walker para hacer los arreglos con la Compañía Accesoría del Tránsito. Pero por el momento no se llevó a cabo ningún arreglo.

Walker se propuso desde el principio utilizar los servicios de la Compañía para atraer a Nicaragua hombres y elementos para aumentar sus fuerzas. En tal sentido le escribió a su íntimo amigo A. P. Crittenden, residente en San Francisco de California, para que influyese en el Agente que la Compañía tenía en ese lugar, Mr. Garrison.

Crittenden obtuvo completo éxito en sus gestiones, y a mediados de diciembre de 1855 le llegó a Walker la primer partida de cien soldados que se le enviaban de California.

En esa misma oportunidad llegó también a Nicaragua Edmund Randolph, otro de los íntimos amigos de Walker y hombre de clara inteligencia.

Walker y Randolph, con la colaboración de los Agentes de la Compañía Accesoría del Tránsito, Garrison y Morgan, prepararon un plan para abatir la Compañía, basándose en que ésta había infringido la concesión que le había hecho el Gobierno nicaragüense.

Walker ambicionaba poseer los derechos de la Compañía, no sólo porque con ello podía traer a Nicaragua centenares de hombres, sino porque también la Compañía era poderosa económicamente. Unos pocos días antes, "El Nicaragüense", periódico que se editaba en Granada al servicio de la causa filibustera, había reproducido un artículo del "New York Tribune" en que se informaba que los accionistas de la Compañía Accesoría del Tránsito se habían reunido en New York el 15 de octubre anterior, y que el Secretario de la misma había leído un informe en el que mostraba el inventario de los bienes de la Compañía, el cual arrojaba un total de \$ 3.749,584,00, "sin incluir en esa cantidad, el valor que representaba la concesión exclusiva que había otorgado el Gobierno de Nicaragua a la Compañía" (22). Aparecía la lista y los nombres de los quince barcos que en el río San Juan y en el Lago tenía la Compañía, y se agregaba además que ésta era dueña de varios botes ligeros, estimados en unos treinta mil dólares.

Walker y Randolph, al mismo tiempo que preparaban el golpe contra la Compañía, planearon una nueva concesión a favor de sus amigos Garrison y Morgan.

El Ministro de Hacienda de Nicaragua, Parker H. French, había hecho un arreglo con el Agente Morgan para que, en vista de que la Compañía le debía una considerable

(20) Hoja suelta, editada en la Imprenta de la Fraternidad, de San Fernando (Masaya), Nicaragua.

(21) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas y Completas", 1928, pág. 142.

(22) "El Nicaragüense", 8 de diciembre de 1855.

suma al Gobierno nicaragüense, esa deuda fuese pagada con el valor de los pasajes de los inmigrantes a razón de veinte dólares por cada uno. Como consecuencia empezaron a llegarle a Walker hombres reclutados en los Estados del Atlántico, y en algo más de dos meses "La Compañía había transportado más de dos mil emigrantes a Nicaragua". (23)

Con fecha 18 de febrero de 1856 se emitió el decreto por medio del cual se anularon y revocaron todas las concesiones que Nicaragua había otorgado a la Compañía Accesorio del Tránsito, la cual se declaraba disuelta y abolida; se nombró una comisión compuesta de tres individuos para examinar y asegurar la suma que la Compañía le debía al Estado, y se dispuso embargar inmediatamente todas las propiedades de la Compañía para garantizar esa deuda. Se nombró depositario de dichas propiedades a Mr. Joseph N. Scott.

Al día siguiente se otorgó la nueva concesión a Randolph y sus socios.

13.— Entre los socios de la Compañía Accesorio del Tránsito, en los Estados Unidos, había personas poderosas, tanto por su capital como por sus influencias. Todas estas personas mostraron gran indignación por los hechos ocurridos, y muchas de ellas desplegaron todo su poder para conseguir la liquidación de Walker en Nicaragua; la prensa fue una de las armas más potentes que usaron en contra de él.

Los vapores que hacían el servicio entre New York y San Juan del Norte suspendieron sus viajes y Mr. Vanderbilt, como Presidente de la Compañía, publicó profusamente el siguiente aviso:

"Los vapores de la línea de Nicaragua cesarán por ahora sus viajes, a consecuencia de la extraordinaria conducta del general Walker, y de haberse posesionado éste por la fuerza de la propiedad de los ciudadanos americanos. Creo que es un deber, tanto para el público como para con el país y la Compañía del Tránsito, suspender los viajes de los vapores de dicha Compañía hasta que nuestro Gobierno haya tenido tiempo suficiente para tomar en consideración el ultraje cometido en la propiedad de sus ciudadanos. Mientras tanto como no creo segura la propiedad ni los pasajeros que crucen el istmo no debo inducirlos a emprender dicho viaje. — C. Vanderbilt. — Marzo 17 de 1856". (24)

(23) Scroggs, citado por el Dr. Alvarez, pág. 65.

(24) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, 1887, pág. 184.

CAPITULO III

1.— Costa Rica se alarma por los sucesos de Nicaragua. 2.— Don Luis Molina; su carta a los representantes diplomáticos en Washington. 3.— El Coronel Carias es trasladado a Moravia. 4.— El Presidente Mora lanza su primera proclama. 5.— Molina se dirige al Departamento de Estado protestando del filibusterismo. 6.— El Presidente de los Estados Unidos condena el filibusterismo. 7.— El Gobierno de los Estados Unidos no recibe el enviado de Walker. 8.— Molina, partidario de la guerra. 9.— Gestiones de Wallerstein y Lafond en Europa. 10.— Carta de Walker a Mora. 11.— "El Nicaragüense" ataca a Mora. 12.— Gestiones para ajustar un pacto militar entre los Estados Centroamericanos y misión del doctor Nazario Toledo.

1.— En su propósito de conquistar a Nicaragua, Walker progresó rápidamente, y pocos días después de haber tomado la ciudad de Granada logró someter al partido legitimista que, obligado por el terror que inspiraron algunas medidas del jefe filibustero, sobre todo el fusilamiento del ex-ministro Mayorga y la amenaza de fusilar a otros muchos más, capituló y pactó con Walker, instaurándose así en Nicaragua un nuevo Gobierno provisional presidido por don Patricio Rivas, y quedando Walker como comandante general.

En tales circunstancias, éste se convirtió en el dueño de la situación y por un tiempo no hubo quien se le tratase de oponer, máxime que el general Ponciano Corral, ministro de guerra del nuevo gobierno, había sido fusilado a los pocos días del pacto de paz que él mismo había firmado con Walker, por haber tratado de conspirar contra el nuevo régimen.

¿Cómo se explica esa pasividad del pueblo nicaragüense durante los primeros meses de aquel gobierno filibustero? En primer lugar por el temor a Walker y luego por otras razones, tales como el deseo de muchas personas de que terminase la guerra civil, y también la actitud de aprobación y colaboración que para con él tuvieron las autoridades eclesiásticas, cuya influencia, como se sabe es grande en nuestros pueblos. Walker nos habla en su libro de esa activa colaboración del clero (1). El cura de la ciudad de Granada, licenciado Agustín Vilij, orador y abogado, llamaba a Walker "ángel tutelar de Nicaragua" y "Estrella del Norte que debía conducir la República al engrandecimiento a que era llamada" (2). El Vicario General don José Hilario

(1) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 124.

(2) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas Completas", pág. 135.

Las frases del Pbro. Vilij que hemos citado entre comillas son del sermón pronunciado por él en la iglesia de Granada el 14 de octubre de 1855, o sea, al día siguiente de haber tomado

Herdocia, jefe de la iglesia nicaragüense, le envió a Walker una calurosa felicitación con motivo del pacto de paz, y Walker, en su contestación, le decía: "Me reconforta mucho saber que la autoridad de la Iglesia está de parte del actual gobierno. En Dios pongo toda mi confianza por el feliz desarrollo de la causa que defiende y por la preservación de los principios que propugno. Pido a usted que rece por cada uno de los esfuerzos que yo hago." (3)

Uno de los acontecimientos que más sorprendieron y alarmaron a los Gobiernos de Centro América fue el reconocimiento que el Ministro de los Estados Unidos, residente en Granada, Mr. Wheeler, hizo al gobierno del señor Rivas el 10 de octubre siguiente. El filibusterismo se consolidaba, pues, en Nicaragua.

La política de Walker fue, al principio, buscar los medios más rápidos para aumentar el número de americanos residentes en Nicaragua. Con este propósito el Gobierno de Rivas dictó un decreto el 23 de noviembre de 1855 concediendo doscientos cincuenta acres (4) de tierra baldía (unas 121 manzanas) (5) a todo adulto que emigrase al país, y si se trataba de marido y mujer se les daría cien acres más, o sea, un total de más de 290 manzanas. Bien podrían llegar a Nicaragua mil familias o más según los cálculos de Walker, y en esta forma el territorio de aquella República quedaría totalmente en manos de norteamericanos. Como director de colonización fue nombrado el filibustero Joseph W. Fabens, quien es lógico se encargaría de dar a sus compatriotas las mejores tierras de Nicaragua. Además, a estos individuos no se les cobraría impuestos extraordinarios ni servicios y se les consideraría como ciudadanos de la República.

El decreto fue efectivo, pues a los tres meses de emitido el número de americanos había subido en Nicaragua a más de 1200, según el mismo Walker (6).

La alarma del Gobierno de Costa Rica crecía de día en día, observando cómo se arraigaba cada vez más el filibusterismo en Nicaragua, y comprendiendo que la próxima víctima iba a ser nuestro país.

El Presidente Mora se dio clara cuenta del grave peligro que corría la autonomía de Costa Rica, y la de Centro América toda, y se apostó rápidamente a la defensa.

Walker esa ciudad. El P. Vijil mantuvo estrechas relaciones con Walker, quien se expresa en su obra en términos laudatorios acerca del cura de Granada, y más tarde le envió como Ministro a los Estados Unidos, motivo por el que se le conoció a dicho sacerdote con el nombre de "el cura filibustero". Un nieto del P. Vijil, don Francisco del mismo apellido, publicó en 1930 un libro que contiene la biografía de su antecesor y varios documentos con los que se propuso rehabilitar y defender la memoria del P. Vijil. Refiriéndose a dicho sermón, afirma el nieto que los historiadores Gámez y Pérez tomaron de mala fe esas frases que citamos, las cuales dijo el P. Vijil como figuras de retórica, y que "las expresiones referentes a Walker figuran condicionalmente" en el sermón, y que sus frases laudatorias se imponían de rigor". Y agrega: "La idea condicional en que habló el sacerdote no se tomó en cuenta por los 'historiadores' nacionales, pues que no hicieron por donde sacar de las fuentes precisas los datos, para escribir sus libros, sino que estamparon sus opiniones de propaganda conforme a sus ideas de partido o de preocupación antirreligiosa. 'Angel tutelar de la paz', es mera figura retórica equivalente a 'guardián de la paz' que fue tomada al vuelo por los enemigos del Padre Vijil para hacer creer a los ignorantes que éste quiso decir a Walker: 'Angel del cielo'". (Página 167 de la obra "El Padre Vijil").

(3) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 124.

(4) El acre inglés equivale a 4840 varas cuadradas.

(5) La manzana equivale a 10.000 varas cuadradas.

(6) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 138.

2.— Nuestro Gobierno tenía en los Estados Unidos como Representante diplomático a don Luis Molina, hombre notable y de sagaz visión, que desde el primer momento se dio cuenta también de los peligros que se cernían sobre Centro América. Era sumamente apreciado en Washington, y su opinión muy respetada, tanto en el sector diplomático acreditado en ese país como en la misma Secretaría de Estado. Molina se dedicó todo el tiempo a buscar noticias relacionadas con los planes y progresos del filibusterismo en Nicaragua, y mantenía a nuestro Gobierno plenamente informado y acompañaba sus cartas con muy valiosos consejos.

Para obtener la liquidación del filibusterismo realizó nuestro diplomático toda clase de esfuerzos ante el Gobierno de Washington, y ante los ministros extranjeros residentes en los Estados Unidos, y debe reconocerse que en verdad, muchas de las gestiones realizadas por él contribuyeron a impedir mayores progresos del filibusterismo.

Con fecha 10 de noviembre de 1855, Molina dirigió a los Representantes diplomáticos de la Gran Bretaña, España y Francia acreditados ante el Gobierno de Washington una carta de carácter confidencial, haciéndoles ver el peligro que corría Centro América y solicitando de sus respectivos Gobiernos el apoyo moral y material para la lucha que habría de emprenderse contra el peligro filibustero. En esa nota hacía severas críticas a la política seguida por el Gobierno de los Estados Unidos. Citemos algunos párrafos de tan importante comunicación:

"... Es inquestionable que esta Nación (Estados Unidos) se halla dominada por una pasión insaciable de engrandecimiento y de riqueza, que le imprime un movimiento creciente de expansión, y parece haber debilitado o adulterado en ella las nociones de lo justo y de lo injusto. De aquí nacen el indiferentismo, la connivencia, y aún la complicidad de los que guían la sociedad con el filibusterismo que brota en las clases inferiores. Este constituye una fuerza conquistadora, espontánea, nacional, que no repara en los medios, que cuenta con un seguro asilo de impunidad, si es repelida, y con que sus trofeos serán aceptos a la nación, su botín legitimado y ensalzadas sus piráticas proezas, si las corona la victoria. Desgraciadamente es preciso confesar que los Estados hispanoamericanos son demasiado débiles para servir de diques al torrente y que si podrán por sí solos luchar con esfuerzo, será con desventaja. La América Central ha sido hace algún tiempo objeto de proyectos de anexión, por las riquezas del suelo y por las facilidades que ofrece para la comunicación interoceánica. En vano Walker apareció en Nicaragua como auxiliar de una facción intestina, a la cabeza de una pequeña expedición filibustera que públicamente formó en California; él es impelido por el movimiento extraviado de esta nación, la representa, y tiende a la dominación absoluta y exclusiva del país. Así es que Walker botó pronto la máscara, que obra en su propio nombre, no reconoce Gobierno, y se ostenta como conquistador y pacificador de Nicaragua. Costa Rica había logrado, hasta aquí, gracias a su prudencia política, labrar su bienestar y avanzar modestamente a la sombra de la paz y el orden; pero siente que su porvenir e independencia están amenazados en la de Nicaragua. Teme, como Guatemala y El Salvador, que se multipliquen los aventureros de Walker, que dominen y anexasen Nicaragua, como ya se insinúa por la prensa; y que en seguida intenten sojuzgarlas. Acontecimientos consumados no dejan duda de que tal será el

curso de los futuros, si no son vigorosa y prontamente escarmentados los filibusteros en la América Central..." (7)

3.— A consecuencia de las noticias recibidas en Costa Rica acerca del mal estado de los asuntos políticos de Nicaragua, dispuso nuestro Gobierno el 2 de noviembre que el coronel José María Cañas, Comandante de Puntarenas, se trasladase nuevamente y a la brevedad posible, a la ciudad de Liberia a hacerse cargo interinamente de la Comandancia de armas y de la Gobernación del Departamento de Moravia, y le facultó para tomar todas las precauciones necesarias y dictar todas las providencias que conviniesen a efecto de poner a la República a cubierto de cualquier insulto que se le intentase hacer, y para dar hospitalidad en ella a todos los fugitivos que la pidiesen, concediéndola liberalmente sin inquirir el bando a que perteneciesen. Y como el Gobernador de Moravia, coronel Rudesindo Guardia, se encontraba en ese momento en uso de licencia, y por motivos de salud, en la ciudad de Alajuela, se le ordenó salir inmediatamente para Puntarenas, a hacerse cargo allí de la Comandancia y de la Gobernación mientras regresase el coronel Cañas.

En Costa Rica se creía en esos días muy posible un ataque a nuestro puerto de Puntarenas ya que para los filibusteros era muy fácil tomar en San Juan del Sur un vapor de la Compañía del Tránsito y venirse hacia dicho puerto. En vista de eso, nuestro Gobierno solicitó a los Gobiernos de la Gran Bretaña y Francia estacionasen un buque de guerra en el puerto de Puntarenas para proteger los intereses de los ciudadanos de aquellas naciones en este país, pues se estaba seguro de que con solo la presencia de un barco de guerra los filibusteros se abstendrían de realizar su ataque. En estas gestiones colaboraron eficientemente nuestros Representantes diplomáticos en Francia e Inglaterra, que lo eran respectivamente los señores Lafond y Wallerstein.

4.— La Guerra indudablemente se veía ya venir, y nuestro Gobierno tomaba todas las disposiciones que el caso requería. El 20 de noviembre lanzó el Presidente Mora su primera Proclama avisando que la paz del país estaba seriamente amenazada, señalaba el peligro que corrían todos los costarricenses, y los invitaba a estar alertas. "No interrumpáis vuestras nobles faenas —decía—, pero preparad vuestras armas" (8). Dos días más tarde, y por insinuación del Gobierno, el Obispo Llorente publicó un edicto en el cual hacía ver el peligro en que se encontraban la religión, las instituciones y la Patria (9).

5.— Al mismo tiempo que Walker trataba en Nicaragua de consolidar con éxito su poder, los Representantes diplomáticos de Centro América en Washington llevaban a cabo gestiones de gran trascendencia.

Don José Antonio Irisarri, Ministro de Guatemala y El Salvador, y don José de Marcoleta, Ministro del régimen caído de Nicaragua, junto con el Encargado de

Negocios de Costa Rica, acordaron dirigirse por separado y directamente al Gobierno de los Estados Unidos con el propósito de obligarlo a definirse. El primero que escribió fue Irisarri, el 30 de noviembre de 1855; el segundo fue Molina, que lo hizo el 6 de diciembre, y el tercero, Marcoleta, cuya carta llevaba fecha 8 de diciembre.

Los tres documentos contenían más o menos las mismas consideraciones y el mismo enérgico tono, como que sus autores estaban en perfecto acuerdo y seguían un mismo plan de ataque.

Veamos algunos conceptos de la nota de Molina al Secretario de Estado Mr. W. L. Marcy. En ella le decía que el Gobierno de Costa Rica esperaba que el Gobierno de los Estados Unidos no sería indiferente a lo que estaba sucediendo en Nicaragua "puesto que es el producto de un gran crimen complejo, multiforme, fraguado y comenzado a ejecutar dentro del territorio de los Estados Unidos y continuado sin interrupción en el ajeno por ciudadanos norteamericanos, con recursos, auxilios, y hasta cierto punto, con la fuerza moral de la Nación contra la existencia de Estados pacíficos y amigos".

Y más adelante agregaba: "La nacionalidad de los aventureros invasores de Nicaragua no es dudosa; ellos mismos se dicen y el mundo les tiene por Americanos del Norte; y aunque hayan perdido el derecho de ser protegidos por este Gobierno, su carácter nacional no puede perderse fácilmente; subsiste en rasgos profundamente grabados, manteniendo los lazos que los ligan a esta Nación, y, en concepto del infrascrito, subsisten sus deberes, no pudiendo concebir que se les eximiese de ellos por un crimen. Si hoy son negados por el Gobierno, ellos esperan, no sin fundamento, ser mañana recibidos, con los brazos abiertos, vestidos de gala para la anexión, y ser ensalzados, legitimando su botín. El infrascrito no cree necesario ocupar la preciosa atención del Honorable señor Marcy con la relación de hechos notorios, ni examinar si los atentados a que alude pueden tener origen en los Estados Unidos por deficiencia de las leyes o por omisión de las autoridades; le basta mostrar que existe un mal grave, no sólo para los pueblos débiles que amenaza destruir, sino también para la gran República en cuyo seno fermenta y se desarrolla el germen desmoralizador del filibusterismo, con desprecio de las autoridades, de las leyes, de las relaciones y compromisos internacionales y de los principios de eterna justicia que observan todas las naciones civilizadas.

"El Gobierno del infrascrito creería hacer una mortal ofensa al del Honorable Secretario de Estado, si no esperase de su justificación que sea el más severo en la calificación de los hechos y el último en sancionar con su reconocimiento de sus actuales efímeros resultados; y que, proporcionando los medios legales de represión a la intensidad del mal, dictará medidas eficaces para impedir que pase adelante en perjuicio de Costa Rica y de las demás Repúblicas de la América Central; y para que el pueblo nicaragüense pueda recobrar la libertad de gobernarse por sí.

"Al hacer esta solicitud en nombre de la justicia y de las relaciones de amistad que existen entre las Repúblicas de Costa Rica y de los Estados Unidos, el infrascrito no debe omitir el indicar con cuánta sorpresa ha leído en los diarios la participación que en los sucesos de Nicaragua ha tenido el Ministro de esta República, residente en Granada, hasta reconocer con no menos festinación que solemnidad y complacencia el

(7) "Documentos Relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes", Tipografía Nacional, San José, 1914, pág. 127 a 131.

(8) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, págs. 165 y 166.

(9) Este edicto se publicó en hoja suelta.

simulacro de Gobierno de los filibusteros. Bien ve el infrascrito que este acto no ha podido tener lugar en virtud de instrucciones especiales; pero el silencio del Gobierno de la Unión lo deja existente ante el público, y puede hacer creer a los incautos y mal inclinados, que los filibusteros obran con aprobación del mismo Gobierno. Esta creencia servirá para aumentar el número de los aventureros que amenazan ensangrentar toda la América Central.

"El que suscribe ruega al Honorable Secretario de Estado se sirva promover, lo más pronto posible, que el ilustrado Gobierno de la Unión marque, solemne y públicamente, con la nota de su reprobación la empresa filibustera comenzada en Nicaragua, sus sangrientas proezas e ilegítimos efímeros resultados, y desaprobando la conducta de su Ministro, dictando medidas eficaces para evitar que convertido aquel Estado en punto de reunión, sigan dirigiéndose a él filibusteros norteamericanos..." (10)

El Secretario de Estado Marcy contestó el día 6 de diciembre a Irisarri, y el día 10 a Molina y a Marcoleta, en términos más o menos similares.

A Molina le decía que la revolución de Nicaragua no se debía únicamente a la intervención armada de ciudadanos de los Estados Unidos, sino que éstos fueron llamados como auxiliares por ciudadanos de aquel país. Si al aceptar la invitación hubiesen infringido las leyes de los Estados Unidos, serían llamados a cuenta cuando regresasen. Agregaba que esos ciudadanos norteamericanos se habían ido en los vapores de San Francisco a San Juan del Sur, aparentando ser ciudadanos pacíficos que volvían a sus hogares en los Estados del Atlántico; al embarcarse, no había motivos para arrestarlos; sin embargo, cuando hubo sospechas, se detuvo a muchas personas a punto de partir de San Francisco para San Juan del Sur.

Con respecto al reconocimiento del nuevo Gobierno de Nicaragua por el Ministro norteamericano Mr. Wheeler, éste no sólo no fue autorizado para ello, sino que procedió contrariamente a las instrucciones recibidas (11).

6.— Las notas de los Ministros de Centro América al Departamento de Estado habían causado sensación en el ánimo, tanto de Mr. Marcy, como en el del Presidente de los Estados Unidos Mr. Franklin Pierce, quien dispuso condenar públicamente la empresa de Walker por medio de la siguiente proclama:

"Por cuanto he recibido informes de que algunas personas, ciudadanos de los Estados Unidos y otras residentes en ellos, se están preparando dentro de esta jurisdicción para enganchar, entrar ellos mismos, alquilar o persuadir a otros para efectuar expediciones militares al Estado de Nicaragua;

Por tanto: yo FRANKLIN PIERCE, Presidente de los Estados Unidos, prohíbo a todas las personas que se unan a cualquiera empresa de tal naturaleza, por ser esto contrario a sus deberes como buenos ciudadanos, contrario a las leyes de su país y amenazante para la paz de los Estados Unidos.

Amonesto a todas las personas que salgan de los Estados Unidos, sólo o en compañías numerosas, organizadas o sin organizar con tales objetos, que por la presente cesarán de tener derecho a la protección de este Gobierno.

Exhorto a todos los buenos ciudadanos a desacreditar o impedir tales empresas vergonzosas y criminales, encargando a todos los oficiales civiles y militares que tengan el poder legal, el ejercerlo con el objeto de mantener la autoridad y dar todo vigor a las leyes de los Estados Unidos.

Dada en la ciudad de Washington, a los ocho días del mes de diciembre de 1855 y ochenta de la independencia de los Estados Unidos."

(f) *Franklin Pierce* (12).

7.— Poco fue lo que hubo que esperar para apreciar en ese momento las intenciones del Presidente de los Estados Unidos, pues cabalmente en esos días de diciembre de 1855 llegó a Washington el filibustero Parker H. French, en calidad de Ministro del Gobierno de Nicaragua ante el Gobierno de los Estados Unidos.

El señor French solicitó el 19 de diciembre audiencia al Presidente Pierce, dirigiendo una comunicación al Secretario de Estado y acompañándole Carta autógrafa del Presidente Patricio Rivas, en que lo acreditaba como su Representante diplomático.

El señor Marcy le contestó el 21 de diciembre, manifestándole que el Presidente de los Estados Unidos de América le encargaba contestar su comunicación manifestándole "que todavía no ha encontrado motivo alguno para establecer relaciones diplomáticas con las personas que ahora pretenden ejercer el poder político en Nicaragua". Y agregaba: "Los que principalmente sirvieron de instrumento para suspender o derribar al Gobierno anterior de aquel Estado, no eran ciudadanos del mismo, ni ha llegado a mí noticias que esos ciudadanos, ni ninguna parte considerable de ellos, hayan manifestado libremente su aprobación o su aquiescencia al presente estado de los asuntos políticos de Nicaragua. Hasta que esto no se realice, el Presidente no juzga conveniente recibiros a vos ni a ningún otro en calidad de Ministro debidamente nombrado cerca de este Gobierno por el Supremo de Nicaragua" (13).

El Representante de Costa Rica, don Luis Molina, contribuyó en gran parte a hacer fracasar la misión de French en los Estados Unidos, pues habiendo sabido que éste había tenido cuentas con la justicia de ese país en época anterior, escribió a la Secretaría de Estado lo siguiente: "La desvergüenza de los filibusteros solamente es comparable con su confianza de escapar del castigo. Allí está el fugitivo French, quien viene con una misión pirática-diplomática, cerca del Gobierno de los Estados Unidos" (14).

Al enterarse del no recibimiento de French, Walker mostró gran indignación y ordenó al Presidente Rivas dictar el decreto de 22 de enero de 1856 por medio del cual suspendía en adelante toda comunicación oficial con el señor Wheeler, Ministro de los Estados Unidos en Granada, se revocaban los poderes concedidos a French y se le llamaba a Granada.

- (12) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, págs. 156 y 157.
(13) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, págs. 160 y 161.
(14) Carta de Molina a Marcy fechada el 20 de diciembre de 1855. "Diplomatic Correspondence", Manning, volume IV, pág. 489.

(10) "Documentos Relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes", Tipografía Nacional, San José, 1914, pág. 161 a 163.

(11) Obra citada, págs. 174 y 175.

Como Walker y Wheeler siguieron en sus íntimas relaciones, se ve claramente que ese decreto fue una simple pose del gobierno filibustero de Rivas, y que éste esperaba tiempos mejores para obtener su reconocimiento como en efecto lo obtuvo.

El historiador Montúfar nos dice que "la negativa del Gobierno de los Estados Unidos a reconocer como legítimo el Gobierno nicaragüense del señor Patricio Rivas, fue un acontecimiento de grande efecto en la política militante. Los legitimistas de Nicaragua se habían desanimado; los Gobiernos de Centro América creían imponente la invasión a Nicaragua, porque la juzgaban virtualmente apoyada en la Casa Blanca." (15)

La Proclama del Presidente Pierce y la negativa del recibimiento de Franch produjeron una reacción favorable en el ánimo de quienes veían ya con desaliento la empresa filibustera y se aprestaron a continuar su ataque con nuevos bríos.

8.— En sus comunicaciones a nuestro Gobierno don Luis Molina manifestaba en forma reiterada que había que expulsar violentamente a los filibusteros del territorio centroamericano, e insinuaba iniciar la guerra cuanto antes posible. La opinión de Molina pesaba mucho en el ánimo de nuestro Gobierno e indudablemente que fue uno de los factores más importantes en la decisión tomada por el Presidente Mora para llevar nuestros ejércitos a Nicaragua.

"Considero casi imposible, —decía Molina—, que Costa Rica pueda evitar la guerra y conservar sus derechos; y parece preciso que esté preparada a hacer su defensa en el terreno más conveniente" (16). "No puede confiarse; la defensiva es muy peligrosa posición; sea cual fuere el aspecto presente de las cosas, si duran algún tiempo, acarrearán la absorción de toda la América Central" (17). Más adelante decía: "Con unión, energía y prudencia, debemos probar nuestras fuerzas, sin dar lugar a que las del enemigo se aumenten y antes de ocurrir a otras. Una lucha noblemente sostenida, aunque fuese desgraciada, nos daría las simpatías del mundo; y es la base indispensable para que obren los demás en nuestro favor. La vacilación, tardanza, o desconcierto, arruinarán el país" (18). "Todo conduce a creer que la América Central no debe esperar su salvación, sino de sí misma, obrando con prontitud y concierto. Otras veces he tenido el honor de insinuar que la inacción y falta de unidad causarían la ruina de nuestro país; y no dudando que U.S. esté bien penetrado de esta verdad, que los hechos patentizan más y más cada día, me abstengo de insistir sobre el particular..." (19).

Más adelante le escribía Molina al Ministro Calvo que tenía noticias de que en París se tomaban gran interés en los sucesos de la América Central, con el sincero deseo de ayudar a mantener la independencia de sus habitantes, pero que probablemente ese deseo no asumiría una forma positiva sino cuando los pueblos interesados luchasen por

(15) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, pág. 163.

(16) "Documentos Relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes", Carta de Molina al Ministro Calvo de fecha 7 de diciembre de 1856, pág. 167 y 168.

(17) Carta de fecha 14 de diciembre de 1856, obra citada, pág. 178.

(18) Carta de fecha 22 de diciembre de 1856, obra citada, pág. 183.

(19) Carta de fecha 8 de enero de 1856, obra citada, pág. 213.

sacudir el yugo extranjero (20). Y el 4 de marzo de 1856, le decía: "Guerra de movimientos, de estrategia y sorpresas, acabará muy pronto con el enemigo" (21).

9.— Las acertadas gestiones de Molina en Washington, y las que aquí realizaba nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, don Joaquín Bernardo Calvo, fueron complementadas por las que en Europa llevaban a cabo don Gabriel Lafond de Lurcy, Representante de Costa Rica en Francia, y don Eduardo Wallerstein, nuestro Cónsul en Londres.

En Francia estuvo también durante varios meses don Adolfo Marie, sub-Secretario de Relaciones Exteriores de Costa Rica, quien ayudó eficazmente a Lafond en sus gestiones. Ambos consiguieron los servicios del capitán Pedro Barillier como instructor del ejército costarricense, y obtuvieron en febrero de 1856 que el Gobierno francés regalase al de Costa Rica una cierta cantidad de armas que fueron enviadas inmediatamente.

Wallerstein consiguió en febrero de 1856 que el Gobierno de Inglaterra decidiese facilitar a Costa Rica dos mil fusiles a un precio sumamente favorable.

Walker, quien interceptó la correspondencia que venía de Europa para nuestro país en marzo de 1856, encontró en ella la carta de Wallerstein, en que hablaba de esos fusiles; y además una nota de Mr. E. Hammond, sub-Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores de Inglaterra para Mr. Wallerstein fechada el 9 de febrero anterior, en la que le enteraba de que podían ser suministrados al Gobierno de Costa Rica esos dos mil fusiles.

Walker cita eso en su libro, y basado en esas noticias, y haciendo referencia a la actitud del Gobierno de Washington al no recibir a su Ministro French, dice: "Así que como a instancias de la Gran Bretaña y tácitamente alentada por los Estados Unidos, Costa Rica declaró la guerra a los americanos que estaban al servicio de Nicaragua" (22).

10.— Con fecha 17 de enero de 1856 William Walker dirigió al Presidente Mora la siguiente comunicación:

"El señor Jonas Glenton marcha a San José dentro de breves días, y aprovecho esta ocasión para decir a Ud. que se equivoca enteramente respecto a mi carácter si supone que yo abrigo pensamientos hostiles contra Centro América. He venido a Nicaragua con el objeto de mantener en ella el buen orden y el gobierno: créame Ud. que al decir esto, jamás me separaré de mis genuinas intenciones.

"Es cierto que mis planes y mi conducta se han interpretado malignamente, y siento que el Gobierno de Costa Rica haya atendido a las falsas inculpaciones de mis traidores enemigos. El tiempo y mi fiel historia vindicarán en adelante mi conducta: y tengo la esperanza de que V. E. no rechazará en lo más leve el hacer justicia a la causa que he sostenido.

(20) Carta de fecha 24 de febrero de 1856, obra citada, pág. 283.

(21) Obra citada, pág. 316 y 317.

(22) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 153.

Con fervientes y grandes deseos por la paz y buen acuerdo de las repúblicas hermanas de Costa Rica y Nicaragua, tengo el honor de ser de V.E. obediente servidor". — (f.) Wm. Walker. (23)

De más está decir que esta carta no fue contestada.

Con el propósito de proteger al puerto de Puntarenas de un posible ataque filibustero, el Presidente Mora dispuso por acuerdo del 24 de enero de 1856 que la guarnición de dicho puerto se aumentase hasta el número de cuarenta soldados al mando de dos oficiales de confianza que se tomarían de la guarnición de la capital, a quienes se les daría las instrucciones correspondientes para defender aquel puerto en el caso de ser atacado; uno de los oficiales que se mandaron a Puntarenas fue el subteniente don Santos Mora.

Además, se ordenó a la Comandancia de Puntarenas levantar en dicho puerto una compañía de cívicos hijos del país, o de extranjeros de responsabilidad que voluntariamente quisieran prestar ese servicio, la cual sería disciplinada por los oficiales de la guarnición, para lo que se le entregaría a cada soldado un fusil con su correspondiente fornitura.

11.— Walker editaba en Granada un periódico titulado "El Nicaragüense", en parte en inglés, para defender su política en Nicaragua. En las páginas de este periódico se hacían continuos y fuertes ataques al Gobierno de Costa Rica, y en forma especial, a don Juan Rafael Mora, que ya se vislumbraba allá como el más formidable adversario del filibusterismo.

Como una muestra de estos ataques a Mora, copiamos algunos conceptos aparecidos en un artículo de aquel periódico correspondiente al 2 de febrero de 1856 (24):

"... Costa Rica, un país bello privilegiado por la naturaleza y cuyos habitantes son esencialmente laboriosos, morigerados y pacíficos, está hoy regido por un Gobierno de que hasta ahora no ha habido ejemplo en la América Central.

"... Un Gobierno sin principios y sin leyes, que conculca las bases políticas de la nación y que pretende ser vitalicio haciéndose reelegir indefinidamente, absorbe las principales fuentes de la riqueza pública para llenar las arcas de una sola familia, de una sola casa: ataca directamente los principios sobre que descansa el sistema representativo, arrogándose facultades legislativas y judiciales, dejando aniquilada así la independencia de los poderes constituidos, que es la condición esencial de su existencia: ataca directamente la seguridad individual que es la base de las libertades públicas, encarcelando y desterrando a las personas sin el juicio previo que la Constitución exige: destruye la libertad de imprenta e impone pena de obras públicas al que hable mal de sus disposiciones: tiene establecido el espionaje en todos los ángulos de la República; premia la calumnia, protege la venalidad, amenaza y oprime al que no se le acerca, mantiene al pueblo en la ignorancia de sus derechos y garantías; y ¡ay de aquel

que procure inculcarle los principios en que aquéllos descansan! Todo es oscuro y misterioso en aquel círculo de maldad e ignorancia. La luz que allí se acerca, está sujeta a la más dura alternativa; o apaga su brillo entrando en aquella atmósfera inmundada, y es desde luego el blanco de los tiros que incesantemente se dirigen para que nadie alumbre aquel escenario tenebroso que jamás el pueblo penetrará con su vista.

"Se decanta como uno de los beneficios debidos al Sr. Mora, el haber sistemado la hacienda, construido caminos y edificios públicos. En cuanto a la hacienda, si se trata de la suya particular, es indudable que está sistemada del modo más conveniente que puede sugerir la codicia y el egoísmo: los hechos siguientes lo demuestran.

"Prohíbe el señor Mora la siembra del tabaco en la República, para que sus hermanos introduzcan el virginia y aseguren el monopolio de este ramo tan pingüe.

"Hace reconcentrar en un sólo punto la destilación del aguardiente, arruinando a muchos hacendados; y el Sr. Mora que ya tenía una hacienda de caña, la ensancha y manda traer máquinas a Europa, para ser él el único abastecedor, el sólo rematario de la fábrica de aguardiente.

"El Sr. Mora tiene de sueldo anual 5.000 pesos, y 6.000 para gastos extraordinarios cuyos objetos de inversión no se han detallado; dicen que son para recibir embajadores.

"La guardia de honor suya y de su hermano trabajan en sus haciendas prestando un servicio activo de campaña contra las malas yerbas; sus criados son militares pagados por la nación.

"El Sr. Mora tiene la mira de monopolizar el abasto de carne; y nos induce a creer esto, los bonitos negocios que ha hecho con sus novillos repastados. Cuando el chapulín invadió a Costa Rica, se decretó una contribución de 10 pesos a cada persona de tal o cual edad sin distinción entre acaudalados y propietarios; y se formó una junta para que se encargara de lo directivo y económico en la empresa de exterminar el chapulín. Sucedió pues, que necesitándose ganado, la junta compró todos los novillos del Presidente a 40 pesos, precio exorbitante, jamás visto allí aun en tiempo de mucha escasez; y no se crea que era por falta de ganado, porque concurrieron muchos vendedores ofreciendo el suyo a 25 y 30 pesos, y se les contestó que ya estaba comprado el del Presidente.

"Véase pues, con esto solo, si habrá economista que pueda contrastar con el Sr. Mora para eso de sistematizar haciendas; y tiene además una cualidad muy particular, que los grandes monopolios no distraen su atención, de la más pequeña ganga, como dice el vulgo: todo, todo entra en su plan, hasta los obsequios de los favorecidos, que de ordinario le tributan sus primicias.

"Crea destinos generalmente reputados como innecesarios, para dar una cuantiosa pensión a alguno de su familia: todos los Moras tienen destino en la República, en todos los rangos de la jerarquía administrativa; y aun en los encargos más ínfimos como de taquilleros etc., porque para todos hay Moras...

"Abrid los ojos, costarricenses: mirad vuestro tirano vitalicio, que no se sacia con vuestro sudor, ni con las ricas minas que ha usurpado. Cuatro años le faltan para concluir su período; y si vuestra demasiada tolerancia y apatía le permiten llegar al fin,

(23) "Boletín Oficial", Costa Rica, 20 de febrero de 1856.

(24) Este artículo fue reproducido por orden de don Juan Rafael Mora en el "Boletín Oficial" de Costa Rica, correspondiente al 23 de febrero de 1856.

cuidad al menos que no haya otro militar a quien el famoso José Joaquín Mora le diga: *hombre, nos pronunciamos por Juanito?*" (25).

12.— Ya hemos dicho que desde los últimos días del año 1855 nuestro Gobierno estaba decidido a emprender la guerra contra el filibusterismo, pero quiso, antes de iniciar las operaciones, conocer claramente cuál era la actitud de los demás países de Centro América, y asegurarse su colaboración.

El Gobierno de Honduras había proclamado su neutralidad manifestando la intención de no intervenir en los asuntos de Nicaragua. El Salvador se encontraba en vísperas de elecciones, y ese era el mayor problema que le preocupaba en ese momento. Guatemala era la que parecía más decidida a afrontar el grave asunto.

Al finalizar diciembre de 1855 nuestro Gobierno se dirigió a los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, haciéndoles ver lo inminente del peligro en que se hallaba Centro América y la necesidad de que los Gobiernos de estos Estados se aprestasen a la defensa y actuasen conjuntamente en la parte militar.

Un Comisionado especial del Gobierno de Guatemala, don Francisco Gavarrete, vino entonces a Costa Rica trayendo a nuestro Gobierno una importantísima carta suscrita por don Pedro de Aycinena, Ministro de Relaciones Exteriores de aquel país.

En ella se decía que Guatemala estaba convencida de que era necesaria una unión estrecha y una formal alianza para la defensa de la independencia de Centro América, y que estaba dispuesta a entrar en esta alianza. Proponíanse formalmente una reunión de Comisionados de los países de Centro América en la ciudad de Guatemala, y se manifestaba que igual proposición se hacía a El Salvador, y que en cuanto a Honduras, ya estaba en aquella ciudad un Comisionado del Gobierno de dicho país.

"Entretanto —decía el Ministro Aycinena— el Gobierno de Costa Rica puede contar como convenida y ajustada la alianza con Guatemala para defender su independencia y nacionalidad" (26).

La buena disposición del Gobierno de Guatemala expresada por medio de esta importante comunicación causó mucha alegría en los hombres que gobernaban nuestro país; Gavarrete fue recibido con grandes muestras de afecto, y él, en sus conversaciones, reiteró las seguridades del Gobierno de Guatemala en cuanto se refería a su colaboración militar.

Nuestro Gobierno contestó la nota de Guatemala diciendo que aceptaba el medio propuesto para el ajuste de un Tratado que estableciese las bases de una confederación militar. En dicha nota, nuestro Ministro Calvo decía: "De acuerdo en un todo Costa Rica con Guatemala, ve como convenida y ajustada su alianza para defender la integridad nacional Centroamericana y en cualquiera emergencia cumplirá lealmente con sus deberes de hermana y aliada" (27).

(25) Se hace referencia aquí a la caída del Presidente Castro en 1849, motivada por la amenaza de levantamiento del único cuartel de San José, cuyo comandante era el general José Manuel Quirós. Según una tradición, estas fueron las palabras que don José Joaquín Mora le dijo al general Quirós, proponiéndole el desconocimiento de Castro.

(26) "Documentos Relativos a la Guerra de 1856 y 57 con sus antecedentes", pág. 221.

(27) Obra citada, pág. 250.

Convencido el Gobierno de Costa Rica de que la colaboración inmediata de Guatemala sería un hecho, apresuró sus arreglos para iniciar la guerra. Además, era seguro que si Costa Rica y Guatemala comenzaban la campaña militar, serían secundadas por los Gobiernos de El Salvador y de Honduras.

Con fecha 29 de febrero, el Presidente Mora nombró al doctor Nazario Toledo como Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Guatemala, dándosele también el mismo cargo ante los Gobiernos de El Salvador y Honduras; como Secretario de esa misión fue nombrado el Licenciado Juan José Ulloa Solares. En la misma fecha les fueron dadas las instrucciones del caso (28). Ambos se embarcaron para Guatemala en los primeros días de marzo siguiente, en unión del señor Gavarrete, y cuando ya nuestras fuerzas habían salido para el Departamento de Moravia (Guanacaste). De esta manera el Comisionado de Guatemala podría informar a su Gobierno que él mismo había sido testigo de la movilización de nuestras fuerzas. Guatemala podía actuar, pues, con la entera seguridad de que los ejércitos de Costa Rica se encontraban ya en territorio nicaragüense. "Los compromisos contraídos por Guatemala eran de tal entidad, —decía más tarde el Presidente Mora—, las seguridades ofrecidas por su Comisionado don Francisco Gavarrete eran tan francas y leales al parecer, que nos apresuramos, temiendo llegar tarde. Ni el honor costarricense podía permitir que se le adelantaran, ni cabía en su buena fe faltar a sus aliados en el momento de la lucha" (29).

Al iniciar la campaña, el Presidente Mora estaba plenamente optimista; la liquidación de los filibusteros parecía segura. Costa Rica atacaría la vía del Tránsito, que Walker y sus hombres no podrían defender porque las fuerzas de Guatemala atacarían a su vez por los puertos del Pacífico; también vendrían las tropas de El Salvador y de Honduras. Y si a todo esto se agregaba el que los nicaragüenses, como creía Mora, se levantarían contra sus opresores apenas viesen que sus hermanos llegaban a ayudarles, la guerra habría de terminar en muy poco tiempo con el completo exterminio de los filibusteros.

Con estas ideas, profundamente convencido de ello, marchó Mora a Nicaragua. Pero muy pronto habría de sufrir una tremenda decepción. En vano esperó que apareciesen los ejércitos aliados en Nicaragua; en vano esperó también que el pueblo nicaragüense se levantara contra sus opresores.

El Presidente Carrera parecía haber cambiado de opinión en pocos días, y cuando nuestro Ministro Toledo llegó a Guatemala encontró que el Gobierno de ese país ya no era partidario de hacer la alianza militar y no se definía con claridad en cuanto a iniciar la guerra.

El Presidente Mora atribuyó este cambio de actitud al hecho de que el gobierno filibustero de Nicaragua había enviado Comisionados a Carrera para convencerlo de las buenas intenciones de Walker y de la Falange.

El Ministro de Costa Rica en Guatemala encontró una completa frialdad en cuanto al cumplimiento de las promesas hechas, una completa ambigüedad en la

(28) Estas instrucciones pueden leerse en la obra citada, página 295 a 302.

(29) Carta de Mora al Dr. Toledo, de 8 de mayo de 1856.

conducta del Gobierno de aquel país, y no hubo Pacto por lo tanto, ni se firmó nada en absoluto. Así lo informó en sus cartas el doctor Toledo a nuestro Gobierno, motivo por el que se le dió más tarde la orden de regresar al país.

CAPITULO IV

1.— Misión de Schlessinger. 2.— Costa Rica teme una invasión filibustera. 3.— Mora convoca al Congreso y éste lo autoriza para hacer la guerra. 4.— Se eleva el número del ejército nacional. 5.— Decreto de Mora declarando la guerra. 6.— Decretos disponiendo empréstitos nacionales. 7.— Segunda proclama del Presidente Mora. 8.— Guarniciones de Walker en el Tránsito. 9.— Nuestro Gobierno decide impedir el tránsito de los vapores en el río y en el lago. 10.— Se reúne el ejército nacional. 11.— Salida de nuestro ejército. 12.— El Presidente Mora acompaña al ejército. 13.— Se envía un destacamento a San Carlos. 14.— Se acuerda iniciar operaciones en el Sarapiquí. 15.— Nicaragua declara la guerra a Costa Rica. 16.— Batalla de Santa Rosa. Importante y completa relación del historiador don Carlos Meléndez. 17.— Los fusilamientos de Liberia; opinión del benemérito don Ricardo Fernández Guardia.

1.— Ante la actitud de Costa Rica, decidió Walker enviar a este país un Comisionado, y escogió para ello al coronel Luis Schlessinger.

Con fecha 9 de febrero de 1856 dictó el gobierno de Nicaragua un Decreto que decía:

“Deseando el Gobierno saber de una manera positiva los motivos por qué el Supremo Gobierno de Costa Rica ha suspendido toda comunicación oficial con la administración actual de Nicaragua desde su instalación: considerando que una escisión de esa naturaleza produce perjudiciales consecuencias y pugna abiertamente con los intereses y mutua conveniencia de los pueblos de Costa Rica y Nicaragua, Decreta:

Nómbrese al señor coronel Luis Schlessinger, comisionado especial cerca del Gobierno de aquella República, para que recabe de aquel Gabinete una franca explicación sobre la política que ha estado observando con respecto del actual Gobierno de Nicaragua, arreglándose en un todo a instrucciones competentes que al efecto se le darán”.

Acompañando a Schlessinger venían el coronel Manuel Argüello Arce y el Capitán W. A. Sutter. El 12 de febrero, y desde el puerto de la Virgen, Schlessinger escribió una carta a nuestro Ministro de Relaciones Exteriores comunicándole que habiendo sido nombrado Comisionado de su Gobierno, se había puesto en camino para Costa Rica.

El día 15 llegaron a Liberia, donde fueron atendidos por el Gobernador, y permanecieron cuatro días.

Mientras tanto nuestro Gobierno se enteró de la presencia de los comisionados y dispuso no recibir a Schlessinger, y con fecha 20 de febrero dio orden al Gobernador de Puntarenas para que apenas llegasen a Puntarenas les comunicase que debían abandonar inmediatamente el territorio nacional.

Schlessinger llegó a Puntarenas el 21 de febrero a las diez de la mañana, e inmediatamente el coronel don Rudesindo Guardia, quien servía la posición de Comandante y Gobernador de ese puerto, le notificó las órdenes del Gobierno (1).

Schlessinger escribió entonces con fecha 21 de febrero una insolente carta al Ministro de Relaciones Exteriores en que le daba detalles de su viaje desde que salió de La Virgen y llegó al Departamento de Guanacaste "territorio de Nicaragua actualmente ocupado por Costa Rica". Protestaba por el trato que había recibido y de la actitud de nuestro Gobierno al no recibirlo, ya que en todos los países se recibe siempre a los Comisionados, aunque fuesen de Gobiernos no reconocidos.

En su carta había serias amenazas. "Mi gobierno, —decía—, estaba en paz actual hasta el día de hoy..." "Mi Gobierno no es ni será responsable de los males consiguientes... y hará conservar su dignidad y sentir su poder al Gobierno de Costa Rica y a cualesquiera otros que no admitan las relaciones amigables que con todos ha procurado cultivar..." (2)

La situación se había tornado ya gravísima, y el Presidente Mora comprendía que apenas Walker se enterase de la expulsión de su Comisionado reaccionaría enviando fuerzas filibusteras hacia nuestro país.

El "Boletín Oficial" afirmaba que Schlessinger había jurado que "ya que Costa Rica no quería la paz que le venía a ofrecer, le traería la guerra lo mismo que a Guatemala" (3). En su carta Schlessinger había dicho algo que a Mora, a los hombres de su gobierno y a los costarricenses en general, preocupaba mucho: que Guanacaste era territorio de Nicaragua ocupado por Costa Rica. Véase con claridad que Walker deseaba abrir la vieja controversia y que se proponía reclamar la posesión de ese territorio. Costa Rica no habría de permitir que se pusiesen en duda sus derechos sobre ese Departamento y menos que se le tratase de arrebatar.

Confirmó las sospechas de nuestro Gobierno sobre las intenciones de Walker, la carta que el Presidente de Nicaragua don Patricio Rivas escribió a Schlessinger y que dirigió a San José creyéndolo bien acomodado en nuestra capital, la cual fue interceptada por nuestras autoridades. Tiene fecha 23 de febrero, y en ella le decía:

"... No quiero excusarme de referir a Ud., que exija del Gobierno de esa República una resolución franca y categórica sobre la cuestión del Guanacaste: esto es, si piensa seguirlo ocupando contra la voluntad de su dueño, o está dispuesto a entrar en un arreglo justo y armonioso; en este último caso, excite Ud. al referido Gobierno, a que haga sus proposiciones; pero en uno o en otro evento, que su contestación sea de una manera terminante y definitiva, porque no estamos para pasar el tiempo en

- (1) El Coronel Argüello se quedó en Costa Rica y se incorporó a nuestro ejército para pelear contra Walker.
- (2) Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes, págs. 277 a 279.
- (3) "Boletín Oficial" 23 de febrero de 1856.

polémicas infructuosas. Usted conoce nuestra proposición, y sabe cómo deben tratarse estos asuntos, y eso me basta..." (4)

2.— Puede decirse que el asunto de Schlessinger fue lo que adelantó la declaratoria de guerra; la carta de Rivas, recibida en San José después de esa declaratoria, convenció al Gobierno de que los preparativos para la movilización debían hacerse con la mayor rapidez posible. Don Luis Molina había tenido mucha razón en decir que no había que demorarse, sino actuar en la forma más rápida.

El 26 de febrero, y temiéndose inminente la invasión por el Departamento de Moravia o un ataque al puerto de Puntarenas, el Gobierno dispuso que el comandante de Moravia levantara inmediatamente toda la fuerza de la Provincia o la que creyere conveniente y bastante para defender el país de la invasión con que le amenazaban los filibusteros por las fronteras de Nicaragua.

Ese mismo día se dispuso dar de alta inmediatamente a un batallón de quinientos hombres con sus respectivos oficiales sacados de las milicias de San José y de Cartago, el cual marcharía el jueves 28 hacia Puntarenas para resguardar dicho puerto. Comandante de ese batallón fue nombrado el coronel Florencio Xatruch, militar hondureño que había peleado en Nicaragua contra Walker y que luego se había refugiado en Costa Rica, y como segundo jefe el Sargento Mayor Clodomiro Escalante; ambos se pondrían a las órdenes del Barón Alejandro de Bulow, nombrado Jefe de operaciones para la defensa de dicho puerto con el grado de coronel efectivo.

3.— Mora estaba dispuesto a iniciar la guerra lo más pronto posible, y creía firmemente en el triunfo de las armas costarricenses sobre las huestes filibusteras. Además, se encontraba seguro de que los Gobiernos de las otras Repúblicas de la América Central lo secundarían en su actitud. Pero para que esos Gobiernos se decidieran era necesario que alguno comenzase las operaciones. Mora quiso ser el primero.

También creía Mora que cuando los ejércitos costarricenses entrasen en el territorio de Nicaragua, los nicaragüenses se levantarían contra Walker. Don Juan Rafael Mora se equivocó totalmente, pues las cosas se presentaron muy distintas. Ni los nicaragüenses se levantaron contra los filibusteros, ni los ejércitos aliados de Centro América aparecieron. Los ejércitos de Costa Rica se vieron solos en Nicaragua.

Firme en sus ideas optimistas, el Presidente Mora, por decreto de 25 de febrero de 1856, convocó extraordinariamente al Congreso para las doce horas del día siguiente. En esa sesión el Poder Ejecutivo presentó a conocimiento de los diputados el importante documento que copiamos a continuación:

"Excelentísimo Congreso.

"A consecuencia de la división intestina de la República de Nicaragua, de que informé a V.E. en la memoria de 8 de mayo del año próximo pasado, y habiendo

- (4) "Documentos Relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes", págs. 281 y 282.

llegado el que allá se llamaba partido democrático a un grado de obsecación y de perfidia inconcebibles con el verdadero patriotismo y con el presentimiento general de sucesos posteriores ruinosos al país, fue introducida en aquella República una zahurda de aventureros extraños acaudillados por el coronel Walker, que tomó por sorpresa la ciudad de Granada, e hizo firmar al General de las tropas del Gobierno el 23 de octubre un tratado que se llamó de paz; pero que en realidad no era sino de esclavitud y de exterminio sobre aquellos infelices pueblos; tratado que tenía por objeto disponer de los destinos de Nicaragua y un poco después de los de toda la América Central; tratado en fin que hacía de Nicaragua el Cuartel General donde debían reunirse hombres sin Dios, sin Patria, y sin leyes para arrancarnos más tarde nuestra independencia, nuestras propiedades, nuestras esposas, y nuestros hijos. En efecto desde que el caudillo filibustero se hizo dueño de Nicaragua creando allí a su modo un Gobierno calculado para sus miras, sobre haber derramado la sangre de dos ilustres víctimas, estableció el terror y el espionaje, ha exprimido con fuertes exacciones el sudor de aquellos habitantes, ha monopolizado aun los artículos de primera necesidad, y ha llamado en su auxilio nuevos aventureros de California y de los Estados Unidos para ensanchar su poder y llevar adelante el gran proyecto de dominar a Centro América sumiendo en la más triste esclavitud a los nacionales y reemplazándoles con las heces de otras regiones, según así se deja ver por todas las publicaciones que han circulado.

"El Poder Ejecutivo de Costa Rica fiel a sus principios, fiel a la Constitución y atento a los derechos e intereses de los pueblos, cuyo bienestar le han confiado las leyes, no sólo no ha estimado conveniente reconocer el que se llama Gobierno en Nicaragua establecido por usurpadores extraños, sino que se ha abstenido de toda comunicación con él y con el caudillo de semejantes usurpadores. Otro tanto ha hecho el Gobierno Supremo de Guatemala; y aunque los del Salvador y Honduras dieron contestación por la primera vez a la noticia oficial de haberse instalado un Gobierno Provisorio en Granada, posteriormente se han abstenido de toda relación con el mentado Gobierno; por manera que se le ha desconocido absolutamente en Centro América porque en todas partes se forma igual juicio que en Costa Rica respecto de la intención de los aventureros y de la ilegitimidad del que en Nicaragua llaman Gobierno Provisorio. Este es también el juicio que se ha formado en el Gabinete de Washington donde no fue reconocido dicho Gobierno ni el encargado de representarlo ante el de la Unión Americana, como consta de comunicaciones oficiales que han circulado.

"Convenido pues el Poder Ejecutivo de estar amenazada nuestra Independencia y Nacionalidad, acordó dirigir a los Gobiernos de Guatemala, Salvador y Honduras la comunicación que contiene la copia No. 1 la cual fue contestada por los dos primeros como se registra en el duplicado que vino del Ministerio de Guatemala que señala el No. 2 y en la adjunta copia No. 3. De Honduras aún no se ha recibido contestación alguna, sin duda por la dificultad que hay en las relaciones con aquella República. Sin embargo sabe el Poder Ejecutivo que sus sentimientos están de acuerdo con los de Guatemala y Salvador y que llegado el caso prestará su cooperación a la defensa común y al restablecimiento de la nacionalidad de Nicaragua. Tanto estos antecedentes como otros datos exactos que tiene el Poder Ejecutivo le hacen creer que los Gobiernos expresados se hallan dispuestos a vindicar a todo trance el honor Centroamericano y a

mantener con todo su poder la Independencia General y la de cada Estado en particular venciendo todas las dificultades hasta consolidar la paz a costa de cualquier sacrificio.

"De otra parte, debo informar a V.E. que el jefe de los filibusteros que ocupan a Nicaragua con la mira de adormecer al Gobierno de esta República acreditó un Ministro cerca de éste, el cual mandé se le hiciese regresar de Puntarenas inmediatamente, pues no podía admitirlo sin menoscabo del honor nacional y sin comprometer su alta responsabilidad con los pueblos y con los demás Gobiernos de Centro América que están decididos a hacer la guerra a los enunciados aventureros. Este desaire y otros muchos motivos unidos a los conatos que tienen de conquista y esclavitud de la República, decidirá a esa horda de foragidos a principiar las hostilidades dentro de muy pocos días sobre nuestras fronteras y así lo revela el documento señalado con el No. 4. Es de consiguiente muy grande el riesgo que corre la Independencia y bienestar de la República; las actuales circunstancias son, puede decirse, las más críticas que se han presentado al país, pues no hace relación de otras semejantes en nuestros anales; y es por lo mismo necesario, absolutamente necesario, obrar con prontitud y energía, con valor y oportunidad y con la previsión conveniente para salvar el país del inminente peligro que le amenaza de perder su nacionalidad, sus derechos y los más caros objetos que en general y particularmente interesan a sus hijos. Pero aún suponiendo que no sea muy presto inquietada nuestra República, siempre corre el riesgo de serlo dentro de pocos meses, y en todo caso debe ocurrir a su defensa en combinación con los otros de Centro América comenzando las operaciones para arrojar de Nicaragua los advenedizos aventureros que se han apoderado del territorio de aquel Estado, y en el cual ejercen una dominación absoluta, degradante al extremo para los nacionales. Con tan importante objeto están de acuerdo como he dicho los Gobiernos de Guatemala, Salvador y Honduras y prontos a contribuir con sus fuerzas, particularmente el de Guatemala, que ha dado repetidas pruebas de simpatía por Costa Rica y que para probar su adhesión y estrechar sus relaciones dirigió a esta Capital un Comisionado especial; Comisionado que ha sabido desempeñar dignamente su encargo y que se ha granjeado todas las atenciones y benevolencia de los miembros de la Administración y de los demás ciudadanos que han tenido el honor de tratarle.

"Conoce el Poder Ejecutivo que es ardua la empresa de reconquistar en favor de Nicaragua sus derechos usurpados y de asegurar para siempre la Independencia de Centro América y la integridad de su territorio; pero en la convicción de que es menos cualquier sacrificio de parte de la Nación que entregarla a la esclavitud, no considera que haya otro arbitrio en circunstancias tan apuradas que tomar las armas y no dejarlas hasta obtener el triunfo sobre los enemigos de nuestra Independencia y de nuestra raza y hasta tocar en el feliz término que se desea. Si las operaciones de parte de las fuerzas combinadas comienzan dentro de pocos días, los filibusteros en Nicaragua harían muy poca resistencia por tener todavía pocos recursos y porque según noticias fidedignas adquiridas privadamente, el pueblo de aquella República, en el momento que cuente con apoyo en alguno de los Estados hermanos, está listo a sublevarse contra sus opresores y tomar las armas, contra ellos. Si se deja transcurrir el tiempo, cualquiera esfuerzo posterior será tal vez demasiado tarde, y la Independencia y la libertad de Centro América desaparecerá para siempre.

"Confía el Poder Ejecutivo en el patriotismo de los habitantes de la República para hacer su defensa con buen éxito: confía en la ilustrada decisión de los Representantes del pueblo que auxiliará con su poder y su influjo tan apremiante como heroica empresa; y con la esperanza en la protección del cielo dictará el Ejecutivo las providencias convenientes para entrar en la Campaña de que se promete felices resultados; mas para poner en acción toda providencia, toda medida que en cualquier concepto sea necesario tomar con tan importantes miras, no considera suficiente la facultad que le concede la fracción 21 artículo 77 de la Constitución.

"En consecuencia pues el Poder Ejecutivo animado de los mejores sentimientos por la causa de Centro América y por el bien de Costa Rica, pide a V.E. facultades omnímodas para obrar en el estado actual de cosas como lo exijan las circunstancias y lo demande el peligro que nos amenaza. Sabrá el Ejecutivo hacer uso de estas facultades con la circunspección que le es característica y obtenido el triunfo y asegurada la paz de Centro América, dará cuenta a la Representación de cuanto hubiese practicado en virtud de dichas facultades, devolviéndolas para entrar en el régimen normal de los pueblos.

"Lo expuesto me ha prevenido el Ejecutivo manifieste a V.E. para la deliberación que corresponde en las presentes sesiones extraordinarias". (5)

Este documento lleva fecha 26 de febrero de 1856 y está suscrito por el Ministro de Gobernación, don Joaquín Bernardo Calvo.

El Congreso le dio su aprobación en forma unánime e inmediatamente dictó el decreto que lleva fecha 27 de febrero, por medio del cual se autorizaba omnímodamente al Poder Ejecutivo para llevar a cabo la guerra a Nicaragua, sólo o en unión de los demás Gobiernos de Centro América, para libertar a sus habitantes de la opresión de los filibusteros y arrojar a éstos del suelo de la América Central, y para que, en consecuencia, dictase todas las providencias que estuviesen a su alcance con el objeto indicado.

4.— Las fuerzas de las Provincias de San José y de Cartago se encontraban ya organizadas, y las del Departamento de Moravia las había organizado el general Cajas.

El mismo 27 de febrero Mora dictó un decreto elevando a nueve mil hombres el ejército nacional, y disponiendo que se organizaran divisiones de mil hombres, una en Alajuela y otra en Heredia. Para levantar estas fuerzas, el Gobierno nombró ese mismo día Comisiones compuestas, en Heredia, de los señores José María Zamora, Paulino Ortiz y Pedro Ulloa, y en Alajuela, de los señores Florentino Alfaro, Juan Alfaro Ruiz y Rafael Orozco. Los Gobernadores de dichas Provincias deberían auxiliar esas Comisiones presentándoles los individuos que tuviesen las calidades para el servicio militar, dando en primer lugar la preferencia en la conscripción a los jóvenes solteros de diecisiete años arriba; en segundo lugar, a los casados sin hijos, y en tercero, a los padres de una familia poco numerosa.

En los citados lugares hubo dificultad para levantar los mil hombres que en cada uno debían reclutarse, por encontrarse ocupados todos los hombres útiles en el acarreo

de café a Puntarenas. Por lo tanto, y con el propósito de que el comercio no sufriese, se instruyó a las Comisiones encargadas de la organización de dichas fuerzas, para que las redujesen a 500 hombres cada una, debiéndose completar el número señalado cuando las circunstancias enunciadas variasen.

5.— Con fecha 28 de febrero dictó el Presidente Mora el siguiente importantísimo Decreto:

"Juan Rafael Mora, Presidente de la República de Costa Rica

CONSIDERANDO:

Que según todos los antecedentes, comunicaciones y noticias que existen en el Despacho del Gobierno, está próximamente amenazada la independencia de esta República y la de las otras de Centro América, por la horda de filibusteros que se ha apoderado ya de los pueblos de Nicaragua; y

Que es de la más apremiante necesidad no sólo defender los derechos patrios aquí, sino arrojar de Nicaragua al enemigo común, y cooperar con los Gobiernos aliados a sostener la independencia absoluta de la América Central y la integridad de su territorio, en uso de las facultades omnímodas de que estoy investido, declaro y

DECRETO:

Art. 1º— La República de Costa Rica no reconoce misión alguna legítima en el que actualmente se llama Gobierno Provisorio de Nicaragua, creado allí por los aventureros que le dominan; y antes bien tomará las armas para defender a los nacionales de aquella República, hermana y amiga de ésta, de la ominosa opresión y servidumbre en que los tienen nuestros enemigos, hasta arrojar a éstos del suelo nicaragüense y del de toda la América Central.

Art. 2º— Con tan importante fin se pondrá inmediatamente en acción el ejército de la República, y tanto los Costarricenses como los Centroamericanos que residen en ella, están obligados a tomar las armas en las presentes circunstancias, y a dar todos los auxilios que se necesiten hasta restablecer la nacionalidad de Nicaragua, y afianzar la independencia de la América Central.

Art. 3º— Toda persona que directa o indirectamente auxiliare al enemigo con víveres, caballos, armas o cualquiera otro elemento, o se pusiese en comunicación con él, dándole noticias, circulando especies falsas o que de cualquiera otra manera perjudique la acción del ejército o de alguna de sus divisiones, o negare a las Autoridades alguno de los recursos que necesita el Gobierno para la campaña, incurrirá en las penas que las leyes imponen a semejantes delitos, y por el mismo hecho quedará sujeta al rigor de las ordenanzas militares.

Art. 4º— Todas las Autoridades de las provincias, cantones y distritos tienen obligación estrecha de proveer de los recursos que necesite el Gobierno para sostener el

ejército en la campaña que se prepara, y los pueblos deben proporcionar sin demora las provisiones que se les pidan, cualesquiera que sean.

Art. 5º— Por lo demás, continuarán en el ejercicio libre de sus funciones, con arreglo a las leyes, tanto las Autoridades supremas de la República, como los Tribunales, Corporaciones y empleados superiores y subalternos.

Dado en el Palacio Nacional, en San José a los veintiocho días del mes de Febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Relaciones
y Gobernación
Joaquín Bernardo Calvo

El Ministro de
Hacienda y Guerra
Manuel J. Carazo (6).

6.— El 28 de febrero dictó Mora dos decretos en que dispuso levantar un empréstito nacional de cien mil pesos, recogido entre los capitalistas nacionales en esta forma: cuarenta y cinco mil pesos corresponderían a San José; veinte mil pesos a Cartago y Heredia; y quince mil pesos a Alajuela.

Para levantar dicho empréstito fueron nombradas las siguientes comisiones: En San José, Vicente Aguilar (Gobernador), Mariano Montealegre, Manuel Mora Fernández, Luz Blanco y Eusebio Rodríguez. En Cartago, José María García (Gobernador), Félix Sancho, Francisco María Oreamuno, Manuel Jiménez y Tranquilino Bonilla. En Heredia, José María Zamora (Gobernador), Paulino Ortiz, Juan González, Juan María Solera y Joaquín Flores. En Alajuela, Ramón González (Gobernador), Ignacio Saborío, Manuel Castro, José María Alfaro y Juan Pablo Méndez.

Estas comisiones fijarían el monto de la suma con que deberían contribuir para el empréstito cada uno de los ciudadanos que ellas escogiesen, a quienes se les reconocería el uno por ciento mensual. Cada uno de los prestamistas estaba obligado a enterar en la Administración Principal la mitad de la suma que le hubiese correspondido lo más tarde el 15 de marzo, y la otra mitad el día último del mismo mes. Los que no enterasen en las fechas señaladas las cantidades que se les hubiese asignado, incurrirían de hecho en la pena del duplo, por la cual serían inmediatamente ejecutados, y perderían además el derecho de cobrar interés por las cantidades prestadas.

7.— El 1º de marzo dirigió Mora a todos los habitantes de Costa Rica la bellísima y vibrante Proclama que, aunque muy conocida, no podemos dejar de transcribir:

(6) . "Boletín Oficial", 1º de marzo de 1856.

"¡Compatriotas!

¡A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud: marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra; no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No. Vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inicua tiranía, vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles: "Hermanos de Nicaragua, levantaos! , aniquilad a vuestros opresores. ¡Aquí venimos a pelear a vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria! ¡Unión nicaragüenses, unión! Inmolad para siempre vuestros enconos. ¡No más partidos, no más discordias fratricidas! ¡Paz, justicia y libertad para todos! ¡Guerra sólo a los filibusteros! ”.

A la lid, pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes nos harán invencibles. Al pelear por la salvación de nuestros hermanos, combatiremos también por ellas, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada y la independencia hispanoamericana.

Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa: el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana". (7)

8.— Desde que Walker puso los pies en Nicaragua, una de sus más grandes aspiraciones fue la de apoderarse de los vapores de la vía del Tránsito.

En su libro él dice que su política invariable "era llegar tan cerca del Tránsito como fuera posible, a fin de reclutar entre los pasajeros que iban para California o los que de allá venían, así como para tener medios de comunicación rápidos y fáciles con los Estados Unidos. En cuanto a la Falange era ocioso malgastar sus energías y fuerzas en una campaña que no llevase el camino del Tránsito" (8). Y más adelante agrega: "Resultaba de capital importancia poner el Tránsito en manos de quienes por toda clase de consideraciones estuviesen interesados en asegurar la estabilidad del nuevo orden de cosas... Para los americanos el dominio del Tránsito significaba el dominio de Nicaragua... Por consiguiente, todo el que aspire a tener asegurada a Nicaragua debe cuidarse de que la navegación del lago esté bajo el dominio de sus amigos más fieles y de mayor confianza." (9).

(7) "Boletín Oficial", 1º de marzo de 1856.

(8) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", págs. 60 y 61.

(9) Walker, William, obra citada, pág. 136.

Ya hemos dicho en páginas anteriores cómo Walker realizó sus propósitos y se apoderó de la vía del Tránsito. Para asegurarla, colocó guarniciones en el Fuerte de San Carlos, en el Castillo Viejo y en la desembocadura del río Sarapiquí, o sea en el lugar llamado La Trinidad o Punto Hipp.

Esta última guarnición filibustera interrumpía la comunicación entre San José y el puerto de San Juan del Norte, ya que el camino nuestro era el río Sarapiquí. Dos veces por mes llegaba por esa ruta el correo procedente de Europa, pero desde que La Trinidad fue ocupada por los filibusteros ya los costarricenses tuvieron serias molestias. Así, por ejemplo, el 16 de marzo fue detenido en ese lugar el posta que conducía la correspondencia que venía para la capital, don Manuel Gutiérrez, a quien se le dejó días más tarde continuar su camino, pero sin la correspondencia que le fue decomisada (10); en esa correspondencia fue donde Walker encontró las cartas de Wallerstein a que hicimos referencia anteriormente.

9.— Una de las primeras disposiciones que tomó nuestro Gobierno al iniciar la guerra fue la de tratar de impedir el movimiento de los vapores en el río San Juan. Al efecto, con fecha 3 de marzo, el ministro don Joaquín Bernardo Calvo dirigió una enérgica nota al señor J. N. Scott, Agente de la Compañía en San Juan del Norte, manifestándole que en vista de que los vapores de la Compañía eran conductores de filibusteros, el Gobierno de Costa Rica prevenía a la Compañía de que mientras durasen las hostilidades debería quedar suspendido el tránsito de esos vapores, tanto en el río San Juan como en el lago, y que en caso de que se contraviniese esta disposición, el Gobierno estaba dispuesto a usar de cuantos medios estuviesen a su alcance para impedirlo, no haciéndose responsable de las consecuencias; y para que no pudiese alegarse ignorancia, se remitía copia de esta certificación a los Consules y Gobiernos extranjeros. (11)

El Presidente de la Compañía, Mr. Cornelius Vanderbilt, en carta dirigida a don Luis Molina, y fechada el 5 de abril siguiente, le decía que las afirmaciones de que la Compañía estaba empeñada en el transporte de filibusteros en sus vapores de los océanos eran completamente falsas, y agregaba: "Sin embargo debo admitir que era muy natural de parte de su Gobierno el tener este concepto equivocado. Estoy informado que desde algunos meses se habían ocupado los Agentes de la Compañía en mandar gente para Walker, sin el consentimiento o la inteligencia de la Compañía". (12). La carta de Vanderbilt, como se ve, a pesar de las contradicciones, ratifica el hecho de que era cierto que entraban refuerzos filibusteros en Nicaragua por medio de los vapores de la Compañía del Tránsito.

(10) Al señor Gutiérrez le fue entregado el siguiente documento: "Hipp's Point y 18 de marzo de 1856. —Certifico haber quitado de Manuel Cucheres el día 16 del corriente todos los costales del correo que llevaba viéndose a S. José, Capital de la República de Costa Rica: Dichos costales traía de San Juan del Norte. Se le doy este certificado para que el Administrador de correos de dicha República no venga a creer que él les había abierto o robado. — Juan M. Baldwin, Teniente Comandante de la horqueta de los ríos San Juan y Cherepíquí".

(11) "Boletín Oficial", 8 de marzo de 1856.

(12) "Boletín Oficial", 10 de mayo de 1856.

10.— El ejército expedicionario se reunió en la Plaza Mayor de San José, hoy Parque Central, a las cuatro de la tarde del día 3 de marzo de 1856. Allí estaba lo más valioso de la juventud costarricense dispuesta a sacrificarse por la independencia de Centro América. Entre los oficiales se encontraban personas de lo más distinguido del país.

A las cinco de la tarde se presentó el Presidente Mora, acompañado de sus Ministros don Manuel José Carazo y don Joaquín Bernardo Calvo, del Comandante General don José Joaquín Mora, del obispo Anselmo Llorente y Lafuente, y de muchas otras personas importantes.

El Presidente dijo algunas frases henchidas de fervor patriótico a aquel ejército improvisado, y luego el obispo leyó un discurso que traía preparado y le dio sus bendiciones a la tropa. (13)

A continuación se les comunicó a todos que el ejército expedicionario saldría rumbo al Norte temprano de la mañana del día siguiente.

11.— En efecto, el día 4 en la mañana se puso en marcha aquel ejército al mando del general José Joaquín Mora, y se llegó esa tarde hasta la Garita, donde se pernoctó; el día 5 se llegó hasta San Mateo, después de haberse pasado el trecho más dificultoso del camino; el día 6 se llegó a Esparza, donde quedó una parte del ejército, mientras que la otra continuó el día 7 hasta Puntarenas.

Para llegar a Nicaragua las tropas tenían que atravesar el Departamento de Moravia, embarcándose en Puntarenas para atreverse el Golfo de Nicoya. La población de Puntarenas recibió cálidamente a los soldados; los extranjeros residentes en el puerto hicieron distintos ofrecimientos al Gobierno.

No habiendo botes suficientes se presentaron grandes dificultades para el traslado de esas tropas a Moravia, a pesar de que el capitán Le Lacheur había facilitado espontáneamente todos los botes de sus buques para el transporte de esas tropas. Era la

(13) El doctor Montúfar hace interesantes comentarios acerca de este discurso del obispo Llorente: "Mora quiso que el obispo hablara, y el prelado pronunció un discurso que al efecto tenía listo. En él se excitó a los costarricenses para que marchen contra Walker, porque aquel caudillo era un hereje que quería corromper la religión santa, a profanar los templos y establecer la disolubilidad del matrimonio, vínculo que sólo la muerte puede destruir. De manera que si en vez de venir a conquistar un Walker protestante, hubiese venido un Felipe II católico, el señor Llorente, no hubiera temido nada qué decir contra el conquistador. Mal conocía el obispo diocesano el sistema religioso de los Estados Unidos. Allí nadie se ingiere en la creencia ajena, y todos pueden dar culto a Dios como mejor les plazca. La Falange filibustera no atacaba los templos católicos en Nicaragua. El padre Vigil, cura de Granada, la bendecía desde lo alto de la catedral de Dios. Igualmente bendiciones recibió del vicario Heredia, de lo cual se queja amargamente el señor Jerónimo Pérez. De manera que los filibusteros, benditos por los ministros de Dios en Nicaragua, estaban condenados por los ministros de Dios en Costa Rica. Aflijó al señor obispo Llorente la disolubilidad del matrimonio, que los protestantes apoyan en un texto del evangelio de San Mateo; de manera que hoy aquel prelado diría contra el Código Civil de Costa Rica, lo que dijo entonces contra William Walker. La cuestión de 1856 no era de religión ni de templos. Pasó la época en que cada nación tenía sus dioses especiales. Los templos y los altares modernos son cosmopolitas. Templos católicos y protestantes vemos en todas las naciones civilizadas del mundo. La cuestión de 1856 era de independencia: era de libertad humana; porque se trataba de restablecer la esclavitud" (Reseña Histórica de Centro América, Lorenzo Montúfar, páginas 233 y 234).

época de la exportación del café y había en Puntarenas varios buques de la empresa del señor Le Lacheur, quien tenía a su cargo llevar ese café a Inglaterra.

El señor Rogers, dependiente de don Crisanto Medina, fue encargado de la organización y movilización de las lanchas y botes para el transporte del ejército desde Puntarenas hasta el puertecito llamado de las Piedras (hoy Bebedero), en el río Tempisque. El Jefe de Operaciones de la Columna de Vanguardia, barón Alejandro de Bulow, colaboró eficazmente a fin de que el viaje fuese lo más rápido y seguro posible.

A las seis y media de la tarde del 10 de marzo llegó el general José Joaquín Mora al puertecito de Las Piedras, y al día siguiente en la madrugada salió de ese lugar con mil hombres, pernoctó en Bagaces, y llegó el día 12 a Liberia.

El capitán Daniel Escalante se embarcó con trescientos hombres y se dirigió a Bolson, otro puertecito del río Tempisque, y llegó el 13 a Liberia con el resto de la fuerza. El 12 de marzo, a las nueve de la mañana, llegó a Puntarenas la columna mandada por el señor José María Gutiérrez, la cual procedió a embarcarse sin pérdida de tiempo. Y así, en pocos días, el ejército completo se encontraba en la ciudad de Liberia.

12.— En su proclama de 1° de marzo el Presidente Mora había dicho a los costarricenses que él marcharía al frente del ejército nacional; y en efecto, se apresuró a hacer buenas sus palabras, separándose del Poder el 8 de marzo, y entregándolo al Vicepresidente de la República, don Francisco María Oreamuno.

El día anterior había redactado una serie de instrucciones, casi todas de carácter militar, para su Ministro de Guerra, don Manuel José Carazo, y al finalizar le decía: "concluyo recomendándole mi familia en el caso de que la desgracia me haga sucumbir, para entonces espero que cumpla con este deber de amistad, acreditándose así un cariño aun más allá del sepulcro". (14)

El día 11 de marzo salió de la capital acompañado de su Estado Mayor, del coronel Rafael G. Escalante, nombrado Subsecretario de Guerra, de don Emilio Segura, escritor y periodista, quien actuaba como Secretario del Presidente, y de varias personas más.

En el camino, Mora tomó importantes medidas militares, entre otras la de disponer que una fuerza se situase en el río San Carlos, para lo cual comisionó al señor Francisco Martínez, a quien le dio sus instrucciones en la villa de Atenas.

El Presidente y sus acompañantes pernoctaron en Esparza, donde se encontraba todavía el resto del ejército que poco a poco se trasladaba a Puntarenas para ser embarcado rumbo a Moravia.

En la mañana del día siguiente se trasladó Mora a Puntarenas, donde la población le recibió con inmenso júbilo. Allí inspeccionó las obras de defensa y la guarnición del lugar, y durante los días que pasó en ese puerto observó el embarque del resto de las fuerzas.

Mora había abandonado la capital con la preocupación de que su ausencia, como también la de los principales jefes militares, podría ser aprovechada por sus enemigos

(14) "La Prensa Libre", 16 de setiembre de 1914.

políticos para intensificar los trabajos de oposición a su gobierno (15). Sus errores políticos le habían creado un círculo de opositores, entre los cuales había personas importantes. En su ausencia, Mora temía, pues, que se fraguase un complot.

El Ministro de la Guerra, que conocía sus preocupaciones al respecto, le escribía con fecha 13 de marzo informándolo de que la paz interior era completa y que no había temor alguno que pudiese ser alterada, porque los costarricenses de todos los partidos estaban puestos abiertamente en favor de la defensa gloriosa de su patria. (16)

Sin embargo, desde Puntarenas, y manifestando que había recibido continuas informaciones de que existían algunas personas cuyo comportamiento no estaba acorde con el sentimiento unánime de la nación, escribió Mora dos días más tarde al señor Carazo, por intermedio del coronel Escalante, manifestándole que aunque por insignificantes y muy contadas que esas personas fuesen, en las graves circunstancias, no sólo de Costa Rica sino de toda la América Central, la lenidad para con ellas sería, no ya una debilidad generosa, sino un abandono criminal que podría ser causa de mayores conflictos, y en tal situación recomendaba que se confinase dentro o fuera del país a los que por su conducta indiscreta o culpable se juzgasen peligrosos en las actuales circunstancias (17).

El Ministro Carazo, en carta del 19 de marzo, le decía al Presidente:

"No tenga Ud. cuidado por la seguridad del orden público, aquí; pues están tomadas todas las precauciones contra cualquier evento" (18), y al día siguiente agregaba: "El orden está asegurado y reina una paz completa; y aunque los enemigos del gobierno circulan rumores falsos y alarmantes, ningún efecto hacen en el ánimo de los verdaderos costarricenses, que sólo piensan en el éxito de la guerra y en la felicidad de ese ejército que representa a Costa Rica" (19).

La ciudad de Liberia estaba convertida en esos días en Cuartel General de las fuerzas costarricenses, y allí se concentró la totalidad del ejército, que ascendía a dos mil quinientos hombres.

El general José María Cañas, quien desde un tiempo anterior se encontraba en aquel lugar, había organizado las fuerzas del Departamento de Moravia.

En Liberia nuestro Estado Mayor acordó algunas operaciones de campaña; allí estaban el Presidente Mora, los generales José Joaquín Mora, José María Cañas y José Manuel Quirós, los coroneles Alejandro de Bulow, Lorenzo Salazar, Salvador Mora, Luciano Peralta, Manuel Argüello Arce; el teniente coronel Juan Alfaro Ruiz, y muchos otros oficiales de alta graduación. Entre los que tenían cargos especiales citaremos al coronel Rafael G. Escalante, subsecretario de Guerra; al teniente coronel Ramón Loria Vega, Auditor de Guerra; al teniente coronel Sotero Rodríguez, Tesorero General del Ejército y a don Benito Dengo, Proveedor General del Ejército.

(15) Antes de salir Mora de San José, el 6 de marzo, había ordenado conducir a Puntarenas a don Juan Canet para que saliese del territorio de la República por intentar trastornar el orden público. El Dr. Castro se encontraba confinado en "Palo Grande".

(16) Archivos Nacionales. Expediente No. 9820. Guerra y Marina.

(17) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", págs. 261 y 262.

(18) Archivos Nacionales. Libro de Ordenes Generales. Exp. No. 9820. Guerra y Marina.

(19) Archivos Nacionales. Libro de Ordenes Generales. Exp. No. 9820. Guerra y Marina.

13.— Ya dijimos que al pasar por Atenas el Presidente Mora le había dado órdenes al señor Francisco Martínez para que levantara una fuerza de 50 hombres y se fuese a situar en el punto más conveniente del río San Carlos en su confluencia con el San Juan.

La persona de Martínez estuvo muy bien escogida. Era aquel vecino de la población de San Ramón que, con unos pocos compañeros, y utilizando el río San Carlos, había descubierto en 1850 el camino hacia el Norte. El doctor Frantzius dice que Martínez “descubrió el río San Carlos y llegó hasta su desembocadura en el río San Juan” y que luego “navegó otra vez contra corriente hasta el muelle actual” (20). El Presidente Mora se preocupó, pues, de encargar la defensa del territorio nacional en esa zona al hombre que mejor la conocía.

Con fecha 16 de marzo, y desde Puntarenas, Mora le escribió al Ministro de la Guerra dándole instrucciones para que pusiese a disposición de Martínez una pieza montada de artillería de calibre de a cuatro para que la llevase con el parque correspondiente al Puerto de Río de San Carlos.

En carretas se dispuso remitir el armamento y pertrechos de guerra correspondientes a la fuerza de cincuenta hombres.

De San José salieron un sargento y diez soldados custodiando la pieza de la artillería; Martínez, con el grado de capitán, levantó en San Ramón 36 soldados, y el piquete que estaba situado en el Puerto del Río San Carlos, nombrado Victoriano, se incorporó en dicha fuerza para actuar a las órdenes de Martínez.

Los víveres necesarios para este destacamento, durante su permanencia en San Carlos, debían ser suministrados por la autoridad de San Ramón y de los lugares más inmediatos a San Carlos.

El Gobierno dispuso que Martínez funcionaría como Capitán y Comandante de las fuerzas de su mando, y le fueron entregados por la Tesorería General doscientos pesos.

Martínez salió de San José en la madrugada del 21 de marzo, llevando en su compañía al capitán Florentino Zeledón y una fuerza de diez soldados, debiendo tomar bajo sus órdenes cuarenta más en la población de San Ramón; además, llevaban una pieza de artillería con su correspondiente parque, cincuenta fusiles, municiones, etc. (21).

En el momento de su marcha el Vicepresidente Oreamuno le encargó que averiguase inmediatamente si existía o no un camino del Fuerte de San Carlos al río del mismo nombre. Con fecha 25 de marzo el Ministro de la Guerra le escribía a Martínez:

“Me ha dado orden S.E. el Vice Presidente de la República de escribir a Ud. directamente encareciéndole, como lo verifico, la más pronta ejecución de la comisión que se ha confiado a su celo y patriotismo con tanta más razón, cuanto que habiendo el Ejército de Costa Rica comenzado a triunfar de sus enemigos es muy probable que

aterrados del valor y denuedo de nuestros soldados huyan despavoridos por toda dirección, aprovechándose de la oportunidad de escaparse por el Río de San Juan.

“Las publicaciones adjuntas impondrán a Ud. de la bravura e intrepidez con que ha peleado nuestra valiente vanguardia, y es de esperarse que la guarnición que Ud. manda imitará su ejemplo en el primer encuentro que tenga con los enemigos de Costa Rica” (22).

Habiendo recibido informes de que la boca del río San Carlos estaba ocupada por filibusteros, lo cual en realidad no era cierto, Martínez se situó en el punto llamado el Muelle de San Carlos, alegando que como el río estaba muy crecido, existía el peligro de que pudiese introducirse un vapor filibustero. Mientras tanto, comenzó a construir algunas embarcaciones, y en carta al Ministro de Guerra le decía que en cuanto estas embarcaciones estuviesen listas, trataría de descubrir un camino que fuese de algún punto de ese río al Castillo Viejo, para tomar esta fortaleza por tierra, ya que se presentaban muchas dificultades para poder hacerlo por agua (23).

El 30 de marzo se dio de alta a una fuerza de cincuenta hombres, la que marchó inmediatamente a San Ramón al mando del teniente Jacinto Pérez, y dos días más tarde, el Gobierno ordenó al teniente coronel don Pío Alvarado, que saliera a ponerse a la cabeza de las fuerzas de San Carlos y San Ramón (24).

El señor Alvarado tomó en efecto posesión de su cargo, y a fines del mes de abril, encargó al señor Ramón Rodríguez, vecino de San Ramón, que explorase algún camino entre el río de San Carlos y el Castillo de San Juan.

Rodríguez, en compañía de seis hombres, salió embarcado por el río San Carlos hasta donde éste recibe a su afluente el río Arenal; de allí siguió a pie rumbo al Oeste, algo desviado al Norte, y después de atravesar treinta y siete riachuelos y seis ríos pequeños, encontró en las márgenes de un riachuelo, dos ranchos pajizos como de seis varas cada uno, dentro de los cuales había fogones apagados, ollas de barro grandes, guacales, y otros enseres. Siguiendo adelante encontraron veintitres hoyos de seis a ocho cuartas de ancho por una vara de diámetro, tapados con artificiosa mafia. Suponiendo que esa sería una zona poblada por indígenas, y sospechando que éstos los podrían atacar, Rodríguez decidió regresarse, ya que de sus compañeros, como él decía, el que más llevaba era un cuchillo al cinto. Hicieron su ingreso a San Ramón el 14 de mayo, en momentos en que se desarrollaba allí la peste del cólera, por lo cual el señor Rodríguez no presentó su informe al Jefe Político del lugar sino hasta el 2 de Junio de 1856, con el ruego de que lo hiciera conocer del Ministro de Guerra (25).

14.— En el camino de Sarapiquí tenía el Gobierno dos pequeños destacamentos militares, uno en Cariblanco, al mando de don Francisco González, y otro en el Muelle, al mando del Comandante de la zona de Sarapiquí, don Pedro Porras.

Sucedió que en esos días de marzo el correo de Europa que venía por la vía de San Juan del Norte para Costa Rica fue capturado por el destacamento filibustero que

(20) Frantzius, Alejandro, “La Ribera Derecha del Río San Juan”, 1895, pág. 27.
(21) Archivos Nacionales, Expediente número 4357. Guerra y Marina.

(22) Archivos Nacionales, Expediente número 9820 (Libro de Ordenes Generales). Guerra y Marina.
(23) Archivos Nacionales, Expediente número 8344. Guerra y Marina.
(24) Archivos Nacionales, Expediente número 4357. Guerra y Marina.
(25) Archivos Nacionales, Expediente número 8859. Guerra y Marina.

se encontraba en el sitio llamado La Trinidad o Punto Hipp, en la confluencia del río Sarapiquí y del San Juan.

Por esa circunstancia, y además, por otros conductos seguros, el Gobierno manifestó que ese grupo de filibusteros de La Trinidad no sólo trataba de hostilizar a los costarricenses y cortar sus comunicaciones por ese lado, sino que trataba de engrosarse con el objeto de hacer una incursión hostil por aquella vía.

El 21 de marzo se produjo un verdadero terror en las poblaciones de Alajuela y Heredia al correr la noticia —que luego resultó infundada— de que los filibusteros habían invadido a Costa Rica por el camino de Sarapiquí.

El Gobierno mismo lo creyó, e inmediatamente nombró ese mismo día como Comandantes militares de Heredia y Alajuela a don José María Zamora y a don Florentino Alfaro, respectivamente, y les ordenó dar de alta a 150 hombres.

El señor Alfaro fue llamado a San José por el Ministro de la Guerra y se le instruyó para que a la brevedad posible hiciese salir de Alajuela para Sarapiquí una fuerza de cincuenta soldados escogidos entre los más valientes, la que debía ser puesta a las órdenes del Comandante del Muelle, don Pedro Porras, quien valiéndose del conocimiento que tenía del sitio ocupado por los filibusteros y de las veredas que por tierra conducían a él, procurase posesionarse de dicho punto por asalto y conservarlo a todo trance para impedir los movimientos de los filibusteros y mantener limpia la comunicación con San Juan del Norte.

Para asegurar el éxito de las operaciones la fuerza no debía por lo tanto ser menor de cien hombres, para lo cual habrían de tomarse 25 de los que componían el piquete de Cariblanco y los 25 que se encontraban al mando del Comandante del Sarapiquí.

Las órdenes que el señor Alfaro debía impartir serían en forma secreta para asegurar así su ejecución, y los soldados que formarían esa fuerza, además de ir armados de fusil y puñal, se procuraría que llevaran también pistolas. El Comandante de Sarapiquí no permitiría salir de aquel puesto a persona alguna.

Considerando el general Alfaro que el plan era de extrema importancia, y deseando colaborar activamente en el éxito del mismo, se ofreció para comandar dicha fuerza, con lo cual estuvo de acuerdo el Ministro de la Guerra.

15.— El 11 de marzo llegó a Nicaragua la noticia de que Costa Rica había declarado la guerra a los filibusteros que tenían oprimido ese país. Tal noticia, unida a lo que había sucedido pocos días antes con Schlessinger, encolerizó al régimen filibustero, e inmediatamente el Presidente Rivas dictó y publicó un decreto, que lleva fecha de ese mismo día, declarando la guerra a nuestro país. Dos días más tarde, el Departamento de Rivas, o Meridional como también se le llamaba, fue declarado en estado de campaña y se obligó a todos los habitantes de Nicaragua a empuñar las armas contra el enemigo.

Walker, en calidad de General en Jefe, fue facultado omnímodamente para llevar a cabo las operaciones militares, facultad que creemos no necesitaba, ya que él era el dueño de la situación, y entonces dictó una Orden General mandando al ejército estar listo para entrar en campaña.

16.— Copiamos a continuación una parte del excelente trabajo que con el título de "Santa Rosa" publicó recientemente el distinguido historiador don Carlos Meléndez:

"Descansaban ya los soldados de Costa Rica en la cálida Liberia, el día 13 de marzo, cuando salió de La Virgen de Nicaragua, con destino a Costa Rica, la guarnición filibustera que jefecía el coronel Schlessinger. Esos soldados venían llenos de entusiasmo a vencer a nuestros "patillos". Días antes, el 11 de marzo, Walker había dirigido a los suyos un entusiasta discurso después de haberles leído la declaración de guerra a Costa Rica. Poco proféticas fueron sus palabras al concluir declarando lo siguiente: "Les enviamos la rama de olivo y nos devolvieron un cuchillo. Bien está. Les daremos guerra a muerte y les hundiremos el cuchillo hasta la empuñadura" (26).

"Walker temía que los costarricenses pretendieran, como primera medida efectiva para perjudicarle, cerrar la vía del Tránsito, por lo que su defensa se consideró importantísima. Para garantizar los intereses de la Compañía del Tránsito, Walker mandó a sus hombres a enfrentarse a los nuestros lo más lejos posible de dicha vía. En la misma forma protegió, reforzando sus guarniciones, el Castillo Viejo y el Punto Hipp, más conocido por los ticos como "La Trinidad".

"El General Walker organizó personalmente las milicias y las encomendó al descalabrado diplomático húngaro quien era militar de carrera y dominaba varias lenguas, entre las que se contaba el francés, alemán, español y el inglés. Esto le facilitó la integración de su mismo ejército, que estuvo constituido por alemanes, franceses y norteamericanos y ni un solo nicaragüense. Hay que tomar en cuenta que Schlessinger tenía que vengar el agravio de que había sido objeto en Costa Rica, y este factor unido al conocimiento que tenía de Guanacaste le hacían el jefe ideal para los planes de Walker. El batallón estaba constituido por menos de 300 hombres (Walker habla de por ahí de 240, el periódico "El Nicaragüense" menciona la cifra de 280, Wells escribe que fueron 270), los que finalmente quedaron organizados en la siguiente forma:

Jefe del Batallón, Coronel Luis Schlessinger.

Ayudante: Mayor J. C. O'Neal

Compañía A (Nueva Orleans): Capitán D. W. Thorpe

Compañía B (franceses): Capitán Legeay

Compañía C (Nueva York): Capitán Creighton

Compañía D (alemanes): Capitán Prange

Compañía F (rifleros californianos): Capitán Antony Francis Rudler.

"El camino seguido por las tropas filibusteras, fue el siguiente: de La Virgen, continuando la vía del Tránsito, marcharon hacia San Juan del Sur, adonde llegaron el día 13. El 14 partieron de San Juan, siguiendo el camino de la costa, que era estrecho, lleno de piedras y sumamente soleado, lo que hizo renegar a muchos de la empresa. El 15 llegó a La Flor y un día más tarde cruzaron la frontera y arribaron a las Salinas de Bolaños, hoy Puerto Soley. Allí sorprendieron a la pequeña guarnición costarricense, constituida por siete hombres y una mujer que les acompañaba como cocinera, todos los cuales perecieron trágicamente.

(26) Roche, James Jeffréy, "Historia de los Filibusteros", 1908, pág. 79.

Suerte semejante habían corrido dos de los tres hombres que el Presidente Mora había enviado a Granada como emisarios suyos. El tercero logró huir, no sin que quedara en su cuello la huella de la soga con la que se pretendió ahorcarlo.

De Salinas los filibusteros pasaron a la hacienda del Naranjo, en donde destruyeron muelles y menaje, haciendo luego lo mismo en las de Sapoá y El Amo.

"El día 18 las avanzadas de observación del Gobierno de Costa Rica pudieron darse cuenta de que la vanguardia enemiga llegaba a la Hacienda del Sapoá. De inmediato se apresuraron a comunicarlo así al Cuartel General establecido en Liberia, a donde llegó la noticia a eso de las nueve y media de la noche. La nueva se divulgó rápidamente, produciendo el efecto de una bomba de potencia considerable. No había tiempo que perder y por eso, en la madrugada del 19, día del patrono de la capital de Costa Rica, se movilizó el ejército expedicionario. Era natural el optimismo de los soldados que constituían la avanzada, ya que ésta en su mayoría estaba integrada por 500 josefinos que venían bajo el mando del coronel Lorenzo Salazar. Cien lanceros que formaban la caballería, venían agregados al grupo y eran comandados por el mayor Julián Arias y el capitán Juan Estrada. Poco después se agregó además el capitán José María Gutiérrez con cien soldados, seleccionados de entre los trescientos que trajo de la capital. Su tropa aportaba dos cañoncitos de campaña que mucho fatigaron a sus conductores.

"El ardor costarricense se elevó aún más cuando de camino el Capellán del Ejército, el presbítero nicaragüense Manuel Basco los arengó y el oficial Joaquín Fernández, a nombre del Jefe Mora, les hizo prometer que lucharían hasta morir, antes de ceder a las intenciones del filibustero.

"El mismo 19 se le presentó a las tropas del gobierno la oportunidad de escoger entre dos caminos, uno que conducía hasta la hacienda de "El Pelón" y otro a la de "Santa Rosa". Don José Joaquín Mora, que conocía bien la zona, ya que Santa Rosa había pertenecido a su suegro don Agustín Gutiérrez, escogió el sendero de El Pelón. Allí no había dificultad de aprovisionamiento de agua y el sitio era bastante defendible en caso de que llegara el enemigo. De haber pensado de manera distinta, la batalla de Santa Rosa habría ocurrido un día antes, ya que el filibustero arribó esa tarde a Santa Rosa, mientras el ejército nacional llegaba a El Pelón. Ambas tropas estuvieron esa noche vigilantes y las nuestras, que enviaron patrullas a los alrededores, no pudieron obtener suficientes datos acerca de los movimientos del enemigo.

"Los ejércitos durmieron con toda tranquilidad en las haciendas contiguas, fatigados como estaban por la dura marcha del día, y ambos, olvidando las dificultades pasadas, soñaron con proezas y actos heroicos, en defensa de sus ideales.

"Alboreaba apenas el jueves santo de 1856, el día 20 de marzo, cuando el Ejército Expedicionario se puso en marcha hacia el Norte, dejando atrás la Hacienda de El Pelón.

Las tropas de Costa Rica estaban organizadas en la forma siguiente:

Jefe del Estado Mayor: General José Joaquín Mora.

Jefe de División: coronel Lorenzo Salazar.

Comandante del Batallón Guardia de la Constitución: Mayor Clodomiro Escalante.

Jefes de la Escuadra de Caballería: Mayor Julián Arias y Capitán Juan Estrada.
Jefe del Batallón de Moravia: Comandante Mayor Domingo Murillo.

"Como desde el día anterior se tenía la firme convicción de la presencia del enemigo en las proximidades de los Llanos del Coyol, las tropas de Costa Rica mandaron primero sus avanzadas a explorarlo. A eso de las ocho de la mañana pudieron sorprender a un filibustero rezagado, separado del grupo desde el día anterior, por lo que se creyó que el enemigo estaba allí, desplegándose nuestras tropas en posición de ataque. Luego se vio el error en que se había caído y pidiéndose al prisionero que guiara a los ticos hacia el grueso de las tropas con que venía, pretendió engañarlos, llevándolos por un camino enteramente opuesto. Gutiérrez logró descubrir en uno de los caminos que conducía hacia Santa Rosa, las huellas claras que el grupo invasor dejara el día anterior. Por esta razón se resolvió enviar a hacer un reconocimiento al teniente Macedonio Esquivel, acompañado de un guía. Este pudo observar desde un cerro cercano, la presencia de los filibusteros en la casa principal de la Hacienda.

"En los vastos llanos que constituyen nuestra "pampa guanacasteca", existen desde hace siglos extensas haciendas dedicadas particularmente a la actividad ganadera. Entre las múltiples haciendas de los llanos guanacastecos, se ha distinguido siempre la de Santa Rosa como una de las más importantes. Su nombre es antiguo, pues se la menciona ya en 1751. En aquel entonces Santa Rosa y El Pelón pertenecían a un mismo propietario, el capitán don Juan Antonio Santos de San Pedro, en sus terrenos pastaban 1.500 reses y anualmente se herraban por ahí de treinta mulas y ciento treinta potros. Las labores de las haciendas consistían en el cultivo del maíz y la fabricación de quesos (27).

"Entre los varios propietarios que Santa Rosa ha tenido, existe la tradición que figuró un sacerdote que dominicalmente oficiaba en la casa principal de la hacienda, en un oratorio o capilla que había al final del corredor del lado norte, hacia el este. Por ese motivo los vecinos de las demás haciendas arribaban los domingos y después de oficiar, el sacerdote guardaba los objetos del divino culto y se iba, junto con los demás vecinos, a resolver el intrincado problema de cuál gallo habría de ganar. Así, el domingo era día de fe y de plumas menos.

"A la llegada de los filibusteros la hacienda pertenecía a don Ramón Gómez, cartaginés, quien la había adquirido en 1849 de los herederos de don Agustín Gutiérrez Lizaurzabal por la suma de 4.875 pesos. En la escritura se habla de que la hacienda estaba constituida por 19 y media caballerías, y que tenía casa, oficinas, corrales y 551 cabezas de ganado (28).

"El terreno de la hacienda es bastante plano, excepción hecha de unos pocos prominentes cerros en los alrededores de la casa principal. La misma casa grande, que ha sido la residencia habitual de los propietarios del predio, se encuentra en las faldas sur-occidentales de uno de los cerros más prominentes. Tiene ésta hoy un patio posterior, al lado Norte, en el Nordeste del cual se halla (y ha existido desde antiguo)

(27) Fernández León, (Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, tomo IX), 1906, pág. 493.

(28) Índice Protocolos de San José, Tomo II, pág. 483.

la cocina. Alrededor del patio están los corrales, establos, bodegas y cuartos para peones y un poco hacia el Noroeste debió haber estado la quesera.

"El frente actual de la casa mira al Sur. Hacia el Sur y hacia el Oeste, continúa la pendiente y se encuentran varios corrales, siendo los del occidente los más antiguos e importantes desde el punto de vista de esta historia. Más allá de los corrales se extiende la llanura característica de la región. En cambio del lado Oeste de la casa, y dirigiéndose hacia el Sur, parte un prolongado muro de piedra redonda de río, que va orientándose hacia el Este, como bordeando la hondonada que se destaca de ese lado.

"Los caminos que hoy convergen hacia la casa parecen ser los mismos de hace una centuria. El más importante es el que conduce al Sur hacia Liberia, dirigiéndose al Norte, hacia la frontera. Este pasa por una pequeña depresión entre dos cerros, el más occidental de los cuales es el de "La Pifuelita", y fue importantísimo en la batalla del 56. Otro camino parte de allí hacia la costa, hacia Guajiniquil, faltando de mencionar solamente el que comunica la hacienda con El Pelón, que desde antiguo ha sido llamado el camino de "La Chacona". Como puede observarse, todos estos caminos ponen en un mayor contacto la soleada y vieja hacienda de Santa Rosa.

"Descrito así el escenario, pasemos ahora a relatar los acontecimientos que allí tuvieron lugar.

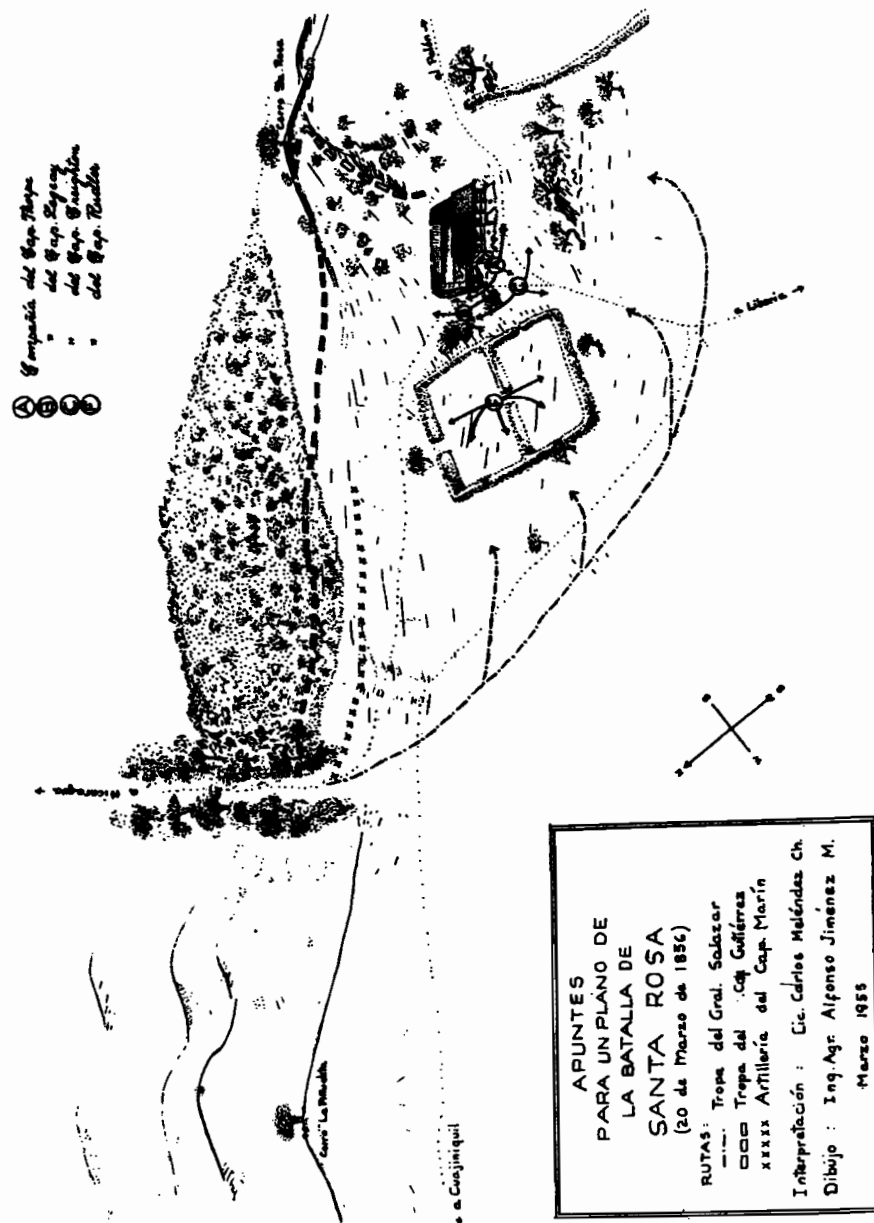
"Los filibusteros permanecían confiados en su ventajosa posición. Apenas en algunos lugares permanecían destacados los centinelas, particularmente en la sección Sur, por donde era más posible que apareciera el enemigo.

"Existía entre jefes y subalternos honda división, provocada en gran parte por la serie de desaciertos del jefe de todos, Schlessinger. De camino había cometido varios errores, el mayor de los cuales fue el haber sometido a Consejo de Guerra al capitán Thorpe, y el haber despojado su Compañía de Nueva Orleans, del primer lugar, para otorgárselo a la francesa.

"Otro de sus desaciertos fue que en la mañana, al ser sorprendido un centinela, dormido en su puesto de guardia, el coronel Schlessinger se contentó con darle una severa reprimenda y más tarde, casi fusila a otro vigía, porque había cogido una tortilla de maíz estando en servicio. Tal era en sus actos y manifestaciones el coronel filibustero.

"En Santa Rosa los capitanes pensaron en la necesidad de proceder a una revista de armas, pues muchas de ellas podían estar inutilizadas por las circunstancias del viaje. Desde la mañana expusieron esta necesidad al jefe y éste acordó realizarla a las dos de la tarde y a última hora fue pospuesta para las tres; pero ésta nunca se verificó porque a esa hora los costarricenses atacaron (29).

"Sin ninguna premeditación, las tropas de Costa Rica al avanzar sobre la casa de la hacienda, lo hicieron en forma acertada, pues entraron por la retaguardia. El camino que conduce al Norte hacia la casa es un sendero sombreado por árboles de cedro, jobo, tempisque y pochote y no lejos de él hay algunas elevaciones pequeñas, similares a las existentes en todo el llano. Una de ellas, inmediata a la planicie de la casa, es



(29) Según los filibusteros, el ataque ocurrió a las tres de la tarde; los informantes de Costa Rica expresan que se verificó a las cuatro.

conocida con el nombre de "La Pifuelita", y allí hoy día señorea un corpulento árbol. En ese cerro planearon el asalto a la hacienda los miembros del Estado Mayor de Costa Rica. Con previsión que les honra, los jefes costarricenses traían el plano para un posible ataque a Santa Rosa; había sido elaborado en Liberia por el Mayor don Clodomiro Escalante, quien lo había presentado al general Mora. Fue necesario sin embargo, proceder a alterar algunos de los detalles, ya que como es de suponer éste había sido diseñado previendo que nuestras tropas entrarían por el lado Sur y no por la vía del Norte, como iba a efectuarse el ataque.

"El ejército se detuvo silencioso en el callejón, a corta distancia de su salida al llano. Resguardándose hacia la izquierda, salió primero una guarnición de cien hombres, bajo el comando del capitán Gutiérrez, con el propósito de tomar la altura posterior de la hacienda, que era un sitio de enorme valor estratégico para la batalla que se aproximaba. El destacamento avanzó por una hondonada natural y parece que logró tomar dicha altura sin tropiezo, ya que este movimiento cogió desprevenidos a los filibusteros. Desde el cerro se dominaba con facilidad la casa de la hacienda y otras construcciones inmediatas a ésta.

"Iniciado este movimiento, el coronel Salazar, con doscientos ochenta hombres hizo su salida al llano. Poco antes el centinela filibustero allí destacado intentó dar la alarma haciendo un disparo, pero el arma no le respondió, por lo que tuvo que emprender la carrera y dando grandes voces exclamó: "The greasers are coming!" (vienen los grasientos!). Inmediatamente reinó gran movimiento entre los filibusteros y las compañías de Nueva York, Nueva Orleans y Francia se organizaron, tomando las posiciones estratégicas que Creighton, Thorpe y Legay, sus capitanes, indicaron oportunamente. Otro tanto había hecho Rudler con su compañía de rifleros, los cuales se ubicaron particularmente en los corrales y otros sitios propios según la táctica habitual por ellos seguida. La compañía francesa estuvo al principio al Noroeste de la casa, por donde venían los costarricenses; los de Creighton ocuparon la parte Sur y Occidental de la casa y su retaguardia fue cubierta por la Compañía de Thorpe.

"Cuando estuvieron organizados, pudieron los filibusteros darse cuenta de que el enemigo se aproximaba por dos lados distintos a la vez. Los costarricenses por la colina del Nordeste y por el llano Occidental, avanzaban a toda prisa pero con gran serenidad de espíritu. Los del cerro, hombres de Gutiérrez, llegaban luciendo una cinta roja en su sombrero, lo que en un principio hizo que los invasores creyeran que se trataba de su propia gente ya que ellos usaban dichas cintas como insignias. Además del propósito de despistar al enemigo, los ticos intentaban congraciarse con el partido democrático de Nicaragua, que utilizaba la cinta roja como insignia del grupo.

"Mientras que los costarricenses avanzaban por el llano, el grupo de Gutiérrez hizo los primeros disparos, iniciándose así el rompimiento de fuego pero los filibusteros no se dieron cuenta, sino tardamente, de que los hombres que les disparaban desde la colina eran sus enemigos y no fue sino hasta que los ticos hicieron tres bajas en sus opositores, que éstos tomaron en cuenta de la maniobra de que habían sido víctimas.

"Por el Oeste, y a paso trote, avanzaban las tropas del coronel Salazar. Los cornetas costarricenses tocaban a deguello y simultáneo redoblaba alegre diana —luego

se supo que éste era tocado por un muchacho de unos diez u once años llamado Guadalupe Martínez— que se creyó autorizado a ejecutarlo sin órdenes de su jefe. Mientras los soldados se extendían por toda la llanura y se dirigían preferentemente hacia el Sur, por donde pretendían establecer el fuego más intenso. Atrás, en el callejón por donde habían venido, la caballería permanecía a la expectativa esperando recibir las órdenes para cargar contra el enemigo. Las tropas de Moracia, constituidas por doscientos hombres, estaban colocadas en formación de batalla en el mismo callejón, para atacar si llegaba el caso de que la buena estrella no acompañase a los que se batían en aquella lucha.

“Intenso momento de emoción fue aquel en que ninguno de los dos bandos hizo disparos para repelerse. Había que economizar las municiones; entre la descarga de uno y la carga del otro había necesidad de breve pausa y por ello convenía que la pólvora se gastase más efectivamente. El fuego comenzó cuando ambos bandos estuvieron separados por una veintena de varas. El objetivo que nuestras tropas quisieron alcanzar primero fue la sección de los corrales del Oeste en donde estaba Rudler con su gente. Hecha la primera descarga, los costarricenses con toda decisión siguieron el ataque de la bayoneta, pues no había tiempo que perder. Jefes y subalternos avanzaron atacando con denuesto los corrales confundidos en un solo ideal. El primero en intentar el asalto directo de la trinchera fue el oficial Manuel Rojas quien pagó con su vida la osadía. Inmediatamente siguiéronle muchos otros, armados con sable y bayoneta, que acosaron al enemigo y le obligaron a replegarse hacia la casa principal.

“Schlessinger, que desde el principio debió haber asumido las funciones que le estaban encomendadas, vagaba desorientado por la casa, sin atinar a tomar ninguna acertada resolución. La última vez que se tuvo noticias de él fue cuando se le vio aparecer cerca de la esquina en donde se encontraba la compañía de Nueva York. Con expresión inquieta manifestó al grupo de Creighton: “¡Ahí los tenéis, muchachos, ahí los tenéis!”. Dio una vuelta y exclamó: “*Compagnie française*” al tiempo que se internó por un bosquecillo a todo correr. Esta actitud fue interpretada por los franceses como una orden, y le siguieron pensando que el jefe intentaba realizar un movimiento envolvente que cambiara el panorama de la lucha. La verdad era que Schlessinger tomaba las de Villadiego junto con un grupo de los desorganizados alemanes que robustecían el bando de los temerosos.

“Los costarricenses, enardecidos por el fragor de la lucha, hacían cada vez más difícil la situación de los filibusteros. Por doquiera se realizaban actos de heroísmo ante los ojos sorprendidos de sus enemigos pues la tropa inexperta se comportaba como un ejército veterano.

“El ataque decidido de los nuestros determinó que poco a poco fueran los filibusteros buscando refugio en la casa principal, lo que les daba cierta seguridad. La artillería del capitán Mateo Marín, que disparaba sus cañones hacia el costado derecho de la casa, causó bastantes daños y limpió de enemigos dicho lado.

“En un momento dado encontráronse los filibusteros acorralados en la casona principal y entonces el capitán Manuel Quirós saltó osadamente la cerca del patio, pero en ese momento fue herido de muerte. Sólo pudo exclamar: “Entren ustedes”... y expiró. Sus compañeros supieron responder a ese último deseo de su jefe.

“Hubo un momento en que todo presagiaba el triunfo de nuestras armas. Entonces el general don José Joaquín Mora dio órdenes a la caballería de atacar y ultimar a los filibusteros, pero muy pronto hubo de anularse esa orden, ya que era todavía inoportuna la intervención.

“Gutiérrez desde su posición en el cerro inmediato a la casa, era uno de los mejores testigos de todo lo que estaba aconteciendo. En un momento de desesperación olvidó las órdenes que había recibido y deseoso de acabar, de una vez por todas, con los enemigos de su Patria, descendió con sus hombres hacia la casa, saltando del corte del cerro hacia los establos y corrales del patio, según cuenta la tradición guanacasteca. De allí se dirigió arriesgadamente a la casa, atacando el ángulo Nordeste de ésta, en donde había un nido de filibusteros bien armados. A pecho descubierto y con pistola y sable en mano avanzó decididamente y sus compañeros fueron testigos de su desgraciada muerte.

“Así falleció el diligente capitán, el que desde días antes venía convencido de su próxima muerte, la que, según él, había de ocurrir en la primera batalla contra el enemigo. “El alto concepto y tanta confianza que tienen en mí —comentaba— me obligan a buscar el puesto más riesgoso en la primera ocasión que se ofrezca”.

“Esto enardeció más a la tropa, que con mayor decisión emprendió la lucha para desalojar a los enemigos de su refugio, lo que pronto lograron.

“Afuera, los costarricenses que avanzaban por el llano se acercaron a la casa, pero convencidos de la dificultad que ofrecía poder penetrar por ese lado al interior de la misma, decidieron quemarla. Con peligro de su vida, el coronel Salazar, fue a solicitar permiso al general Mora, temiendo que por el hecho de que por pertenecer la propiedad a un costarricense, pudiera haber problema para hacerlo. Mora se adelantó creyendo a Salazar herido y concedió licencia para realizar el acto, la que fue recibida por la tropa con muestras de regocijo. Pero era ya demasiado tarde para realizarlo, pues en ese mismo momento los hombres de Gutiérrez invadían por todos lados la casa que servía de refugio a sus enemigos.

“El movimiento de Gutiérrez había dejado abierto el camino de retirada al enemigo. Los últimos momentos se hacían ya muy difíciles para la compañía filibustera de Nueva Orleans que determinó retirarse del lugar y pocos minutos después le siguió la de Nueva York, pues se vio sola e imposibilitada para triunfar. El Mayor O’Neil, que pocos minutos antes había llegado al teatro de la lucha, después de haber tratado inútilmente de convencer a Schlessinger y a sus acompañantes de que volvieran a la casa, dirigió la retirada con acierto.

“Los filibusteros lograron salir huyendo por la colina y el sector Oriental de la casa, tomando luego el camino de la Chacóna. Gutiérrez, de no haber mediado su enardecimiento, habría dado buena cuenta de todos ellos.

“Ante el rápido éxito de nuestros soldados, la tropa de Moracia entró a escena, interviniendo en la persecución de los invasores, única labor que quedaba ya por realizar. Esta tropa siguió por la misma hondonada que Gutiérrez había utilizado para llegar a la colina posterior de la casa. La caballería de Moracia, después de su primer intento, volvió a movilizarse tardíamente, ya que todo sucedía en cuestión de segundos

y éstos contaban decisivamente; se internó en persecución de los vencidos, pero sus movimientos tenían que ser lentos y por consiguiente inefectivos.

"Impresionados quedaron nuestros soldados al encontrar dentro de las casas de la hacienda a dos hombres muertos, uno herido y otro ileso, que eran dueños y sirvientes de las haciendas vecinas, hechos presos por los filibusteros.

"La acción valiente de nuestros soldados en Santa Rosa perdura y perdurará en la Historia de Costa Rica. Según todos los testimonios, en catorce o quince minutos se escribió una de las páginas más brillantes de nuestra Historia Patria.

"Los filibusteros no pudieron ocultar a la faz de sus seguidores, la tremenda derrota infringida por nuestros soldados. Los pueblos fronterizos fueron testigos del arribo de los soldados de Walker, que desmoralizados, con sus trajes maltrechos, muchos de ellos descalzos y hambrientos, hicieron su entrada a Nicaragua con cara compungida. Qué contraste tan intenso si se recuerda que muchos de ellos habían preparado hasta guantes blancos, para hacer acto de presencia en el baile de celebración de la victoria que planeaban organizar en San José, a su arribo a esta capital.

"En los campos de Santa Rosa quedaron veintiséis muertos de las filas filibusteras, además de otros que, faltos de alimentos y agua y con sus heridas sangrando, perecieron solitarios en los llanos vecinos a la hacienda.

"Todos los combatientes enemigos, para justificar tan violenta derrota, alegaron que habían luchado contra tropas francesas y militares europeos, descargando, con justicia toda la culpabilidad del fracaso en Schlessinger.

"Este sufrió arresto y juicio ante la Corte Marcial, pero logró oportunamente burlar la vigilancia de sus guardianes y escapar, librándose así de una muerte segura, que era la condena más posible a que se le sometería.

"El periódico filibustero "El Nicaragüense" no pudo ocultar ante la opinión pública tan escandalosa derrota. "No se encuentra—dijo—, un hecho semejante en la historia de los ejércitos americanos, a no ser el saqueo a la ciudad de Washington. Todas las ventajas de tiempo y de lugar estaban a nuestro favor; el prestigio del valor americano estaba en riesgo de un golpe; todo contribuía a ganar la batalla; pero ninguna de estas ventajas ni todas ellas juntas, nos libraron de una cruel y vergonzosa derrota" (30). Wells se atrevió a calificarlo como "el más desgraciado de los combates relacionados con el nombre americano de todos los que registra la historia de las armas en este continente" (31).

"Para los costarricenses la victoria se ganó con el sacrificio de veinte vidas: las de los soldados Francisco Carbonero, José Zeledón, Sotero Mora, Pedro Sequeira, José Zúñiga, Ramón Marín, Juan García, Carmen Prado, Agapito Marín, José María Mora, Carlos Mora y Raimundo Sáenz, este último fallecido en Liberia poco después, el cabo Santos Alvarez, el subteniente Justo Castro; los sargentos segundos Agustín Castro, Agustín Prado y Braulio Pérez; el segundo teniente Manuel Rojas y los capitanes José María Gutiérrez y Manuel Quirós, este último del Estado Mayor.

"Santa Rosa dió a los costarricenses la confianza en la victoria final y fue émulo para seguir adelante y llegar hasta Rivas, en donde se destacó una vez más nuestra determinación de vencer.

"En los momentos más difíciles, en los ratos amargos que el país tuvo que sobrellevar en su lucha contra el filibusterismo, Santa Rosa brilló siempre como una antorcha de libertad. El nombre de Santa Rosa señala hoy la decisión inquebrantable de Costa Rica de derrotar y vencer a todo poder extraño que pretenda mancillar nuestra soberanía y nuestra independencia" (32).

17.— Veinte filibusteros cayeron prisioneros de las fuerzas costarricenses y fueron trasladados a la ciudad de Liberia, donde el 25 de marzo se reunió un consejo de guerra que los condenó a ser pasados por las armas.

Esta disposición fue muy criticada en el exterior, y aun por muchos costarricenses, alegándose, entre otras cosas, que el general Mora les había prometido seguridades.

A las cuatro de la tarde del día 25 fueron fusilados, con excepción de uno, a quien el Presidente Mora le conmutó la pena.

A propósito de estos hechos, consideramos conveniente citar algunos conceptos de lo que sobre eso escribió el eminente historiador don Ricardo Fernández Guardia:

"Los historiadores filibusteros, empezando por el mismo Walker, explotan el tema de la crueldad costarricense; pero se guardan bien de hablar de varios hechos que dieron a las ejecuciones de Liberia un carácter de represalias. Estos hechos, hoy olvidados, constan en el documento No. 8868, Serie XII de la Sección Administrativa de nuestros Archivos Nacionales, y son los que voy a referir.

"1.— En la bahía de Salinas se encontraba un resguardo costarricense compuesto de siete hombres, que fueron fría y cobardemente asesinados por los filibusteros invasores que mandaba el coronel Schlessinger, lo mismo que una mujer que les acompañaba.

"2.— Los filibusteros, acampados en Santa Rosa, apresaron en la mañana del 20 de marzo de 1856 a cuatro paisanos y varias mujeres. Los hombres eran mozos de campo de las haciendas vecinas y, al ser ocupada la casa de la de Santa Rosa, nuestras tropas encontraron a tres de estos infelices asesinados.

"3.— Tres hombres que el Presidente Mora había enviado a la ciudad de Granada cayeron en manos de los filibusteros y fueron ahorcados. Dos murieron en el suplicio, y el tercero, que pudo escapar, llegó al campo costarricense trayendo en el cuello las señales del dogal.

"En información iniciada el 10 de junio de 1856 atestiguan la veracidad de estos hechos el coronel don Lorenzo Salazar, el teniente coronel don José Augusto Mendoza, español y ayudante del Estado Mayor, el capitán don Miguel Alvarado Barroeta y el médico alemán Dr. don Carlos Hoffman, cirujano mayor del ejército. De sus declaraciones resulta, además, que en la hacienda de Santa Rosa se encontraron

(30) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, pág. 269.

(31) William Wells, citado por Jeffrey Roche, pág. 222.

(32) Este trabajo del Licenciado Meléndez fue publicado en "Museo", Boletín informativo del Museo Nacional de Costa Rica, San José, Año I, número 11, marzo de 1955.

objetos que los filibusteros habían robado en las de El Naranjo y Sapoá, donde hicieron afícos todo lo que no se llevaron.

"Tenemos, pues, que los filibusteros entraron en Costa Rica asesinando, robando y destruyendo. Por consiguiente, no tenían derecho a que se les tratase como a beligerantes civilizados". (33)

(33) Fernández Guardia, Ricardo. "Cosas y Gentes de Antaño", segunda edición, 1939, pág. 393 a 395.

CAPITULO V

1.— Walker llega a Rivas y luego abandona la ciudad. 2.— El ejército costarricense sale de Liberia y entra en territorio nicaragüense. 3.— Ocupación de San Juan del Sur. 4.— Toma de La Virgen. 5.— Los costarricenses se instalan en Rivas. 6.— Combate del Sardinal. 7.— Batalla del 11 de abril en Rivas.

1.— Cuando Walker supo la noticia del desastre de Santa Rosa, dispuso trasladar todo su ejército a Rivas. Allí llegó Schlessinger, a quien se le inició un proceso, pero más tarde escapó, trasladándose al campo legitimista donde estuvo hasta el final de la guerra peleando contra Walker (1).

El 30 de marzo concentró Walker su ejército en la plaza de Rivas y le habló largamente, pues muchos de sus soldados tenían el ánimo decaído. Walker dice que él "procuró hacer ver a aquellos hombres la grandeza moral de la situación en que estaban colocados. Solos en el mundo, sin tener la simpatía y mucho menos la ayuda de ningún gobierno amigo, no contaban con más apoyo que el de la conciencia de la justicia de su causa en el conflicto con los países vecinos. Perjudicados por los mismos que debían haberlos favorecido y traicionados por aquellos a quienes hicieron beneficios, tenían que escoger entre renunciar villanamente a sus derechos o morir con nobleza por ellos. Su general no pretendía ocultarles el peligro en que estaban; pero la inminencia de este peligro aumentaba la necesidad de portarse con decoro". (2).

En esos momentos le llegaron a Walker informes de que existía gran alarma en todas las poblaciones del Norte con las noticias de que Guatemala y El Salvador iban a tomar parte en la guerra contra Nicaragua y que pronto sus ejércitos invadirían ese país. Con el propósito de tranquilizar a los leoneses, Walker decidió entonces trasladarse al Norte; él mismo dice que "no estaba enterado de las grandes fuerzas que Mora tenía en la frontera" (3).

Dejó en la ciudad de Rivas una fuerza constituida por doscientos leoneses al mando del coronel cubano José Machado, y en el cargo de comandante militar al coronel José Bermúdez. El 5 de abril se embarcaron los filibusteros en el vapor "San Carlos" y se dirigieron hacia el río San Juan y llegaron al día siguiente al Fuerte de San

- (1) Schlessinger había nacido en Nagykanizsa, Hungría, por el año 1820. Sus primeras armas las hizo en la guerra revolucionaria húngara de 1848 a 1849. Posteriormente fue exiliado, y después de algunas peregrinaciones se trasladó a los Estados Unidos, y luego pasó a Nicaragua a colaborar con Walker, quien le hizo coronel, y tenía al principio un alto concepto de él. Schlessinger poseía varios idiomas y se le decía que era el único de los oficiales de Walker que podía dirigirse a cada soldado en su lengua nativa. Al finalizar la guerra se radicó en Guatemala, donde adquirió una plantación de café y fundó una familia apreciable. Murió en ese país por el año 1900.
- (2) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 166.
- (3) Walker, William, obra citada, pág. 167.

Carlos; continuaron por el río hasta el raudal del Toro, donde se bajó una compañía que iba a quedarse en el Castillo Viejo. Este movimiento filibustero fue lo que hizo pensar a los costarricenses que Walker trataba de invadir a Costa Rica por los ríos Sarapiquí o San Carlos, lo que causó gran alarma. Pero no fue así. El vapor "San Carlos" regresó, y llegó a Granada en la mañana del 8 de abril, donde todos desembarcaron.

2.— El 27 de marzo dictó el Presidente Mora en Liberia un Decreto que decía: "Todos los filibusteros, de cualquiera nacionalidad a que pertenezcan, que sean aprehendidos con las armas en la mano, sufrirán inmediatamente el rigor de la ley siendo fusilados. Los que, sin haber hecho armas contra la República, las depongan voluntariamente, deserten de sus filas y se presenten ante los jefes del ejército nacional, serán perdonados". (4) Dicho decreto fue publicado en español, francés, alemán e inglés, pues se tenía en mira distribuirlo profusamente en las filas filibusteras. Con este propósito los costarricenses llevaban una pequeña imprenta en donde se editaba el "Boletín del Ejército", las proclamas y otros documentos.

Encontrándose Mora en Liberia recibió una carta del Gobierno de don Patricio Rivas invitándole a no traspasar la frontera, y se le advertía de "las diferentes dificultades imprevistas que pudieran presentarse" (5). Extraña actitud de aquel Gobierno de fama, como lo llamaba Mora; hipócrita actitud, por cuanto ya tropas filibusteras habían traspasado la frontera de Costa Rica.

Considerando las grandes dificultades que habrían de presentarse en el camino que iba a recorrerse desde Liberia hasta el interior de Nicaragua, sobre todo en lo que se refería a la cuestión de víveres, nuestro Estado Mayor dispuso que no se movilizara el total de las fuerzas levantadas, acordando dejar unas en Puntarenas y otras en Liberia. Por este motivo el ejército costarricense que penetró en Nicaragua ascendía solamente a poco más de dos mil hombres. En caso de necesidad podría pedirse rápidamente el envío de más fuerzas, pero por el momento se creyó que con las escogidas era suficiente, máxime que existía el convencimiento de la inmediata colaboración militar de los otros países de Centro América, lo cual habría de facilitar el éxito de la campaña.

A las cuatro de la mañana del 28 de marzo salió el Presidente Mora con su Estado Mayor de Liberia, y al día siguiente llegó a Sapoá, donde lanzó una Proclama a los Pueblos de Nicaragua, llamándolos a combatir a los filibusteros para arrojarlos del suelo centroamericano y anunciándoles que el ejército costarricense avanzaba para libertarlos de la opresión filibustera. "Nicaragüenses, les decía: Desde el seno de nuestras pacíficas montañas he oído vuestros congojosos lamentos... Habéis llamados a vuestros hermanos. Vuestros hermanos todos rodean vuestras fronteras y avanzan para libertaros de esa fahange traidora. Combatimos por vuestra salvación. Después del triunfo, paz, unión, justicia y libertad para vosotros y para todos. Cese ya tanta postración, tanta iniquidad y servidumbre. ¿Toleraréis por un instante más tanta

esclavitud, oprobio y tiranía? ¿No lidiaréis, todos unidos, siempre unidos, por conquistar la libertad que os han robado? Sí, valerosos nicaragüenses. Uníos, alzaos y combatid con aquel ardiente coraje que habéis mostrado en tantas nefandas luchas. Arrojemnos unidos a esa pestífera canalla; no quede uno solo de esos asesinos sobre la tierra privilegiada que os concedió la Providencia; y de entre esos montones de cadáveres y ruinas que han acumulado tantos desvaríos y maldades levantemos juntos una patria más unida, más fuerte, más venturosa y más grande..." (6).

Alguien ha dicho que este era un grito de esperanza y resurrección pronunciado a los oídos de una nación esclavizada (7).

El doctor Montúfar, en relación con esta Proclama, hace el siguiente comentario: "Sensible es que ese documento y otros muchos que llevan la firma del señor Mora no hayan sido dictados por él. Contiene nobles pensamientos unidos a expresiones y conceptos que no son propios al Jefe de una República y que no convienen a la gravedad de un asunto que llamaba la atención del mundo. El señor Mora no carecía de inteligencia. Cuando enunciaba pensamientos suyos, era oportuno. El autor de estas líneas recuerda haberlo oído varias veces hablar en público con precisión y oportunidad. Por desgracia, lo acompañaba en esta expedición en calidad de Secretario, un español exaltado que creía amenazada a Cuba por Walker, y él redactaba entonces algunos documentos oficiales" (8).

En Sapoá, y debido a atrasos en el envío de los víveres, permaneció nuestro ejército hasta el 4 de abril, de donde salió a las once del día para llegar a las nueve de la noche a Peña Blanca, distante unos cuarenta kilómetros del camino del Tránsito. Como consecuencia de la mala alimentación que hubo en el camino se desarrolló un colerín que afortunadamente no produjo ninguna baja.

A Sapoá llegó la noticia de que el 2 de abril, a mediodía, se habían visto pasar desde la bahía de Potrero Grande un poco al Norte de Cabo Velas o Morro Hermoso, un vapor y dos buques de vela que navegaban juntos.

Inmediatamente se pensó que se trataba de un movimiento de los filibusteros para quienes era muy fácil movilizarse por el mar, ya que contaban con las embarcaciones de la Compañía del Tránsito. En caso de ser así, o trataban de llamar la atención de nuestro ejército hacia los puertos de esa costa para impedir su marcha a Nicaragua, o se proponían desembarcar con el objeto de cortar las comunicaciones con el interior del país.

Apresuradamente regresó el general Cafiás con una división, pero al llegar a Liberia fue enterado de que se trataba de buques que llevaban cargas de carbón, y por lo tanto, dispuso tomar nuevamente el camino hacia el Norte.

Esa noticia también alarmó a nuestro Gobierno, pues el Jefe Político de Santa Cruz había informado de ello con mucha rapidez. El Ministro de la Guerra había ordenado al Comandante de Puntarenas, coronel Manuel Cafiás, enviar doscientos hombres a la mayor brevedad posible hacia la ciudad de Liberia con el objeto de

(4) "Boletín del Ejército", Cuartel General en marcha, Liberia, 27 de marzo de 1856.

(5) Así lo dice don Juan Rafael Mora en su carta al Doctor Toledo, de 8 de mayo de 1856.

(6) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, págs. 297 y 298.

(7) Rodríguez Camacho Francisco, "Glorias de Costa Rica", 1898.

(8) Montúfar, obra citada, pág. 298. Los señores que acompañaban a Mora y redactaban los documentos oficiales eran don Emilio Segura y don José Augusto Mendoza.

reforzar la guarnición allí existente, y de San José había salido otra fuerza igual para Puntarenas a fin de reponer a la que iba a Moracia.

A las seis de la tarde del 6 de abril arribó el Presidente Mora con el grueso del ejército a la Hacienda y aldea de Santa Clara.

Estando en ese lugar, se recibió la noticia de que Walker junto con su fuerza de quinientos hombres, había evacuado la ciudad de Rivas y se había embarcado en el puerto de La Virgen, no sabiéndose en ese momento hacia dónde se dirigía, pero creyéndose que marchaba a Costa Rica por la vía de Sarapiquí o de San Carlos. Inmediatamente se le mandó a comunicar esta noticia al Ministro de la Guerra don Manuel José Carazo, en San José, recomendándosele reforzar aquellos sitios y estar prevenido para todo evento. (9)

El principal objeto del ejército costarricense fue entonces la ocupación de la ciudad de Rivas. Sin embargo, era necesario ocupar antes la vía del Tránsito, en su parte terrestre, no sólo para impedir que les llegasen refuerzos a los filibusteros, sino también para tener bien guardadas las espaldas en caso de verse obligadas nuestras fuerzas a emprender una retirada.

Los puntos extremos del camino del Tránsito en el istmo eran el puerto de La Virgen, en el Lago, y el de San Juan del Sur, en el Pacífico. Esencial era ocuparlos inmediatamente.

En la madrugada del día 7 de abril salieron de Santa Clara dos divisiones de trescientos hombres cada una con el propósito de ocupar los puertos aludidos.

3.— La división que tenía por objeto apoderarse del puerto de San Juan del Sur llevaba de comandante al coronel Salvador Mora, quien tenía por segundo al mayor Máximo Blanco; iban también en ella el capitán Federico Fernández, los ayudantes Jacinto García y Alejandro Cardona, el cirujano Andrés Sáenz y el Capellán Pedro Cambronero.

Al día siguiente, 8 de abril, el batallón se encontraba como a mil varas de la población, punto donde había una avanzada enemiga constituida por unos once hombres.

El mayor Blanco desmontó de su caballo y mandó a la fuerza prepararse, y al trote, o más bien a la carrera, cayó sorpresivamente sobre la avanzada e hizo presos a todos sus componentes.

De la misma manera Blanco y sus hombres entraron rápidamente en la población, la cual fue ocupada sin que se disparase un sólo tiro, pues el comandante de aquel puerto había huido con su gente al enterarse de que tropas costarricenses se aproximaban (10).

El coronel Mora dictó una orden militar por la que todos los habitantes del puerto quedaban obligados a entregar inmediatamente las armas que tuviesen en su poder.

(9) Archivos Nacionales, Expediente número 8819, Guerra y Marina.

(10) Así lo dicen don Andrés Sáenz y don Lorenzo Montúfar. Don Jacinto García, en sus apuntes, afirma que en el cuartel encontraron una fuerza de veintidós individuos de tropa y una pieza de artillería.

En la mañana del día 9 llegó al puerto una lancha, "La Mariana", con cinco tripulantes, la cual fue capturada y desmantelada, encontrándose en ella unos pocos rifles, pólvora, víveres, etc. Ese mismo día fue tomado en las vecindades de la población un norteamericano, quien resultó ser uno de los fugitivos de Santa Rosa, e inmediatamente se le fusiló (11).

En la madrugada del 11 de abril el coronel Salvador Mora salió rumbo a Rivas (12) acompañado por los oficiales García y Cardona, el ordenanza Jacinto Quirós, el cirujano Sáenz y el capellán Cambronero. En el puerto quedaron las fuerzas al mando del mayor Máximo Blanco. Cuando aquéllos llegaron a Rivas, ya había comenzado la memorable batalla de ese día, en la cual tomaron parte. En las horas de la tarde, y como la batalla se prolongaba, se dispuso mandar a llamar al mayor Máximo Blanco y a sus trescientos hombres para que viniesen a reforzar al grueso del ejército; el batallón de San Juan del Sur entró en Rivas poco antes de medianoche.

Al día siguiente fueron devueltos a San Juan del Sur doscientos hombres, siempre bajo el mando del coronel Mora y del mayor Blanco, pues era necesario dominar ese puerto, porque podían llegar por él procedentes de California refuerzos para Walker, y también porque nuestro ejército esperaba el buque "Telembi", que venía de Puntarenas y traía víveres, equipo y hombres para nuestras fuerzas.

Este puerto de San Juan del Sur estuvo en posesión de los costarricenses hasta el momento en que nuestro ejército se retiró del territorio nicaragüense con motivo de la peste del cólera. Muchos de los heridos en el combate del 11 de abril fueron embarcados en San Juan del Sur rumbo a Puntarenas.

4.— La otra columna que salió de Santa Clara el 7 de abril, y que tenía por objeto apoderarse del puerto de La Virgen, iba al mando del teniente coronel Juan Alfaro Ruiz, quien llevaba como segundo al capitán Daniel Escalante; iban también en ella los capitanes Bernardino Peralta, José María y Fernando Oreamuno, el teniente José Aguilar y otros.

Walker afirma en su libro que tanto en San Juan del Sur como en La Virgen tenía la Compañía Accesoría del Tránsito muchos individuos americanos ocupados en las obras que estaban ejecutando en ambos lugares. "Algunos de ellos estaban organizados en compañías de voluntarios; en La Virgen había una, bien uniformada y a las órdenes de George McMurray, con cerca de cincuenta plazas. Muchos creían que en caso de trastornos se podía tener en estos voluntarios tanta confianza como en la tropa regular" (13).

Cuando los costarricenses entraron en el puerto de La Virgen, ese mismo día 7 los norteamericanos les dispararon desde las casas de la Compañía del Tránsito, desde el hotel y desde una casa de comercio o almacén que pertenecía a don Evaristo Carazo. Los costarricenses contestaron el fuego y atacaron dichas casas. El fuego duró pocos minutos, pues, a las primeras descargas de los costarricenses los norteamericanos se dieron a la fuga.

(11) García, Jacinto, "Apuntamientos", pág. 37.

(12) Id.

(13) Walker, William, obra citada, pág. 157.

En esta escaramuza tuvieron los filibusteros, según parte del coronel Rafael G. Escalante (14), seis muertos y cinco heridos, mientras que los costarricenses tuvieron sólo un soldado herido, el sargento Félix Jiménez, de San Juan de Tibás, quien recibió dos balazos que le penetraron en el hueso de la pierna. Inmediatamente fue llevado a Santa Clara, donde el doctor Hoffmann le amputó la pierna, pero dicho soldado murió a causa de la debilidad producida por la gran cantidad de sangre que perdió.

Los costarricenses quemaron el muelle y la casa de la Compañía, por precaución, es decir, para que no pudiese llegar allí ninguno de los barcos que hacían servicio en el lago, los cuales estaban en poder de Walker. Más tarde, Costa Rica fue demandada por la Compañía del Tránsito, tanto por la quema de este muelle como por los daños sufridos por los edificios de la Compañía en dicho lugar. El reclamo se hizo por \$ 68.000.

Las fuerzas costarricenses permanecieron en La Virgen hasta el 11 de abril, día en que fueron llamadas urgentemente por el Presidente Mora para que fuesen a Rivas a reforzar nuestras tropas con motivo del combate que sostenían con los filibusteros. Como a las cuatro de la tarde de ese día entró en la población de Rivas don Juan Alfaro Ruiz con sus hombres, e inmediatamente tomó parte en el combate, en el que se distinguió.

Al día siguiente esas fuerzas volvieron a ocupar La Virgen, lugar que no se abandonó hasta que se inició la retirada de nuestro ejército. En esta oportunidad el comandante de dichas fuerzas y del puerto de La Virgen lo fue el capitán Víctor Guardia Gutiérrez.

5.— Hemos dicho ya que el grueso del ejército costarricense se encontraba en Santa Clara. El 7 de abril, a las cuatro de la tarde, se presentaron en dicho lugar dos caballeros nicaragüenses comisionados por la ciudad de Rivas para saludar al Presidente Mora, para anunciarle la evacuación de la plaza por las fuerzas filibusteras e invitarle a que inmediatamente pasase con su ejército a acuartelarse en ella.

Mora aceptó, y a las tres de la mañana del día siguiente el ejército costarricense se puso en marcha, pasando por la bahía de La Virgen y muy cerca de las casas de la población, en poder ya desde el día anterior de la división de Alfaro Ruiz; allí pudieron ver uno de los vapores de la Compañía Accesorio del Tránsito que pasó a cierta distancia del puerto e inmediatamente se perdió de vista.

A las diez de la mañana de ese día 8 de abril nuestro ejército hizo su ingreso en la ciudad de Rivas, donde fue recibido con grandes muestras de entusiasmo.

Inmediatamente se procedió a instalar las tropas en varias casas grandes, y a cada concentración se le dio el nombre de cuartel. El Presidente Mora, con su Estado Mayor y una fuerza, se instaló en la casa de don José María Hurtado, dos cuadras al Oeste de la plaza, y desde ese momento se designó a dicho lugar con el nombre de Cuartel General.

Al frente se instaló el depósito de municiones, y diagonalmente a éste se situó el general Cañas con sus oficiales y una fuerza. Una cuadra al Sur se instaló el cuartel del

(14) Carta del coronel Escalante al Ministro de la Guerra, de 7 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 8819. Guerra y Marina.

mayor Fulgencio Ocaña, donde se concentró el mayor número de tropas por ser una de las casas más amplias de la población. Una cuadra al Este de dicho lugar, o sea, en la esquina diagonal al Mesón, quedó instalada la tropa de Alajuela, al mando del mayor Juan Francisco Corrales (15). A media cuadra de la esquina NO. de la plaza, y al costado del Mesón de Guerra, se instaló otra tropa al mando del coronel Lorenzo Salazar. El resto de las fuerzas se situó en otras casas, todas ellas en la vecindad del Cuartel General, pero no tenemos los suficientes datos para determinarlas.

Al costado occidental del Mesón de Guerra, y calle de por medio, se encontraban las ruinas de la antigua iglesia de San Sebastián, clausurada con motivo del terremoto de 1844 que la había dejado en pésimo estado. Los costarricenses aprovecharon, desde luego, sus torres para colocar en ellas algunos grupos de soldados.

Mora estaba seguro, según llevamos ya dicho, de que los nicaragüenses se levantarían contra los filibusteros apenas se enterasen de la presencia del ejército costarricense en aquellas tierras.

Con ese propósito, y por medio de su Subsecretario de Guerra, coronel Rafael G. Escalante, apenas llegó a Rivas, dirigió en forma circular una comunicación a las Municipalidades de Rivas, Masaya, Granada, Matagalpa, Managua, León, y Chinandega. Es ese un documento importante en el cual se manifiesta a los nicaragüenses que no es un partido, que no es un bando político ni el pueril deseo de triunfo de intereses locales lo que ha obligado a los costarricenses a desenvainar la espada, sino la causa santa de la Independencia de Centro América amenazada, y la libertad y bienestar de Nicaragua. Se hace ver que el Presidente Mora no se aparta un punto de la línea de la legalidad y los principios. Se manifiesta con claridad que no se trata de crear arbitrariamente un nuevo gobierno en Nicaragua, abusándose del triunfo, sino de llamar al pueblo a que constituya uno, según las formas del sistema adoptado; de convocar a las Municipalidades para que, por de pronto, nombrasen un Presidente provisional a fin de que éste reuniese una asamblea constituyente que representase la soberanía nacional y para manifestarle la voluntad suprema del pueblo nicaragüense (16).

Cuando esta circular iba en camino para las diferentes poblaciones de Nicaragua, los filibusteros atacaron a Rivas, y cabalmente el hombre que portaba el correo cayó en manos de ellos, y por lo tanto la circular no produjo el efecto deseado.

6.— Desde que nuestro ejército expedicionario marchó hacia Nicaragua por la vía de la Comarca de Moravia, se dictaron órdenes bien claras y terminantes para que una columna constituida por gentes de Alajuela saliera rumbo al río Sarapiquí con el propósito de impedir que por allí entrasen fuerzas filibusteras, y si era posible, cortar la comunicación de Walker en el río.

Efectivamente, en los últimos días de marzo salió de Alajuela una columna de 100 hombres al mando del general Florentino Alfaro, quien llevaba como segundo al teniente coronel Rafael Orozco y como cirujano al teniente Evaristo Fernández. El Gobernador de Alajuela quedaba obligado a proveer a esta fuerza de todo lo necesario.

(15) Este oficial era conocido también por Juan Francisco Corral.

(16) "Boletín Oficial", 19 de abril de 1856.

Esta columna llegó al lugar llamado el Muelle del Sarapiquí, sitio donde el río comienza a ser navegable; pero como se carecía de embarcaciones, se dispuso abrir una vereda paralelamente a la orilla del río, que pudiese llegar hasta su desembocadura, en el San Juan. Poco a poco nuestros soldados fueron adelantando en su difícil trabajo, y el 10 de abril se hallaron en el punto en que el Sarapiquí recibe las aguas de su afluente, el río Sardinal.

La presencia de fuerzas costarricenses en dichas vecindades fue conocida por los filibusteros que se encontraban en La Trinidad o Punto Hipp, y el capitán John M. Baldwin, comandante de la guarnición filibustera, dispuso venir con sus hombres aguas arriba de dicho río para atacar a los nuestros.

Tal suceso se verificó entre 8 y 9 de la mañana del día 10 de abril. Los filibusteros, en número de más de 100 (17), llegaron en 4 embarcaciones y sorprendieron a los nuestros en el Estero del Sardinal, atacándolos vigorosamente y tratando de hacer un desembarco en dicho lugar.

Los costarricenses se defendieron valientemente e impidieron el desembarco del enemigo, motivo por el cual éste regresó a La Trinidad, y los costarricenses se retiraron hacia el Muelle.

La acción duró aproximadamente una hora, y en ella fue muerto el cabo segundo Salvador Alvarado, de Alajuela, y quedaron heridos el general Florentino Alfaro, el sargento Manuel Arias, y los soldados Manuel María Rojas, Manuel Cabezas, Manuel Morera, Joaquín Arley y Desiderio Quesada; los soldados Salvador Sibaja y Joaquín Solís fueron dados como desaparecidos.

Al caer herido el general Alfaro, el coronel Orozco asumió el mando de la fuerza y dirigió luego la retirada.

Walker dice en su obra que los costarricenses dejaron más de veinte muertos en el campo, y que de los suyos murió el teniente Rakestraw y quedaron dos heridos. El coronel Orozco, en su informe (18), afirma que los filibusteros tuvieron 4 muertos en tierra, fuera de los que perecieron en el río, y que además les echaron a pique una piragua; el capitán González afirma que de los filibusteros sólo pudieron escaparse como unos 20, de más de ciento que eran, según se asegura (19).

Los detalles de esta acción no están en verdad muy claros, ya que los datos consignados, tanto por los costarricenses como por los filibusteros, son contradictorios.

El coronel Orozco habla de una "total derrota del enemigo"; el capitán González dice que los filibusteros "huyeron despavoridos en las mismas lanchas en que habían llegado"; el Presidente Mora, en una Proclama emitida en Rivas, habla de "los triunfos de Santa Rosa, de Rivas y de Sarapiquí" (20), y el Ministro de la Guerra, don Manuel José Carazo, dirigiéndose al Gobernador de Alajuela, le manifestaba: "Ha sido muy grato al Gobierno y a todos los costarricenses la fausta noticia del triunfo de nuestras

armas, adquirido en la memorable jornada del 10 del corriente, en la cual tocó a los valientes Alajuelas recoger todos los laureles que ella ha producido, escarmentando con rigor a nuestros enemigos y corroborando la idea que siempre se ha tenido del valor, patriotismo y determinación con que los esforzados hijos de Alajuela saben cumplir con sus deberes y defender sus derechos" (21).

Por su parte, Walker atribuye el triunfo del Sardinal a los suyos y dice que los costarricenses "no pararon en su fuga hasta San José" (22). Jeffrey Roche afirma que entre los costarricenses hubo 27 muertos y que los demás fueron puestos en fuga (23).

El parte del coronel Orozco está fechado el mismo día 10 de abril y en el Muelle del Sarapiquí (24); dice que allí tenía únicamente 80 hombres, porque el general Alfaro, los demás heridos, el cirujano y una escolta se habían ido hacia el interior del país. Poco después ese grupo militar se trasladó un poco más hacia el Sur y se situó en La Virgen.

Nuestro Gobierno dispuso mantener la fuerza expedicionaria en la zona de Sarapiquí al mando del teniente coronel Orozco, trasladándola al punto llamado Cariblanco; al mismo tiempo acordó establecer en Alajuela un hospital de sangre al cuidado del Dr. Frantzius para los heridos que viniesen de esa zona; el Gobernador de Alajuela conservaba la obligación de proveer de víveres a dicha columna.

7.— En la mañana del 9 de abril dispuso Walker venir a atacar a los costarricenses en Rivas, y salió de Granada con 550 hombres, a los que, en las cercanías de Nandaime, se le unieron los doscientos que traía bajo sus órdenes el coronel José Machado. Después de haber pernoctado a la orilla del río Ochomogo, continuaron el día 10 la marcha, apresando en el camino a un hombre de Rivas que llevaba unas proclamas del Presidente Mora a los legitimistas de Masaya; se amenazó a este individuo y entonces dio algunos detalles acerca de las posiciones del ejército costarricense.

Cerca del Obraje se encontraban en ese momento los oficiales costarricenses Juan Estrada y Macedonio Esquivel, con un reducido número de soldados, explorando la zona. Un grupo de filibusteros al mando del capitán Waters se había separado de las fuerzas de Walker, y desde lejos hizo algunos disparos a los costarricenses que éstos contestaron sin ningún resultado (25). Waters volvió a reunirse con Walker y entonces el jefe filibustero decidió que sus tropas dejaran el camino real que iba para Rivas y

(21) Boletín Oficial, 17 de abril de 1856.

(22) Walker, William, obra citada, pág. 181.

(23) Roche, James Jeffrey, obra citada, pág. 89.

(24) Alcance al Boletín Oficial No. 183, 13 de abril de 1856.

(25) El distinguido historiador nicaragüense don Sofonías Salvatierra nos dio los siguientes datos tomados de un interesante Diario que, acerca de los sucesos de la Campaña, dejó escrito su señor padre. Las tropas filibusteras encontraron en el camino a los señores José María y Simón Santos que andaban por esos lados inspeccionando el ganado de sus haciendas. Don Simón logró escapar rápidamente, pero don José María fue capturado y se le amenazó con ahorcarlo si no daba detalles relativos a las posiciones que los costarricenses ocupaban en Rivas. En efecto, le pusieron a don José María una soga al cuello, hicieron pasar el mecate por una rama de un árbol, y ya estaban suspendiendo a la víctima cuando se oyeron de improviso varios tiros. Inmediatamente los filibusteros prepararon sus armas y se dispusieron a la defensa creyendo que los iban a atacar, y entonces don José María aprovechó esos momentos de confusión para salir corriendo y escapar así de una muerte segura. Es muy posible que los tiros que se oyeron fueron los que se cruzaron entre los hombres de Waters y la avanzada costarricense. Don Simón Santos, por su parte, se dirigió a Rivas a informar al Presidente Mora de lo que había ocurrido.

(17) Informe del teniente coronel Rafael Orozco, de 10 de abril de 1856. "Alcance al Boletín Oficial" número 183, de 13 de abril de 1856.

(18) Alcance al Boletín Oficial, 13 de abril de 1856.

(19) Carta del Gobernador de Alajuela, "Boletín Oficial" de 18 de abril de 1856.

(20) "Agradecimiento para Jefes, Oficiales y Soldados", Cuartel General, Rivas, 25 de abril de 1856.

tomaran por una vereda hacia el Este, yendo a acampar a orillas del río Gil González, pues el propósito de Walker era entrar en la ciudad por el punto opuesto. Poco antes de llegar a este último lugar capturaron a un hombre que se encontraba en actitud sospechosa, y a quien le pusieron una soga al cuello y amenazaron con ahorcarlo; el hombre, aterrorizado, dio a los filibusteros un informe exacto y detallado acerca de los lugares ocupados por las fuerzas costarricenses en la ciudad de Rivas, diciéndoles en qué casa se encontraba el Presidente Mora y su Estado Mayor, dónde estaban almacenadas las municiones, cómo estaba distribuido el resto del ejército, diciéndoles también que en una de las calles vecinas a la plaza, se encontraba colocado un cañón; al mismo tiempo, les enteró de que, tanto en La Virgen como en San Juan del Sur, había fuerzas costarricenses. Después de haber dado todos estos datos, dicho individuo fue ahorcado, porque se le consideró como un espía de los costarricenses.

Esa misma noche Walker formuló su plan de ataque y lo comunicó a sus principales oficiales, indicándoles a cada uno de ellos lo que debían hacer por separado.

Las fuerzas filibusteras entrarían en Rivas por el camino de San Jorge, y procederían así:

El teniente coronel Edward J. Sanders, con cuatro compañías, entraría por las calles situadas al Norte de la plaza a paso de carga hasta llegar a la casa ocupada por Mora, procurando capturarlo.

El mayor A. S. Brewster, con tres compañías, entraría por las calles situadas al Sur de la plaza, tratando también de llegar al Cuartel General costarricense con los mismos propósitos.

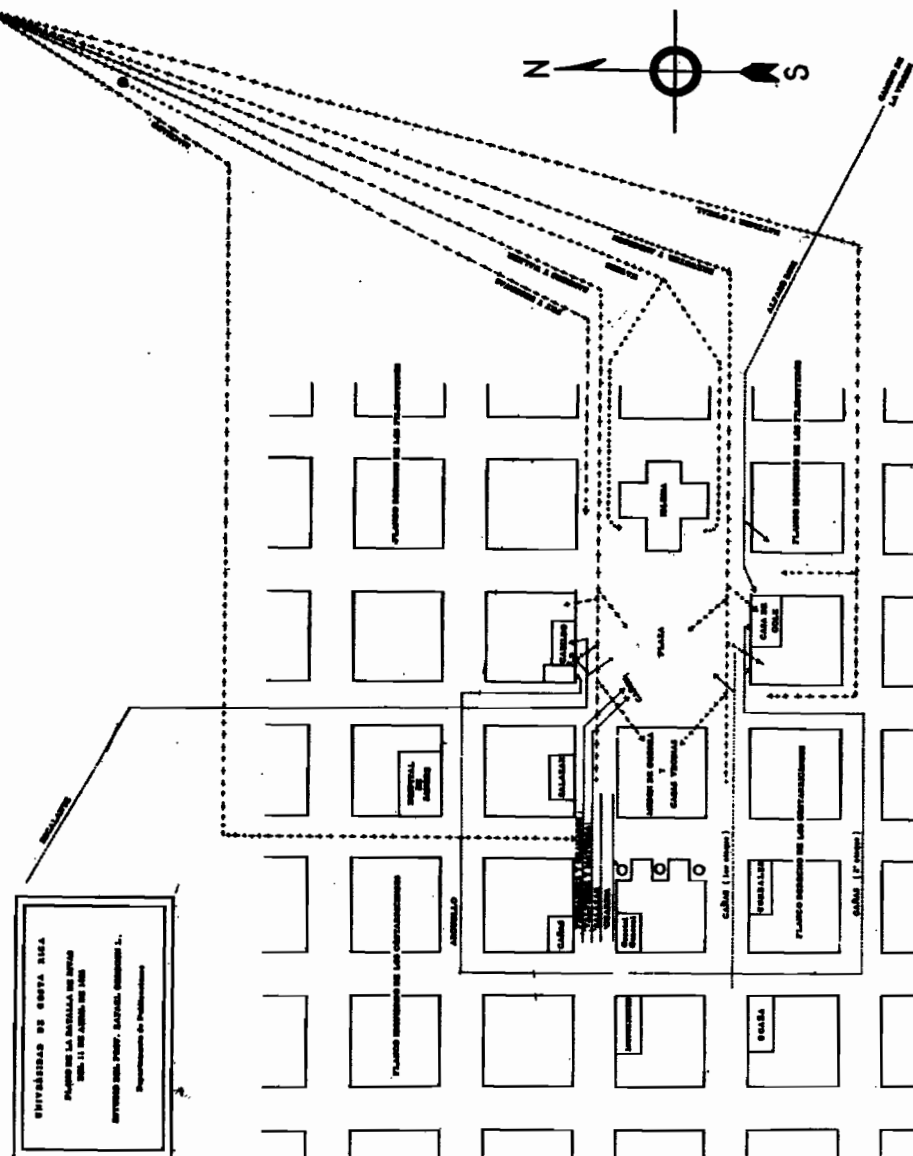
El coronel Bruno von Natzmer, con el mayor J. C. O'Neal, entrarían por la extrema izquierda de la ciudad, amenazando así a la derecha de los costarricenses y manteniéndose a distancia conveniente de Brewster.

El coronel José Machado se movería por la derecha de Sanders y entraría por un camino que conduce a la plaza por el Norte, amenazando así el flanco izquierdo de los costarricenses.

El capitán John P. Waters se encargaría de tomar la iglesia de la población, mientras que el coronel Birkett D. Fry quedaría en la reserva con sus compañías de infantería ligera, esperando la orden de Walker para actuar.

Walker, pues, trazó muy bien su plan de ataque. Se proponía sorprender a los costarricenses y capturar desde el primer momento al Presidente Mora y a su Estado Mayor. Walker tuvo en el combate del 11 de abril la inmensa ventaja de conocer perfectamente el terreno, de saber la posición y las características de todas las casas de la población, y los recursos con que podía contar en ella; él había permanecido durante algunos días en dicha ciudad, y tenía además la experiencia de haber peleado allí mismo en ocasión anterior.

A las tres de la mañana del día siguiente los filibusteros levantaron el campamento y, organizándose en compañías, iniciaron la marcha, sirviéndoles de guía un norteamericano llamado el doctor Lorenzo Cole, casado con una mujer de Rivas, y quien residía en la misma ciudad. El ejército filibustero pasó cerca de Potosí, y luego se desvió hacia el lago, y poco antes de las ocho de la mañana se encontró situado en el



camino que va de San Jorge a Rivas, y a una distancia aproximada de unos cinco kilómetros de dicha ciudad.

Hacia la mitad de este camino los americanos encontraron a unas mujeres que venían de Rivas, y éstas les informaron que los costarricenses estaban totalmente ignorantes de la proximidad de las fuerzas de Walker. El jefe filibustero había logrado, pues, lo que se proponía: sorprender a los costarricenses.

Ya dijimos antes que cuando Walker evacuó a Rivas había dejado en dicha ciudad una fuerza de soldados leoneses a las órdenes del coronel José Machado. Pero resulta que, cuando en Rivas supieron que el ejército expedicionario costarricense se aproximaba, Machado, junto con sus hombres, abandonó la ciudad por el camino de Granada; sin embargo, en vez de irse directamente para esa ciudad, empezó a introducirse en las haciendas del camino en donde sus hombres cometieron, como es de suponerse, muchos daños.

En la tarde del 9 de abril, un nicaragüense llegó al Cuartel General costarricense a decirle al Presidente Mora que en las vecindades de Buenos Aires y de Potosí se encontraban trescientos filibusteros y leoneses, y que estaban robando. Con el propósito de confirmar la noticia, Mora dispuso que el mayor Juan Estrada y el capitán Macedonio Esquivel, junto con unos pocos soldados, fuesen al lugar indicado, y en caso de ser cierto lo que se decía, observar los movimientos del enemigo y enterarse de cuántos hombres eran.

Indudablemente que la noticia se refería a los hombres de Machado, quien ese mismo día 9 se encontró con Walker y se agregó a su ejército. Estrada y Esquivel recorrieron la zona que se les había indicado, y al día siguiente en la mañana se encontraban cerca del Obraje, cuando los hombres de Waters, que se habían separado un poco del ejército de Walker, les dispararon sin ocasionarles ningún daño. Los oficiales costarricenses siguieron el grupo a distancia hasta divisar parte del ejército filibustero, y entonces Esquivel, galopando a gran velocidad, retornó a Rivas esa misma tarde e informó que habían llegado hasta las avanzadas enemigas, que éstas les habían hecho algunos tiros, y que también habían visto un ejército de unos trescientos o cuatrocientos hombres marchando en dirección a Rivas.

¿Qué hizo nuestro Estado Mayor ante semejante noticia? ¿Movilizó un ejército para ir a atacar al enemigo? ¿Construyó trincheras y defensas en la ciudad de Rivas? Nada de eso. Se le ordenó a Esquivel volver a reunirse con Estrada en el punto de observación, cerca del pueblecito de Potosí, y regresar al amanecer del día siguiente a dar un nuevo y más detallado parte (26).

Desde las tempranas horas del día 11 se esperó el regreso de Esquivel en el Cuartel General, pero ni éste ni Estrada aparecieron por ninguna parte, pues como los filibusteros habían hecho un rodeo para entrar en Rivas por un punto diferente, Estrada y Esquivel habían quedado aislados, y no pudieron volver a dar cuenta de su comisión sino una hora después de empeñado el combate. Creyéndose que ambos habían caído prisioneros, se ordenó al mayor Clodomiro Escalante salir con el batallón

(26) "Conjuración de Iglesias y Tinoco", Imprenta Nacional, 1856, pág. 8.

Santa Rosa, integrado por cuatrocientos hombres, en dirección a Potosí, lugar donde según los partes debía de hallarse el enemigo. Iban a ser las ocho de la mañana cuando Escalante salió de la ciudad.

Pocos momentos después entró en Rivas el ciudadano nicaragüense don Luis Pineda trayendo la noticia de que había visto pasar a los filibusteros por su hacienda, situada cerca de Potosí, y que éstos se acercaban a la población por el camino de San Jorge. Ante esas noticias, se ordenó al capitán Alejandro Aguilar montar a caballo e ir a alcanzar al batallón Santa Rosa para que contra marchase.

Walker encontró a la entrada de la ciudad un pequeño grupo de soldados costarricenses, el cual fue dispersado por Sanders y sus hombres que venían a la vanguardia. Los tiros que allí se hicieron enteraron al ejército costarricense y a todos los habitantes de Rivas de que los filibusteros atacaban sorpresivamente a la ciudad.

De improviso el coronel Machado apareció en la esquina Noroeste del Mesón y, por lo tanto, a poca distancia del Cuartel General, acompañado de los doscientos nicaragüenses que se aprestaban a empuñar las armas contra aquéllos que habían venido a luchar por su libertad y por la independencia de su patria. Pero en esa esquina se encontraban fuerzas costarricenses y, cuando apareció Machado, el teniente José María Rojas le disparó un balazo dejándolo muerto en el acto. Los soldados que venían con Machado, al ver caer a su jefe y ser atacados por los costarricenses, se volvieron por el camino por donde habían venido, con la intención de abandonar la ciudad; pero con tan mala suerte para ellos que, al llegar a las afueras de la población, se encontraron con el batallón Santa Rosa que regresaba apresuradamente, y éste los dispersó a balazos haciéndoles muchas bajas.

Sanders, con sus cuatro compañías, siguió a paso trote por dentro de la población hasta llegar a la plaza por su parte Norte, acompañado del mismo jefe de los filibusteros, y luego continuó en dirección al Cuartel General costarricense.

A medio camino entre la plaza y el Cuartel General estaba emplazado un cañón, en la mitad de la calle, y el capitán Mateo Marín, con cuatro soldados, se disponía rápidamente a disparar contra los filibusteros, pero no tuvo tiempo porque éstos lo atacaron, y capturando el cañón, se lo llevaron hacia la plaza. Marín quedó herido y muertos sus soldados.

Es indudable que esta entrada tan rápida de los filibusteros fue el momento más peligroso para los costarricenses en el principio del combate, ya que los filibusteros estuvieron a punto de apoderarse del depósito de municiones y de la propia persona del Presidente Mora junto con su Estado Mayor.

Pero como afortunadamente los filibusteros se detuvieron en el sitio donde se encontraba el cañón, y mientras atacaban a los artilleros y retrocedieron para colocar la pieza en la esquina de la plaza, y antes de que Sanders pudiese ordenar a sus soldados que siguieran avanzando, los costarricenses se repusieron de su sorpresa, y entonces el coronel Lorenzo Salazar, al mando de un grupo de soldados que sacó de su cuartel, situado frente al lugar mismo donde había estado el cañón, atacó al enemigo desde la calle en una tremenda carga a la bayoneta, protegiendo así el Cuartel General y el depósito de municiones.

Brewster, con sus tres compañías, también logró llegar rápidamente hasta el costado Sur de la plaza, y el capitán Francis P. Anderson, que iba delante de él con otra compañía, atacó fuertemente las casas ocupadas por los costarricenses hacia el lado Oeste, como queriendo seguir por ese camino hacia el Cuartel General. Pero algunos soldados costarricenses se situaron en la pequeña torre de la antigua iglesia de San Sebastián, que quedaba frente al cuartel de Corrales, y desde allí comenzaron a hacer certeros disparos; Walker habla de que en ese lugar había magníficos tiradores franceses y alemanes, lo cual sabemos no era cierto; Anderson y los suyos tuvieron por fin que ponerse a cubierta.

Natzmer y O'Neal tomaron posesión de las casas situadas al Sur de la plaza, donde sus hombres se parapetaron bien e iniciaron un fuego nutrido contra los costarricenses.

El capitán Waters, con su grupo de soldados a caballo, se apoderó desde el principio del combate del edificio de la iglesia, y desde la torre sus hombres comenzaron a disparar intensamente.

En un momento los filibusteros se habían hecho dueños de la plaza y de las principales casas que rodeaban a ésta. Y aunque durante los primeros momentos la situación de los costarricenses fue realmente terrible, pues en pocos minutos se habían visto atacados sorpresivamente y casi rodeados por el enemigo, ningún soldado llegó a pensar en la fuga, como los filibusteros lo habían hecho en Santa Rosa, sino que más bien se dispusieron a la lucha mostrando serenidad y valor, y sobre todo gran espíritu patriótico.

Los soldados costarricenses, unos desde las calles y otros alojados dentro de varias casas, hacían frente a las fuerzas filibusteras que también desde las calles, desde la plaza y casas vecinas, desde la torre de la iglesia y aun desde el techo de algunas de las casas del lado Norte, mantenían un fuego incesante y pavoroso.

Frente a la esquina Noroeste de la plaza había un amplio local destinado a comercio, una especie de tienda o almacén, donde los filibusteros se instalaron en gran número; por los solares establecieron comunicación con la casa adjunta que era el Cabildo, y donde también había un número grande de soldados. Jamison, haciendo referencia a esa casa, nos da los siguientes detalles: "En un edificio grande, cerca a la esquina de la plaza, se encontró un abastecimiento de quesos españoles en forma de grandes bloques, con una dureza de granito, a los que no les entraba bala. Rápidamente se hicieron barricadas con estos quesos descomunales, tras las cuales se colocó un pelotón de rifleros de la mejor puntería, lo que no gustó mucho a los costarricenses, que tuvieron buen cuidado de no acercarse a dicho sitio. Que estas barricadas de queso eran una quimera, lo demostró el hecho de que cuando los rifleros no estaban haciendo blanco en las cabezas de los costarricenses, se dedicaban a satisfacer su hambre voraz, arrancando con sus bayonetas grandes pedazos de queso del corazón mismo de sus barricadas". (27)

Tal era la situación cuando apareció de pronto en la esquina Noroeste de la plaza el batallón Santa Rosa al mando del mayor Escalante; sus hombres venían plenos de

(27) Jamison, James C. "La Segunda Batalla de Rivas".

entusiasmo a tomar parte en el combate; acababan de dispersar las fuerzas leonesas en las afueras de la ciudad, y ahora se proponían atacar a las fuerzas americanas.

Ni Escalante ni sus oficiales pidieron órdenes al Cuartel General, sino que, en vista de la situación, actuaron por propia iniciativa, y atacaron el flanco derecho de los filibusteros, o sea, a las fuerzas de Sanders principalmente, haciendo vigorosas cargas a la bayoneta contra las casas donde el enemigo se había encerrado, y llegando hasta la plaza misma, donde los filibusteros se protegían tras de las empalizadas que allí se encontraban.

El combate cobró entonces nuevos bríos y se volvió más encarnizado; los filibusteros dirigieron sus fuegos principalmente contra el batallón Santa Rosa, y los soldados que lo constituían empezaron a caer en gran número. Escalante y algunos de sus oficiales insistían en atacar las casas del lado Norte de la plaza, donde los filibusteros hacían una formidable resistencia. Los capitanes Santiago Millet y Ramón Quirós se empeñaron en desalojar a toda una compañía enemiga que en la plaza se encontraba bien resguardada detrás de una empalizada, la cual se defendía tenazmente.

En ese momento, y por la esquina Suroeste de la plaza apareció el general José María Cañas, secundado por varios oficiales, y a la cabeza de una columna de denodados costarricenses. Venía Cañas a batirse con el arrojo temerario que en él fue característico y "con aquella resolución que afianza la victoria" (28). Cañas, que siempre supo hacerse querer y admirar de sus soldados, venía adelante, seguido por ellos. El flanco izquierdo filibustero se vio, fuertemente agredido, y las gentes de Natzmer, O'Neal y Brewster, respondieron con vigor al ataque que se les hacía. Cañas hizo tremendas cargas contra las casas del lado Sur de la plaza y contra la plaza misma, estrechando a los filibusteros. Estos se defendían como leones embravecidos y respondían duro a las cargas de Cañas, cuyos hombres comenzaron a caer en aquella calle que se tiñó de rojo con su sangre. Por este sector el combate fue excepcionalmente enardecido y vigoroso. En el informe presentado más tarde por el coronel Barillier al Presidente Mora, se dice que de este lado hubo "sangrientos combates y luchas cuerpo a cuerpo, no muy comunes en la historia de las guerras". (29)

El empuje dado al combate por los hombres de Escalante y de Cañas fue tan poderoso, sus cargas tan tremendas, el valor y la osadía desplegados tan extraordinarios, que pronto la mayoría de los filibusteros que se encontraba peleando en la calle y en la plaza, comenzó a replegarse y a introducirse en las casas más próximas. Entonces fue cuando Sanders y un buen número de sus soldados se refugiaron en el amplio Mesón de Guerra. Sin embargo, grupos de filibusteros al mando de Brewster no pudieron ser desalojados de las empalizadas de la plaza.

El batallón Santa Rosa y la columna de Cañas quedaron totalmente destrozados; la mayor parte de sus soldados yacían muertos o heridos en las calles. Pero el combate había tomado una nueva fase. Los campos habían quedado ya bien deslindados. La mitad de la ciudad, su sección oriental, se encontraba en manos de los costarricenses; la

otra mitad, en poder de los filibusteros, quienes dejaron de realizar su fuerte ofensiva y en adelante se concretaron a mantenerse en las posiciones conquistadas. Alojados ambos adversarios en diferentes casas, se hacían fuego nutrido a través de las puertas, ventanas y aspilleras o agujeros hechos en las paredes de adobes.

Desde esas posiciones se hizo derroche de puntería, a propósito de lo cual nos dice Jamison: "Los disparos certeros más espectaculares que vi en Nicaragua, los vi en la batalla de Rivas". (30)

Entre los oficiales costarricenses que pronto cayeron estaban el mayor Juan Francisco Corrales, el capitán Carlos Alvarado Barroeta, los tenientes Florencio Quirós, Pedro Dengo y Juan Ureña, y los subtenientes Pablo Valverde, Ramón Portuquez y Jerónimo Jiménez.

Clinton Rollins, uno de los compañeros de Walker y asistente a la batalla de Rivas, escribió mucho tiempo después, comentando el arrojo de los costarricenses: "Aquellos hombres se tiraban a morir, tratando de arrancar la victoria al enemigo. Los costarricenses nos llevaban ventaja numérica y peleaban ferozmente y mejor que los nativos que hasta aquí habíamos encontrado. No eran rufianes sucios y haraposos, sino soldados recios y audaces en la pelea. Detrás de las barricadas, paredes de adobes y de las ventanas de las casas, nos llovían las balas, usando las tácticas indias. Los filibusteros hicieron toda clase de esfuerzos para desalojarlos pero no pudieron". (31)

Gravísimos errores cometieron los costarricenses en ese combate, errores que costaron la vida a gran número de soldados.

Una de las equivocaciones más grandes de nuestros jefes fue la de ordenar el rescate del cañón que los filibusteros habían tomado al principio del combate, el cual tenían instalado en el ángulo Noroeste de la plaza.

Para ello, saliendo del Cuartel General, había que pasar por la calle que quedaba al Norte del Mesón de Guerra, donde estaban metidos los filibusteros disparando por las aberturas que habían hecho en las paredes; además, esa calle, y sobre todo la esquina de la plaza donde estaba situado el cañón, se encontraban bajo el fuego de la torre de la iglesia, de la casa del Cabildo y de todas las casas alrededor de la plaza que estaban en poder de los filibusteros.

Ir a recuperar ese cañón significaba buscar la muerte. No había necesidad de que nuestros soldados sacrificaran su vida cuando los filibusteros no estaban haciendo uso de él.

Lo que esto pone de manifiesto es algo verdaderamente extraordinario; los costarricenses en Rivas no tenían más que ese cañón; por eso fue que les costó tanto desalojar de las casas a los filibusteros, lo que hicieron a tiro de fusil, a carga de bayoneta y por el fuego prendido en los edificios.

Mucho sorprende que habiéndose metido Costa Rica en una guerra tan seria, hubieran nuestros jefes militares llevado a Nicaragua solamente dos cañones, según se desprende de los partes de la batalla de Santa Rosa, donde se habla de dos cañones al

(28) Informe del coronel Pedro Barillier al Presidente Mora, publicado en "Boletín Oficial", 30 de abril de 1856.

(29) Id.

(30) Jamison James C., "La Segunda Batalla de Rivas".

(31) Rollins, Clinton, "William Walker", 1945, pág. 101.

mando del capitán Mateo Marín. Sin embargo, en Rivas no aparece el segundo cañón por ninguna parte, pues los costarricenses no lo usaron. (32)

Por otra parte, sabemos con certeza que los filibusteros no tenían tampoco artillería. Walker afirma en su libro que sus fuerzas no contaban con artillería, y tenían "que depender del pico y de la barra para abrirse paso por entre las gruesas paredes de adobes de la ciudad". (33) Jamison confirma esta aseveración de Walker, diciendo: "La falta de zapadores y mineros, junto con la ausencia de artillería, nos hacía terriblemente difícil y precario el sitio de un poderoso enemigo en una ciudad como Rivas". (34)

Los filibusteros custodiaban el cañón en la plaza para que los costarricenses no lo pudieran usar, pero éstos se empeñaron en recapturarlo. Quién sabe hasta qué cierto punto las fuerzas filibusteras usaron ese cañón como cebo para atraer a nuestros soldados y liquidarlos allí.

En aquellas condiciones, tratar de rescatar la pieza no podía ser más descabellado. Fue un capricho loco. El Presidente Mora dice que eso se debió a "un inconsiderado empeño de honor en recobrarlo". (35) Don José María Bonilla nos informa que eso se hizo por indicaciones del coronel Barillier (36), mientras que don Víctor Guardia afirma que la orden que él recibió para ir a traer el cañón se la dio el general José Joaquín Mora (37). En todo caso, digamos que las órdenes emanaron del Estado Mayor.

El capitán Víctor Guardia fue el primero en intentar la captura del cañón, y con ese propósito salió del Cuartel General acompañado de cuarenta y cinco hombres. Al echarse a la calle, mandó a su gente que se colocara en dos filas, recomendándole que se amparase a las ventanas que, por ser salidas hacia la calle, ofrecían algún abrigo. El fuego que se les hacía desde el Mesón y el Cabildo fue lo que más daño les hizo. Iban bajo una lluvia de balas, y muchos soldados comenzaron a caer. De pronto salió del Mesón un grupo de filibusteros; Guardia dice que entonces mandó unir las filas y cargó contra ellos, obligándolos a refugiarse nuevamente en el Mesón; ese destacamento había salido para posesionarse del fortín que estaba frente a la esquina Noroeste del Mesón (38). En ese fortín se habían colocado unos soldados, pero éstos lo habían abandonado al principio del combate para juntarse en la calle con las fuerzas del coronel Salazar e impedir el avance de las gentes de Sanders que habían llegado casi hasta ese lugar. Esto se explica fácilmente recordando que aquél había sido un momento de grave peligro, y que a los filibusteros había que detenerlos principalmente a carga de bayoneta.

(32) Don Jacinto García en sus "Apuntamientos" (pág. 39) dice que en Rivas tenían los costarricenses dos cañones; el coronel Barillier en el parte presentado al Presidente Mora, dice: "En un instante los cuatro lados de la plaza y uno de nuestros cañones cayeron en poder del enemigo" (Boletín Oficial, 30 de abril de 1856). Sin embargo, Walker en su obra y el Presidente Mora en el parte dirigido al Ministro de Guerra hablan de un solo cañón. En todo caso, si efectivamente había otro es como si no lo hubiese habido, pues no llegó a usarse.

(33) Walker, William, obra citada, pág. 177.

(34) Jamison, James C., "La Segunda Batalla de Rivas".

(35) Parte oficial de la batalla, 16 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 4747. Guerra y Marina.

(36) Bonilla, José María, "Batalla del 11 de abril".

(37) Guardia, Víctor, "La Batalla de Rivas".

(38) Este fortín era una de las torres de la iglesia en ruinas de San Sebastián.

"Considerando —dice don Víctor Guardia— que con los pocos hombres que me quedaban era locura intentar apoderarme del cañón, y por otra parte el inmenso peligro que había en permitir que una posición de tal importancia cayera en poder del enemigo, hice entrar al fortín los trece hombres que me quedaban. ¡Treinta y dos habían caído en el camino! Este fortín estaba levantado sobre las paredes de una casa a medio construir, calle de por medio con el Mesón, y cuyas puertas y ventanas, menos una, estaban obstruidas con adobes. En el acto mandé aviso al Cuartel General, por dentro de los solares, de haber ocupado el fortín y pedí órdenes al mismo tiempo. Se me contestó que lo conservase a todo trance y me mandaron un refuerzo de diez o doce hombres al mando del oficial don Rafael Bolandi, que fue herido al entrar al fortín desde el techo del Mesón, donde se habían situado muchos tiradores yanquis. Procedí entonces a cerrar con adobes la única ventana que no lo estaba. En esta faena me mataron varios hombres". (39)

El Estado Mayor insistió en que el cañón fuese recuperado, y para tal misión se encargó esta vez a los capitanes Vicente Valverde y Zenón Mayorga, quienes salieron del Cuartel General acompañados de cien hombres. Los filibusteros que se hallaban encerrados en el Mesón atacaron con denuedo a esta fuerza que trataba de intentar proeza tan audaz. A pesar de eso, aquellos hombres lograron acercarse a la esquina de la plaza bajo una verdadera lluvia de fuego, a consecuencia de la cual muchos habían caído ya. De pronto el enemigo encerrado en el Cabildo hizo una descarga cerrada, y la mayor parte de aquella gente que se acercaba a la esquina, quedó tendida en la calle. Entre los muertos estaba el capitán Valverde, y entre los heridos, el capitán Mayorga. El grupo que se salvó de aquella formidable ráfaga retrocedió buscando el Cuartel General, y todavía en esa retirada cayeron varios, víctimas de las balas filibusteras que salían principalmente de las aspilleras del Mesón. Doce individuos llegaron de aquella fuerza al Cuartel General.

Una hora después de haberse empeñado el combate y dándose cuenta el Presidente Mora de que éste iba a ser bastante largo, envió un mensajero al puerto de La Virgen con órdenes para el comandante Alfaro Ruiz, a fin de que le enviase inmediatamente un refuerzo de cien hombres.

Pero más tarde, y enterado Mora del gran número de bajas sufridas por las fuerzas costarricenses, consideró que era mejor se trasladasen a Rivas todos los hombres que se hallaban tanto en La Virgen como en San Juan del Sur, y en tal sentido envió órdenes a los respectivos comandantes. Así podrían tener los combatientes de Rivas un refuerzo de seiscientos hombres.

Otra medida que se tomó fue la de trasladar al Cuartel General todo el parque que se encontraba almacenado en la casa situada enfrente de dicho Cuartel, y para ello se dio inmediatamente aviso a todos los jefes militares.

El Estado mayor costarricense que, al principio del combate, no pudo mantener contacto con muchos grupos de soldados que peleaban en forma aislada (40), logró al

(39) Guardia, Víctor, "La Batalla de Rivas".

(40) En su interesante trabajo titulado "Luis Pacheco Bertora", dice el profesor don Carlos Meléndez: "Sabemos muy bien, por las diversas referencias de que se dispone hoy, que la batalla de Rivas fue el producto de un sorpresivo ataque de los filibusteros a las tropas costa-

fin, poco a poco, ponerse en contacto con ellos, y llegar a tomar el mando general de las operaciones. En adelante el Estado Mayor estuvo ya enterado del curso del combate, y desde su Cuartel enviaba constantemente órdenes a los diferentes lugares. A este respecto, dice el Presidente Mora: "Órdenes terminantes salieron de este cuartel simultáneamente. Mi deseo era reunir a determinados mandos la gente que peleaba aislada. Primero organizar; después estrechar al enemigo, desalojarle, echarle fuera de Rivas. Un piquete de dragones (41) fue estacionado en la puerta del cuartel con el sólo objeto de pasar las órdenes escritas, y se insinuó a todos los jefes que me pasaran partes momentáneos de la situación". (42)

El general José Joaquín Mora, quien se encontraba en el Cuartel General, manifestó en un momento dado su intención de salir a la calle para tomar parte en el combate, a lo cual se opuso terminantemente el Presidente Mora. Por su parte, el general Cañas entraba en dicho cuartel y salía, y dominaba algunos puntos de la línea de combate. Numerosas fuerzas defendían el cuartel, pues se sabía que el principal objetivo de los filibusteros era tomarlo. Nuestros jefes escuchaban con mucha atención las sugerencias que, relativas a la estrategia del caso, hacían el barón de Bulow y el teniente coronel Barillier, a quienes el Estado Mayor consideraba como los verdaderos técnicos militares.

El coronel Barillier, recién llegado de Francia, acababa de alcanzar al ejército en su marcha hacia Rivas, y nuestro Gobierno lo había traído para que desempeñase el cargo de instructor militar. Con él había hecho el viaje don Adolfo Marie, subsecretario de Estado, quien se encontraba también en el Cuartel General en Rivas. Barillier había traído recomendaciones valiosas y Marie hacía de él grandes elogios; Mora y el Estado Mayor le tenían, pues, en concepto muy elevado, lo consideraban un verdadero estratega y acataban sus consejos e indicaciones al pie de la letra. Prueba de la estima que le tenía el Presidente Mora, fue la de haberle pedido a Barillier una parte detallada de los sucesos de ese día, al mismo tiempo que le informaba al Ministro de la Guerra que el dicho coronel había desplegado el día del combate gran inteligencia y mucha actividad.

En cambio, la opinión que sobre Barillier tenían muchos de los oficiales no era nada favorable, y por su carácter tal vez demasiado autoritario, se granjeó la mala voluntad de muchos.

ricenses que ocupaban la población. Sorpresa quiere decir desprevenición, descubrimiento de algo inesperado, realidad de algo no imaginado o esperado. Nada de raro tiene que aquellos momentos fueran de intenso descontrol, de predominio del caos, de la incoordinación y la intensificación de actos aislados, sin ningún fin común, a no ser el de la autodefensa. "Durante horas lucharon las tropas de Costa Rica, cada grupo de acuerdo con sus posibilidades y recursos, pero sin mantener estrecho contacto con el Estado Mayor, que se encontraba también desprevenido para una situación como la que se presentó. Don Juanito Mora declara en su informe sobre la batalla de Rivas, que mucha gente "peleaba aislada". (Montúfar, 1887, p. 325), es decir, sin ningún plan coordinado.

(41) Soldados de caballería.

(42) Parte del Presidente Mora, 15 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 4747. Guerra y Marina.

Algunos años más tarde, Barillier hizo una publicación en la que, hablando de la organización de nuestro ejército en esta primera campaña, decía: "El mando estaba mal repartido, por tener el ejército tres Generales en Jefe, deseosos de descargar uno sobre otro la responsabilidad de los acontecimientos. No existía ni traza de una base de operaciones; y por consiguiente quedábamos expuestos cada día a que nos faltase todo. La mayor de las equivocaciones fue haber considerado la ciudad de Rivas como un punto objetivo. No dudo que la marcha del ejército hasta Granada hubiese completamente desmoralizado a un partido naciente aún, y dado un giro más feliz a las operaciones de esta campaña". (43).

Los conocimientos militares de Barillier pudieron haber sido muy amplios, pero a pesar de eso se le ha señalado, como hicimos ver anteriormente, como uno de los que se empeñaron en que los costarricenses debían rescatar aquel famoso cañón que costó tantas vidas. Don José María Bonilla, en su interesante relato, dice lo siguiente: "Cuando la opinión de Barillier era consultada por varios de los principales jefes sobre el modo cómo se podría tomar tal o cual punto, él solamente contestaba: "Atacando a la bayoneta"; poco le importaba a aquel militar mercenario la carnicería de los que no eran sus compatriotas". (44)

El fracaso de la toma del cañón y el gran número de muertos y heridos ocasionado por esa aventura pareció no desalentar a nuestro Estado Mayor, que acordó enviar la tercera fuerza con el mismo objeto.

De esta vez salieron otros cien hombres del Cuartel General al mando de los capitanes Joaquín Fernández y Miguel Granados. Recorrieron el mismo trayecto bajo la misma lluvia de balas y comenzaron también a caer en gran número. Al aproximarse a la esquina los fuegos recrudecieron, y aquella heroica fuerza fue completamente desbaratada. Sólo cuatro hombres regresaron al Cuartel General, habiendo quedado los demás, muertos o heridos, en la siniestra calle. El capitán Granados había caído herido, y como tratase de levantarse lo ultimaron desde el Mesón. El capitán Fernández, también seriamente herido, mantuvo su serenidad y se fingió el muerto, porque se dio cuenta de que los filibusteros estaban disparando contra los heridos. Allí estuvo tendido por espacio de muchas horas soportando el dolor de su herida y el tremendo calor del día que le produjo una sed desesperada. Al comenzar la noche se fue poco a poco arrastrando en dirección del Cuartel General. A media noche los hombres del fortín donde se encontraba el capitán Guardia le avisaron a éste que Fernández estaba cerca de los muros que los protegían, y entonces Guardia, arriesgando los tiros del Mesón, quitó los adobes con que había cerrado una ventana y, sacando una pierna a la calle, se inclinó y agarró rápidamente al herido, lo introdujo en la casa, de donde fue trasladado al Cuartel General. (45)

Ya hemos dicho que a una cuadra al Sur del Cuartel General estaba instalado el mayor Fulgencio Ocaña, y que por ser su casa sumamente espaciosa, se habían acuartelado allí muchos hombres. En documento publicado por el Gobierno se afirma que este lugar era uno de los principales apoyos del Cuartel General (46).

(43) Barillier, Pedro, "Arte Militar". Una Urgencia y un Recuerdo. 1869.

(44) Bonilla, José María, "Batalla del 11 de abril".

(45) Guardia, Víctor, "La Batalla de Rivas".

(46) "Conjuración de Iglesias y Tinoco", Imprenta Nacional, 1856. pág. 10.

De aquí venían continuamente órdenes en solicitud de refuerzos. Del cuartel de Ocaña se sacaron muchos hombres para distribuirlos en otros lugares del combate, lo mismo que para completar las compañías que habían ido a rescatar el cañón.

En el trayecto entre este cuartel de Ocaña y el Cuartel General fue donde murió el general José Manuel Quirós, cumpliendo una misión importante del Estado Mayor; la calle por donde transitaba estaba apenas protegida por unas tapias "sumamente bajas y deterioradas" por donde pasaban las balas. El general Quirós caminaba erguido y sereno, sin poner mucha atención al peligro, por lo que varios soldados le gritaron: "General, agáchese porque lo matan!", a lo que él contestó: "¡Los generales no se agachan!". Pocos minutos después cayó mortalmente herido.

Como a las diez de la mañana quedaban en el cuartel de Ocaña únicamente unos cien hombres, y entonces el Presidente Mora envió la orden para que no saliesen más, a fin de que dicha fuerza estuviese pronta a la defensa de su puesto, o para atacar algún determinado punto que le fuese asignado más adelante.

Don José María Bonilla dice que Ocaña recibió orden de Mora de no entregar un soldado más "para que, en caso dado, con la fuerza que en aquel cuartel se encontraba a su mando, se pudiera emprender la retirada" (47), y agregaba que dicha retirada la iba a dirigir el coronel Salazar, quien se hallaba en el Cuartel General a consecuencia de que, desde que principió el combate, había salido de su cuartel con el objeto de ir a proteger a aquel otro. Don Víctor Guardia nos confirma también que la gente de Ocaña "no entró en combate porque fue puesta de reserva para proteger la retirada en caso de necesidad" (48).

En realidad, la situación fue tan crítica para los costarricenses en las primeras horas del combate, que no nos extraña que el Presidente Mora o el Estado Mayor hubiesen pensado en la posibilidad de una retirada, en caso de que las cosas se pusieran peor. El camino a San Juan del Sur estaba completamente libre, y ése era el que podían usar los costarricenses si se veían obligados a tomar tal actitud. El señor Bonilla, como para que no se dude de sus palabras, y refiriéndose a esta posibilidad de una retirada, agrega: "La verdad de lo expuesto está comprobada con lo que igualmente en aquella época dijo a varias personas el mismo comandante Ocaña, y entre ellas, su segundo el capitán Marcelino Pacheco". (49)

Las primeras acciones del combate se habían realizado con una rapidez asombrosa, pero una vez que la acción llegó a la fase que hemos descrito, los filibusteros perdieron todo el entusiasmo que les había caracterizado al principio. Muchos de los americanos se habían extenuado por la primera carga, y también a consecuencia de la larga y pesada caminata que habían realizado durante dos días bajo un sol abrasador y por caminos detestables. Walker dice que muchos de ellos arrimaban sus fusiles a la pared y se dejaban caer al suelo, y que era difícil hacerlos entrar en acción (50).

(47) Bonilla, José María, "Batalla del 11 de abril".

(48) Guardia, Víctor, "La Batalla de Rivas".

(49) Bonilla, José María, "Batalla del 11 de abril".

(50) Walker, obra citada, pág. 176.

Walker lamentaba la oportunidad que se había perdido de tomar el Cuartel General costarricense, y mantenía todavía la esperanza de tomarlo. Con el propósito de realizar ese plan y para levantar el espíritu decaído de la mayoría de sus hombres, Walker mandó llamar al coronel Fry y a sus reservas, y cuando éstos aparecieron, les ordenó atacar por la calle la casa ocupada por Mora. El jefe filibustero dice que entonces ni Fry ni Kewen lograron llevar los soldados al ataque porque los refuerzos se habían contagiado del desaliento de las otras tropas y que fue imposible repetir el ataque con el vigor desplegado al principio. Los jefes filibusteros no pudieron obligar a sus soldados a saltar las casas en donde se hallaban los costarricenses.

Jamison dice que Fry era un veterano del ejército y que se dio cuenta de que un ataque al cuartel general como lo ordenaba Walker, no podía tener éxito, y que le replicó: "General, eso es la cosa más impráctica". Entonces, agrega Jamison que Walker corrió hacia la calle, "declarando que él mismo conduciría a los hombres. Una lluvia de balas caía por todas partes y los fragmentos que saltaban de las paredes de los edificios cubrían el traje y el caballo del general. De un brinco saltó éste sobre su caballo que parecía el más tranquilo de todos los beligerantes. El coronel Kewen, un ayuda voluntario del comandante en jefe, y uno o más, corrieron hacia la calle y a la fuerza lograron conducir caballo y jinete a sitio seguro". (51)

Muy acertadamente observa el historiador don Carlos Meléndez que este hecho estaba probando con claridad el enardecimiento del jefe filibustero, y que de no haber mediado la intervención de sus lugartenientes, seguramente Walker hubiera sido muerto ese día en Rivas, y el panorama de la guerra hubiera cambiado totalmente (52).

El Mesón de Guerra era indudablemente la posición más estratégica que habían ocupado los filibusteros, no sólo por la amplitud y solidez del edificio, y por tener salida a los cuatro costados de la manzana, sino también por ser ese punto el más aproximado a las posiciones costarricenses.

Los filibusteros, satisfechos de las posiciones que habían ocupado, no habían avanzado más por el momento, y se contentaban con mantenerlas. Los que estaban dentro del Mesón se comunicaban fácilmente con los demás grupos filibusteros por la parte oriental del edificio.

El Estado Mayor costarricense comprendió que la victoria no podía decidirse a su favor mientras no fuese desalojado el Mesón de las fuerzas que lo ocupaban, y al efecto elaboró un plan de ataque que consistía, como paso previo, en tomar las casas más amplias que se encontraban a ambos lados de la plaza: al Norte, la del Cabildo y su anexa, y al Sur, la de la señora Abarca o del doctor Cole, como también se la llamaba. Dichas casas estaban ocupadas por grupos grandes del enemigo y bien fortificadas. La empresa era difícil, pero había que intentarla. Era imprescindible tomar posiciones en la retaguardia del Mesón para irlo rodeando, había que envolver el baluarte principal del enemigo.

El coronel Manuel Argüello Arce salió con una compañía de cien hombres del Cuartel General, y dando un pequeño rodeo, llegó bajo el fuego de las balas hasta la

(51) Jamison, James C., "La Segunda Batalla de Rivas".

(52) Nota a la traducción del relato de Jamison.

esquina Noroeste de la plaza, y efectuó una vigorosa carga contra la casa del Cabildo. Los que estaban dentro se defendieron y atacaron a su vez. Una fuerza filibustera avanzó inmediatamente por la calle al mando del teniente Gay; Walker dice que no eran más de una docena que iban a pelear contra ciento, pero indudablemente el jefe filibustero exagera, porque el denuedo y la decisión de los costarricenses era tal que hubieran arrollado a un grupo tan pequeño. Se entabló una lucha sumamente violenta entre las dos fuerzas a más de que las gentes encerradas en el Cabildo y en el Mesón disparaban fuertemente contra los costarricenses. Después de unos minutos, tanto los costarricenses como los filibusteros que se hallaban en la calle se retiraron dejando en el sitio muchos muertos y heridos. Walker, quien le da gran importancia a este combate, hace grandes elogios del grupo filibustero que impidió el movimiento de los costarricenses, y dice: "La bizarria de los compañeros de Gay se parece más en espíritu a la de los caballeros de los tiempos del feudalismo, que a la de los oficiales y soldados de los ejércitos regulares". (53)

El general José María Cañas, por disposición del Presidente Mora, según dice un documento oficial, fue encargado de atacar las casas del lado sur de la plaza.

Cañas reunió a ciertos grupos "de gente esparcida dentro de las casas y fortines" (54), y dando también un pequeño rodeo para no pasar junto al Mesón, atacó con violencia las casas ocupadas por el enemigo al Sur de la plaza, y llegó hasta la esquina de la iglesia. Los filibusteros respondieron a las cargas de Cañas con violencia, y su gente sufrió el ataque principalmente de los que estaban en la iglesia y en la plaza. El combate allí no podía demorarse mucho, o se tomaban las casas o había que retirarse. La gente de Cañas se introdujo en algunas de ellas cargando a la bayoneta y haciendo huir a los filibusteros por los solares, pasándose éstos a la casa de la esquina de la iglesia, la más grande y mejor defendida, o sea cabalmente la del doctor Cole. En poder de los costarricenses quedaron, pues, dos o tres casas de esa cuadra hacia el extremo oriental, siendo esas las primeras posiciones que los nuestros tomaron hacia el lado de la plaza.

No habiéndose podido obtener los propósitos de nuestro Estado Mayor de conquistar posiciones efectivas para rodear el edificio del Mesón de Guerra, se llegó a la conclusión de que no quedaba más alternativa que incendiar el edificio.

Este fue siempre un recurso supremo usado en las guerras para desalojar al enemigo. En la batalla del 29 de junio de 1855, en esa misma ciudad, Emmanuel Mongalo incendió la casa donde Walker con sus soldados se había refugiado. En la batalla de Santa Rosa del 20 de marzo, el coronel Lorenzo Salazar se disponía a ordenar la quema de la casa de la hacienda, cuando Gutiérrez y Quirós con sus hombres la asaltaron y se apoderaron de ella.

Para hacer que los filibusteros que se encontraban bien guarecidos dentro del Mesón de Guerra lo desalojaran, no quedaba más remedio que ponerle fuego. El documento oficial que tantas veces hemos citado, dice al respecto: "Para sacar de su guarida al enemigo, S.E. (el Presidente Mora) mandó poner fuego al Mesón en que

Walker estaba, buscando en nuestro equipaje mismo lo necesario para hacerlo, pues, las mechas incendiarias, el alquitrán, así como otros muchos objetos necesarios, habían quedado en Moracia, a pesar de sus repetidas órdenes y las del general don José Joaquín Mora". (55)

Lo sólido del edificio, y lo grueso de sus paredes de adobes hacían difícil la empresa de incendiarlo; pero como afortunadamente su altura no era mucha, y parte del armazón de madera y caña del techo quedaba fácilmente al alcance de la mano, podía aplicarse la llama a esa madera y a esa caña que, como consecuencia de lo ardoroso del clima de esa región, se encontraban completamente secas, y constituían así un elemento propicio para el desarrollo del fuego.

El lugar adecuado para aplicar éste era indudablemente una de las esquinas del lado occidental del Mesón. ¿Cuál de las dos presentaría más ventaja? Se sabía que la persona que se situase en una de esas esquinas sería objeto del blanco de las balas filibusteras que salían principalmente de los baluartes que el enemigo tenía frente a la plaza, o sea, la casa frente a la esquina Noroeste de la misma, junto con su anexa la del Cabildo, y la casa de Cole. Las primeras se encontraban a una cuadra de la esquina Noroeste del Mesón, mientras que la segunda quedaba casi a dos cuerdas de la esquina Suroeste. Además, en las primeras se encontraba un número superior de fuerzas filibusteras y el fuego era nutridísimo; en esa esquina de la plaza fue "donde tuvo lugar la mayor parte de la refriega" (56). Era por lo tanto mucho más aconsejable escoger la esquina Suroeste del Mesón, sobre todo teniendo en cuenta que ya había unas fuerzas costarricenses en las casas de la esquina Suroeste de la plaza, las que podían neutralizar en mucho el fuego del enemigo por ese lado.

Nuestro Estado Mayor lo decidió así, y con el propósito de proteger a quien fuese a incendiar el Mesón, dio órdenes a los soldados que se hallaban en la torre ubicada al frente de la esquina que se trataba de incendiar, para que disparasen en forma vigorosa y nutrida contra la casa de Cole y contra la fuerza que al mando de Brewster se hallaba situada en la plaza, protegida por las empalizadas.

Como voluntario para ir a quemar el Mesón se presentó el teniente Luis Pacheco Bertora, quien después de atravesar la calle, aplicó la tea al techo del edificio, que llegaba, como hemos dicho, a poca altura, y estando en esa operación, fue gravemente herido de tres balazos. Al caer Pacheco llegó corriendo un nicaragüense que peleaba en las filas costarricenses, y arrebatando la tea de las manos del herido, la aplicó con decisión al edificio. Este soldado, cuyo nombre, según algunos, era el de Joaquín Rosales, cayó mortalmente herido cuando las llamas comenzaron a propagarse, pero los filibusteros apagaron prontamente el incendio. (57)

Entonces fue cuando se adelantó el soldado alajuelense Juan Santamaría, llevando en su mano la tea fulgurante. Los costarricenses situados en el fortín disparaban en forma nutrida y violenta contra la casa de Cole y contra el grupo que estaba en la plaza. Walker dice en su libro: "Durante la tarde el enemigo incendió

(53) Walker, William, obra citada, pág. 177.

(54) "Conjuración de Iglesias y Tinoco", pág. 9.

(55) Id.

(56) Jamison, "La Segunda Batalla de Rivas".

(57) El profesor don Carlos Meléndez nos da muy interesantes datos acerca de la quema del Mesón y sobre quiénes trataron de realizarla, en su trabajo titulado: "Luis Pacheco Bertora".

algunas de las casas ocupadas por los americanos, y el fuego que hacía desde una torre situada frente a la tropa mandada por Brewster dificultó algún tanto las comunicaciones entre los costados oriental y occidental de la plaza". (58)

Juan Santamaría se aproximó al ángulo del edificio y alzó su brazo con la decisión que imprimen el valor y el patriotismo. Las llamas comenzaron a multiplicarse y pronto se declaró el fuego con vigor.

Las paredes de adobes del Mesón no se prestaban fácilmente para la propagación del incendio, pero las llamas aumentaban sobre el techo del edificio, consumiendo poco a poco la caña y el armazón de madera y avanzando lentamente sobre los otros costados de la casa con la amenaza próxima del hundimiento del techo.

Los filibusteros que se hallaban adentro de la casa se iban replegando conforme el fuego avanzaba. En adelante no atacaron más, pero sí se defendieron resueltamente y no quisieron abandonar aquel punto, el más avanzado que tenían hacia el Cuartel General costarricense. Por el lado oriental del Mesón se comunicaban con los demás grupos, y por lo que dicen algunos filibusteros se desprende que Walker continuó entrando y saliendo, pues en la tarde estuvo visitando varios puntos de su línea.

Serían más o menos las cuatro de la tarde, cuando al mando de don Juan Alfaro Ruiz y de don Daniel Escalante, hicieron su ingreso las fuerzas que estaban estacionadas en La Virgen, las que desde ese momento colaboraron activamente cargando sobre las casas al Sur de la iglesia hasta apoderarse de la que estaba situada al extremo oriental de esa cuadra, o sea, frente a la casa de Cole.

A partir de las cinco de la tarde el fuego decayó notablemente de ambas partes, y cuando la noche principió, según manifiesta el mismo Walker, él comenzó a preparar la retirada.

Jamison dice que esa retirada se efectuó porque "se hizo el alarmante descubrimiento de que el ejército tenía solamente parque para que cada hombre hiciera tres descargas" (59). Wells, en su libro, afirma que Walker se hallaba sin municiones. (60)

El jefe de los filibusteros no da ninguna referencia sobre esto. Desde luego es muy posible que las municiones se les hubiesen agotado, porque habían peleado todo el día intensamente; pero también lo más probable es que Walker se dio cuenta de que el combate lo tenía totalmente perdido. Sus hombres, encerrados en las casas, no querían, o por mejor decir no podían, salir a desalojar a los costarricenses de sus posiciones. Estos estrechaban el cerco continuamente. Walker había visto entrar las tropas de refuerzo, porque dice: "Era evidente que Mora estaba en grandes aprietos, porque varias veces, durante el día, se vieron entrar en Rivas tropas traídas de San Juan y de La Virgen. El Presidente concentró todas las fuerzas que tenía en el departamento para repeler a los americanos" (61). Walker observó que en las horas de la noche los costarricenses iban tomando puntos importantes cerca de la iglesia, y que además estaban construyendo trincheras. Estaba seguro de que al día siguiente se presentaría otro combate tan sangriento como el de ese día, en el cual posiblemente los

filibusteros llevarían la peor parte. Los costarricenses aumentaban su contingente y faltaban todavía las fuerzas de San Juan del Sur. Por lo tanto, lo mejor era emprender la retirada.

Ordenó Walker que los heridos fuesen llevados a la iglesia (62), y dispuso que se reconcentrasen luego allí todas las compañías.

Acatando sus órdenes, los filibusteros que se encontraban en el Cabildo, en la casa anexa a éste y en la de Cole, desalojaron sus posiciones y se trasladaron a la iglesia. También lo hizo la mayor parte de los que estaban en el Mesón; pero, sin embargo, algunos permanecieron allí a fin de evitar que los costarricenses hicieran un avance e impidieran el movimiento filibustero.

Los soldados de Alfaro Ruiz ocuparon inmediatamente la casa de Cole, y en cuanto a las del Norte de la plaza, existe la versión de que también estaban en llamas. Este dato lo da Jamison: "Los americanos habían comenzado a hacer arreglos para transportar sus heridos de los edificios del lado Norte de la plaza, de donde se había echado al enemigo y los cuales eran consumidos lentamente por las llamas". (63)

A las doce de la noche llegó a Rivas el mayor Máximo Blanco con la fuerza que se hallaba en San Juan del Sur; el primer comandante de dicha fuerza, coronel Salvador Mora, había llegado desde la mañana y había permanecido todo el tiempo en el Cuartel General.

En las horas de la madrugada los costarricenses estaban ocupados en levantar algunas trincheras con el objeto, según parece, de proteger al Cuartel General. Los filibusteros no molestaron gran cosa a los trabajadores, pero es lógico que debían hallarse muy preocupados observando la construcción de esas trincheras y tratando de adivinar los propósitos de los costarricenses.

Cerca de las cuatro de la mañana los filibusteros tenían todo listo para la retirada, y entonces, según afirma Walker, iniciaron en silencio su marcha hacia Granada.

Los costarricenses no se dieron cuenta del momento en que se fueron los filibusteros, y habían planeado atacar la plaza y la iglesia apenas amaneciese. "Don Juan Alfaro Ruiz —dice Mora— estrechaba la iglesia y se preparaba a asaltarla al rayar el día". (64)

Serían las cinco de la mañana cuando nuestros soldados, marchando en carrera y gritando muera a los filibusteros, invadieron la plaza que se hallaba completamente desierta.

Rápidamente continuaron hacia la iglesia, y en su interior encontraron unos quince o veinte filibusteros heridos, a los que mataron allí mismo a bayonetazos.

Este acto tan contrario a las leyes de la guerra y a los principios de humanidad ha sido severamente juzgado por muchos. En realidad parece merecer la más dura crítica. No obstante, debemos hacer algunas consideraciones que sirvan de atenuante al acto cometido por nuestros soldados. Recordemos el estado psicológico por el que ellos

(58) Walker, obra citada, pág. 178.

(59) Jamison, "La Segunda Batalla de Rivas".

(60) Wells, William V., "Walker's Expedition to Nicaragua", New York, 1856. pág. 238.

(61) Walker, obra citada, pág. 177.

(62) Según Jamison, los que estaban heridos de muerte no se llevaron a la iglesia, y se quemaron en el edificio que se abandonaba.

(63) Jamison, "La Segunda Batalla de Rivas".

(64) Parte oficial del Presidente Mora, 15 de abril de 1856.

pasaban. El combate había durado veinte horas, y en ese lapso sólo habían visto la muerte alrededor de ellos; las calles de la población se encontraban llenas de cadáveres, y entre ellos había hermanos, amigos y compañeros; los gritos de los agonizantes resonaban todavía en los oídos de los soldados costarricenses. Desde el día anterior nuestros soldados no habían probado bocado, pues la mayoría no se había desayunado siquiera cuando comenzó el combate; ninguno había dormido tampoco la noche anterior; el sistema nervioso de nuestros soldados se encontraba grandemente excitado. El cuadro espantoso de horror y de sangre que tenían ante sus ojos pedía a gritos venganza contra el enemigo. Nunca habían presenciado un espectáculo tan espantoso. "Había sido un día de infierno en que las balas y metrallas no habían dejado de tronar un instante" (65). En aquella situación nuestros soldados no estaban en capacidad de razonar con la serenidad con que lo podemos hacer nosotros a través del tiempo y la distancia. En sus ánimos no se reflejaba más que la desesperación, la tristeza, el odio al enemigo, el deseo de exterminarlo, la profunda ansia de venganza. Por eso acabaron con los heridos de la iglesia. Al fin y al cabo ellos también habían matado a los costarricenses, y en ellos se concentró todo el odio de nuestros soldados.

Además, los filibusteros estaban fuera de la ley, por un decreto que el Presidente Mora había emitido; y los filibusteros no eran más que hombres sin ningún principio elevado, no tenían escrúpulos en robar y en matar. En aquel templo habían cometido cosas que para el espíritu fervoroso de nuestros hombres, eran horrorosas. Los capellanes informaban así a su prelado: "El enemigo saqueó los vasos sagrados y robó cuanto pudo de alhajas y vestiduras. Profanó las imágenes y ornamentos, arrojándolos al suelo, llevando su impiedad al extremo de servirse de las primeras para trancar las puertas y parapetarse, con lo cual se mutilaron y rompieron varias. Después de la fuga del enemigo hallaron nuestros soldados en poder de los que quedaron muertos varios fragmentos de la hermosa custodia de oro de esta iglesia, los cuales nos fueron entregados y puestos por nosotros en manos del señor cura. La cruz ornada con varios diamantes y otras finísimas piedras, se la llevaron los bandidos". (66)

Indudablemente muchos de los filibusteros, aventureros que deseaban enriquecerse a toda costa, no habían perdido el tiempo; Jamison mismo, teniente de las fuerzas filibusteras que pelearon ese día, nos dice que cuando uno de los costarricenses cayó muerto "el joven Soule (un filibustero) se puso a buscar artículos de valor entre su ropa en medio de una lluvia de balas, pero escapó sin que ni una le tocara" (67). Jamison no critica a Soule por saquear a un muerto, pero sí se admira de que no lo hiriesen las balas.

Clinton Rollins, un filibustero que acompañó a Walker en México y en Nicaragua, escribió al final de sus días, cuando la ancianidad había serenado en mucho su espíritu turbulento, fuertes críticas contra Walker. "Desde entonces empecé a aborrecerle, dice. ¿Quién era él sino un bandido? ¿Quiénes éramos todos sino bandidos también?". (68)

(65) Carta del Subsecretario de Guerra don Emilio Segura, 12 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 8821. Guerra y Marina.

(66) Carta de los Presbíteros Francisco Calvo y Raimundo Mora al obispo Llorente, 13 de abril de 1856.

(67) Jamison, "La Segunda Batalla de Rivas".

(68) Rollins, Clinton, "William Walker", 1946, pág. 36.

Por todas estas cosas los costarricenses, al entrar en la iglesia, no pensaron más que en acabar con el enemigo.

El sábado 12 de abril fue un día de luto y de llanto "a pesar de tanta gloria". La ciudad presentaba un aspecto aterrador. Sus calles estaban repletas de cadáveres. Del lado de los costarricenses había quinientos muertos. Además había trescientos heridos. En las filas filibusteras el estrago había sido también muy grande; de doscientas a doscientas cincuenta bajas había tenido Walker.

Es falso absolutamente, como afirmaron luego algunos, que los nuestros tiraran cadáveres a los pozos de la población. Los muertos fueron recogidos de las calles y de las casas y a todos se procedió a darles sepultura sin ninguna pompa. Varios de nuestros oficiales fueron enterrados en la iglesia de San Francisco en la misma ciudad de Rivas. (69).

El primer cuidado del Presidente Mora fue el de que se organizara un hospital en las mejores condiciones que se pudiera.

El doctor Andrés Sáenz, en su relato sobre el combate de Rivas, nos da interesantes detalles relacionados con la atención de los heridos. Habiendo llegado a Rivas cuando ya el combate había comenzado, dice que se metió por las calles de la población sin saber a dónde dirigirse, y luego agrega: "Al pasar por frente de una casa oí que me llamaban a voces y me detuve. Era el presbítero don Francisco Calvo; estaba en una puerta con estola y la caja de los santos óleos en la mano. "No siga porque lo matan!" me gritó. Noté que se hallaba sumamente emocionado y me dijo que dentro de aquellas casas había muchos heridos. Eché entonces pie a tierra dejando abandonado mi caballo que nunca volví a ver, y habiendo entrado a la casa atravesé toda la manzana de Norte a Sur por dentro de los solares, hasta llegar a un edificio situado calle de por medio con el Mesón de Guerra y al Norte de éste. En una sala muy espaciosa, cuyas ventanas estaban atrincheradas, hallé una fuerza de los nuestros que combatía contra los filibusteros del Mesón (70). El fuego era terrible, las balas entraban por muchas partes y tuve que hacer la primera cura a los heridos echado de barriga para que no me matasen. Estuve después en otras casas de la misma manzana, en las cuales había también numerosos heridos". (71)

Más tarde se dispuso organizar un hospital de sangre en una casa vecina, pero mucho más amplia, que pertenecía a don José Manuel Maleaño, y allí se comenzó a pasar a los heridos. En ese hospital eran atendidos por los doctores Carlos Hoffman, Francisco Bastos y Andrés Sáenz Llorente, a quienes les servía de asistente o de ayudante don Carlos F. Moya, quien había hecho algunos estudios de medicina. Días más tarde llegaron los doctores Cruz Alvarado y Fermín Meza. Con fecha 15 de abril,

(69) Quienes sí lanzaron cadáveres a los pozos fueron los filibusteros, como lo prueba evidentemente esta carta del Presidente Mora a su Ministro Carazo, fechada el 15 de abril, o sea, antes de que la epidemia del cólera apareciera en Rivas: "Del enemigo se contaron tendidos en la plaza y calles ochenta y un cadáveres, y como ciento cincuenta que declaran los prisioneros que ellos sepultaron en varios pozos de los de esta ciudad, los cuales mandé reconocer, y se encuentran llenos de muertos". (Archivos Nacionales. Expediente número 8827. Guerra y Marina).

(70) Esta casa a la que llegó el doctor Sáenz era el cuartel Salazar, de donde había salido la mayor parte de la gente al principio del combate a defender el Cuartel General.

(71) Sáenz, Andrés, "Mis recuerdos de la batalla de Rivas".

el doctor Hoffman presentó una lista de 270 heridos, pero agregaba que había unos veinte o treinta más que se hallaban en casas particulares o en sus respectivos cuarteles por la levedad de sus heridas. (72)

El doctor Hoffman necesitaba una cantidad grande de medicinas y equipo para dicho hospital, y el Presidente Mora envió órdenes a San José para que le remitiesen rápidamente lo pedido. Con fecha 28 de abril se le enviaron tres cajones con medicinas.

El 25 de abril llegó a la capital una nota del Estado Mayor en que se solicitaban médicos para el ejército expedicionario, y el Gobierno ordenó enviar inmediatamente al doctor Alejandro Frantzius y al licenciado Bruno Carranza.

En Liberia, y al cuidado del doctor Santiago Hogan, se improvisó un hospital para los heridos que fuesen llegando procedentes de Nicaragua, y en Puntarenas otro bajo la dirección del doctor Marquis L. Hine.

Justo es mencionar aquí, por la abnegación que tuvieron y por los servicios que prestaron a los heridos, a los capellanes militares Presbíteros Francisco Calvo, Raimundo Mora, Pedro Cambronero, Bruno Córdoba y Manuel Basco. Las palabras de consuelo que ellos dirigían a los enfermos contribuyeron en mucho a levantar el espíritu de aquellas gentes.

Los Padres Calvo y Mora, en un informe que presentaron al obispo, le decían: "Por lo que respecta al cumplimiento de nuestro deber, participamos a V.S. Ilustrísima que hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte, socorriendo y favoreciendo a nuestros hermanos, suministrándoles los auxilios espirituales desde que salimos de Puntarenas, y muy particularmente en los momentos críticos de la acción. Ahora nos hallamos ocupados en asistir y consolar a los heridos en el Hospital, suministrándoles los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Extremaunción, aconsejándoles la resignación y procurando hacer su suerte más llevadera". (73)

Walker afirma en su libro que la retirada de sus fuerzas se hizo en orden y despacio. Pero eso no es cierto. La columna filibustera huyó de Rivas apresuradamente, en desorden y a gran velocidad, antes que pudiera amanecer y los costarricenses se lo impidieran.

Lo prueba el hecho de que al pasar el río Gil González, "poco después de rayar el día", como dice Walker (74), sus hombres estaban ya rendidos de fatiga y tuvieron que tomar en ese lugar un breve descanso. Si de Rivas habían salido a las cuatro de la mañana, y a las seis se encontraban rendidos de fatiga, eso demuestra que la carrera había sido muy grande.

Lo prueba también el hecho de que dejaron no sólo a sus heridos graves, sino también a muchos otros que podían moverse y caminar con facilidad, algunos de los cuales escaparon por su propia cuenta, cuando ya el grueso de la fuerza filibustera estaba lejos. Así sucedió con Jamison, herido en una pierna, que habiéndose dormido, despertó solo y pudo huir de Rivas antes de que los costarricenses ocuparan la iglesia. El propio hermano de Walker, el capitán Norvell Walker, quien no estaba herido, pero

quien se durmió en la iglesia, fue también abandonado y tuvo la suerte de despertar a tiempo para huir tras las huellas de sus compañeros.

Walker nos dice que no fue sino cerca del Obraje cuando se dieron cuenta de que les faltaba nada menos que el guía de la expedición, el doctor Cole, a quien en la carrera debieron haber dejado atrás; Cole, en compañía del oficial filibustero MacDonald, extenuados de fatiga, se metieron en una cabafia donde un hombre los tuvo escondidos durante una semana.

No fue sino hasta llegar a Nandaime, a mediodía del 13 de abril, según lo cuenta también Walker, en que comenzaron a hacer las cuentas de sus pérdidas; allí el ayudante general le rindió el primer informe de las bajas que habían tenido.

Prueba de la huida desordenada de los filibusteros es el hecho de que nuestro Estado Mayor ordenó a destacamentos costarricenses limpiar los alrededores de Rivas y que éstos capturaron varios filibusteros.

El 15 de abril le escribía el Presidente Mora a su Ministro de Guerra: "A cada momento llegan prisioneros sanos y heridos. Hasta el día se han fusilado 17. Como en Moracia, cuando la acción de Santa Rosa, sus heridos vagan por los campos y muchos morirán por falta de descanso y cuidados". (75)

El desastre de esa huida desordenada hizo que algunos de los soldados de Walker cogieran hacia el lado de Costa Rica, donde el comandante de la guarnición de Sapoá, don Nazario Estrada, capturó cerca del puerto de Tortuga, un total de quince filibusteros, a los cuales, días más tarde, ordenó el general Cañas trasladar a Liberia y emplearlos allí en los trabajos de construcción del cuartel. Fueron enviados a ese lugar con una escolta al mando del teniente José María Valle, y se les advirtió, por parte del Comandante de Moracia, que de su buen comportamiento dependía el que sus vidas fuesen garantizadas. (76)

Clinton Rollins, al terminar su breve relato sobre el combate de Rivas, dice: "Gran desaliento cundió en las filas filibusteras, viajeros y empleados civiles que se encontraban en el país, huyeron a los puertos y pidiendo billetes de pase para cualquier parte. La cuestión era salir". (77)

Una de las cosas que más se le ha criticado a nuestro Estado Mayor fue el de que no ordenara perseguir a las fuerzas de Walker, pues en la situación en que iban, fácilmente se las hubiera alcanzado y exterminado, y así la guerra habría terminado.

Don Jerónimo Pérez dice: "El señor Mora abundaba en patriotismo y en noble ambición, pero no era militar. Se dejó sorprender de un enemigo numeroso que tuvo que caminar 54 millas para llegar a él y tampoco supo perseguirlo". (78)

Mora, por su parte, declaró lo siguiente: "Hubiera perseguido al enemigo sin darle descanso; pero todos habíamos pasado treinta horas sin tomar alimento, y catorce de mortandad y fatigas. Era mi primer deber atender a los heridos". (79)

(72) Archivos Nacionales. Expediente número 8848. Guerra y Marina.

(73) Carta de los PP. Francisco Calvo y Raimundo Mora al Obispo Llorente, 13 de abril de 1856.

(74) Walker, William, obra citada, pág. 178.

(75) Parte del Presidente Mora, 15 de abril de 1856.

(76) Archivos Nacionales. Expediente número 8818. Guerra y Marina.

(77) Rollins, obra citada, pág. 102.

(78) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas Completas", pág. 215.

(79) Parte Oficial de la batalla de Rivas, 15 de abril de 1856.

Hubo motivos poderosos para no perseguir a Walker: Los soldados costarricenses estaban agotados y el ejército se había diezmado considerablemente, y nuestros oficiales no querían más muertos. Era además peligroso abandonar a Rivas, pues podían llegar fuerzas filibusteras por La Virgen o por San Juan del Sur, y tal vez el mismo Walker, que tenía a su disposición los vapores del lago y podía movilizarse rápidamente, y los costarricenses podrían ser entonces atacados por la retaguardia y encerrados en Nicaragua, donde todos perecerían.

Mora pensaba en atacar a Granada más adelante, pero para ello necesitaba aumentar sus fuerzas, y en tal sentido pidió el envío de éstas.

Barillier, en su informe, le decía al Presidente: "Es evidente que nuestra victoria nos abría las puertas de Granada, al mismo tiempo que difunde hasta hoy el terror entre nuestros enemigos ya muy distantes; pero creo que fue muy prudente no perseguir a éstos. No fue sino muy tarde y poco a poco que pudieron obtenerse datos precisos acerca de la situación. Tanto la humanidad como las reglas de guerra, nos obligan a permanecer en la plaza de Rivas al alejarnos de una ciudad que contenía nuestros heridos y cuya posición estratégica es tan importante. ¿No era indispensable dejar en ella fuerzas imponentes? ¿Y no sería imprudente dividir nuestro ejército en presencia de un enemigo reducido a la desesperación y que dispone de medios de transporte tan rápidos y eficaces?" (80)

La primera información que se recibió en San José relativa al combate de Rivas fue una carta del Subsecretario de Guerra, don Emilio Segura, dirigida al Ministro don Manuel José Carazo, fechada el día 12 de abril, la cual decía:

"Aun no posesionados militarmente de esta plaza, W. Walker a la cabeza de unos novecientos a mil filibusteros, auxiliado por espías y traidores, se lanzó ayer a las ocho de la mañana sobre ella, apoderándose de la plaza del mercado.

"Nuestros soldados sin haber comido desde el día anterior, se arrojaron sobre el enemigo, que con un perfecto conocimiento de la localidad, se parapetó y encerró cobardemente, manteniéndose a la defensiva detrás de murallas, dentro de las casas, iglesias y torres. De nada le valieron sus fortificaciones. A las veinte horas de un fuego terrible por ambas partes, es decir, a las cuatro de la madrugada de hoy, huyó derrotado en diversas direcciones. Ha sido un día de infierno en que las balas y metralla no han dejado de tronar un instante. Un nuevo laurel más bello, más hermoso adorna hoy nuestras gloriosas banderas. Un escarmiento terrible prueba al insolente filibustero, en Santa Rosa y en Rivas, lo que pueden el honor y el valor costarricenses". (81)

Esta carta causó una profunda impresión en el ánimo del Vicepresidente Oreamuno y demás ciudadanos integrantes del Gobierno, y al instante fue contestada en la siguiente forma:

"... Recibimos por expreso la comunicación de usted de 12 del mismo anunciando la encarnizada lucha que, desde las ocho de la mañana del día anterior

hasta las cuatro de la madrugada del siguiente, habían sostenido nuestras fuerzas contra los filibusteros, que fueron derrotados completamente.

"Este acontecimiento, en la opinión del Gobierno, ha descorrido el velo, y puesto de manifiesto todo el peligro que corre nuestro ejército continuando una guerra como la que ha emprendido Costa Rica, sin otro objeto que el de libertar a Nicaragua de sus opresores y asegurar la Independencia de todo Centro América.

"Tan loables deseos no han sido correspondidos por el pueblo de Nicaragua, ni secundados por los Gobiernos de otros Estados a pesar de los solemnes compromisos contraídos con éstos, y de las lamentables instancias con que aquél nos llamaba en su protección.

"¿Dónde están, pues, los ejércitos de Guatemala, San Salvador y Honduras que debían cooperar activa y simultáneamente a la grande obra de exterminar el filibusterismo de Centro América, y redimir de él al Estado de Nicaragua?

"¿En dónde están los valientes y denodados nicaragüenses que sólo aguardaban el más pequeño apoyo de Costa Rica para sacudir el yugo ominoso que los oprimía?

"Sensible es decirlo; pero es preciso confesar que sólo el valor y denuedo de nuestro ejército nos han librado de caer en una trampa preparada con astucia y falsía, pero aun todavía es tiempo de evitarla economizando nuestros recursos y nuestra sangre para emplearla en defensa a Costa Rica, no sólo de la rapacidad de los filibusteros, sino de la ambición y bajas pasiones de otra clase de enemigos, abandonando a su miserable destino a los que, pudiendo, no quisieron ser libres.

"Costa Rica debe contentarse con haber probado en una campaña improvisada de cuánto será capaz en los momentos solemnes de defenderse contra injustas y pérfidas agresiones, y con haber testificado ante el mundo entero que quiso contribuir de buena fe a salvar a Nicaragua de las garras inicuas de sus opresores que amenazan también la independencia de todos los Estados de la América Central.

"Así se verá que Costa Rica no abandonó sus intereses, que conoció el riesgo que la amenazaba, y que no merece la suerte desgraciada que le pueda caber, si no bastaren sus heroicos esfuerzos por conservar su libertad.

"Mi Gobierno, pues, interesadísimo en la salvación de su valiente ejército, y desesperado ya de que se cumplan con fidelidad las condiciones bajo las cuales marchó a Nicaragua, deja a la consideración del Presidente de la República y General en Jefe del mismo ejército, el partido más conveniente que debe tomar y en libertad de decir, con presencia de las circunstancias, sobre la conveniencia de permanecer en Nicaragua por algún tiempo más o de hacer contramarchar desde Rivas e internar nuestras fuerzas en la República. Mas si adoptase el último término de esta alternativa será dejando en Nicaragua en nombre del Gobierno de esta República, y comunicando a los demás Estados de Centro América, una protesta formal por las consecuencias que contra Costa Rica y los demás Estados de Centro América sobrevenían por la falta de fidelidad en los compromisos y por el punible abandono con que miran la Independencia de su Patria, y el inminente riesgo que extermina nuestra raza y nuestra religión". (82)

(80) Informe del coronel Pedro Barillier al Presidente Mora.

(81) Archivos Nacionales. Expediente número 8821. Guerra y Marina. Esta carta fue publicada en el Boletín Oficial de 17 de abril de 1856.

(82) Archivos Nacionales. Expediente número 9820. Guerra y Marina.

A pesar de lo enérgico de este documento, el Presidente Mora no pensó en ningún momento echar pie atrás, sino que, por el contrario, fortificó la ciudad de Rivas y pidió el envío de refuerzos para proseguir la lucha contra los enemigos de Centro América.

CAPITULO VI

1. Preocupaciones del Presidente por el efecto que pudieran causar en Costa Rica las noticias de los resultados del combate del 11 de abril. 2. Aparece el cólera en el ejército costarricense. Mora decide el regreso del ejército. Armas costarricenses para apoyar la insurrección de Chontales. 3. Cañas es nombrado comandante en jefe y organiza la retirada. Su carta a Walker. Detalles del regreso del ejército. 4. En la capital el pueblo pide noticias y critica al Gobierno. Se desarrolla el cólera en el interior del país. 5. Se descubren conspiraciones contra el Gobierno de Mora. 6. Detalles que prueban evidentemente el propósito del Presidente Mora de cortar la vía del Tránsito desde el principio de la guerra. 7. Proclama de Mora al ejército nacional.

1.— En los días siguientes al combate del 11 de abril el ejército costarricense se preocupó principalmente por fortificar la ciudad; se construyeron trincheras, se ocuparon militarmente las casas más sólidas y mejor situadas; se distribuyó el ejército de manera adecuada, y se colocaron retenes en todas las salidas de la población y en puntos estratégicos. Mora, en carta a su Ministro de la Guerra, hace grandes elogios del coronel Barillier, a quien principalmente se debían estos trabajos de fortificación. (1)

Además, y ya fuese para reponer las bajas, o ya porque tuviesen intenciones de atacar a Granada, Mora pidió urgentemente el envío de nuevas fuerzas.

Atendiendo tal solicitud, nuestro Gobierno dispuso remitir a Rivas un refuerzo de mil hombres, de los cuales unos irían por tierra y otros por mar.

Unos doscientos o doscientos cincuenta hombres que estaban estacionados en Moravia recibieron orden para trasladarse a Rivas. En Puntarenas, el coronel Manuel Cañas, comandante de dicho puerto, contrató con instrucciones de nuestro Gobierno el bergantín neogranadino "Telemby", propiedad de don Juan Salazar, para enviar al ejército expedicionario víveres, dinero, encomiendas para los soldados, y parte de equipo militar; dicha embarcación se armó en guerra y se colocó a bordo una fuerza militar.

Asimismo fue contratada la goleta "Dominga Morales" para que llevase parte de las tropas al puerto de San Juan del Sur, y en seguida se contrató también la goleta guatemalteca "Tres Amigos", llamada anteriormente "Dos Hermanos", con el mismo objeto.

(1) "Boletín Oficial", 30 de abril de 1856.

El 20 de abril en la tarde salió de Puntarenas la goleta "Dominga Morales", conduciendo 427 soldados con sus oficiales, entre los cuales iba el capitán Tomás Guardia. Inmediatamente detrás salió el "Telemby". Ambos buques llevaban instrucciones de traer a su regreso a los heridos.

El 28 de abril salió para San Juan del Sur el bergantín "Tres Amigos" llevando a bordo doscientos hombres al mando del coronel Luz Blanco; también se destinaria esta embarcación en su regreso para la conducción de heridos. Con Blanco iban los siguientes oficiales: tenientes coroneles Pedro García, Pío Fernández, José María Zamora y Mariano Montealegre; capitanes José Velarde, Manuel Gutiérrez, José Esquivel, José María Villaseñor, Napoleón Millet y Manuel Castro Araya.

En la batalla de Rivas los costarricenses habían dado claras muestras del más alto heroísmo; el valor, la abnegación y el patriotismo del soldado costarricense habían llegado al más alto grado, pero es indudable que se había derramado inútilmente mucha sangre, lo cual se habría evitado si en nuestro ejército hubiéramos tenido verdaderos técnicos militares.

Comentando este punto, Monseñor Sanabria escribió los siguientes conceptos: "Hubo imprevisión de parte de los jefes; sin ser perito militar cualquiera extrañaría que no hubiesen vigías en lugares avanzados. Los invasores se introdujeron inadvertidos en la ciudad. El valor de jefes y soldados salvó la situación. Don Juan Rafael Mora no quedó muy cierto de haber obtenido una victoria decisiva, por eso dio el encargo a los capellanes. Llegó después a Costa Rica, con el ánimo abatido, porque muchos de sus buenos soldados habían perecido y porque la adversa fortuna parecía dar la razón a los opositores de la guerra". (2)

Efectivamente, don Juan Rafael tardó varios días para enviar a su Ministro de Guerra el parte o informe oficial de la batalla, pues no lo hizo sino hasta el día 15. Mora estaba seguro de que las noticias relativas a las muchas bajas que el ejército costarricense había tenido habrían de causar enorme alarma en el interior del país e iban a ser aprovechadas por sus enemigos políticos para atacarlo a él y a su gobierno. Habiendo muerto 500 hombres de nuestro ejército, don Juanito decía en su parte de guerra, cuatro días después: "Nuestra pérdida, contando los heridos que pueden morir, no pasará de ciento diez hombres incluso los jefes", y agregaba inmediatamente después, para que se hiciese la comparación: "La del enemigo no baja de doscientos con los fusilados". (3)

Dos días antes que el Presidente Mora elaborase su informe, los capellanes Francisco Calvo y Raimundo Mora redactaron uno dirigido al obispo Llorente. Monseñor Sanabria dice que los capellanes actuaron por indicaciones de Mora, porque éste quería que las noticias que los capellanes daban fuesen preparando el ánimo de los costarricenses.

Algo debe de haber de cierto en eso, cuando los dichos Padres le decían al obispo: "Nos tomamos la libertad de indicar a V.S. Ilustrísima que nos parece conveniente se publique por la prensa este nuestro informe para que el pueblo

(2) Sanabria, Víctor, "Anselmo Llorente y Lafuente", pág. 193.
(3) Archivos Nacionales. Expediente número 4747. Guerra y Marina.

costarricense se persuada más y más cada día de que la causa que actualmente sostiene, no es solamente útil y conveniente en lo político, sino también santa y sagrada en lo religioso". A pesar de que el informe de los capellanes tiene fecha 13 de abril, no fue publicado en el Boletín Oficial sino hasta el 3 de mayo siguiente.

A los soldados y oficiales del ejército se les había prohibido dirigir cartas a sus parientes en esos días, pues el Estado Mayor no quería que se diesen noticias contradictorias; en realidad, se trataba de ocultar la verdad. Mora se mostraba muy preocupado con las noticias que la prensa pudiera dar, y en carta a su Ministro de Guerra le decía que ejerciera gran vigilancia sobre el periodismo.

Unos días más tarde dispuso enviar a San José a su Secretario don Emilio Segura, quien llegó apresuradamente a la capital en los últimos días del mes de abril, con el encargo de desmentir, tanto en el Boletín Oficial como en el periódico "El Album", las falsas noticias que corrían. (En sustitución de Segura, Mora nombró a don Adolfo Marie como su Secretario General).

2.— El 20 de abril enfermó violentamente un soldado (4) y los médicos que se encontraban en Rivas manifestaron que se trataba de la terrible peste del cólera asiático (5), la cual ya había hecho estragos en Nicaragua.

Al día siguiente aparecieron nuevos casos, lo cual indicaba que la epidemia iba a desarrollarse con rapidez y fuerza. Nuestros jefes militares tomaron toda clase de precauciones y dispusieron mantener la mayor reserva a fin de que el ejército no se

- (4) Según don Jacinto García, el primer atacado del cólera en Rivas fue el soldado José María Quirós, de la Soledad, San José.
(5) El cólera morbo asiático es una enfermedad de origen indostánico y causada por un microorganismo particular denominado vibrión cólico, el cual no fue descubierto sino hasta 1884 por Koch.
Las características de la enfermedad son: diarrea intensa primero, y luego vómitos; a veces, dolores, hipo, calambres de estómago y náuseas. El vientre se pone retraído, la lengua seca y blanquecina, y la sed se hace ardiente e insaciable. Los calambres musculares no faltan nunca en los casos graves, apareciendo con frecuencia en las pantorrillas, causando verdaderas torturas. La voz se hace débil, la nariz se perfila, el rostro se demacra, los ojos excavados y ojerosos. El pulso se hace débil, debilitándose los sonidos cardíacos y tomando la sangre un color negro y espesándose a la vez, al extremo de que una incisión en la piel no da una gota de sangre. La respiración adquiere una frecuencia que la hace penosa y angustiosa. La piel se pone marchita y arrugada, cubriéndose de un sudor frío y pegajoso. El enfermo se pone rígido y helado; la temperatura puede descender a veintidós grados, pero durante la agonía sube mucho en algunos casos.
Hay casos de cólera fulminante que acaba con la persona en pocas horas, y otros casos en que el enfermo puede durar varios días. El cólera es fatal para los que sorprende ya enfermos. Los niños escapan generalmente del cólera. Hay sujetos que son inmunes a la enfermedad pero que pueden convertirse en agentes de difusión por llevar en sí el vibrión cólico. El momento más fuerte de la mortalidad es al principio de la epidemia, y al declinar abundan los casos leves.
Entre las causas determinantes de la enfermedad figuran todas las que perturban la actividad regular de la digestión, y de aquí la nocividad de los vegetales que contienen una fuerte proporción de ácidos o de agua, las frutas verdes, muchas legumbres, las carnes averiadas, el agua fría en abundancia, los vomitivos y purgantes inoportunos. El hambre, los enfriamientos y la embriaguez obran en el mismo sentido.
La existencia de los depósitos de agua al aire libre que sirven para el consumo doméstico y los baños, ayudan a difundir el mal, porque se infectan fácilmente.
El hombre es el agente más eficaz de transmisión del cólera. Las materias fecales son el agente activo en la propagación de la epidemia y luego los hienos y trapos que mojan. Las aglomeraciones de hombres han actuado como propagadores de la epidemia. El agua es uno de los agentes más importantes de difusión de la epidemia. La buena o mala calidad del agua nada tiene que ver con la cuestión, ya que lo único decisivo es si hay o no infección por el vibrión cólico. Puede transmitirse por el curso de los ríos si se infectan sus aguas. El transporte de los gérmenes cólicos por las moscas es uno de los más efectivos.
Antes se creía que el cólera se transmitía por el aire o que no llegaba a las grandes altitudes; pero eso quedó luego desmentido.
(Datos extractados de la Enciclopedia Espasa).

alarmase. Pero todo fue inútil. La peste se desarrollaba ya con gran violencia, los soldados se habían enterado de ello, y ante el peligro del contagio el ejército entero comenzó a ser presa del mayor pánico.

Desde ese día, comprendiendo el Presidente Mora el gran peligro que se cernía sobre todo aquel valiente ejército, pensó que no había más camino que abandonar aquellos sitios y regresar a Costa Rica.

Una calamidad superior a las fuerzas humanas detenía el curso de los triunfos de aquel ejército. Una declaración oficial decía: "Siente el Gobierno que los valientes a quienes no pudo hacer retroceder el enemigo, tengan que abandonar sus victorias para huir de la peste; pero reconoce esta necesidad, no habiendo otro medio de defenderse de tan terrible azote" (6). Con el regreso del ejército costarricense, decía don Adolfo Marie, la Campaña quedaría incompleta, pero el honor costarricense estaba a salvo. (7)

La epidemia seguía aumentando con una rapidez extraordinaria; soldados y oficiales caían presas de la terrible plaga, y cada día el número de enfermos y de muertos era mayor.

La retirada del ejército era un problema muy serio; en el hospital de Rivas había cerca de trescientos heridos que precisaba sacar antes, y había también que retirar las municiones y armamentos y equipo general del ejército. Los barcos que se esperaban en San Juan del Sur no aparecían.

El Presidente Mora dice que en esas circunstancias pasaron cinco días, los más amargos de su vida. (8)

Jeffrey Roche se refiere a este cuadro espantoso del ejército costarricense: "Un día pasó por las avanzadas un enemigo que no fue interpelado por el vigilante centinela. La patrulla que debía gritar ¡quién vive! cayó muerta al golpe de una mano silenciosa. El soldado en la mesa de monte, el oficial en su hamaca; el sátrapa del ejército en los barrios bajos y el oficial de estado mayor en palacio, todos, jóvenes y viejos sin distinción de jerarquías, sucumbieron ante el temido adversario. El cólera, ese azote más terrible que una legión de filibusteros, había penetrado en Rivas". (9)

El atraso en que la medicina se encontraba en aquella época en cuanto al origen y terapéutica de la enfermedad, hacía creer a Mora, a sus oficiales y médicos, y a todos los soldados en general, que el cólera era cosa de Nicaragua, y que abandonando Rivas y pasando la frontera, ya la peste desaparecía. Hablaban de la atmósfera maligna de esos lugares. Y entonces se pensó que la salvación era el regreso.

En ese momento llegaron a Rivas a buscar al presidente Mora los señores Alejandro Pérez y José Borge, quienes venían procedentes del distrito de Chontales a comunicarle la noticia de que allí se habían pronunciado contra el régimen filibustero, y que aunque el entusiasmo era grande, carecían de armas, y venían a solicitarlas al ejército costarricense. Mora, en efecto, les entregó una cierta cantidad de armas y

varias cajas de parque. Desgraciadamente aquello resultó infructuoso, pues Walker envió a los Chontales al militar cubano Domingo Goicouría, y éste ahogó en sangre aquel intento.

Estando, pues, ya decidida la retirada del ejército costarricense, el Presidente Mora reunió a sus hombres en la plaza de Rivas, el 25 de abril, y les leyó la siguiente Proclama:

"Jefes y Oficiales del Ejército y Compañeros de Armas:

"Vuestro Presidente, vuestro General en Jefe, ha querido reuniros en derredor suyo para manifestaros su satisfacción por la noble conducta que habéis observado desde el principio de la campaña hasta este día.

"Antes de lanzarme en la empresa que he acometido en obsequio de la independencia centroamericana, tenía fe en vuestro valor, en vuestra abnegación, en vuestro sufrimiento, en vuestra disciplina; pero vuestro comportamiento ha excedido a mis esperanzas. Habéis llevado estas cualidades hasta el heroísmo.

"No es sólo admiración el sentimiento que me inspiráis, es también afecto y ternura. Habéis hecho más que vuestro deber. Sólo por exceso de bravura es que Costa Rica ha perdido en los campos de batalla de Santa Rosa y Rivas, tan distinguidos defensores de su libertad, flor y esperanza de la Patria.

"Puedo dar testimonio de ello, porque en la gloriosa jornada del 11 he visto morir a algunos de vuestros hermanos, y el dolor que sentí sólo pudo ser compensado por el orgullo de tener a mi lado a los únicos campeones armados en defensa de Centro América. He derramado lágrimas de pesar y entusiasmo.

"Si antes amaba a mi país como hijo, hoy, merced a vuestras hazañas, me enorgullezco de ser su Jefe.

"Gracias, jefes y oficiales del ejército, porque con los triunfos de Santa Rosa, de Rivas y de Sarapiquí, habéis dotado a Costa Rica con la página más brillante de sus anales. Gracias, porque la gloria con que habéis cubierto vuestro nombre, no la habéis adquirido en una lucha fratricida, sino que la habéis conquistado solos, en una guerra santa contra los invasores de la América Central. Gracias, porque habéis dado un ejemplo y una lección a nuestros enemigos y a nuestros adversarios; un ejemplo lanzándoos, sin esperar auxilio, a la defensa de los derechos centroamericanos; una lección probando a los filibusteros de Walker que en los combates de catorce minutos como en Santa Rosa, lo mismo que en los de veinte horas, como en Rivas, las emboscadas del revólver y del rifle no resisten al empuje de las bayonetas costarricenses.

"Jefes y oficiales; derrota de los filibusteros en cuantos encuentros hemos tenido, ocupación de San Juan y de Rivas, posesión de la línea de Tránsito, tales son los resultados de nuestra corta campaña. A pesar de mil obstáculos y de peligros independientes del cálculo humano, hemos hecho por ahora lo bastante para el honor de nuestro nombre, para la gloria del ejército, para el interés de la República.

"No hay deshonor en cejar ante la inclemencia de un clima insalubre. Podemos retirarnos hacia nuestro territorio con serenidad y erguida la cabeza, dejando

(6) Carta del Ministro de Guerra al Presidente Mora, de 2 de mayo de 1856. Archivos Nacionales. Expediente No. 9820. Guerra y Marina.

(7) Carta al Ministro de Guerra. Boletín Oficial, 3 de mayo de 1856.

(8) Carta al Dr. Nazario Toledo, de 8 de mayo de 1856.

(9) Roche, "Historia de los Filibusteros", pág. 91.

escarmentado y a distancia a un enemigo exhausto, sin prestigio, sin recursos, mejor preparado para la fuga que para la resistencia. Si continúan siendo formales los pactos ajustados con Guatemala, El Salvador y Honduras, bien pueden nuestros aliados acometer la fácil tarea de acabar con los bandidos que profanan todavía una parte del territorio nicaragüense.

"Compañeros de armas: os reitero la expresión de mi gratitud y de mi afecto. Habéis sufrido con igual valor la inacción del campamento que los peligros del campo de batalla. Tan intrépidos bajo el fuego enemigo, como sufridos ante las privaciones de las campañas en un país extraño y solado por la guerra, regresad a vuestras fronteras, seguros de que la Patria y yo reconoceremos vuestros servicios". (10)

3.— Ese mismo día, 25 de abril, el Presidente Mora nombró comandante en Jefe del ejército costarricense al valiente general José María Cañas, y a las cuatro de la mañana del día siguiente, el Presidente Mora, el general José Joaquín Mora, el Estado Mayor y otros más, salieron a caballo rumbo a Liberia. En esa ciudad, el Presidente dispuso quedarse algunos días para facilitar el regreso del ejército y tomar otras disposiciones importantes. El general José Joaquín Mora siguió el camino de regreso al interior.

El 26 de abril dispuso el general Cañas que empezaran a trasladarse al puerto de San Juan del Sur los heridos que se encontraban en el hospital de sangre de Rivas, cuyo número ascendía a más de doscientos. Muchos heridos que estaban en vías de restablecimiento marcharían por tierra junto con el resto del ejército.

Necesario era desocupar cuanto antes la ciudad de Rivas, ya que allí estaba el foco de la epidemia, y Cañas ordenó la movilización del ejército hacia la hacienda Jocote, en las vecindades de San Juan del Sur.

Mientras esto sucedía, Walker, quien había recibido en Granada un refuerzo de doscientos americanos, y enterado por gentes de San Jorge de que el cólera había aparecido en Rivas y que los costarricenses se apresuraban a regresar a su país, dispuso venir con su ejército al puerto de La Virgen para atacar al ejército costarricense antes que se alejara de esos lugares.

En Rivas había soldados nuestros atacados por la peste en un estado tal de gravedad, que era imposible transportarlos. No había, pues, más remedio que dejarlos allí. Sabiendo Cañas que Walker se encontraba ya en el puerto de La Virgen, y que los filibusteros ocuparían en seguida la ciudad de Rivas, le envió la siguiente carta:

"Cuartel General en Rivas, abril 26 de 1856.

Sr. William Walker,
General en Jefe de las Fuerzas Nicaragüenses.

Forzado a abandonar la plaza de Rivas por la aparición del cólera en la forma más alarmante, me veo en la necesidad de dejar aquí enfermos que no pueden ser

(10) "Boletín Oficial", 3 de mayo de 1856.

transportados sin poner sus vidas en peligro. Espero de la generosidad de usted que serán tratados con todas las atenciones y el cuidado que su situación exige. Invoco las leyes de la humanidad en favor de estos desgraciados, víctimas de una espantosa calamidad, y tengo la honra de proponerle canjearlos, cuando se restablezcan, por más de veinte prisioneros que están en poder nuestro y cuyos nombres le enviaré en una lista detallada para hacer el canje. Creyendo que esta proposición será aceptada, de acuerdo con las leyes de la guerra, tengo el honor de suscribirme, con sentimientos de la más alta consideración, su atento servidor,

José María Cañas
General en Jefe del Ejército Costarricense" (11)

Las fuerzas de Walker habían comenzado a avanzar por el camino del Tránsito hacia San Juan del Sur y ya habían recorrido unos cinco kilómetros cuando encontraron al mensajero que portaba la anterior carta, y al mismo tiempo les traía la noticia de que Cañas con su ejército iba ya marchando hacia el río de la Flor.

Debemos hacer constar aquí que Walker se mostró generoso en esta ocasión, y los enfermos costarricenses fueron puestos en manos de sus médicos.

Al abandonar a Rivas, la peste continuaba haciendo estragos y cada vez tomaba mayor fuerza. Atravesando el ejército el llano de "Las Delicias", antes de llegar al Jocote, cayó enfermo el teniente coronel Juan Alfaro Ruiz, quien fue introducido en una choza por algunos compañeros de armas, donde pronto se agravó y falleció. También murieron otros oficiales, como el capitán Zenón Mayorga, uno de los heridos de la batalla de Rivas, quien ya se encontraba bien de la herida, y el subteniente Julián Rojas. Entre los soldados las víctimas eran muy numerosas.

Por fin hizo su aparición en San Juan del Sur el bergantín "Telemby" e inmediatamente fueron embarcados en él los heridos que se encontraban en ese puerto, y también parte del equipo militar; en su viaje de regreso se le ordenó tocar en el puerto de El Coco, donde, por orden del Presidente Mora, fueron desembarcados los heridos para llevarlos en carretas a Liberia, y a bordo se colocó parte del equipo militar que se hallaba en esta ciudad.

La goleta "Tres Amigos" también llegó a San Juan del Sur, pero como ya había salido nuestro ejército de regreso y los heridos habían sido embarcados en el "Telemby", regresó rumbo al puerto de El Coco, donde el general Cañas dispuso embarcar el resto del equipo militar que quedaba en Liberia para ser llevado a Puntarenas.

El bergantín "Dominga Morales" resultó de andar lento, y no llegó a San Juan del Sur, porque habiendo tocado en el puerto de Culebra para hacer algún ligero arreglo, el Presidente Mora, que estaba en Liberia, detuvo la marcha del buque suponiendo que ya no llegaría a tiempo a San Juan del Sur, pues nuestro ejército venía de retirada. Las tropas que venían a bordo desembarcaron en Guanacaste para regresar por tierra. Mora quiso usar la embarcación para transportar a Puntarenas parte del

(11) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 185.

equipo militar que estaba en Liberia, pero habiéndose presentado algunas dificultades, no lo hizo y autorizó al barco para que se fuese.

El "Telemby" y el "Tres Amigos" navegaban hacia Puntarenas trayendo el equipo militar; a bordo del primero venía una reducida fuerza y en el segundo los doscientos hombres al mando del coronel Luz Blanco. Desgraciadamente apareció el cólera en ambos barcos y muchos hombres comenzaron a morir, siendo sus cadáveres arrojados a las aguas. Entre las víctimas estaba el primer comandante del "Telemby", don Juan Bautista Iriarte, quien fue sustituido inmediatamente por el segundo comandante don Antonio Valle Riestra. Ambas goletas desembarcaron las armas en Puntarenas, pero las tropas que venían a bordo fueron bajadas directamente en el puerto de Caldera.

Mientras tanto, en San Juan del Sur el general Cañas había notificado que el ejército sería racionado para cuatro días y que la marcha se emprendería enseguida por la costa.

Esa misma noche el ejército se puso en marcha, saliendo de la hacienda Jocote; pero puede decirse que el desorden comenzó desde San Juan del Sur al tiempo de racionar la gente, pues era tal el terror que el cólera inspiraba a algunos oficiales, que éstos se pusieron en marcha sin atender a proveer su tropa.

En Sapoá se había organizado un depósito de víveres, y en El Pelón otro, suficientes para mantener el ejército por varios días, y en Liberia el Presidente Mora fue a preparar recursos para el resto del camino.

La fatal plaga continuaba haciendo estragos en las filas del ejército y pronto comenzó éste a desintegrarse, no sólo porque los atacados por la peste rehusaban continuar la marcha y se arrojaban al camino, como porque otros muchos, aterrorizados y tratando de evitar el contagio, corrían adelante para separarse de los enfermos y abandonar lo más pronto posible aquellos aires infectados de Nicaragua.

Dos días tardó Cañas con el grueso del ejército para llegar a la frontera. El 30 de abril acampó en Sapoá, pero ya desde ese lugar en adelante le fue casi imposible contener a la aterrorizada tropa; soldados y oficiales se adelantaban casi corriendo por el camino de Liberia, y muchos que llevaban ya el mal en sus entrañas caían en el camino donde la mayoría encontraba la muerte. Un documento de la época dice: "En Sapoá, fue casi un alzamiento; varios desertaron de sus filas, y otros pidieron al general Cañas una licencia que en vano se les hubiera negado. El soldado, abandonado, sin guía, sin consejo, siguió el ejemplo pernicioso (de los oficiales) y caminó desbandado para morir de hambre o de peste, sin socorro. Así fueron inútiles los depósitos de víveres de Sapoá y El Pelón. El parte del General Cañas en este día consigna los nombres de los más culpables y pide su castigo; era la intención de S.E. (el Presidente Mora), escarmentar a los que tanto mal causaban, y aun llegó a negar pasaporte y a arrestar a algunos en Liberia; pero conmovido con las desgracias que había sufrido el ejército, convencido de que era imposible detenerle allí, y aun organizarle para que marchara unido al interior, prefirió perdonar tantos errores. Quiso despacharle en pequeñas partidas, dando a cada una de ellas un oficial por guía, y socorros hasta Esparza. ¡Imposible! Estaba dado el impulso, y sin un severo rigor no era posible

contener la dispersión; una gran parte de la tropa salió de Liberia sin detenerse a tomar raciones para el camino". (12)

El grueso del ejército, o sea la única porción organizada, pernoctó en Sapoá el 30 de abril, y estaba ya constituido por menos de ochocientos hombres al mando del coronel Lorenzo Salazar. Eso era lo que restaba de aquel ejército de más de dos mil hombres que un mes antes habían entrado en Nicaragua.

El general Cañas venía atrás de ese grupo, y con él una compañía de zapadores al mando del capitán Matías Sáenz; se detenían continuamente para atender a los enfermos que se hallaban en el camino, esperando que mejorasen o muriesen, abriendo zanjas para enterrar a los muertos, y amontonando fusiles y otros enseres a los lados del camino para recogerlos fácilmente más tarde.

Aquella noche en Sapoá fue realmente desesperante. De todos los campamentos salían las lamentaciones de los enfermos, y a la mañana siguientes se recogieron más de cien cadáveres.

En el trayecto fallecieron los presbíteros Bruno Córdoba y Manuel Basco, que acompañaban a los soldados en calidad de capellanes militares.

En Liberia el Presidente Mora estaba completamente engañado acerca de la gravedad de la epidemia, y a su Ministro de Guerra le escribía diciéndole que a partir de la frontera la enfermedad degeneraba en un simple colerín. "Puedo asegurar que el cólera, agregaba, gracias a la salubridad de esta atmósfera y a las providencias que he adoptado no llegará aquí. Pasada la frontera el cólera no daña ya; es una felicidad que el horrible contagio no pueda combinarse con la atmósfera de este Departamento". (13)

A las siete de la noche del 3 de mayo hizo su entrada en Liberia el último resto del ejército; eran ya solamente cuatrocientos hombres los que venían al mando del coronel Salazar. Su entrada fue apresurada y atrás habían dejado como doscientos cincuenta hombres entre enfermos y muertos. Traían en camillas improvisadas y en hamacas a varios soldados algunos en estado de suma gravedad, y entre ellos venían don Adolfo Marie, Subsecretario de Relaciones Exteriores, y el coronel Alejandro de Bulow.

Tres horas más tarde llegó el general Cañas con sus oficiales. No fue sino hasta entonces cuando el Presidente Mora tuvo idea cierta de lo que ocurría y de los estragos de la peste, quedando horrorizado con la relación que le hizo Cañas.

En Liberia se dictó la orden de disolución del ejército; los soldados debían entregar sus armas, y a todos se les dio algún dinero para proseguir el viaje en grupos; pero como el pánico iba en aumento, muchos continuaron el camino solos, pues anhelaban llegar cuanto antes al interior del país con la idea de que allí estarían a salvo; hasta muchos enfermos hacían la marcha apresuradamente con la esperanza de llegar a tiempo para su curación. ¡Cuántos se quedaron en el camino!

Al día siguiente de la llegada del ejército a Liberia, y a las diez de la mañana, murió don Adolfo Marie; poco después el barón de Bulow (14), y luego muchos otros

(12) "Conjuración de Iglesias y Tinoco", Imprenta Nacional, pág. 11.

(13) Archivos Nacionales. Expediente número 8827. Guerra y Marina.

(14) Don Víctor Guardia Gutiérrez, quien acompañaba a Cañas en calidad de ayudante militar, y

entre los cuales estaba el capitán Pablo Stistpnagel, prusiano, ayudante militar de Bulow.

En la mañana del día 4 continuaron su camino las fuerzas bajo el mando del coronel Salazar, las cuales se juntaron con cuatrocientos cincuenta hombres que constituían la fuerza situada en Liberia, cuyo comandante era el capitán Florentino Zeledón; estas fuerzas llegaron aún formadas hasta Bagaces, donde fueron dispersadas en pequeños grupos con el propósito de disminuir el contagio entre los soldados.

A las diez y cuarto de la mañana de ese día salió también de Liberia el Presidente Mora, quien llegó a Bagaces a las tres de la tarde, y siguió luego para Puntarenas, puerto al que arribó en las primeras horas del día 7.

Antes de abandonar a Liberia el Presidente Mora dispuso que el general Cañas permaneciera en dicha población con el cargo de Comandante militar del Departamento. Había que custodiar la frontera, y Cañas se encargaría de eso. Se establecería también un cordón, y al que traspasase su línea de uno u otro lado se le impondría pena de muerte, esto para evitar contagios y traiciones.

Como en el camino a Liberia habían quedado muchos muertos y enfermos, y la compañía de zapadores venía haciendo su trabajo despaciosamente, el 4 de mayo se le dieron instrucciones al señor Francisco Vargas, "conocido por su valor y esfuerzo en conflictos como el presente" (15) para que fuese a recoger los enfermos que habían quedado en el trecho del río Colorado hasta el Pelón y darles sepultura a los muertos; de estos últimos habían quedado algunos en las casas de la hacienda citada. A Vargas se le dieron varios hombres para que los ayudasen en su trabajo, y unas seis u ocho carretas, a más de los instrumentos necesarios para abrir sepulturas; también llevaba vasitos de espíritu de azahar y yerbabuena para administrar gotas con agua a los enfermos.

Desde Bagaces escribía el Presidente Mora a su Ministro de Guerra: "No encuentro palabras para encarecer los servicios que Cañas ha prestado. El, con mil sacrificios, ha salvado la gente hasta Liberia llegando al extremo de quedarse atrás con sus Ayudantes para socorrer y consolar a los enfermos abandonados, de los cuales muchos se han salvado por su socorro. Su valor, su capacidad, su abnegación, le constituyen en esta triste circunstancia, el único hombre capaz de custodiar la frontera, y cambiar, o mitigar al menos los males que pesan sobre este infeliz Departamento; por eso le he dejado con hartos dolores, pues no es posible que yo sea

ostentaba entonces el grado de capitán, nos dice lo siguiente: "Hallándonos en Sapó de regreso, llegó una noche el barón prusiano von Bulow, hombre corpulento que tenía un apetito formidable, pidiendo qué comer. El general Cañas le dijo que sólo podía ofrecerle un jamón, una caja de galletas y otra de ginebra. "¡Nada mejor!" exclamó alegremente el prusiano, y sacando una navaja hizo el jamón rebanadas; dio una pequeña parte a sus dos ayudantes, alemanes como él, y devoró el resto con gran satisfacción y no menor acompañamiento de ginebra. Cañas le preguntó si no tenía miedo del cólera, a lo que replicó el barón con la boca llena: "La cólera se cura con una purgante fuerte, fuerte, fuerte". A la mañana siguiente nos avisaron que estaba malísimo. No quisimos dejarlo abandonado y nos lo llevamos en una hamaca a Liberia... ¡Pobre barón Bulow que puso su espada y su ciencia de invencible militar al servicio de nuestra causa!" (Relato del general Víctor Guardia titulado "La batalla de Rivas" que se encuentra publicado en la edición castellana que hizo don Manuel Carazo Peralta de la obra de Jeffrey Roche "Historia de los filibusteros", páginas 199 a 211).

(15) Archivos Nacionales. Expediente número 8817. Guerra y Marina.

indiferente al riesgo que un hombre de tan relevante mérito, y a quien además me ligan lazos de parentesco y amistad, va a correr". (16)

La publicación oficial decía en esos días con respecto de Cañas: "Los que le hemos visto en esa penosa campaña, atendiendo a todo con infatigable perseverancia, y el 11 de abril en medio del fuego con la sonrisa en los labios guiando y animando a nuestros valientes, no cesaremos de alabar sus méritos, y tenerlo en la más alta estimación". (17)

4.- Ahora veamos lo que sucedía en San José. Los partes oficiales relativos al combate de Rivas se demoraron por muchos días, pero mientras tanto comenzaron a circular noticias de que el número de muertos y de heridos era extraordinariamente grande, y sucedió lo que siempre sucede en estos casos, o sea, que la exageración creció en grado extremo.

El doctor Montúfar, haciendo referencia a estas cosas que se decían en la calle y en todas partes, manifiesta lo siguiente: "Estas voces hicieron tanta impresión en el público, que un respetable anciano a quien Costa Rica debe mucho en el ramo de obras públicas, el Sr. Eusebio Rodríguez, decía espantado: "Han acabado todos, todos, toditos". (18)

Desde luego, esto tenía alarmado y desesperado al pueblo que exigía noticias detalladas que el Gobierno no podía darle.

Don Francisco María Oreamuno, que ejercía el Poder en sustitución de Mora, estaba indignado porque los gobiernos de Centro América habían dejado solo al de Costa Rica, y decía que el Presidente Carrera de Guatemala había engañado a los costarricenses.

Muchas personas no habían sido partidarias de hacer la guerra en la forma que Mora la planeó, es decir, con una invasión a Nicaragua. Pensaban que los costarricenses debieron haberse limitado a la defensa del país, pues, para emprender una guerra en territorio nicaragüense, faltaban militares bien entendidos, de los cuales se carecía, y que sin éstos, la guerra fracasaría.

El mismo Ministro de la Guerra, don Manuel José Carazo, participaba de estas ideas. Por eso dice Montúfar que el señor Carazo paseándose por la sala de recepción y bastante agitado, pronunciaba estas palabras: "Ahí está el resultado, sí, sí, y no lo querían creer. Se les estuvo diciendo: sí, sí". (19)

Cuando el Gobierno recibió el primer parte oficial de la batalla y las noticias del triunfo, lo dio a conocer al pueblo por medio de salvas de artillería y repiques de campanas. Pero la desesperación de las gentes creció aún más, porque entonces pedían los nombres de los muertos y de los heridos, y el Gobierno no podía complacerlos. La muchedumbre se agolpaba en frente del Palacio Nacional, donde estaban las oficinas del Poder Ejecutivo, y se dice que hasta enfrente de las casas del Vicepresidente Oreamuno, y de los Ministros, y frente al cuartel, exigiendo noticias de sus parientes. Muchas mujeres lloraban amargamente, y muchos pensaban también que el Gobierno

(16) Archivos Nacionales. Expediente No. 8827. Guerra y Marina.

(17) Boletín Oficial, 7 de mayo de 1856.

(18) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, pág. 343.

(19) Ibid, pág. 344.

no quería dar las noticias como eran, y se estaba escondiendo los nombres de las víctimas.

Se multiplicaban entonces las críticas contra el Presidente Mora, a quien le negaban dotes militares y a quien se le echaba la culpa de que hubiera habido tantas bajas en el ejército expedicionario.

Mora había pedido refuerzos con urgencia y el Gobierno estaba dispuesto a fletar barcos para enviarlos rápidamente. Todo esto requería dinero, y los fondos del empréstito de febrero se habían agotado; por lo tanto, y con fecha 30 de abril, el Vicepresidente Oreamuno decretó el levantamiento de un nuevo empréstito por cincuenta mil pesos en las condiciones mismas del anterior. Con tal motivo el disgusto creció en muchos, y hubo resistencia para pagar y más tarde fue preciso dar prórrogas.

Segura trajo el parte del coronel Barillier y lo publicó en el "Boletín Oficial" el día 30; pero el del Presidente Mora no fue publicado. Ese mismo día, Segura publicó un artículo con el ánimo de tranquilizar las gentes y levantar el espíritu decaído del pueblo. "Recién llegado de Rivas —decía— nos es grato poder dar una idea exacta del estado del ejército y calmar en parte, la ansiedad general". A continuación hablaba de la buena salud del ejército, a pesar de que cuando él había salido de Rivas, el 24 de abril, y esto no lo decía, ya se habían presentado varios casos de la peste del cólera; "el número de enfermos del ejército —agregaba— era muy mínimo, y aunque personas asustadizas se complacen en ver en cada enfermedad un síntoma epidémico, podemos asegurar con toda verdad, que sólo enfermedades muy comunes aquejaban a quince o veinte soldados, no obstante el inconsiderado abuso que hacen devorando las exquisitas y abundantes frutas de Nicaragua". Luego refería Segura que la víspera de su regreso había visitado el hospital de sangre, y que los heridos del combate mejoraban rápidamente, al extremo de que algunos estaban ya casi buenos.

Agregaba que la ciudad de Rivas era ahora inexpugnable, cada casa era un cuartel y todos los que estaban dentro estaban seguros; que muchos habitantes del Departamento de Rivas se habían unido al ejército; que el coronel Martínez tenía seiscientos soldados en Tipitapa; que el Departamento de Chontales se había pronunciado contra los filibusteros; que la vanguardia salvadoreña había salido de San Miguel; que los generales López y Xatruch, con fuerzas hondureñas, estaban próximos a la frontera de Nicaragua". (20)

Claro que todas esas noticias eran muy halagadoras para el pueblo y contribuían en gran parte a su tranquilidad, pero desgraciadamente la mayoría de ellas no eran ciertas.

Comentando Walker el regreso del Presidente Mora al interior del país, dice que una de las causas que lo obligó a volver a la capital fue la de haber recibido noticias relativas a movimientos en contra de su Gobierno (21). Don Jerónimo Pérez, más explícito, habla de que a Mora le llegaron cartas en que se le informaba de conatos de revolución (22). El Doctor Montúfar confirma que en efecto existían estos conatos. (23)

(20) "Boletín Oficial", 30 de abril de 1856.

(21) Walker, William, "La Guerra de Nicaragua", pág. 184.

(22) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas", pág. 215.

(23) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de C.A.", tomo VII, pág. 384.

Sin embargo, don Juan Rafael Mora no regresó precipitadamente a San José como lo dice Pérez; ya hemos visto que estuvo algunos días en Liberia, después pasó a Bagaces y luego a Runtarenas, adonde arribó el 7 de mayo.

Quien sí se vino inmediatamente a la capital, entrando en ella el 4 de mayo, fue el general José Joaquín Mora; el "Boletín Oficial" decía que éste se había separado del ejército a causa de graves ataques de reuma que le impedían moverse, pero muchos no creían que eso fuese cierto, ya que entonces no hubiera podido hacer a caballo la travesía de Rivas a Bebedero, y luego la de Puntarenas a la capital.

El general Mora, apenas llegó a San José, y alegando motivos muy personales, presentó su renuncia como Comandante General, pero el Vicepresidente Oreamuno, con fecha 7 de mayo, no se la aceptó.

Los heridos de Santa Rosa y Rivas que no lo habían sido de gravedad, los cuales habían sido enviados desde días antes, no hicieron su entrada a San José sino hasta el 5 de mayo y los días siguientes. Por cierto que la llegada de esos heridos causó sensación en la capital, y todas las personas acudían a verlos. Venían postrados en carretas que despaçosamente transitaban por las calles céntricas de la ciudad, y junto a ellos se agolpaba gran número de personas. Cuando el primer convoy entró en San José, se detuvo frente a la residencia del general José Joaquín Mora, donde su esposa y otras señoras distinguidas empezaron a dar a los heridos caldo, pan y otros alimentos.

Desgraciadamente el Hospital San Juan de Dios no estaba en ese momento en condiciones de recibir a los heridos, pues el edificio no se había terminado y la mayoría de los salones carecían de muebles. A pesar de eso se colocaron allí algunos heridos y se ofreció a los otros instalarlos en los días siguientes.

El Gobierno solicitó inmediatamente la ayuda del pueblo e hizo un llamamiento a los sentimientos de caridad y humanidad, y al mismo tiempo nombró a las señoras Inés Aguilar de Mora, Ignacia Sáenz de Gallegos, Jerónima Fernández de Montealegre y Dolores Gutiérrez de Mora, para que recolectasen y recibiesen toda la ropa, útiles de cama, vendas y cuantos auxilios se dignasen dar los vecinos de la capital con el fin de preparar cien lechos en el Hospital para los heridos que estaban llegando.

En ese momento empezaron a llegar también las noticias de los estragos del cólera, y se daban a conocer los nombres de las primeras víctimas. Muy pronto la epidemia comenzó a invadir las poblaciones del centro del país, aterrorizando a sus habitantes.

El Presidente Mora llegó el 11 de mayo a su hacienda "Los Ojos de Agua", pero no quiso entrar en la capital, y se quedó allí por varios días, porque no quería entrar en San José mientras no se tranquilizasen los ánimos y mientras no ingresasen los miembros del ejército que apresuradamente se dirigían hacia el interior del país, y quienes ya habían principiado a ingresar en las ciudades del centro.

El cólera tomó cada día más fuerza. Uno de nuestros más brillantes escritores, don Gonzalo Chacón Trejos, refiriéndose a las escenas que ocurrían en San José, en esa época, nos dice:

"A principios de junio de 1856 estaba la peste en el apogeo de su estrago, y la mortandad era tanta, que fue necesario abrir un nuevo cementerio. Así nació el desaparecido Cementerio del Cólera . . .

"Los sepultureros, que hacían su macabro oficio bajo tremendas amenazas y la compulsión de las autoridades, apenas tenían tiempo de cavar grandes zanjas, donde echaban en montones los cadáveres que recogían apresuradamente, a veces medio desnudos, conduciéndolos en carretas tiradas por bueyes. Muchos habitantes de San José huyeron hacia los campos; en la ciudad, horrorizada y tétrica, tan sólo interrumpía el mortal silencio ayes, quejas, lloros y lamentos; el fúnebre traqueteo de las carretas cargadas de muertos, las voces de los sepultureros, y el piadoso murmullo de los que recorrían la ciudad rezando con lastimera voz y ardiente fe en la procesión de la imagen del Dulce Nombre de Jesús. El doliente tañido de las campanas se mezclaba al sordo rumor de las oraciones, lamentos y gemidos, aumentando el espanto de los sanos y el horror de los enfermos, algunos de los cuales, llegados desde lejanos lugares en busca de auxilio y medicinas, agonizaban en las aceras y en los cajones de las puertas.

"Por las desoladas calles ambulaban gentes sucias, desgarradas, las ropas en desorden y los semblantes pálidos y demudados; familias enteras murieron dejando sus casas en completa soledad; y se dio el caso de que algunos desgraciados murieron olvidados en una casa desierta, denunciando el nauseabundo olor de sus cadáveres el tristísimo suceso..." (24)

El Gobierno tomó una serie de medidas drásticas para impedir la propagación de la peste, tales como las de que en el momento en que muriese alguno, cualquiera que fuese su edad, estado y enfermedad, se condujera y sepultase el cadáver en el cementerio, sin permitir reuniones, ni con el fin de velar los muertos ni con el propósito de acompañarlos al cementerio. En todas las sepulturas se echaría una capa gruesa de cal y después otra de tierra, pisándose todo lo mejor posible para que la corrupción no pudiese salir e infectar de nuevo el aire; dichas sepulturas no podrían ser abiertas, bajo ningún pretexto, en el término de diez años, y pasado éste, sólo que el Gobierno lo consintiere, previo informe de la policía; se pondrían señales estables y conocidas en los cementerios y lugares donde se hubiese sepultado a víctimas del cólera. Se prohibieron terminantemente las reuniones nocturnas que pasaran de cuatro a seis personas, cualquiera que fuese su objeto, y se prohibía también las serenatas por las calles.

Sería imposible narrar los estragos de la peste, y no lo intentaremos siquiera.

A fines de mayo y principios de junio el cólera estaba en su apogeo en las poblaciones del centro.

Con fecha 19 de mayo el obispo Llorente publicó una pastoral recomendando a los sacerdotes la asistencia constante a los enfermos y otorgándoles varias prerrogativas en atención a las circunstancias. Al mismo tiempo les dio un ejemplo de abnegación a los párrocos asistiendo con celo apostólico a muchos enfermos. Todo esto en vista de que hubo algunos clérigos, y se dice que algunos médicos, que se negaron a socorrer en sus momentos de angustia o agonía a los infelices que la epidemia postraba en su lecho de dolor o de muerte. (25)

Monseñor Sanabria dice que el Presidente Mora llegó "con el ánimo abatido porque muchos de sus buenos soldados habían perecido y porque la adversa fortuna parecía dar la razón a los opositores de la guerra". (26)

Indudablemente que la situación del Gobierno en esos días era en extremo difícil.

El Ministro de la Guerra, don Manuel José Carazo, dispuso retirarse del Ministerio alegando motivos de salud. "La retirada de Carazo fue muy trascendental. Nadie creyó que él se apartaba del mando por ningún motivo de salud. Todas las personas que podían juzgar el asunto, opinaban que el señor Carazo no quería permanecer al lado de Mora porque la situación en aquellos momentos era tan poco favorable, que se esperaba una manifestación contra el Gobierno. Mora comprendió que en aquellos instantes era un mal para él la separación de Carazo: se empeñó en evitarla y no pudo detenerlo". (27)

La epidemia del cólera continuó creciendo en forma progresiva. El doctor Hoffmann publicó una advertencia sobre el cólera dando al público algunos consejos. Copiemos algunos párrafos:

"En primer lugar es preciso reprimir con el valor posible todo sentimiento de miedo y pusilanimidad, evitando, cuanto sea dable, los efectos y emociones morales, como sustos, pesares, tristeza y cólera; no desprenderse de los placeres de la sociabilidad y antes bien apetececerlos con mayor empeño que antes. Escójase para la conversación objetos menos serios y sentimentales. No se haga ni más ni menos ejercicio que en otro tiempo, y sigase en todo el modo acostumbrado de vivir. Las variaciones de la dieta acarrearán siempre males sensibles.

"Por otra parte, es menester con cuidado evitar toda clase de resfríos, principalmente los que provienen de mojarse los vestidos y los pies; y en caso que sea inevitable múdese a la mayor brevedad la ropa. La casa de habitación y los vestidos deben mantenerse limpios y aseados. Los alimentos sean más sustanciales y nutritivos. Muy recomendables son la carne fresca, el caldo y las verduras bien cocidas; pero evítense las frutas de todas clases, tómense pocos dulces. También convendrá el uso moderado del vino, de la cerveza amarga y de los licores que no sean de calidad adulterada, omitiéndose cualquier exceso; mas, todas las bebidas fermentadas, como chichas, guarapos, etc., son extremadamente nocivas. Para facilitar la digestión será útil tomar antes del almuerzo y de la comida unas gotas de esencia amarga o tónica con vino o licor bueno.

"Luego que se presenten los primeros síntomas de la enfermedad, es decir, debilidad general, depresión del alma, mal gusto y dolores del estómago, evacuaciones, un sudor profuso y helado, ocurrase lo más pronto a la asistencia de un médico, que aplique los remedios según el caso especial. No siendo posible conseguirla al instante, suminístrense al enfermo de media a media hora una cucharada de aguardiente alcanforado (dos ochavos de alcanfor en una botella de aguardiente) hasta que desvanezca el hielo del cutis y se produzca un sudor caliente". (28)

(24) "Tradiciones Costarricenses", Gonzalo Chacón Trejos, 1936, págs. 94 y 95.

(25) "Boletín Oficial", 21 de mayo de 1856.

(26) Sanabria, Víctor, "Anselmo Llorente y Lafuente", pág. 193.

(27) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, pág. 353.

(28) Boletín Oficial, 14 de mayo de 1856.

El Presidente Mora, en documento presentado al Congreso decía: "El cólera ha recorrido las ciudades y los campos; los pueblos han caído en una congoja mortal, como exánimes al aspecto de su mortífero influjo; haciendas, casas y aun aldeas enteras abandonadas, la madre agonizando súbitamente en los brazos del hijo idolatrado, el padre queriendo dar vida con su vida a la hija del alma que espiraba en la flor de la edad, el esposo viendo desaparecer en un instante a la esposa, el hermano no pudiendo amparar al hermano moribundo, la juventud y la muerte, la agonía y la esperanza, la ciencia y el contagio luchando terríficamente, llanto, desolación, horror y tumbas por todas partes. Tal ha sido la insoportable perspectiva que el país ha ofrecido durante seis semanas mortales". (29)

El Vicepresidente de la República, don Francisco María Oreamuno, fue herido por el cólera y se vio obligado a dejar el Poder; dos días más tarde, a las once de la noche del 23 de mayo, falleció en esta capital. Don Juan Rafael Mora volvió al ejercicio del mando en circunstancias difíciles. El mismo lo dice: "Fatigado, enfermo, atacado por la mortífera peste y acongojado por la pérdida de mis leales compañeros, me hice cargo del mando supremo en los momentos del mayor conflicto y cuando casi todos me abandonaban, contagiados o atemorizados por la azarosa situación del país". (30)

La epidemia recorrió la mayoría de las poblaciones, grandes y pequeñas. A fines de mayo había cesado completamente en Liberia, Puntarenas, Esparza y otros lugares; en cambio continuaba, aunque con menor intensidad, en San José, Cartago, Alajuela y Heredia.

Podemos considerar que el cólera terminó en nuestro país al finalizar el mes de junio, llegando el número de víctimas a ser de diez mil personas. Como el primer caso había aparecido el 20 de abril en nuestro ejército, y dando por definitiva su extinción el 30 de junio, hubo, por lo tanto, un promedio de ciento cuarenta muertos por día. Pero en las poblaciones del centro del país la epidemia duró, como dice el Presidente Mora, seis semanas, lo cual hace subir el promedio.

Muchas de las gentes echaban las culpas de todas estas calamidades al Gobierno, aunque el Gobierno no fuera responsable de ellas. Montúfar dice: "Los disgustados se proponían combatirlo, y con tal motivo buscaban y rebuscaban faltas que poderle atribuir en la campaña. Los desastres de Rivas les presentaban un campo vasto, porque los atribuían a impericia militar, y los horrores del cólera que aniquilaban las poblaciones, hacían el disgusto general y de un momento a otro se esperaba una gran revolución". (31)

5.— A mediados de junio de 1856 se levantaron sumarias por delitos de sedición, una de ellas instruida directamente por el general José Joaquín Mora, en la que se comprobó que varios individuos habían hablado de "promover un cambio en la Administración", "de proceder a la toma de un cuartel", "de colocar al doctor José

(29) "Mensaje del Presidente Mora al Congreso". 3 de agosto de 1856, Archivos Nacionales, Expediente 5107, Congreso.

(30) *Ibid.*

(31) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, pág. 367.

María Castro en la Presidencia, y al Licenciado Bruno Carranza o al coronel Luz Blanco en la Vicepresidencia", y no había faltado quien dijese que había oído a uno de los comprometidos decir que "los Moras estaban de caída y ya en el suelo". (32)

Al mismo tiempo se descubrió la llamada "Conjuración de Iglesias y Tinoco", por cuanto los principales comprometidos eran don Francisco María Iglesias y don Saturnino Tinoco, decomisándose una famosa Acta que según el Gobierno era la que se tenía lista para hacer firmar por el pueblo el día en que estallara la revolución que se preparaba.

En esa Acta se decía: "La Administración de don Juan Rafael Mora, durante los tres últimos años que ha gobernado, ha hundido al país en una crisis espantosa; el régimen constitucional ha sido convertido poco a poco en un rudo despotismo militar; dicha Administración no reconoce en la actualidad regla ni límite alguno; asombrado (el pueblo) de que en la famosa jornada del 11 de abril en Rivas, la impericia, ineptitud y descuido del primer jefe causasen la pérdida de tantas vidas, dejándose sorprender como un niño, y no teniendo la presencia de ánimo ni la capacidad suficiente, una vez sorprendido, de reunir sus tropas y dirigir las bajo un plan cualquiera, absorto aún más de la precipitada fuga del señor Mora hasta Liberia, dejando en un abandono completo y presa del hambre, de la miseria, de la peste y de la desnudez a sus fieles compañeros de armas, a aquéllos mismos que pocos días antes con heroicos sacrificios y a costa de su sangre, le habían rodeado para defenderlo y salvarle la existencia, dichos aun si se comparan con los infelices heridos y enfermos que quedaron abandonados y a merced del enemigo en Rivas y San Juan del Sur; conmovido por el inaudito espectáculo de la retirada de las fuerzas, para lo cual ni se habían tomado precauciones ni medidas; dolorosamente afectado al ver llegar los tristes restos de nuestro brillante ejército, trayendo a sus desgraciadas familias, por única recompensa de su valor, heroísmo y sufrimiento, entre sus asquerosos y mugrientos harapos, la horrible epidemia del cólera que tan nobles víctimas ha arrebatado; considerando que después nada se ha hecho para curar tantas heridas, tantas miserias; que el país sufre además de tan deplorables calamidades, por la penuria, la paralización del comercio y de la agricultura, y de toda clase de transacciones; que además de las complicaciones interiores, la República está amenazada por enemigos extraños y por reclamos formidables, y que para calmar y repeler a los primeros y para salir con buen éxito de los segundos, la opinión pública y la confianza faltan a la Administración Mora; disgustado igualmente de las tendencias de la familia de Mora a perpetuarse en el mando, y de que dicha familia, colocada en las armas, en el Congreso y en el Ejecutivo, se ha sobrepuesto a todo y es el solo poder en el país; escandalizado del sistema de arbitrariedades, corrupción y espionaje empleado por la Administración, de lo que resulta que el verdadero mérito, el talento y la virtud, son perseguidos y pospuestos a la adulación, a la bajeza y al odioso oficio de espionaje; ansioso de volver a entrar en el goce de los derechos que Dios y las leyes aseguran a todo hombre, cuyos derechos se le han arrebatado por la actual Administración de un modo arbitrario y violento; persuadido de que la libertad del pensamiento, la de la prensa, la libre discusión y demás garantías individuales son inalienables y

(32) Archivos Nacionales, Expediente No. 5367, Guerra y Marina.

sagradas, y que sin embargo de esto y de estar consignadas en la Constitución, el Gobierno Mora las ha destruido y sólo existen como un sarcasmo arrojado a los costarricenses; considerando que un pueblo honrado, laborioso y pacífico como el de Costa Rica, no necesita para ser gobernado y bien dirigido, de un Gobierno arbitrario y despótico, sino antes bien de una Administración pura en sus manejos y paternal . . .", etc., etc. (33)

Súbitamente, y por orden del Presidente Mora fueron suspendidos todos estos procesos que se levantaban, siendo expulsado del país el doctor José María Castro, a quien no se le tomó declaración ninguna, pero quien para el Gobierno de Mora fue siempre el enemigo político más temido; don Saturnino Tinoco; don Federico Fernández y don Santiago Millet, quienes acababan de regresar de la guerra.

Don Joaquín Fernández, quien también venía llegando de la Campaña, y otros jóvenes (entre ellos don Próspero Fernández) fueron señalados como cómplices de la revolución pero, dice un documento oficial, "el Gobierno no quiso proceder contra ellos, esperando que esto fuera bastante para que se moderasen" (34). El Gobierno quería castigar sólo a los jefes.

Don Francisco María Iglesias, para defenderse de los cargos, y estando en la cárcel, escribió un documento titulado "Vindicación", el cual hizo salir clandestinamente y fue publicado; entonces se le acusó también de haber calumniado al Presidente Mora y se le tuvo en prisión hasta el 17 de junio siguiente en que se le condenó a confinamiento por cuatro años en Golfo Dulce.

En Puntarenas fueron confinados los señores Sabas Lizano, Anastasio Navarro, Manuel González, Juan Gómez y Jesús Guerrero. En Mohín, los señores Manuel Pinto y Vicente Navarro.

El obispo Llorente fue señalado como cómplice, y por eso en 1858, cuando se le expulsó, se hizo constar en el decreto de expulsión que él había tenido conocimiento de esta conjuración "y no cuidó de impedirla con su influencia ni la denunció como era de su deber para evitar las funestas consecuencias de que sólo la energía y popularidad de que goza el Gobierno pudieron librar a los pueblos". (35)

Haciendo rápida alusión a todas estas incidencias, nuestro ilustre historiador don Cleto González Víquez, escribió lo siguiente:

"En esa pelea contra el filibustero —que Mora valerosamente inició— su figura se creció enormemente y ha sido tenida después y se tendrá por los siglos venideros como símbolo del nacionalismo centroamericano. Los errores cometidos en la campaña desde el punto de vista militar —con ser muchos y graves— se han olvidado y sólo quedan en el recuerdo de la posteridad, como dignos de perpetuarse y ensalzarse, el valor y la abnegación de las tropas que expusieron u ofrendaron sus vidas por la defensa del territorio y del honor nacional. Esta misma parte de nuestra historia aún no se ha contado de verdad; apenas se la ha cantado. Algún día —quizá para el centenario— se haya escrito en su conjunto y serenamente esos acontecimientos

gloriosos, mezclados al mismo tiempo con miserias, envidias y ruindades. La epopeya tal vez se empequeñezca, pero se podrá contemplar mejor y más a lo vivo el cuadro completo: aún así, resaltarán siempre en primera línea, como excelsas, dos figuras Mora y el patillo costarricense". (36)

6.— Apartémonos ahora de todas estas cuestiones políticas, y volvamos la vista atrás para poner de manifiesto nuevamente que el Presidente Mora, con una visión muy clara, comprendió como ninguno, desde el principio de la Campaña que la clave del éxito en la guerra contra los filibusteros estaba indudablemente en cortar a éstos la vía del Tránsito.

Dijimos antes que, desde el principio de nuestras operaciones militares, se dispuso colocar guarniciones en los ríos San Carlos y Sarapiquí.

Después de la incursión que hicieron los filibusteros al Departamento de Moravia y del combate de Santa Rosa, se fijó más en la mente de nuestros jefes militares la posibilidad de una invasión filibustera a nuestro país por medio de los ríos citados, y más posiblemente por el Sarapiquí, en cuya desembocadura existía una guarnición filibustera.

Con fecha 5 de abril y desde Peña Blanca, el coronel Escalante le escribía al Ministro de Guerra: "S. E. (el Presidente Mora) me ordena diga a usted que se hostilice con todo rigor por el Sarapiquí y el San Carlos a los vapores y embarcaciones que naveguen el San Juan para impedir que el enemigo reciba refuerzos". (37)

Cuando el ejército costarricense se encontraba acampado en la hacienda Santa Clara y recibió la noticia de que Walker y sus hombres habían abandonado a Rivas y se habían embarcado en el puerto de La Virgen, se aseguró entonces que Walker marchaba a Costa Rica por la vía de Sarapiquí y de San Carlos. (38)

Inmediatamente se dio aviso al Gobierno, y éste mandó reforzar el camino y el muelle de Sarapiquí con trescientos hombres más, de los cuales debían situarse cien en el muelle para reforzar la guarnición de ciento veinticinco que allí estaba, y los doscientos restantes escalonados en todos los puntos militares del camino. Al mismo tiempo se enviaron otros cien hombres para reforzar la guarnición de Martínez en el río San Carlos. (39)

Nuestro Estado Mayor comisionó al coronel Rafael G. Escalante, quien acompañaba al Presidente Mora en el ejército expedicionario, para que preparase planes no sólo para cortar las comunicaciones de los filibusteros en el San Juan, sino también de la defensa de nuestro territorio por dichos ríos. Ese fue el motivo por el que el coronel Escalante, después de haber acompañado a nuestro ejército hasta Rivas, regresó el 9 de abril, o sea, al día siguiente de la llegada a aquella ciudad, para traer las instrucciones

(36) González Víquez, Cleto, "El Sufragio en Costa Rica ante la Historia y la Legislación", *Revista Jurisprudencia*, Nos 1 y 2, Tomo III, pág. 12. Enero-febrero de 1935.

(37) Carta del coronel Escalante al Ministro de Guerra, de 5 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 8819. Guerra y Marina.

(38) Archivos Nacionales. Expediente No. 8819. Guerra y Marina.

(39) Archivos Nacionales. Expediente No. 9820. Guerra y Marina.

(33) "Conjuración de Iglesias y Tinoco", Imprenta del Estado, 1856.

(34) Carta de don Rafael G. Escalante, Ministro de Guerra, al Comandante General, de 21 de julio de 1857.

(35) Obregón Loría, Rafael, "Conflictos Militares y Políticos de Costa Rica", 1951, pág. 36.

con el objeto de iniciar y dirigir la campaña militar en los ríos San Juan, San Carlos y Sarapiquí. (40)

El coronel Escalante, de acuerdo con el Ministro de Guerra, señor Carazo, y otros jefes militares, elaboró el plan de operaciones respectivo, el cual le fue comunicado al teniente coronel Rafael Orozco, comandante de las fuerzas que se encontraban en Cariblanco, región del Sarapiquí.

Don Emilio Segura, que en Rivas sustituyó al señor Escalante en su cargo de Subsecretario de la Guerra, le escribía el 10 de abril al Ministro Carazo: "Permanecemos aún en expectativa no queriendo de ningún modo dividir nuestras fuerzas, pero ocupando los tres importantísimos puntos de La Virgen, de San Juan del Sur y Rivas, podemos auxiliarnos fácil y rápidamente en cualquier evento, posesionados absolutamente del camino del Tránsito. S. E. (el Presidente Mora) vuelve a recomendar a usted que se corte e impida la navegación del San Juan a todo trance, para cuyas operaciones fue comisionado el experto coronel don Rafael G. Escalante". (41)

El Presidente Mora, repetimos, veía con mucha claridad la importancia de estas operaciones militares; la siguiente recomendación que le hacía a su Ministro de la Guerra lo pone de manifiesto: "Mucho cuidado con San Carlos, que nadie pase: esto es el alma de la empresa". (42)

Las noticias del combate de Sardinal produjeron en nuestro Estado Mayor profunda satisfacción, y el Subsecretario Segura le escribió el 19 de abril al Ministro Carazo: "S. E. (el Presidente Mora) ve con júbilo que en el interior se secundan hábilmente los esfuerzos de nuestro Ejército Expedicionario y celebra el triunfo obtenido en Sarapiquí. Con todo, aún no es esto bastante. Para impedir que el audaz Walker reciba refuerzos, para quitarle toda esperanza de auxilio por la vía de San Juan del Norte, es preciso dominar absolutamente la navegación de ese río, repeliendo a balazos y por cuantos medios se pueda a los que intenten subir o bajarlo. Sin esto, nuestras operaciones serán débiles e insuficientes. Con tal objeto marchó el señor coronel Escalante a esa capital. S.E. espera que de acuerdo con el Excmo. señor Vicepresidente y usted, el coronel Escalante habrá ya tomado resoluciones capaces de estorbar el tránsito a toda costa y defender por aquellos puntos nuestras fronteras". (43)

En relación con estas instrucciones, contestaba el Ministro con fecha 27 de abril: "Del interior nada tengo que comunicarle, sino repetirle que nada se ha logrado en Sarapiquí ni en San Carlos, porque en ambos puntos se han encontrado dificultades insuperables para llevar a cabo las instrucciones que respectivamente habfan recibido los comandantes de cada división para cortar de alguna manera la navegación del río San Juan, por los buques de vapor de la Compañía. Mañana sale para San Juan por la vía de Mohín el señor Domingo Matthey, conduciendo un despacho de este Gobierno

para el Comandante de la fragata de S.M. Británica Eurídice, estacionada en aquel puerto. En este despacho se le denuncian como filibusteros todos los que a título de pasajeros para California o de pobladores se están introduciendo de los Estados Unidos para aumentar el ejército del bandido Walker, y le reclama su cooperación para impedir que continúen recibiendo estos refuerzos. No obstante el paso antes indicado, se han librado hoy órdenes terminantes para que a todo trance y de cualquier manera se ocupe por las fuerzas de Sarapiquí el punto Hipp, tratándole de conservar e impedir cuanto se pueda la navegación de los vaporcitos, mientras se mandan suficientes refuerzos para ambos objetos". (44)

Encontrándose ya en Liberia, y de regreso a Rivas, escribía Mora el 1° de mayo al Gobierno informándole que por la amenaza de la peste del cólera había decidido evacuar en Nicaragua los puestos ocupados, pero insistiendo en su resolución de continuar la guerra contra Walker, agregaba: "Por ahora nos limitaremos a defender esta frontera, y a esforzar las operaciones por el río San Juan". (45)

En esa misma fecha, escribía nuevamente a su Ministro de Guerra: "Sé de positivo que Walker, al prepararse para atacar a Rivas el 11, dejó solo el Castillo Viejo, y clavada la artillería: puedo casi asegurar que permanece aun abandonado; sin embargo al asaltarlo las tropas que manden del interior, deben obrar bajo el concepto de que puede estar custodiado. Deberá cuidarse siempre que dichas tropas lleven los útiles necesarios para abrir nuevo oído a los cañones, y hombres inteligentes que ejecuten la operación. Cincuenta hombres de guarnición bastarán a guardar el Castillo y paso del río, cuidando que la mayor parte sean artilleros, y que estén provistos de una embarcación al menos, que les facilite la comunicación con la gente del Sarapiquí para pedir y obtener auxilios de gente, víveres, etc." (46)

La aparición de la peste del cólera en las filas de nuestro ejército y la noticia del regreso de éste al interior de la República, hicieron que el Vicepresidente Oreamuno, nuestro Ministro de la Guerra, el coronel Escalante, y algunos jefes militares, titubeasen si iniciaban o no las operaciones formales sobre el río, y en tal efecto, Oreamuno prefirió esperar la llegada del Presidente Mora a la capital, y así se lo comunicó a éste que ya se encontraba en Guanacaste, a fin de reservar para entonces la resolución sobre dichas operaciones. (47)

Pocos días más tarde, con fecha 8 de mayo, el Ministro de la Guerra le manifestaba al Comandante General del Interior, lo siguiente: "Puesto que las instrucciones que se dieron por este Ministerio para el arreglo de las operaciones militares en los ríos San Juan y Sarapiquí no han podido llevarse a efecto por haberse tomado con posterioridad otras medidas, dispondrá usted que se recojan inmediatamente del señor Rafael Orozco, Comandante de la guarnición situada en Cariblanco y originales las devolverá a este Despacho". (48)

Mientras tanto, ya los costarricenses habían hecho efectivas sus promesas; ya habían pasado los combates de Santa Rosa, La Virgen, Sardinal y Rivas; y todavía el

(40) Carta de don Emilio Segura al Ministro de la Guerra. Archivos Nacionales. Expediente número 8821. Guerra y Marina.

(41) Ibid.

(42) Carta del Presidente Mora a don Manuel José Carazo, de 16 de abril de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 8827. Guerra y Marina.

(43) Archivos Nacionales. Expediente No. 8821. Guerra y Marina.

(44) Archivos Nacionales. Expediente No. 9820. Guerra y Marina.

(45) Archivos Nacionales. Expediente número 8821. Guerra y Marina.

(46) Archivos Nacionales. Expediente número 8827. Guerra y Marina.

(47) Archivos Nacionales. Expediente número 9820. Guerra y Marina.

(48) Ibid.

gobierno de Guatemala no había tomado resolución alguna para declarar la guerra a los filibusteros.

Cuando Mora llegó a Puntarenas en su viaje de regreso, estaba profundamente indignado por el proceder del Gobierno de Carrera. Y entonces, con fecha 8 de mayo, escribió al doctor Toledo, en Guatemala, una larga carta, detallándole los acontecimientos y llamándole al país. De ella copiamos los siguientes párrafos porque ponen en evidencia su seguridad absoluta de que la toma de la vía del Tránsito por los costarricenses, era la liquidación de los filibusteros. Dice así:

"... Cuando Costa Rica salvó sus fronteras, comprometiendo el honor de sus armas, la vida de sus hijos y la paz en que ha fundado siempre su creciente prosperidad, lo hizo por la más noble, por la más santa de las causas. No la movió un interés rastrero, no el ansia de gloria; pues si es cierto que en su marcha halló ya invadido el territorio, no contaba con ello al empuñar la espada. Su primer objeto era asegurar el bienestar de Centroamérica, y para obtener un pronto triunfo contó con las repúblicas hermanas.

"Los compromisos contraídos por Guatemala eran de tal entidad, las seguridades ofrecidas por su comisionado D. Francisco Gaverrete eran tan francas y leales al parecer, que nos apresuramos, temiendo llegar tarde. Ni el honor costarricense podía permitir que se le adelantaran, ni cabía en su buena fe faltar a sus aliados en el momento de la lucha.

"Con vergüenza y dolor he visto el engaño que ha sufrido esta noble República que me ha confiado sus destinos.

"¿Cree U. que si Guatemala hubiera cumplido, que si al presentarse con un ejército por esta frontera hubiera ese gobierno hecho lo mismo por el lado de Honduras hubiéramos sufrido esta desgracia causada por la estada del ejército en Rivas? ¿Cree U. que León se hubiera sostenido, como lo ha hecho, causándonos mil males a pesar de su neutralidad?

"En Liberia recibí nota de ese gobierno en la cual se me invita a no traspasar la frontera, dando por razón a tan miserable e intempestivo consejo las dificultades imprevistas que pudieran presentarse. Ya las sabía. Ese gobierno de farsa, en que el maniquí de D. Patricio Rivas juega el primero y más degradante papel, había mandado comisionados a Guatemala y Salvador con el objeto de paralizar la justicia centroamericana, pretextando que Nicaragua es inofensiva, justa, feliz y que la Falange, que llaman *americana*, se compone de ciudadanos fieles, sin pretensión a usurpación alguna, y que por consiguiente nadie tiene derecho de imponer a Nicaragua la extrañación o exterminio de tan virtuosa Falange.

"¿Cómo puede ser posible que el gobierno de Guatemala se halle tan atrasado en ideas políticas, en derecho y sentido común que haya podido escuchar con paciencia las excusas de tan ridícula misión? Y aun concediendo al gobierno de León que tenga el derecho de perderse, ¿qué vale el tal derecho puesto en balanza con la integridad de las demás repúblicas centroamericanas, que corren hoy peligro inminente por su ignorancia y degradante maldad?

"¡Muchas veces he repasado la nota a que se refiere, tan extraña e inesperada ha sido para mí!

"Posteriormente, en Rivas, recibí carta particular de U. más extraña aún. Hay un párrafo que dice que ese gobierno le ha protestado que la suerte de Costa Rica le inspiraba compasión e interés, que haría en su favor cuanto pudiese, etc.

"No necesita Costa Rica de la compasión de Guatemala; se basta a sí misma para su conservación y su defensa, lo cual sabrá probar. Ella está más bien en el caso de compadecer a quien no cumple tan sagrados compromisos, a quien por afectar una anticuada y ridícula diplomacia compromete una causa sagrada y común. Actualmente se venden en los Estados Unidos acciones sobre los territorios de Centro América que Walker piensa conquistar. Veremos cuáles de dichas acciones se hacen primero efectivas. Los terrenos de Costa Rica se podrán adjudicar cuando haya muerto el último de los naturales.

"Ninguna noticia oficial he tenido de la marcha de las fuerzas guatemaltecas. Asegúrase, sin embargo, que están ya en tierras salvadoreñas, pero creo la expedición algo tardía y temo que pretexten nuestra retirada para efectuar la suya.

"Sin embargo, es tiempo aún. La destrucción del filibusterismo está en los veneros que nutren esta hidra. Costa Rica puede cortar enteramente la navegación del río de San Juan del Norte, y el bloqueo de Realejo y San Juan del Sur completarían la obra. Así, ni de los estados del Atlántico de los Estados Unidos ni de California podrán nutrirse las filas de Walker. Este pierde diariamente, en tiempos normales, de 8 a 10 hombres muertos de fiebre y de excesos; ahora con el cólera, que va a ser horroroso, unido a sus vicios, concluirán en dos o tres meses con todos los soldados que tiene. El lucha, además, con varias dificultades. Cortado el Tránsito, como realmente lo está (49) no puede luchar con la compañía, y la clase de gente que lo acompaña no sufrirá largo tiempo sin paga en un país miserable siempre y que agotado ahora no presenta objeto a sus rapacidades. Supe en Liberia que los isleños de Ometepe, según me lo habían prometido, quemaron los depósitos de leña del servicio de los vapores del Tránsito. Martínez, unido a los nicaragüenses que aun tengan el valor de luchar, no dejará de darle mucho que hacer; mas, lo repito, su pérdida está en el bloqueo de los puertos, y si Guatemala comprendiera bien la situación y su interés, se haría cargo de cerrar las entradas de Realejo y San Juan del Sur, lo cual será muy costoso para Costa Rica, al paso que ésta puede cortar fácilmente la navegación del río San Juan; pero después de lo que ha pasado nada espero ni creo de ese gobierno.

"Lo dicho debe bastar para explicar a U. la nota que nuestro ministro le ha dirigido llamándole inmediatamente, orden que confirmo en privado, y le encargo efectúe el viaje sin demora, por tierra o por mar, sin dar más explicación de él". (50)

7.— Habiendo ya desaparecido el cólera, y siguiendo la costumbre establecida desde muchos años antes, el día 6 de julio, primer domingo del mes, se concentraron en la Plaza Mayor las milicias nacionales para proceder a la revista militar, y en esa oportunidad el Presidente Mora dirigió a los Jefes y soldados la siguiente Proclama:

(49) Se refiere a la suspensión del servicio de los vapores.

(50) Esta notable carta fue publicada por don Manuel Carazo Peralta, en el libro que él tradujo de James Jeffrey Roche, titulado: "Historia de los Filibusteros", págs. 193 a 197.

"Salud, invictos defensores de la independencia centroamericana. Yo me regocijo de veros reunidos por vez primera después de esa gloriosa campaña en que habéis marchado de triunfo en triunfo. Unicamente un enemigo incombustible, el mortífero cólera, ha podido detener nuestro paso de vencedores. Sólo Dios sabe cuánto he padecido al veros padecer. Mi dolor sólo puede compararse a mi gratitud, a mi admiración por vosotros.

"La epidemia que ha diezmando nuestras poblaciones, y sus tristes resultados, a la vez que las públicas dificultades con que todos luchamos, me han impedido recompensaros como deseo y merecáis. No descansaré hasta conseguirlo.

"Los filibusteros, relacionados con los ambiciosos enemigos de la patria, no cesan en sus maquinaciones; aquí mismo han pretendido emponzoñar nuestra ventura para dividirnos, lanzarnos a una lucha intestina, y cuando Costa Rica se presentara destrozada, manchada de sangre y de baldón, cubierta de cadáveres y ruinas; cuando la vieran convertida por medio de la falacia, de la calumnia, de la traición, de las revoluciones y una guerra fratricida en otra infeliz Nicaragua, uncirla al carro de la fortuna de una horda de bandidos. No lo conseguirán. Si hasta ahora he sido indulgente, de hoy más la inflexible espada de la ley caerá sobre sus frentes criminales.

"He jurado sacrificar mi fortuna, mi reposo, mi vida, por el buen nombre y por la independencia de mi patria. Cumpliré mi juramento.

"Si nuevos peligros nos llaman a la lid, cuento siempre con vosotros, aquí, en la frontera, en todas partes. Mostremos que somos dignos de nuestros antepasados, que somos siempre los defensores del orden y la libertad nacional, y que en todo tiempo sabremos preferir ese orden y esa libertad a pérdidas ofertas revolucionarias, —la pobreza al deshonor, —la guerra a la ignominia, —la muerte a la esclavitud!

"A nadie cederé el honor de morir o vencer a vuestro lado. ¡Looor a vosotros, valientes defensores de la Patria!"

CAPITULO VII

1. Recepción del P. Vigil como representante del gobierno provisional de don Patricio Rivas. Manifiesto del Presidente Pierce y protesta de Molina. 2. Se hacen elecciones en Nicaragua y Walker es nombrado Presidente de ese país. 3. Llegan a Nicaragua las fuerzas de Guatemala y El Salvador y se estacionan por tres meses en León. 4. El Presidente Mora trata de atraer a sus opositores. Su Mensaje al Congreso. Asamblea organizada por este cuerpo. 5. Dificultades económicas que se le presentan a Mora para iniciar la campaña. Se consigue un empréstito con el Perú.

1.— A su regreso a Granada, después del combate de Rivas, Walker propuso al gobierno provisional el nombramiento del presbítero Agustín Vigil, cura de Granada, como Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos. Para aquel gobierno los deseos de Walker eran órdenes, y por lo tanto, inmediatamente se le nombró, partiendo Vigil hacia Washington, donde fue recibido oficialmente el 15 de mayo de 1856 por el Presidente Pierce.

El recibimiento de Vigil como Plenipotenciario y el reconocimiento del gobierno provisional de Nicaragua presidido por Rivas, pocos meses después de que el mismo gobierno norteamericano, dando razones, se había negado a hacer eso mismo, ponía al Presidente Pierce y al Departamento de Estado en situación difícil. Por ese motivo el Presidente envió el mismo día 15 de mayo un extenso e importante Mensaje al Senado y Cámara de Representantes, y en él decía:

"... Es la política fija de los Estados Unidos reconocer a todos los Gobiernos sin investigar su origen u organización, los medios por los cuales obtienen los gobernantes su poder, con tal que sea un gobierno de hecho, aceptado por el pueblo del país, reservándose únicamente la época para el reconocimiento de los Gobiernos revolucionarios que proceden de la subdivisión de la madre patria con la cual estamos en relación de amistad."

"No vamos tratando de los hechos de un Gobierno extranjero que ejerce poder actual para debatir cuestiones de legitimidad. No investigamos las causas que pueden haber conducido a un cambio de Gobierno. Para nosotros es indiferente que una revolución triunfante haya sido o no auxiliada por una intervención extranjera, o que la insurrección haya derrocado al Gobierno existente poniendo en su lugar según las formas preexistentes o de un modo adaptado a las circunstancias por los que encontremos en la actual posesión del poder. Todos estos asuntos dejamos que los determinen el pueblo y las autoridades públicas del país de que se trate. Y su resolución, ya sea por medio de la acción efectiva o por la aquiescencia

manifiesta, es para nosotros garantía suficiente de la legitimidad del nuevo Gobierno”.

Este documento del Presidente Pierce causó enorme sensación y fue muy comentado. Al Presidente se le achacaron intereses personales, ya que se encontraban próximas las elecciones en los Estados Unidos, y se dijo que él pretendía la reelección. Algunos sectores consideraron la recepción de Vigil como un medio que el Presidente empleaba para conquistar los votos de las muchedumbres que simpatizaban con Walker.

El representante diplomático de Costa Rica, don Luis Molina, presentó una enérgica protesta en carta que envió al Secretario de Estado, Mr. Marcy, el 22 de mayo. Vale la pena copiar algunos párrafos:

“... Los desastres que ciudadanos de este país han traído sobre sí yendo a derramar la sangre de pueblos amigos y a sembrar el terror y la desolación en el corazón de los Estados que siempre tendieron la mano y abrieron el seno con sentimientos fraternales a los hijos de esta República, ha suscitado gran número de activos simpatizadores en todos los rangos de la sociedad americana. Escritos subversivos han visto la luz pública aun en el órgano oficial; ha habido reuniones, se han pronunciado discursos y abierto suscripciones; todo con el objeto de hacer de lo negro blanco, de ensalzar el crimen llamándole virtud, y de inducir al pueblo a prestar ayuda material a Walker contra Costa Rica, porque aquella República tiene el delito de ser débil y el atrevimiento de defenderse.

“En estas circunstancias, el señor Presidente de los Estados Unidos, ha tenido a bien reconocer al llamado Gobierno de Nicaragua (“of which Rivas is the nominal but Walker the real head”) conforme aparece en el Mensaje que S. E. dirigió al Senado y Cámara de Representantes con fecha 15 del corriente...

“El infrascrito Encargado de Negocios cumple con un penoso deber al dirigir al Honorable Secretario de Estado de los Estados Unidos la presente solemne protesta: contra los escritos, reuniones y discursos dichos, en cuanto son contrarios a la ley de neutralidad, conforme en otro caso semejante explicó el Honorable Secretario de Estado, y en el presente no sólo constituyen la causa, sino también el principio de la violación de la ley; contra toda expedición y cualquier auxilio individual, pecuniario o de otro género que salga de los Estados Unidos a fortalecer la expedición pirática primitiva acaudillada en Nicaragua por William Walker, como contrarias a las obligaciones de neutralidad internacionales y a las secciones 6a. y siguientes de la ley de 20 de abril de 1818; y con todo el respeto debido al Gobierno de los Estados Unidos, protesta el infrascrito contra el reconocimiento enunciado, así por la época y demás circunstancias en que ha tenido efecto, como porque sanciona en cierto modo los actos criminales de los filibusteros que están en Nicaragua, haciendo que se encaprichen en su ilegal empresa; y porque dará aliento a los que se preparan a seguir su ejemplo contra los derechos de Costa Rica y demás pueblos de Centro América.

“Costa Rica tiene la conciencia de no haber dado el menor motivo que pudiese justificar las hostilidades que pesan sobre ella; y si sucumbe no será sin honor, ni ante la justicia, sino ante la fuerza desnuda de razón”.

Los demás Representantes diplomáticos de Centro América en Washington también protestaron enérgicamente contra la recepción de Vigil, y también se pronunciaron contra ella los ministros de Inglaterra, Francia, España, Colombia, Chile y Brasil.

Vigil encontró el mayor vacío en el cuerpo diplomático y se apresuró a solventar su situación, abandonando a los Estados Unidos.

2.— El gobierno provisional de Nicaragua había dispuesto que se realizasen elecciones para nombrar a las supremas autoridades. Estas elecciones se realizaron en mayo de 1856, pero hubo varios Departamentos en que no pudieron realizarse por las circunstancias anormales del momento como consecuencia de la invasión costarricense. Los votos emitidos favorecían a los ciudadanos Máximo Jerez, Patricio Rivas y Mariano Salazar. Walker logró que el gobierno declarase insubsistentes tales elecciones (10 de julio) y se dispuso convocar a otras.

El 20 de junio Walker emitió un decreto en que desconocía al gobierno provisional y nombraba presidente al Licenciado Fermín Ferrer.

El Presidente Rivas dictó el 26 de junio un decreto declarando a Walker traidor y enemigo de la patria.

Las nuevas elecciones practicadas sólo en los Departamentos de Granada y Rivas tuvieron como resultado la elección de Walker como Presidente de Nicaragua. El 12 de julio, Fermín Ferrer le entregó el Poder al jefe de la Falange, en ceremonia a la cual asistió el Ministro de los Estados Unidos, que se apresuró a reconocer al nuevo régimen.

El nuevo gobierno dictó algunos decretos cuya tendencia general era la de fortalecer económica y políticamente a la Falange; tales decretos, según palabras del mismo Walker, “se emitieron con la intención de poner una gran parte de las tierras del país en manos de la raza blanca” (1) como él llamaba a los americanos.

Por decreto de 22 de setiembre quedó implantada la esclavitud en Nicaragua, siendo ese el paso de que más se podía esperar para la organización del trabajo en el país, era el acto en torno del cual giraba toda la política del gobierno (2). Walker dice: “Por este decreto debe juzgarse la administración de Walker, porque es la clave de toda su política”. (3)

3.— La invasión de Costa Rica por fuerzas filibusteras, la derrota sufrida por éstas en Santa Rosa, y la actitud hostil de Walker, hicieron que el general Carrera, Presidente de Guatemala, se decidiera por la guerra, y el 5 de mayo salió de Guatemala una fuerza de 500 hombres al mando del general Mariano Paredes, quien había sido Presidente de aquel país. Como segundo jefe fue nombrado el coronel (después general) José Víctor Zavala. Esta fuerza atravesó el territorio salvadoreño, y su marcha se realizó en forma muy despaciosa, tardando más de dos meses para llegar a la ciudad de León, a donde arribó el 18 de julio.

(1) Walker, William, “La Guerra de Nicaragua”, 1860, pág. 226.

(2) Walker, obra citada, pág. 226.

(3) Id. pág. 227.

El gobierno de El Salvador también se decidió por la guerra, y un ejército de este país, constituido por 800 hombres, y al mando del general Ramón Belloso, salió de San Salvador en los últimos días de junio, y llegó a León el 12 de julio siguiente.

En la ciudad de León se encontraba un ejército constituido por unos 500 nicaragüenses al mando del general Máximo Jerez.

La presencia en León de todos esos ejércitos dio origen a una serie de pleitos entre los militares de una nacionalidad con los de otra. El gobierno de don Patricio Rivas se encargó de fomentar la discordia entre los jefes militares, o más bien, diremos que fue el responsable de ella. Pensando sólo en los intereses de los partidos de Nicaragua, se le ocurrió que los guatemaltecos venían a apoyar a los legitimistas, y entonces discernió honores y nombró general en jefe al salvadoreño Belloso, poniendo bajo sus órdenes las fuerzas nicaragüenses, todo lo cual aceptó Belloso de buen grado.

Esto disgustó terriblemente a los guatemaltecos Paredes y Zavala, quienes dispusieron no acatar órdenes de Belloso, sino manejarse por sí solos. Zavala tuvo serias molestias con el general cuscatleco, a quien hizo víctima de su ingenio y fina ironía; Zavala, dice don Ricardo Fernández Guardia, fue "el *enfant terrible* de aquella guerra" (4) por sus humezadas y travesuras. Los guatemaltecos se dieron cuenta de que salvadoreños y nicaragüenses estaban contra ellos. Los incidentes entre los soldados de los tres ejércitos se hicieron frecuentes, y hubo que ordenar a los guatemaltecos y salvadoreños que se mantuviesen concentrados en sus cuarteles. Poco después aparecieron las epidemias que ocasionaron muchas víctimas entre los soldados de aquellos ejércitos.

Desde un principio se hizo notar, pues, la falta de un jefe superior que impusiese la disciplina y coordinara todas las actividades militares. Pero eso no fue posible dadas las rencillas que animaban a los jefes de los ejércitos centroamericanos. Estos ejércitos se mantuvieron en León sin tomar ninguna disposición en contra de Walker por espacio de tres meses, dándole a los filibusteros el tiempo preciso para que se armasen bien y aumentasen sus fuerzas.

El doctor Montúfar, comentando esta inacción de los ejércitos centroamericanos, dice lo siguiente: "Hay muchas personas que han querido y quieren disculpar la permanencia tan dilatada de las fuerzas aliadas en la cabecera del departamento occidental, por la división que existía en Nicaragua entre el partido demócrata y el legitimista. Esta división, ciertamente, debe de haber contribuido mucho a que los guatemaltecos y salvadoreños no tomaran desde luego una actitud resuelta y enérgica; pero en nada podía influir para que Paredes y Belloso no acantonaran sus fuerzas en otros lugares donde la insalubridad fuera menor. Walker, que sabía perfectamente la situación y los muchos sufrimientos de los aliados, no se inquietaba con motivo de aquellas fuerzas. El comprendía que mientras más prolongada fuera la permanencia en León, menos temores inspiraban en el campo de batalla los centroamericanos". (5)

El 29 de julio llegaron a León 400 salvadoreños al mando del teniente coronel Pedro Rómulo Negrete, y el 25 de agosto, arribaron a la misma ciudad los refuerzos guatemaltecos que habían venido por mar.

En ese mes de agosto comenzó el general Tomás Martínez a reclutar gente en Matagalpa y otros lugares hasta formar un ejército de 800 hombres. Con él se encontraba el general José Dolores Estrada, quien el 14 de setiembre de 1856, derrotó una columna filibustera en la hacienda de San Jacinto.

Por medio de un convenio firmado el 12 de setiembre se dispuso terminar las diferencias entre demócratas y legitimistas, y como consecuencia de este arreglo, los generales Paredes, Belloso, Jerez y Martínez resolvieron iniciar la ofensiva contra los filibusteros. A fines de ese mismo mes las fuerzas aliadas avanzaron hacia el sur y ocuparon a Managua el día 24, y a Masaya el 2 de octubre. "Asegura Pérez que las tropas aliadas marchaban sin la fe del triunfo y sin el entusiasmo del patriotismo" (6). En ese mes de octubre llegó a Nicaragua otra división salvadoreña al mando del general Domingo Asturias. Los filibusteros se encontraban concentrados en la ciudad de Granada, la cual fue atacada por las fuerzas aliadas.

Walker, con la mayor parte de su ejército, se corrió hacia San Jorge y Rivas, y Henningsen quedó en Granada defendiendo la plaza. En los últimos días de noviembre las fuerzas aliadas iniciaron sus violentos ataques contra Granada; en medio de esos combates apareció el cólera que hizo estragos, y entre las víctimas estuvo el general guatemalteco Mariano Paredes. El 8 de diciembre Henningsen abandonó la plaza y quemó gran parte de la ciudad.

El 11 de diciembre llegó la fuerza hondureña al mando del general Florencio Xatruch; eran 200 hombres, y esa misma tarde se enfrentó con los filibusteros que le causaron tremendas bajas.

4.— El Presidente Mora estaba convencido de que era necesario reanudar la guerra contra el filibusterismo por parte de Costa Rica. Y así fue como, una vez pasada la epidemia del cólera y apaciguada la efervescencia política, dispuso llevar a cabo sus planes.

Lo que Mora primeramente se propuso fue atraerse al sector que no apoyaba a su gobierno, ofreciéndoles a elementos significados de ese grupo una colaboración efectiva en el gobierno.

Así, por ejemplo, el 1º de julio nombró como Ministro de Hacienda y Guerra a don Vicente Aguilar, y como Ministro de Gobernación, a don Mariano Montealegre, en ese momento los dos primeros capitalistas del país. Pero ninguno de los dos era amigo político del señor Mora, y no queriendo compartir con él las responsabilidades políticas, no aceptaron esos cargos.

El 2 de julio el Presidente Mora creó un Consejo de Gobierno para que auxiliase al Poder Ejecutivo a resolver las dificultades que se presentasen en materia de administración y al mejor servicio de la República. Dicho Consejo contaba con tres elementos significados del grupo adverso (don Vicente Aguilar, don Mariano Montealegre y don Bruno Carranza) y con cuatro ciudadanos que le eran muy adictos (don Manuel Mora Fernández, don Rafael Ramírez, don Rafael G. Escalante y don Nazario Toledo).

(4) Fernández Guardia Ricardo, "Cosas y Gentes de Antaño", 1939, pág. 399.

(5) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, pág. 610.

(6) Montúfar, Lorenzo, obra citada, pág. 612.

Desde que había comenzado la guerra no había vuelto a reunirse el Congreso. Mora lo convocó para el 3 de agosto de 1856, y en esa oportunidad, en que asistió numeroso público, el Presidente Mora leyó su Mensaje, donde informó de los sucesos de la campaña:

"... Graves cargos —dijo— se nos han hecho por nuestros adversarios, pero a todos podemos contestar triunfantemente. Si la pericia, si la previsión e inteligencia militar pudieron escasear en un ejército improvisado, bisoño, jamás acostumbrado, a las penalidades y difícil arte de la guerra, —sólo comprensible en dilatadas campañas y sangrientos campos de batalla—, sobró el denuedo, el sufrimiento, la abnegación y el valor hasta el heroísmo...

"Ese ejército de labradores y artesanos, ese ejército de pacíficos y honrados propietarios, ha conquistado en esa guerra santa contra los usurpadores de la América Central una palma imperecedera. El ha dado un ejemplo y una lección a nuestros amigos y adversarios, y sin ese ejemplo unánimemente aplaudido, sin esos repetidos triunfos, ni un solo tiro se hubiera disparado aun en defensa de los escarnecidos derechos centroamericanos, —Nicaragua no estaría en armas como hoy lo está ya contra sus opresores dándose un abrazo fraternal dos partidos que parecían irreconciliables—, las fuerzas de los estados permanecerían aún en sus hogares, y más tarde ellos y nosotros, todos, todos lloraríamos el infausto error de haber yacido en una cobarde o estúpida indolencia...

"Tal vez muy pronto será indispensable hacer un nuevo sacrificio reforzando la columna que vigila sobre nuestras fronteras de Occidente, tal vez no tarde el momento que sea imprescindible el ir a unir nuestras ya bien probadas armas a las de nuestros hermanos que en la actualidad lidian por la causa común. Si así sucede, yo espero, yo confío plenamente que mi llamamiento será atendido al instante por vosotros y por los buenos hijos de Costa Rica. Entonces, como ahora y siempre, no cederé a nadie la más envidiable de las glorias, la de consagrarme entero a mi país, así en la paz como en la guerra, como ciudadano o primer magistrado, la de verter mi sangre, si preciso fuere, en defensa de las leyes, del honor y de la independencia de mi Patria". (7)

El Mensaje del Presidente causó magnífica impresión en la mayoría de los costarricenses. En la noche de ese mismo día, en que se inauguró el Congreso, don Juan Rafael Mora fue obsequiado con un banquete al que asistió mucha gente, y entre otros discursos, se oyeron varios en que se mantenía la tesis de volver a Nicaragua a combatir contra los invasores.

El Congreso, pocos días más tarde, otorgó pensiones a las viudas y a los inválidos de la campaña.

El 16 de setiembre Mora nombró como Ministro de Relaciones Exteriores al doctor Lorenzo Montúfar, y en la misma fecha se emitió un decreto nombrando Vicepresidente de la República a don Vicente Aguilar, quien aceptó y tomó posesión de su cargo, pero lo renunció el 22 de octubre siguiente.

El 5 de octubre tuvo efecto una importante reunión en el Salón de Sesiones del Congreso, convocada por este mismo Cuerpo, y a la que asistieron los Ministros de

Gobierno, los diputados, el obispo, los gobernadores y comandantes de las provincias, y un buen número de ciudadanos.

La reunión fue presidida por don Miguel Mora, quien en ese tiempo actuaba como Presidente del Congreso, y comenzó con un discurso del diputado don Nazario Toledo, quien dijo que cuando en febrero pasado se había declarado la guerra no había habido tiempo para que el Congreso se hubiese asociado de todas las autoridades y prohombres del país con el objeto de oír la opinión pública, pero que ahora que el país se hallaba en la misma, o en peor situación, el Congreso había dado este paso.

El Ministro don Joaquín Bernardo Calvo dijo que como se hallaban presentes los Gobernadores y Jefes Políticos de los cantones, éstos deberían manifestar su opinión sobre los medios más eficaces para levantar refuerzos; que no se trataba de discutir si se haría o no la guerra, pues ésta estaba ya determinada, que el problema era averiguar cómo se obtendrían recursos.

Sobre ese problema hablaron don Rafael G. Escalante (Ministro de Guerra y Hacienda), don Lorenzo Montúfar (Ministro de Relaciones Exteriores), don Rafael Moya (Gobernador de Heredia), don Ramón Loría Vega (Gobernador de Alajuela), el obispo don Anselmo Llorente, don Joaquín Fernández, don Bruno Carranza (quien presentó un proyecto financiero elaborado por el señor Jorge Cauty para hacerse de recursos), y el diputado don Rafael Barroeta, quien manifestó que todo el dinero que el gobierno le debía, él lo cedía a las viudas y huérfanos de la guerra, y que lo demás que tenía, él lo daba gustosamente para cuando el gobierno pudiese pagarle.

Antes de clausurar la sesión se les preguntó a todos los integrantes de la Asamblea si se continuaba la guerra, y dicha proposición fue aprobada por unanimidad; igualmente se les preguntó si se proveería al gobierno con recursos para hacer la campaña, lo que también se aprobó unánimemente (8).

5.— Era evidente que uno de los problemas más serios que el gobierno tenía que resolver era el problema económico. Se necesitaban fondos para iniciar las operaciones, pero Mora no quería al principio decretar empréstitos obligatorios porque pensaba que esta medida le acarrearía muchas críticas y que elementos de la oposición renovarían su lucha contra él si se exigía una contribución forzosa.

El doctor Montúfar nos da algunos detalles acerca de la situación del momento. "Había capitalistas —dice—, pero no estaban en disposición de prestar sus fondos para la campaña. Esta renuencia fue produciendo en el pueblo alguna predisposición contra ellos. En las reuniones que se hacían con el fin de estimular a la gente, se oyeron algunas veces palabras alarmantes. Hubo hijos del pueblo que dijeron: "Cada uno debe contribuir con lo que tiene: nosotros contribuimos con nuestra sangre: que los ricos contribuyan con su plata". El señor Jerónimo Pérez refiere un suceso que el autor de estas líneas no presencié, pero juzga muy verosímil. Dice que hablando el Presidente Mora con el señor Vicente Aguilar sobre la segunda expedición a Nicaragua, Aguilar dijo a Mora: "¿Con qué fondos cuenta usted para la guerra?", y que Mora le respondió: "Cuento con mi capital y con el de usted" (9).

(8) Archivos Nacionales. Expediente número 5118. Congreso.

(9) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, págs. 644 y 645.

(7) Archivos Nacionales. Expediente No. 5107. Congreso.

El Gobierno pensó que lo mejor era conseguir dinero en el exterior mediante un empréstito, y por decreto de 26 de agosto de 1856, recibió plena autorización del Congreso para contraer en el exterior un empréstito que no excediese de quinientos mil pesos.

Creyendo el gobierno que podría conseguir ese dinero en Chile o en el Perú, envió a dichos países en calidad de Comisionados especiales a los señores doctor Nazario Toledo y Gregorio Escalante, respectivamente.

El primero encontró en Chile mucha simpatía por la causa de Costa Rica, pero debido a varias circunstancias el gobierno de ese país no pudo facilitar ningún dinero.

En cambio, el gobierno del Perú ofreció prestar cien mil pesos al cuatro y medio de interés anual, concediendo diez años de plazo para reembolsar principal y réditos. Nuestro ilustre don Cleto González Víquez publicó un interesante trabajo acerca de la historia de este empréstito peruano, y en él dice: "No fue propiamente un negocio. Fue más bien un servicio de amistad y una demostración de simpatía a Costa Rica, por su actitud de defensa contra el filibusterismo" (10).

Sin embargo, a pesar de la generosa actitud del gobierno peruano, la tramitación del negocio fue lenta y nuestro gobierno no recibió el dinero sino hasta el 12 de abril de 1858, cuando hacía ya un año que había terminado la guerra. Don Cleto nos dice en su estudio que la obligación vencía en 1868, pero que no existen datos de que Perú hubiese reclamado la deuda ni Costa Rica hubiese pagado un centavo de interés. No fue sino en 1879, a los veintitrén años de contraída la deuda, cuando por estar el Perú en guerra con Chile vino a Costa Rica un Ministro y nos exigió el pago. No hicimos dificultad para pagar la suma (11).

Queremos destacar esta actitud del Perú, porque en realidad fue ese el único país que quiso ayudar de manera efectiva a la causa centroamericana. Algunos han afirmado, Walker entre ellos, que Inglaterra prestó su ayuda para combatir al filibusterismo; pero eso es totalmente falso. Inglaterra, rival de los Estados Unidos en sus pretensiones de tierras y predominio en estas regiones de América, veía con mucha simpatía la lucha contra los filibusteros, pero su ayuda no pasó de facilitar a Costa Rica algunos fusiles a un precio favorable. Francia mostraba también su simpatía por los centroamericanos, pero su ayuda no fue mayor. España veía con horror al filibusterismo porque en ese momento tenía motivos para creer que éste favorecía la independencia de Cuba; pero España tampoco prestó su ayuda. Algunos países de América nos mostraron su simpatía y condenaron enérgicamente la agresión filibustera, pero su actitud no pasó de allí. Enfáticamente podemos decir que en esta lucha contra el filibusterismo Centro América estuvo sola.

El 16 de octubre el Congreso emitió un decreto en que otorgaba al Presidente Mora facultades omnímodas "para combatir a los enemigos de la independencia centroamericana", es decir, para reanudar la guerra contra el filibusterismo.

Con fecha 22 de noviembre, Mora dictó un decreto disponiendo que todos los costarricenses y centroamericanos, residentes en el país, estaban obligados, sin

excepción, a prestar cuantos servicios les fuesen pedidos y contribuir para los gastos de la guerra nacional. Los comandantes militares de las distintas provincias quedaban encargados de recaudar esa contribución conforme las listas de contribuyente que les fuesen remitidas.

(10) González Víquez, Cleto, "El Empréstito Peruano a Costa Rica", publicado en la "Revista de Costa Rica", año VI, págs. 177 a 184.

(11) González Víquez, trabajo citado.

CAPITULO VIII

1. Expedición de don Pío Alvarado por las llanuras del Norte. 2. Vanderbilt colabora con el Gobierno de Costa Rica. 3. El Presidente Mora declara a la Nación en estado de guerra. 4. El general Cañas sale hacia Nicaragua y ocupa San Juan del Sur y el camino del Tránsito. 5. Walker ataca a Cañas y éste se retira hacia Rivas. 6. Combate naval del 22 de noviembre de 1856. 7. Decreto del Presidente Mora llamando a las armas.

1.— El Gobierno de Costa Rica tenía decidido que el plan que desarrollaría al iniciar la guerra contra Walker sería la toma de la vía del Tránsito. Desgraciadamente no había caminos que se dirigiesen hacia el río San Juan, y en general toda esa zona Norte del país era bastante desconocida; no quedaba más vía en realidad que los ríos San Carlos y Sarapiquí, pero este último había que descartarlo en esos momentos porque cerca de su desembocadura, en el punto Hipp o Trinidad se encontraba un destacamento filibustero.

Con el propósito de hacer un reconocimiento de esa zona Norte, y con el fin de ver si existía alguna facilidad para el envío de tropas por tierra hacia ciertos puntos vecinos al río San Juan, el gobierno comisionó al teniente coronel Pío Alvarado, quien tenía algún conocimiento de la zona, para que realizase un viaje por esos lugares y trajese informes precisos.

El señor Alvarado, en compañía de su ayudante don Manuel Salazar, se trasladó a la población de San Ramón, y allí logró reunir unas veinte personas, con las que inició su viaje en el mes de noviembre; entre ellas iba don Ramón Rodríguez, alcalde del lugar, quien había realizado poco antes una expedición a los mismos lugares, como dejamos reseñado en páginas anteriores.

Alvarado y sus compañeros se dirigieron hacia el río San Carlos, y en el sitio llamado El Muelle, se embarcaron en pequeños botes y bajaron hasta encontrar el río Arenal, importante afluente del anterior; allí abandonaron las embarcaciones y comenzaron su viaje a través de la selva. Las dificultades fueron grandes, y pensando Alvarado que era mejor reducir el grupo, hizo regresar a doce de sus compañeros.

El doctor Alejandro Frantzius, en su trabajo titulado "La Ribera Derecha del río San Juan" nos da muy interesantes datos acerca de esta expedición, los cuales transcribiremos, ya que el objeto de dicha exploración, como dijimos, fue el de buscar un camino para hacer posible la conquista de la Vía del Tránsito. Dice el doctor Frantzius:

"... Pío Alvarado recibió la misión de reconocer por tierra, desde el Muelle, el Fuerte de San Carlos, todavía ocupado por los filibusteros. Pío Alvarado salió en

diciembre (1) con diecinueve compañeros de la boca del río Arenal y siguió constantemente la dirección de la brújula W. 22°N. Encontró los primeros tres cuartos de legua completamente llanos y cubiertos con altas selvas, después el terreno ofreció el aspecto de colinas onduladas. Como a tres leguas y media de su punto de partida llegó a una llanura grande y hermosa, que se extiende principalmente hacia el Sur, hasta el pie de un precioso volcán sobre el cual von Bülow había llamado la atención en su informe. La llanura está cubierta con arbustos y hierbas que ofrecen un buen alimento para el ganado; los árboles no se encuentran en ella sino aislados y diseminados y por todas partes está regada por numerosos arroyos. Después de haber atravesado esta llanura, Pío (Alvarado) llegó a un alto donde se encuentran los primeros ranchos de los indios guatusos, que se extienden desde allí hasta el río Frío. Las casas acababan de ser abandonadas y estaban todavía provistas de algunos pocos utensilios. Encontráronse allí hachas de piedra, guacales y mechas de fibras de plátano, impregnadas con goma elástica, que sirven como candelas, además de algunas mazorcas de maíz y de cacao, el cual se cultiva frecuentemente allí. En la proximidad de los ranchos había también plantaciones de plátanos. No existían piedras de moler para la preparación de las tortillas. Cuando hubo pasado esta altura, que se extiende por el espacio de casi una legua, Pío (Alvarado) encontró del otro lado otra llanura de tres leguas y media de extensión. Allí también había habitaciones de indios diseminadas por todas partes. Los numerosos senderos de los indios presentaban un fenómeno notable, pues cruzaban todo el camino de Pío (Alvarado) y se dirigían, como radios, hacia un punto que debía estar situado más al Suroeste cerca del río Frío. También se encontraron allí hoyos muy hábilmente dispuestos para coger animales salvajes. Estaban tan cuidadosamente cubiertos, que los peones cayeron dentro algunas veces. Además había en algunos puntos del camino especies de bancas donde los indios descargaban probablemente los bultos que traen al hombro. Cerca del agua encontráronse aparatos destinados a la pesca, hechos de bejucos.

"La llanura de que hablamos, se extiende hasta la desembocadura del río Frío en el San Juan y está toda cubierta con altas selvas vírgenes. Cuando Pío (Alvarado) hubo llegado bastante cerca de la desembocadura para poder reconocer distintamente el Fuerte que está situado en la ribera opuesta del río San Juan se volvió atrás con su gente.

"El primer día se detuvo, como de costumbre, en un rancho abandonado de los indios para el almuerzo; pero como había mandado adelante a doce de sus hombres, fue atacado repentinamente por una partida de indios. Como a la distancia de quince pasos, oyóse un mugido salvaje, parecido al grito sordo del congo e inmediatamente cayó una verdadera lluvia de flechas. El ataque se hizo en forma de falange por unos ochenta hombres, que parecían todos jóvenes y que tenían a su cabeza a un jefe que se distinguía por un adorno de plumas. Los demás no llevaban adornos en la cabeza y tenían largos cabellos negros. El color de la piel era amarillento, pero más claro del que acostumbramos encontrar en la generalidad de los indios. Algunos se habían pintado la mitad de la cara con achiote, lo mismo que ciertas partes del cuerpo que estaba

(1) Alvarado salió en noviembre de 1856.

enteramente desnudo, con excepción de las caderas. Las flechas tenían como dos varas de largo y estaban hechas de una caña con una punta de una especie de palmera, de madera muy dura (Pejivalle); tenían un gancho barbado, pero no estaban envenenadas.

"Apenas se sintieron heridos por las flechas de los indios, dos de los más valientes compañeros de Pío, se arrojaron sobre ellos con sus cuchillos y mataron a algunos, haciendo huir a los demás. Esto permitió a Pío (Alvarado) preparar su retirada con su gente, sin ser perseguido más por los indios. El temor de un segundo ataque dio a los de la expedición tanta velocidad que no pararon día y noche, lo que era bastante difícil, porque el mismo Pío (Alvarado) estaba enfermo de calentura y los dos hombres que habían sido heridos por las flechas de los indios quedaron de tal manera, hasta el punto de tener que ser llevados. Los doce compañeros que Pío (Alvarado) había mandado adelante, habían tenido que soportar un ataque parecido en la altura de que hemos hablado, pero se habían librado pronto de los indios, disparándoles algunos tiros.

"Pío Alvarado había gastado veinte días en la ida y solamente tres en la retirada. Estimó el camino en línea directa, desde la desembocadura del río Arenal (2) en el San Carlos hasta la boca del río Frío, en ocho leguas y media. Había tenido que atravesar pequeños ríos sólo en muy pocos lugares, y durante todo el viaje había llovido casi diariamente, como sucede siempre en esta estación". (3)

El 16 de diciembre, cuando Alvarado ascendía el río San Carlos, encontró las balsas en que iban el mayor Máximo Blanco y sus hombres hacia el río San Juan para apoderarse de los vapores del Tránsito. Blanco, en su Diario, nos dice lo siguiente: "Esta noche nos encontramos con don Pío Alvarado, que venía de buscar el Castillo Viejo por orden del Gobierno de Costa Rica, el cual no halló. Nos contó que lo habían atacado los indios llamados guatusos y que huyó, porque el número era grande". (4)

Dos meses más tarde, en febrero de 1857, cuando ya los vapores y las fortalezas del río San Juan se encontraban en poder de los costarricenses, el gobierno creyó conveniente buscar una comunicación por tierra con el Castillo Viejo, y entonces comisionó nuevamente a don Pío Alvarado para que hallase dicho camino. En esta oportunidad, Alvarado salió del Castillo Viejo en compañía de siete hombres, y después de caminar dieciséis días, llegó al Muelle de San Carlos.

Este camino descubierto por Alvarado no se usó posteriormente, sino en muy pocas ocasiones, debido a lo quebrado del terreno y a la gran cantidad de ríos que lo cruzaban, algunos de ellos de lecho muy hondo. Sin embargo, el doctor Frantzius nos dice que este camino fue utilizado algunas veces, poco después de su descubrimiento, para cambiar la guarnición del Castillo, y nos da el dato de que el comandante de ese Fuerte, al verse sorprendido por los filibusteros en noviembre de 1857, abandonó la Fortaleza, y en tres días llegó por este camino al Muelle de San Carlos. (5)

(2) Los nombres de los ríos Arenal y Peña Blanca se cambian a menudo uno por otro. La expedición de Pío Alvarado salió propiamente del Peña Blanca, esto es, del río situado más al norte. (Nota del profesor Bielley).

(3) Frantzius, Alejandro, "La Ribera Derecha del río San Juan", (una parte casi desconocida de Costa Rica), 1862. 1896, págs. 32 a 35.

(4) "Revista de los Archivos Nacionales", Nos. 7 y 8, año III, pág. 412.

(5) Frantzius, obra citada, pág. 36.

2.— Cornelius Vanderbilt, el magnate dueño de la mayor parte de las acciones de la Compañía Accesorio del Tránsito, se había convertido en enemigo acérrimo de Walker por haberlo despojado éste de los bienes de la Compañía en Nicaragua. Vanderbilt estaba decidido a liquidar a Walker, y con su gran influencia se acercó a elementos del gobierno, inició una campaña de prensa, y trató de buscar individuos que vinieran a rescatar los bienes de la compañía. Por ejemplo, Goicouria, el cubano que colaboró con los filibusteros, aseguró que a él le había ofrecido Vanderbilt 250 mil dólares y los elementos marítimos necesarios para el despojo de Walker. (6)

Vanderbilt trabajó activamente en contra del filibustero, tanto en su país como fuera de él, conectándose con algunos gobiernos de la América Central, y principalmente con el de Costa Rica, a quien según parece le envió una suma de dinero con un agente, Mr. William R. C. Webster, quien se presentó al Presidente Mora con una carta de recomendación de don Luis Molina, nuestro representante diplomático en los Estados Unidos.

Todos los que han escrito acerca de este capítulo de la guerra contra el filibusterismo han exagerado totalmente la intervención de Vanderbilt en Costa Rica, y han llegado a decir que fue él quien ideó el plan y lo llevó a cabo. Creemos haber dejado en las páginas anteriores de este trabajo suficientemente claro que el plan de tomar los vapores del río y cortar las comunicaciones a Walker con el exterior, estaba en la mente del Presidente Mora desde el principio de la guerra, y que ya había realizado algunas tentativas para ello.

La intervención de Vanderbilt consistió seguramente en facilitar algún dinero y enviarle a Mora un marino, Sylvanus Spencer, hombre decidido que había trabajado anteriormente en los vapores de la Compañía del Tránsito, y estaba familiarizado con el movimiento de éstos, conocía las señas y contraseñas de los barcos, etc. Spencer había recibido dinero de Vanderbilt y le pidió también dinero a Mora; él puso buen precio a su colaboración con los costarricenses.

3.— Al terminar el mes de octubre de 1856, el Presidente Mora se decidió a iniciar la guerra contra el filibusterismo, y a realizar su plan de atacar y capturar la Vía del Tránsito, cuyo dominio daba la fuerza a Walker y a la Falange. Walker mismo dice: "Bien sabía el enemigo la importancia que para los americanos tenía (la Vía del Tránsito), cuando le daba el nombre de 'camino real del filibusterismo'". (7)

El general Cañas, con gentes del Guanacaste, habría de apoderarse de San Juan del Sur y de la sección del Tránsito que de este puerto conducía al de La Virgen.

El general José Joaquín Mora, con las gentes del centro del país, actuaría en el río San Juan para tomar los barcos y ocupar los puntos estratégicos de dicha zona.

Nuestro Gobierno, con fecha 1º de noviembre, decretó el bloqueo del puerto de San Juan del Sur y prohibió la navegación en el río San Juan. El día 2 de noviembre salió el general Cañas hacia la frontera. El día 15, el Gobierno, haciendo uso de las facultades omnímodas que le había concedido el Congreso, dictó un decreto suspendiendo el régimen constitucional y declarando a la nación en estado de guerra.

4.— Desde el mes de agosto de 1856 se encontraba en el Departamento de Moravia el general José María Cañas, quien tenía organizado un disciplinado ejército que se llamó primero el Batallón de Moravia, y más tarde la División de Vanguardia de Costa Rica, el cual estaba constituido por trescientos hombres cuidadosamente seleccionados y divididos en tres compañías y un pelotón de caballería, con varios oficiales nicaragüenses que entonces se encontraban en nuestro país. Colaboraba también con Cañas el coronel Manuel G. Bosque, quien ya había actuado brillantemente en los campos de Nicaragua.

La oficialidad de esa división, al salir de Liberia, era la siguiente: Sargento mayor Tomás Guardia, comandante; capitanes Clemente Cantón, Faustino Guardia, Román Rivas, Eleuterio Escobar, Antonio Oberón y Luis Vallejos; tenientes Manuel Espinar, Felipe Ibarra, Pedro Vázquez, Gaspar Apú, Laureano Boniche, Adolfo Guerra, Pedro Selva y Simón Santos; y subtenientes Valentín Lasso, Víctor Cuadra, Narciso Argüello, Pío Nicaragua, Roque Lara, Manuel Ulloa, Jesús Torres, Antonio Gallar, Tomás Cabezas y Manuel Ceballos. Como cirujano iba el teniente Bernabé Bermúdez. (8)

Habiendo llegado a nuestro Gobierno detalles acerca de la ocupación por parte de las fuerzas centroamericanas de las ciudades de Managua y de Masaya, se le dirigió con fecha 13 de octubre una nota al general Cañas enterándole de esos acontecimientos, y manifestándole que como él se encontraba en la frontera de la República, y era quien conocía mejor el estado de los ejércitos beligerantes, y con el propósito de que cualquier triunfo que las fuerzas centroamericanas adquiriesen sobre Walker no fuese estéril por falta de medios de acción, el Presidente Mora le manifestaba su deseo de que marchase con su gente hacia Nicaragua, siempre que juzgase necesaria su cooperación con aquellos ejércitos. La nota a Cañas terminaba diciendo: "En todo caso el Gobierno descansa en su prudencia y lealtad, y tiene la convicción de que usted dará el mejor uso a su ilimitada confianza". (9)

Cañas, que estaba en comunicación con los jefes de las fuerzas centroamericanas, le escribió al general Belloso enterándolo de su próxima llegada a Nicaragua. Salió de Liberia con la División de Vanguardia el 2 de noviembre de 1856, y el día 6 llegó a Escameca, donde recibió una carta del general Belloso, en que le comunicaba algunos sucesos militares.

Al día siguiente continuó Cañas su marcha, y sabiendo que en el puerto de San Juan del Sur se encontraba la goleta filibustera "Granada", hizo Cañas alto una milla antes de llegar al puerto, y envió una nota al comandante de dicha goleta, teniente Fayssoux, pidiéndole la entrega del puerto sin disparar un solo tiro, manifestándole que de hacerlo así daría protección a todos los ciudadanos.

Una hora después, no habiendo recibido contestación alguna, Cañas avanzó y ocupó el puerto a las cinco de la tarde sin ninguna dificultad. Allí estaba todavía la goleta, la que abandonó el puerto inmediatamente.

Al saber la aproximación de las fuerzas costarricenses, el general Belloso había enviado una columna de trescientos hombres al mando del coronel Félix Ramírez, quien había ocupado el 31 de octubre la ciudad de Rivas.

(6) Montúfar, "Reseña Histórica de Centro América", Tomo VII, pág. 772.
(7) Walker, obra citada, pág. 273.

(8) Fernández Guardia Ricardo, "Cosas y Gentes de Antaño", págs. 404 y 405.
(9) Archivos Nacionales. Expediente número 9820. Guerra y Marina.

Una de las primeras cosas que Cañas hizo al llegar a San Juan del Sur fue enviar hacia Rivas al coronel Manuel Bosque como portador de instrucciones para Ramírez, manifestándole a éste que evacuara con su gente dicha población y se uniera a las fuerzas costarricenses.

Dejando una fuerza de 75 hombres al mando del mayor Tomás Guardia, Cañas se trasladó a una colina llamada Rancho Grande, punto situado entre el Lago y San Juan del Sur, sobre el camino del Tránsito, donde se le unió la fuerza nicaragüense al mando de Ramírez.

El 10 de noviembre, una columna de filibusteros al mando del general Hornsby y del coronel Sanders, atacó a Cañas y a Ramírez, pero después de dos horas de combate, los filibusteros fueron derrotados.

5.— “Al saber Walker la noticia de este fracaso, salió inmediatamente de Granada con el general Henningsen, los coroneles Sanders y von Natzmer, sus mejores rifles, varias piezas de artillería y una sección de zapadores. Vino a desembarcar en La Virgen por la tarde del 11, y de allí marchó con 600 hombres contra Cañas, que sólo tenía 400, por haber destacado parte de su fuerza para cubrir un camino. Apoyado por su artillería, Walker atacó vigorosamente a las cinco de la mañana del 12 la primera trinchera de Cañas, que fue abandonada una hora después; pero todos los ataques de los filibusteros se estrellaron contra la segunda, hasta que logrando el coronel von Natzmer flanquear por el monte la posición costarricense, Cañas dispuso la retirada sobre San Juan del Sur, movimiento que ejecutó con magistral habilidad. El mismo Walker dice a este respecto: “Cañas dirigió su retirada con serenidad hasta San Juan, aprovechando varios puntos del camino para detener a los americanos”; pero luego se aparta de la verdad al asegurar que la fuerza costarricense fue completamente desbaratada al llegar a San Juan del Sur, yendo a parar una parte de ella al Guanacaste. Cañas dice en su parte fechado el 13 en Rivas: “A las doce y media del día pude retirarme con la gente que me quedaba (parte de los nicaragüenses se habían desbandado), pasando por el puerto de San Juan del Sur y tomando por la playa hasta encontrar un camino antiguo que conduce a esta ciudad. El enemigo, que observó mi retirada tan lenta y arreglada, tuvo la prudencia de no perseguirme”. (10)

La verdad es que Cañas llegó con su batallón de Moracia a la ciudad de Rivas, donde se reunió con el general Jerez y allí estuvo hasta que fue a incorporarse al ejército aliado que estaba en Masaya, a mediados de diciembre.

6.— A fines de octubre de 1856 el gobierno de Costa Rica había adquirido un bergantín, el cual armó en guerra, con el propósito de vigilar la costa y para, si era del caso, transportar tropas y elementos de guerra. A dicho bergantín se le dio el nombre de “Once de Abril”, en recuerdo de la célebre batalla verificada en esa fecha, y se le guarneció con cuatro cañones de bronce. El 3 de noviembre fue nombrado comandante el capitán Antonio Valle Riestra, y segundo comandante el mayor de artillería Federico Maheigt.

(10) Fernández Guardia, Ricardo, “Cosas y Gentes de Antaño”, págs. 406 y 407.

Enterado nuestro gobierno de la ocupación del puerto de San Juan del Sur por las fuerzas del general Cañas, dispuso enviarle a éste víveres, municiones, fusiles y dinero, todo lo cual sería transportado en el bergantín “Once de Abril”, el cual zarpó de Puntarenas el 11 de noviembre, llevando a bordo un total de 115 hombres.

Durante el viaje, que duró once días, el tiempo fue malo, pues tuvieron que soportar un temporal recio y constante, notándose que el agua se filtraba por algunas partes del barco. Por fin, a las cuatro de la tarde del 22 de noviembre, el “Once de Abril” se presentó a la vista de San Juan del Sur. Los costarricenses se acercaban sin ningún recelo, pues tenían la seguridad de que en el puerto se hallaban sus compatriotas; lo que menos sospechaban era que allí se encontraban los filibusteros.

La goleta filibustera “Granada” que también estaba en el puerto, se dispuso venir al encuentro del bergantín costarricense, y al hallarse a unas 400 yardas de distancia, hizo fuego con sus cañones y fusilería contra el “Once de Abril”, iniciándose así el combate; eran en ese momento las seis de la tarde.

Un testigo presencial dice que haría una hora que había comenzado la pelea cuando el incendio se declaró a bordo por la proa, y afirma que mientras unos corrían a apagarlo, otros continuaban en el combate. El agua se metía en el barco, y las llamas lo devoraban con rapidez, al mismo tiempo que todos luchaban con un aliento extraordinario contra el enemigo, la bravura de las olas, y el fuego. (11)

Cuando el incendio llegó a la bodega donde se encontraban las municiones, se produjo la explosión; Fayssoux afirma que esto ocurrió a las ocho de la noche. Walker afirma que “la destrucción del bergantín la motivó una de las balas disparadas por la goleta, que probablemente fue a pegar contra un pedazo de hierro o en algunos fulminantes de la santabárbara” (12). Don Ricardo Fernández Guardia dice que “la voladura del “Once de Abril” fue causada por el incendio que se declaró a bordo después de una hora de combate y llegó a la santabárbara a las diez de la noche”. (13)

En la explosión del bergantín murieron muchos soldados costarricenses y otros quedaron seriamente heridos; el incendio cobró aún mayor fuerza, y los restos del bergantín comenzaron a hundirse. Los sobrevivientes se lanzaron al agua, donde quedaron todos a merced de las olas. Las llamas que consumían los últimos restos del bergantín que poco a poco se hundía, iluminaban aquella escena aterradora en que unos cuarenta hombres, muchos de ellos heridos o seriamente quemados, luchaban desesperadamente por salvar sus vidas. Unos pocos nadaban sin saber a dónde dirigirse, algunos se habían agarrado a pedazos de tablas, y se dio el caso de otros que solamente pudieron alcanzar una pipa que flotaba en aquellas aguas y se asieron a ella para poder mantenerse a flote.

Más tarde se presentó un bote del enemigo que comenzó a recoger a los naufragos, todos los cuales fueron trasladados a la goleta filibustera, la cual no se acercó al puerto sino hasta en las horas de la mañana del día siguiente. Algunos heridos murieron poco después de llegar a San Juan del Sur, entre ellos, el capellán Víctor

(11) “Boletín Oficial”, 13 de diciembre de 1856.

(12) Walker, “La Guerra de Nicaragua”, pág. 285.

(13) *Ibid.*, nota al pie de la página.

Godoy, sacerdote ecuatoriano que se había agregado a la expedición. Otros, como el capitán Valle Riestra, seriamente heridos o quemados, fueron atendidos por generosas familias de San Juan del Sur. Unos treinta que se hallaban ilesos fueron trasladados a La Virgen, donde una semana después se fugaron diez hacia el Guanacaste. Walker, días más tarde, les dio pasaporte a los demás para que regresasen a Costa Rica. Valle Riestra, quien no pudo levantarse por varias semanas, no regresó a Puntarenas sino hasta el 24 de febrero.

Los filibusteros consideraron la destrucción del bergantín "Once de Abril" como un gran triunfo, y Walker premió al teniente Fayssoux promoviéndole a capitán de marina, y donándole la hacienda del Rosario, situada cerca de Rivas.

7.— Con fecha 22 de noviembre, el Presidente Mora dictó el siguiente decreto:

"Por cuanto, la independencia nacional está cada vez más amenazada por la injustísima y bárbara invasión de los filibusteros que lanzan sobre nuestra patria Centroamericana los pueblos del Norte, reclama con imperio que todos sus hijos se levanten unánimemente para defender los santos derechos de honor, vida y libertad, que Dios, la humanidad y nuestros padres venerados nos han otorgado; en tan solemnes circunstancias y esperándolo todo de la justicia de nuestra causa y del patriotismo de los Centroamericanos, Decreto:

"Artículo 1º— Todos los Costarricenses y Centroamericanos, desde la edad de 15 hasta 55, residentes en la República, están obligados a acudir al primer llamamiento que se haga para empuñar las armas en el ejército libertador.

"Artículo 2º— Los alistados que no concurrieran, se oculten o nieguen a ingresar en las filas al primer toque de generala, serán juzgados por el Consejo de Guerra como traidores a la patria.

"Artículo 3º— Todo individuo que sugiera o propague noticias alarmantes que puedan infundir desaliento, que influya por cualquier medio para dificultar la prontitud de las operaciones, que contribuya directa o indirectamente a ocultar a cualquiera de los comprendidos en los artículos anteriores, o que sabiendo el lugar donde está no le denuncie inmediatamente a los jefes de armas, le será impuesta una multa de cien pesos y será obligado a servir en el ejército expedicionario.

"Artículo 4º— Quedan exentos de tomar las armas, por ahora, todos los empleados eclesiásticos, civiles y municipales que no pertenezcan al ejército.

"Artículo 5º— El Comandante General y los jefes que designe quedan encargados de la ejecución de este decreto bajo la más severa responsabilidad". (14)

CAPITULO IX

1. Se acuerda en definitiva llevar a cabo las operaciones en el río San Juan. 2. La División de Vanguardia. 3. Proclama del general José Joaquín Mora. 4. La División de Vanguardia sale rumbo al río San Juan. 5. Combate de La Trinidad. 6. Se capturan cuatro vapores en el puerto de San Juan del Norte. 7. Toma del Castillo Viejo. 8. Caen tres vapores más en poder de los costarricenses. 9. Máximo Blanco y su gente se apodera de la Fortaleza de San Carlos.

1.— Hemos dicho repetidas veces que el plan del Presidente Mora era apoderarse de la vía del Tránsito, y ya vimos también cómo el comodoro Vanderbilt había enviado a Costa Rica el marino Sylvanus Spencer para que colaborase en esa empresa. (1)

El teniente coronel Joaquín Fernández, quien había vivido en los Estados Unidos, y hablaba fácil y correctamente el inglés, fue escogido para que sirviese como intérprete de Spencer.

Entre el Presidente Mora, su ministro don Rafael G. Escalante, el general José Joaquín Mora, el coronel Lorenzo Salazar, el inglés Jorge Cauty (reconocido con el grado de coronel), don Joaquín Fernández y Spencer, se confeccionó el plan para la toma de todos los puntos de importancia militar colocados a lo largo del río San Juan, a saber: el Fuerte de San Carlos, el Castillo Viejo, y el Punto Hipp o La Trinidad.

Un gran ejército al mando del general José Joaquín Mora sería destinado para la ocupación de la Vía del Tránsito, pero antes, se enviaría una columna integrada por hombres valientes y decididos, quienes mediante la sorpresa y la audacia, se apoderarían de los vapores que se encontraban en dicho río al servicio de los filibusteros.

Spencer colaboraría con su experiencia y conocimiento como antiguo empleado de esos vapores, y daría los consejos necesarios. Como jefe de esa columna fue nombrado el mayor Máximo Blanco, a quien todos reconocieron las cualidades necesarias para desempeñar tan difícil como decisiva empresa.

Los detalles del plan quedarían en completo secreto, y aun Blanco habría de ignorarlos al principio. El presidente Mora daría a Blanco pliegos confidenciales para que en el camino se enterase del plan, y además, poderes suficientes para actuar bajo su propia responsabilidad.

(1) Spencer, en compañía de Webster, arribó a San José el 18 de noviembre de 1856. Spencer era hijo de un ex-Secretario de Guerra de los Estados Unidos y hermano de un oficial de la marina de guerra que murió ahorcado en 1842 a bordo de la fragata "Somers" por causa de un motín.

2.— Blanco confiesa en su "Diario" que a él se le nombró primer comandante de la División de Vanguardia, pero que pareciéndole la empresa más alta de lo que podía alcanzar su capacidad militar, rehusó el mando como primero, y que por eso se nombró al teniente coronel Pedro Barillier. En realidad este nombramiento fue ficticio, pues el Presidente Mora le entregó a Blanco, entre sus instrucciones secretas, órdenes para asumir más adelante el cargo de jefe de la expedición.

La división de Vanguardia se componía de dos compañías de infantería de ochenta soldados cada una, de una brigada de artillería y de un cuerpo de zapadores, o sea, en total doscientos hombres. El armamento era malo, pero la tropa escogida era de lo mejor. Llevaban dos piezas de artillería con su correspondiente tropa, pero según dice Blanco, ningún oficial que supiera del manejo de esas armas.

La primera compañía llevaba como oficiales al capitán Damián Soto, a los tenientes Santos Mora y Benito Otárola, y a los subtenientes Francisco Echandi y Mariano Guevara.

La segunda compañía tenía como oficiales al capitán Jesús Alvarado, a los tenientes José María Rojas y Francisco Quirós, y a los subtenientes Matías Valverde y Dionisio Jiménez.

Jefe de la brigada de artillería era el teniente José Solano, Jefe del cuerpo de zapadores era el subteniente Ramón Brenes, conductor de bagajes era el capitán Estanislao Ramírez. Como capellán iba el presbítero Rafael Brenes, como cirujano el nicaragüense Francisco Bastos, y como ayudante de éste, don Carlos Moya. Como ayudantes de Barillier y Blanco iban respectivamente los tenientes José Uvieta y Ramón Campos. Como agregado iba el teniente Ambrosio Salazar.

A las cuatro de la tarde del 2 de diciembre se formó con sus Jefes y Oficiales a la cabeza de la columna expedicionaria en la Plaza Mayor de San José, donde fue revisada por el Presidente Mora, quien se presentó acompañado de su Estado Mayor.

3.— En dicha oportunidad, el general José Joaquín Mora, en su calidad de comandante general, dio a conocer la siguiente orden general:

"A los señores Jefes y Oficiales de la Columna de Vanguardia en marcha.

"Colocado al frente del leal y valiente Ejército Costarricense, he sido siempre el primero en dar ejemplo de moderación, honradez y de ciega obediencia al Excmo. señor Presidente de la República. En paz y guerra he sido siempre secundado por la escogida Oficialidad de mis tropas.

"Ahora que Costa Rica reclama de sus verdaderos hijos un esfuerzo y abnegación sin límites, os he escogido entre los mejores para ponerlos a la vanguardia del Ejército que debe dar fin a esta odiosa lucha.

"No excitaré vuestro valor, porque os conozco, pero sí debo advertiros que en la Campaña que vais a abrir, penosa por su naturaleza, debéis desplegar toda vuestra virtud y energía haciendo brillar más que nunca, la disciplina, orden, serenidad, unión y esfuerzo indispensables para llevar a cabo la alta empresa que debemos coronar.

"La unión y acuerdo más cumplidos deben reinar entre ustedes. Celosos observadores de las leyes y prácticas militares ni consentirán la más leve falta al soldado ni les harán el menor agravio; solícitos por su conservación, cuidarán de que

nada de lo necesario le falte, así como de mitigarle en lo posible la fatiga y penalidades inevitables en una Campaña, animándole y teniéndole siempre pronto, ya al trabajo y servicio, ya a vencer en la pelea.

"Yo os seguiré muy pronto, seguro de encontrar en la Columna de Vanguardia un núcleo de orden, moralidad y valor, bastante para organizar un numeroso ejército.

"Si por una desgracia, que no espero, la menor señal de discordia, reinase entre vosotros, si la más insignificante sedición de los soldados me llegara a manifestar vuestra debilidad, injusticia o incapacidad para el mando, sería inflexible para castigar a aquel o a aquellos que resultaran culpados.

"Costa Rica, Centro América, esperan mucho de vosotros, y bien debéis haber reflexionado cuán sagrada y terrible obligación habéis contraído al marchar.

"Vuestro General está seguro de que corresponderéis a la confianza que os hace la Patria y de que podrá muy pronto presentaros a ella con orgullo diciéndola: ¡He aquí tus salvadores! ¡He aquí el Ejército que yo he formado! "

4.— El miércoles 3 de diciembre de 1856, a las ocho de la mañana, salió de San José rumbo a Alajuela la División de Vanguardia, adonde arribó a la una de la tarde. El camino fue alegre por el mucho acompañamiento, y por la noche hubo un baile. La división iba al mando del mayor Blanco; Barillier salió un día después, y alcanzó a la tropa en el Peje, pero luego se adelantó, y ésta quedó otra vez al mando de Blanco.

Salieron de Alajuela el jueves 4, y pasando por Grecia, Laguna, Los Mancos y el Peje, llegaron al Muelle de San Carlos el martes 9 de diciembre, a las dos de la tarde.

Durante todo el trayecto el tiempo fue en extremo malo. No hubo un solo oficial que no cayese con su caballo, lo mismo que las gentes de a pie. La lluvia fue constante y el frío tremendo. Algunas noches durmieron a la intemperie, en el fango, bajo la lluvia; y varios de los oficiales y soldados perdieron cosas importantes de sus equipos.

En el Peje fueron alcanzados por Sylvanus Spencer, Joaquín Fernández, Carlos Moya, Rafael Camacho y Rafael Bolandi. Por aparte llegó Barillier. Blanco recibió también en este lugar un pliego cerrado, acompañado de una nota o carta del Presidente Mora, en que le decía que el pliego cerrado contenía instrucciones acerca de las operaciones y debería abrirlo al empezarse éstas.

Hasta ese momento Blanco ignoraba la misión importante confiada a Spencer, y dice en su Diario que Fernández, Camacho y Bolandi iban en la expedición sin colocación y solamente de curiosos.

En el Muelle de San Carlos se estacionaron por varios días. Había que construir balsas, y se aprovechó el tiempo también para arreglar las armas. El P. Brenes dice en su Diario que el gobierno había mandado con anticipación a don Francisco Alvarado a fabricar embarcaciones con que pudiese realizar la atrevida empresa, pero es lo cierto que cuando la División llegó al Muelle, allí no había ninguna embarcación.

El miércoles 10 llegó a ese lugar, para agregarse a la expedición, el coronel George Cauty, que tan importantes servicios habría de prestar luego. Durante ese tiempo empezaron a chocar Barillier y Spencer, personas que no eran vistas con simpatía por parte de la tropa. También llegaron carpinteros a fabricar botes que,

como dice Blanco, seguramente eran para un mes después. Como proveedor llegó don Francisco González.

El domingo 14, Spencer, Fernández y Bolandi, junto con seis marineros, emprendieron la marcha en un bote, pues Spencer quería estar en observación a la orilla del río San Juan mientras llegaba el resto de la expedición.

Hasta ese momento el tiempo había continuado muy malo y el temporal era incesante, lo que hacía que muchos soldados protestaran del tiempo y de las incomodidades.

El lunes 15 desertaron quince soldados, por lo que Blanco hizo colocar en las balsas que se habían construido a todos los que pudo con el propósito de impedir las desercciones. Esa noche llegó al Muelle un bote más o menos grande, en el cual se pusieron inmediatamente parte de las provisiones y equipo.

El martes 16 se emprendió la marcha por el río, pero en el camino tropezaron con grandes dificultades y peligros. Algunas balsas se rompieron, y parte de la gente se atemorizó y trató de rebelarse manifestando que sólo caminaría por tierra, pero Blanco la obligó a embarcarse después que las balsas habían sido arregladas.

En la noche del jueves 18 se presentó en el río una gran creciente, y la fuerza del agua se llevó la balsa en que iban los cañones, unas armas y ropa de algunos soldados. A consecuencia de esa avenida quedaron setenta hombres a pie y sin recurso de hacer otra balsa, por lo que Blanco dispuso que esta gente seguiría a pie, por la orilla del río, al mando de los oficiales Francisco Quirós y Matías Valverde; este grupo no volvió a unirse a la expedición sino hasta el 25 de diciembre, en la boca del río San Carlos.

En cuanto a la balsa que llevaba los cañones, ésta salió hasta el río San Juan; y un poco más adelante, antes de llegar a La Trinidad, se pegó a la orilla derecha del río, precisamente muy cerca de donde vivía un nicaragüense, el señor Felipe Mena, conocido con el nombre de Petaca, quien se apoderó de la balsa y la escondió entre unos islotes y días más tarde la devolvió a los costarricenses.

A la una de la tarde del sábado 20 llegaron al río San Juan, donde se encontraron con Spencer y con Fernández, que ocupaban un rancho cerca de la desembocadura. A unas mil varas de distancia se encontraba una casa con leña para los vapores; Spencer le ordenó a Barillier que ocupara esa casa inmediatamente, a lo que Barillier se negó, motivo por el que hubo un fuerte disgusto entre ambos individuos, pues "los dos querían mandar en jefe". "Estos fueron mis apuros —dice Blanco—, al considerar que por estas discusiones era muy fácil que fracasara la empresa. Entonces me interpose y les impuse, haciéndoles ver que yo me desharía de ellos y como costarricense tomaría el mando. Nos arreglamos y ya el Zuavo (2) no mandaba; de aquí en adelante yo me apropié su autoridad, conforme las órdenes que yo reservadamente llevaba del Gobierno, para en caso de cobardía o traición yo haría lo que mejor me pareciera en obsequio de mi patria". (3)

5.— Blanco, al asumir el mando, conocía ya a fondo los propósitos de aquella expedición, los cuales eran de tal trascendencia, que habrían de decidir los destinos de

(2) Con ese nombre se conocía entre los costarricenses a Barillier.
(3) "Diario del Mayor Máximo Blanco".

Centro América. Uno de los primeros actos que se debían realizar era la captura de varios vapores que se encontraban en San Juan del Norte. Había que apoderarse de ellos por sorpresa y para eso era necesario llegar a Greytown sin que nadie se diera cuenta de ello. Si eran vistos en el camino, entonces, la noticia podría llegar al puerto, y no podrían tomarse los vapores.

En la desembocadura del río Sarapiquí se encontraba el Punto Hipp, o La Trinidad, lugar que había sido ocupado por los filibusteros, quienes tenían allí una guarnición desde hacía meses. Para ir a San Juan del Norte era necesario pasar por enfrente de dicho lugar, y en ese caso los filibusteros atacarían, o por lo menos, darían la alarma a los que se encontraban en San Juan del Norte.

En la noche de aquel mismo sábado que llegaron a la boca del río San Carlos, Blanco avisó a sus gentes que al día siguiente iría a tomar La Trinidad. Muchos no eran de esta opinión, y entre ellos, Spencer, quien pensaba que se debía pasar frente a La Trinidad durante las horas de la noche para no ser vistos por los filibusteros, y seguir directamente hacia Greytown. Le dijo a Blanco que eso era un disparate, y Blanco le contestó enérgicamente: "Yo mando", y como para que se viera su autoridad ordenó se diesen cincuenta palos al médico de la expedición si no curaba a los enfermos. Este se puso manos a la obra, y se libró del castigo.

A las diez de la mañana del domingo 21 salieron todos de la boca del San Carlos, deslizándose en sus balsas por la corriente del San Juan, y a las cuatro de la tarde llegaron al estero de Copalchí, como a unos cinco kilómetros de La Trinidad. Ese día fue extremadamente lluvioso. En dicho estero se situó la tropa para pasar la noche sobre sus balsas y bajo la intensa lluvia. Fue entonces cuando pasó a poca distancia de ellos uno de los vapores del río que se dirigía hacia San Juan del Norte. El P. Brenes dice en su Diario, que a su vista, nuestros candorosos soldados exclamaron: "Pos hombre, que bonito es el guapor. ¡Cuánta candelita! Parece un monumento!", y que favorecidos por la oscuridad de la noche y el ramaje de los árboles de la orilla del río, no fueron descubiertos por el enemigo. (4)

Pero en realidad sí fueron vistos. Walker dice que en uno de los vapores del río iban hacia San Juan del Norte el subsecretario de Hacienda, W. K. Rogers, S. A. Lockridge, Emilio y Carlos Thomas, y otras más que "cuando estos pasajeros navegaban río abajo, vieron unas balsas sospechosas que venían flotando por la boca del San Carlos", y que entonces Emilio Thomas "aconsejó averiguar lo que significaba aquel hecho extraño", pero que ninguno le hizo caso a Thomas, motivo por el cual algunos culparon de esta negligencia a Rogers, a quien Walker defiende y elogia, agregando: "Aquella vez, iban a bordo del vapor oficiales obligados por su profesión a averiguar lo que significaban las balsas, siendo así que esto no tenía que ver con el cargo servido por Rogers, ni con las órdenes que llevaba. La responsabilidad de no haber hecho caso de las balsas debe recaer sobre otros..." (5)

En todo caso fue una gran suerte para los costarricenses el que los filibusteros no los descubrieran, pues aunque no los hubiesen atacado, habrían puesto alerta a la gente de San Juan del Norte.

(4) Diario del Pbro. Rafael Brenes.
(5) Walker, obra citada, pág. 310.

A las cinco de la mañana del lunes 22, y después de una noche desastrosa, desembarcaron nuestros soldados todos entumidos por el frío y la lluvia. Se internaron un poco en la montaña, donde prendieron fogones para secar los fusiles y algunos cartuchos, operación en la cual estuvieron hasta las diez de la mañana. A esa hora se pusieron en camino por dentro de la montaña hacia el Sarapiquí.

Don Joaquín Fernández, a nombre del Gobierno, ofreció un premio de quinientos pesos al soldado que se distinguiese más por su valor.

Después de recorrer unas dos mil varas de fango y espinales se encontraron a unas quinientas varas del campo enemigo.

Allí hicieron alto, y rápidamente se convino el plan de ataque. Blanco llevaría treinta hombres por la derecha, y cuando se oyeran las primeras descargas, Spencer y Fernández atacarían con los cien hombres restantes por la izquierda.

Blanco inició su marcha acompañado de los oficiales Francisco y Jesús Alvarado, José María Rojas, José Solano, Francisco Echandi, Ramón Campos y de treinta hombres. Caminaron entre la maleza hasta encontrar el Sarapiquí, y entonces siguieron hacia la izquierda hasta divisar las casas del campamento enemigo. Blanco arregló en cuatro guerrillas los treinta hombres, y se adelantó solo por entre las ramas ocultándose todo lo posible. Observó que el campo del enemigo era una explanada cubierta de platanillo, donde los filibusteros habían construido dos trincheras; en ese momento los filibusteros estaban enteramente distraídos y entretenidos alrededor de una gran mesa. Entonces Blanco volvió atrás y mandó cargar a trote. Como unos cinco fusiles fueron apenas los que dispararon, pues los demás no querían dar fuego por húmedos. Los filibusteros tomaron inmediatamente sus armas, y por mucho que quisieron volar a sus trincheras, ya Blanco y los suyos les habían tomado una. Aquellos se posesionaron de la otra, pero la tropa de Blanco cargó a la bayoneta y muy pronto obligaron a los filibusteros a tirarse al agua. Nicolás Aguilar, un cabo, fue el primero que entró sobre la trinchera y levantó con su bayoneta al centinela del cañón. Todo esto sucedió con una rapidez asombrosa. En esos momentos llegó Spencer con la demás gente, y ayudó a liquidar a los demás filibusteros. El P. Brenes dice: "Tal fue la bravura de nuestra vanguardia que el oficial Dionisio Jiménez, alias Mataviejas, fue necesario que recibiese de nuestra parte un sablazo en la cabeza para que su espada no se tiñese más en sangre filibustera". (6)

El mismo Brenes afirma que en cuarenta minutos Blanco era dueño de La Trinidad. Casi todos los filibusteros que allí estaban perecieron; los que no murieron a manos de los soldados costarricenses, se arrojaron al agua y se ahogaron en número de más de sesenta hombres, y sólo se salvaron seis. De parte de los costarricenses sólo hubo dos heridos.

Blanco dice que de sesenta y pico filibusteros que eran, escaparon sólo seis. A unos nueve muertos se les enterró; los demás se habían echado al agua. Únicamente se tomó prisionero al comandante, un tal Thompson, y a otro. Un oficial filibustero había tomado un bote, pero Blanco lo notó, y le gritó a un soldado: "¡Fuego a ese hombre!", y el oficial fue muerto en el acto. Eso dio el triunfo, dice Blanco, porque si

ese hombre hubiera ido a San Juan del Norte a dar el parte se hubiera perdido la expedición, porque todo debía ser sorpresa sobre sorpresa. El P. Brenes dice en su Diario: "Cuando tuvo lugar este primer encuentro llevaba nuestra gente dos días de no comer, y como se encontrase el rancho del enemigo bien surtido, tuvimos en seguida un banquete". Era la una de la tarde del 22 de diciembre.

6.— Dejando treinta hombres en La Trinidad al mando de Barillier, salió Blanco con el resto de la fuerza costarricense rumbo a San Juan del Norte, ese mismo día a las seis de la tarde, con el propósito de tomar los vapores, fin primordial de aquella expedición.

La noche era oscura y lluviosa, y los expedicionarios iban en cinco botes que comandaban Máximo Blanco, Jorge Cauty, Jesús Alvarado, Santos Mora y Francisco Alvarado. En el bote de Blanco iban Spencer, Joaquín Fernández, el P. Brenes y cuatro oficiales más, junto con los dos prisioneros de La Trinidad.

Aproximadamente a las dos de la mañana llegaron a la desembocadura del río San Juan los botes de Blanco y de Francisco Alvarado, llevando entre los dos un total de cuarenta y cinco hombres; la orden había sido navegar unidos todos los botes, pero debido al temporal y a la oscuridad de la noche se habían separado las otras embarcaciones.

A poca distancia de la desembocadura del río se encontraban anclados unos vapores ingleses, y el bote de Blanco se aproximó a uno de ellos, y allí entregó los dos prisioneros de La Trinidad.

Luego los botes costarricenses se dirigieron hacia la costa de la bahía, donde se dibujaban las siluetas de algunos vapores, junto a los cuales se detuvieron los costarricenses, esperando que amaneciese.

Cuando el día aclaró, los costarricenses se dieron cuenta de que se encontraban allí cerca tres de los vapores del Tránsito, amarrados unos de otros, y más allá, junto al muelle de Punta Castilla, se encontraba otro.

Eran aproximadamente las cinco de la mañana cuando Blanco dio la orden de tomar los vapores, y nuestros soldados rápidamente se lanzaron al abordaje, escalaron la cubierta y se posesionaron de las embarcaciones. Los tres vapores amarrados estaban completamente solos, y únicamente el que se hallaba en el muelle tenía gente a bordo, pero tanto sus tripulantes como sus pasajeros se encontraban en ese momento dormidos. Blanco y sus hombres saltaron rápidamente sobre el vapor y se dispersaron por la toldilla. Los filibusteros que se hallaban a bordo se despertaron, y huyeron despavoridos a la vista de los costarricenses medio desnudos y con las armas en la mano.

Los cuatro vapores tomados respondían a los nombres de "J. Wheeler", "Ch. Morgan", "H.L. Bulwer" y "Machuca".

Cerca del muelle se encontraba la casa donde estaban instaladas las oficinas de la Compañía del Tránsito. Desde allí el agente de la Compañía, Mr. Joseph N. Scott, tocó la campana de alarma, e inmediatamente las gentes del pueblo comenzaron a aparecer, y rápidamente se fueron agrupando cerca del muelle para observar los acontecimientos. De los distintos barcos que estaban fondeados en la bahía se desprendieron algunos

(6) Diario del P. Rafael Brenes.

botes que se acercaron con gentes curiosas. Al observar la facha de los costarricenses, los extranjeros se reían; Blanco nos dice que nuestra gente "daba un aspecto lastimoso y al mismo tiempo horroroso, porque más bien parecía una partida de bandidos que tropa organizada de un Gobierno. El que tenía puesta una camisa no traía sombrero, y el que tenía pantalón, aunque roto y asqueroso, no traía otra cosa".

Eran ya las ocho de la mañana y las demás lanchas costarricenses no llegaban. En la casa de la Compañía se iba juntando gran número de extranjeros, posiblemente entre los cuales debía de haber filibusteros. Scott procedió a armar tanto a los empleados de la Compañía como a todos los afectos a ella, y claramente se veía que sus intenciones eran las de rescatar los vapores. Observando Blanco los movimientos sospechosos que se realizaban en ese lugar, decidió tomar precauciones, y colocó frente a dicha casa veinte hombres dispuestos en guerrilla.

Ante esa actitud, el agente Scott se fue a pedir auxilio a un buque inglés, y en el momento se acercaron dos lanchas cañoneras. El capitán inglés manifestó a Blanco, que venía a proteger a los habitantes del puerto ante el temor de una violencia de parte de los costarricenses, a lo cual repuso Blanco que los nuestros no ofenderían a nadie si no había nada hostil de parte de los vecinos.

Fue en esos momentos cuando llegaron las demás lanchas y se reunió todo el grupo, e inmediatamente se hicieron los preparativos para abandonar aquel lugar, y llevarse los vapores río arriba, para lo cual Blanco tuvo que contratar a unos nicaragüenses entendidos en el manejo de los vapores.

Enterado el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. B. S. Cottrell, de la ocupación de los vapores por parte de los costarricenses, dirigió una nota al comandante de los barcos ingleses anclados en ese momento en aquel puerto, pidiéndole protección para las propiedades de la Compañía del Tránsito. El comandante inglés contestó al Cónsul en la siguiente forma:

"Orión, Bahía de Greytown (San Juan). Diciembre 23 de 1856.

"Señor: Tengo el honor de acusar recibo de su carta de hoy, pidiéndome protección para las propiedades del capitán José N. Scott, agente de los señores Carlos Morgan e hijos, de Nueva York, apresadas por las tropas costarricenses, mandadas por el coronel Joaquín Fernández (7). Informaré a usted, en contestación, que he tomado providencias desembarcando una compañía de soldados de uno de los buques de S. M. B., para proteger la persona y propiedad privada del capitán Scott, su familia y a cualquier otro ciudadano de los Estados Unidos de América. Además, el jefe de las fuerzas de Costa Rica que está en Puntarenas (Punta de Castilla), me ha asegurado que esas personas no corren el más leve peligro. Sin embargo, para impedir cualquier sospecha, creo necesario decir a usted que los vapores y demás propiedades de la Compañía Accesorio del Tránsito, son hoy causa de un litigio entre dos diversas Compañías, cuyos Representantes se hallan aquí en la actualidad, autorizando uno de ellos el apresamiento efectuado. En tal situación, yo no me considero autorizado para

tomar ninguna resolución que afecte a una u otra parte. En cuanto a la participación que ha tomado la fuerza costarricense en la toma y traslación de los vapores en cuestión, debo observar que estos vapores han estado, muchos meses ha, empleados en embarcar en este puerto y llevar al bando con quien Costa Rica está en activas hostilidades, hombres y municiones de guerra. A mí, como parte neutral, me es prohibido, por las leyes internacionales, el impedir las operaciones de los beligerantes. Tengo el honor de ser su obediente servidor,

John E. Erskine,
Capitán y oficial decano.

Al Sr. B. S. Cottrell, Cónsul de los Estados Unidos en Breytown".

El historiador Montúfar dice que "el juicio emitido por el capitán del "Orión" puede asegurarse que era el mismo del gobierno inglés. La Compañía Accesorio del Tránsito era protectora de Walker y su auxiliar más activo, y por tanto lo perteneciente a ella estaba sujeto a la ocupación bélica". (8)

Los costarricenses aprovecharon las varias horas que estuvieron en San Juan del Norte, para hacer circular entre todos los vecinos de ese lugar, nativos y extranjeros, unas hojas sueltas que contenían la siguiente proclama, editada en español y en inglés:

"El Presidente de la República de Costa Rica, a los soldados del ejército de Walker:

"Firmemente convencido de que la mayoría de los extranjeros que hoy sirven en las filas del usurpador de Nicaragua, han sido engañados, conociendo ellos ahora que sólo sostienen una causa infame contra un pueblo que no los ha ofendido y que defiende con valor su patria, sus derechos, su libertad y sus hogares contra los inicuos ataques de un aventurero impío, que ultraja cuanto los hombres libres reverencian; y persuadido de que, si no todos, muchos de los que sostienen a ese azote de la humanidad, abandonarían con júbilo su desacreditado servicio, si hallasen segura protección y fáciles medios para volver a su país.

"Yo, el Presidente de la República de Costa Rica, bajo mi palabra de honor, ofrezco a cualquiera y a todos los oficiales y soldados del ejército de Walker, que se hallan en Nicaragua, un pasaje libre y seguro a San Juan del Norte, y de allí por vapor, a la ciudad de Nueva York.

"Dado en el Palacio Nacional a los diez días del mes de diciembre de 1856. JUAN RAFAEL MORA". (9)

Dueños ya de los vapores, y habiéndose conseguido quiénes los tripulasen, los costarricenses iniciaron la marcha de regreso a las siete de la noche de aquel mismo día, pero muy pronto y a corta distancia del puerto se vararon, y allí tuvieron que pasar el resto de la noche.

En la mañana siguiente todos los hombres trabajaron hasta que, como a las doce del día, se pudo continuar la marcha, y entonces los barcos comenzaron a subir el río

(7) Existe la tradición de que Fernández, quien en los Estados Unidos había ingresado a una Sociedad Secreta, se había entendido con el capitán del buque inglés "Orión" que también pertenecía a la misma Sociedad. El doctor Montúfar dice: "El teniente coronel Joaquín Fernández prestó en aquella ocasión servicios importantísimos a Costa Rica y a todo Centro América".

(8) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, pág. 784.
(9) Boletín Oficial, 31 de diciembre de 1856.

muy despaciosamente. Era el 24 de diciembre de 1856. Cuando vino la noche, y por ahí de las once, los costarricenses celebraron el primer repique de la misa de Nochebuena "con una caja de sardinas y una botella de coñac"; una hora después, un soldado de los que habían sido heridos en La Trinidad, caminó, posiblemente dormido, hasta la borda de uno de los vapores, y "se fue al agua".

En la madrugada los barcos se detuvieron, pues faltaba poco para llegar a La Trinidad, y era mejor esperar a que amaneciera. Cerca de las seis de la mañana continuaron la marcha, pero no fue posible hacer llegar todos los vapores a La Trinidad, pues hubo que dejar dos abajo, antes de un raudal que hay al llegar, y en los esfuerzos que se hicieron por hacerles pasar el raudal, los barcos sufrieron fuertes golpes y roturas, saliendo muy dañado el "Wheeler".

En La Trinidad dejaron diez soldados más con Barillier y se continuó la marcha. Al llegar a la isla de la confluencia del río San Carlos, se encontraron el grupo de soldados que al mando de los oficiales Francisco Quirós y Matías Valverde se había visto obligado a venir por tierra cuando las balsas que los conducían habían sido rotas; ese grupo se incorporó a las fuerzas de Blanco.

En este sitio, desembocadura del San Carlos, la expedición se dividió. Joaquín Fernández, Rafael Camacho y Rafael Bolandi, a bordo del "Bulwer", siguieron por el San Carlos para ir a encontrar al general José Joaquín Mora y al resto del ejército que debía hallarse en el muelle.

Blanco, Spencer, Cauty y los demás oficiales siguieron en el "Morgan" para proseguir su hazaña.

7.— Habiendo salido a las ocho de la mañana del 26 de diciembre de La Trinidad, Blanco y sus hombres llegaron a las tres de la tarde al Castillo Viejo.

Abajo del raudal, y pegado a tierra, se encontraba el vapor "J. N. Scott".

El "Ch. Morgan", que conducía a nuestras fuerzas, se acercó a aquel vapor hasta ponerse a su lado, y entonces Blanco y sus hombres saltaron y cayeron sobre él. Mientras unos se posesionaban del vapor, otros brincaron a tierra, y en carrera abierta se dirigieron al Castillo, se apoderaron de él, sin encontrar ninguna resistencia. Todo estaba desmantelado y parece que unos pocos guardias que se encontraban allí huyeron despavoridos al ver acercarse a los costarricenses. Todo fue cuestión de pocos minutos. Blanco dice: "La gente de los vapores y demás habitantes quedaron fríos, porque no sabían qué les sucedía".

Inmediatamente fueron organizadas algunas avanzadas y se dispuso cortar la comunicación hacia arriba del río. Más tarde, y considerando que la Fortaleza era un punto ventilado, alto y sano, se organizó allí un hospital para enfermos y heridos.

8.— Una vez que los costarricenses se adueñaron del Castillo, se enteraron de que en el raudal del Toro, es decir, a corta distancia, se hallaba el vapor "J. Ogden".

Blanco le ofreció a un nicaragüense una buena suma de dinero para que fuese al raudal y con mentiras hiciese venir el vapor al Castillo.

Efectivamente, el vapor se vino y se acercó al muelle, y cuando sus tripulantes se encontraban en la tarea de amarrarlo al muelle, les cayó en

cima el teniente Santos Mora con veinticinco hombres, capturó el barco y a sus tripulantes.

Teniendo noticias de que en el raudal del Toro se encontraba fondeado el vapor "Virgen", se dispuso rápidamente su captura; era éste el más pequeño de los vapores del Lago y se encontraba anclado en la boca del río Sábalos, en espera de que Rogers regresase de San Juan del Norte.

Dejando en el Castillo Viejo al vapor "Morgan" y una fuerza de veinticinco hombres, el resto de la fuerza costarricense se embarcó en el "Ogden" (10), vapor que, como todos los de su tipo, iba provisto de cortinas, las cuales fueron bajadas para ocultar a los soldados.

En esa forma, dicho vapor se fue acercando poco a poco al "Virgen", que lo aguardaba confiadamente como si fuera de los suyos, y su tripulación y mucha gente más se encontraba del lado por donde llegaban los costarricenses, cabalmente observando el acercamiento del vapor.

Al juntarse los dos barcos, las cortinas se levantaron rápidamente, y la tropa saltó sobre el "Virgen", cuyos tripulantes se vieron obligados a entregarse. En ese barco los costarricenses encontraron parque, cañones y cuatrocientos rifles nuevos, a más de muchos víveres.

9.— Grandes triunfos había obtenido la vanguardia del ejército costarricense, pero faltaba aún otra empresa decisiva: la toma del Fuerte de San Carlos, principal punto estratégico sobre el río, en el cual se encontraba una importante guarnición filibustera.

Los costarricenses salieron el 30 de diciembre, a las tres y media de la tarde, del Castillo Viejo, y comenzaron a remontar el río San Juan. En dicho río encontraron dos lanchas grandes que venían de Granada, las cuales fueron rápidamente capturadas, trasbordados los pasajeros que venían en ellas y amarradas las lanchas para remolcarlas. La navegación continuó luego sin novedad, y como a las diez de la noche, los costarricenses se encontraban a unas mil varas del Fuerte.

En ese punto se detuvieron y Blanco hizo pasar a las lanchas unos cuarenta y cinco hombres, al mando de los oficiales Jorge Cauty, Jesús Alvarado, Francisco Quirós, Dionisio Jiménez y Francisco Echandi, quienes se dirigieron hacia la elevada punta en que se encontraba la explanada del Fuerte, donde desembarcaron, anduvieron algún trecho con el fango hasta la cintura y treparon después entre espinas una cuestecilla casi cortada a pico, hasta alcanzar la altura, donde encontraron un galerón desocupado; desde allí les era fácil llegar a la cercana explanada y bajar al puerto, también cercano, en donde estaba la guarnición descuidada.

El vapor, llevando el resto de la fuerza costarricense, continuó su marcha hasta situarse frente al Morro; en la plataforma del Fuerte se veían dos cañones dirigidos hacia el río. Los costarricenses conocían ya la señal que había que hacer, pues las

(10) Blanco dice en su Diario que se embarcaron en el vapor "Bulwer", pero este dato es indudablemente un error, pues el vapor de este nombre fue cabalmente el que se internó en el río San Carlos para ir a traer al general José Joaquín Mora y al ejército que se encontraban en el muelle de dicho río.

gentes que estaban en las lanchas apresadas se la habían dado a conocer. En consecuencia, se hizo la señal y se recibió la debida contestación.

Inmediatamente un bote se despegó de la orilla de la Fortaleza y llegó hasta el costado del vapor; en ese bote venía nada menos que el capitán Raúl Kruger, comandante del Fuerte, con algunos soldados, todos los cuales subieron a bordo. Era la visita reglamentaria. Menuda sorpresa se llevó aquel comandante cuando se vio rodeado de gentes armadas que le intimaban la rendición del Fuerte, a lo cual él se negó rotundamente. Se le dijo que en La Garita habían desembarcado quinientos soldados, quienes al oír el sonido de una de las válvulas del vapor, iniciarían un rápido ataque al Fuerte.

El comandante Kruger observaba con detenimiento a quienes lo rodeaban; todos se encontraban debidamente armados y vio que eran gentes decididas. Recordó que en el Fuerte tenía él unos setenta hombres, y que el enemigo era muy superior en número, ya que según le habían dicho, quinientos hombres se encontraban ya cerca de la Fortaleza. Comprendió que de realizarse el ataque sus hombres serían sorprendidos y muertos, y que no se podría salvar así la Fortaleza; era preferible evitar la muerte de sus compañeros, pues el sacrificio era inútil. Kruger accedió a dar la orden de rendición de aquella Fortaleza; se le entregó papel, tinta y pluma para que escribiera, y él la escribió.

En el mismo bote que había servido para traer al comandante, Máximo Blanco, acompañado de Carlos Moya, Ramón Blanco y cuatro soldados, fueron a tierra y presentaron la orden a un oficial, a quien se le hizo saber que el comandante estaba preso, que en el vapor tenían muchos elementos de guerra y que, además, quinientos hombres rodeaban el Castillo.

Ante tales argumentos, el oficial estuvo anuente a entregar el Fuerte, y entonces Blanco mandó a llamar a la gente que ya había desembarcado con Cauty.

El oficial filibustero hizo formar a sus soldados, que eran setenta y dos en total, todos los cuales habían dejado sus armas; los costarricenses se colocaron en el Morro y a la vez recogieron las armas que allí había.

Los filibusteros fueron trasladados a bordo para que pasasen allí el resto de la noche, custodiados por una pequeña guarnición, y el resto de las fuerzas costarricenses fueron desembarcadas.

En poder de la vanguardia costarricense había caído el último reducto filibustero del río San Juan.

CAPITULO X

1. El ejército que habría de operar en el río San Juan. 2. Llegada del ejército al Muelle de San Carlos y su itinerario hasta el Fuerte del mismo nombre. 3. Toma del vapor "San Carlos". 4. Actividades del ejército costarricense en la Fortaleza. 5. Defensa y caída de La Trinidad. 6. Los filibusteros atacan el Castillo Viejo y heroica resistencia de sus defensores. 7. Los filibusteros fracasan en un nuevo intento de tomar el Castillo y abandonan la empresa. 8. El río San Juan queda totalmente en manos de los costarricenses.

1.— El grupo de valientes, jefado por el mayor Máximo Blanco —de cuyas proezas hemos hablado—, era solamente la vanguardia del ejército que, al mando del general José Joaquín Mora, habría de operar en la zona del río San Juan. Este ejército, constituido por unos ochocientos hombres, llevaba el siguiente cuadro de oficiales:

General José Joaquín Mora; coroneles Lorenzo Salazar y Luz Blanco; tenientes coroneles Rafael Alvarado Barroeta y José Velarde; Sargentos Mayores Clodomiro Escalante, Juan Estrada y Daniel Escalante; capitanes Faustino Montes de Oca, José María Oreamuno, Ezequiel Pi, Antonio Lara, Francisco Aguilar, Toribio Mora, Gabriel Bolandi, Tomás Brenes, Joaquín Ortiz, Rafael Rojas, Francisco Peña y Julián Echandi; tenientes Luis Pacheco, Ramón Castro Araya, Ezequiel Herrera, Jacinto García, José Ana Herrera, Mercedes Guillén, José Castro, Gregorio Valverde, Sinforoso Zamora, Coronado Mora, Blas Alpízar, Juan María Castro, José Umaña, Basilio Rodríguez, José Marín y Silvestre Salazar; subtenientes Ezequiel León, Próspero Montes de Oca, Manuel García, Juan Carbonero, Eusebio Rodríguez, Luis Zeledón, Martín Mora, Joaquín Calvo, José María Salazar, Ramón Garita, Toribio Arley, Tiburcio Zeledón, Vicente Chacón, Alfredo Valverde, José María Roldán, Romualdo Quirós, Ramón Otárola, Concepción Salazar, José Solano, Atanasio Gutiérrez y Domitilo Méndez. Como cirujano iba el licenciado Cruz Alvarado, y como capellanes, los presbíteros Francisco Calvo y Pedro Cambronero. (1)

2.— El ejército expedicionario salió de San José el lunes 15 de diciembre, a las cinco de la mañana, y siguió la misma ruta de la columna de vanguardia; llegó al Muelle de San Carlos, a las dos de la tarde del día 22, en cuyo punto debería permanecer por varios días, mientras se construían algunos botes y balsas.

El general Mora, apenas llegaron a ese lugar, dispuso que los oficiales Faustino Montes de Oca y Lorenzo Alvarado, junto con unos veinte hombres, abriesen

(1) Orden General de 12 de diciembre de 1856. Archivos Nacionales. Expediente número 4357. Guerra y Marina.

paralelamente a la orilla izquierda del río una vereda a fin de que las tropas pudiesen marchar por tierra todo lo más posible.

Este grupo inició su trabajo, pero, poco después, se dio cuenta de que era casi imposible construir tal vereda debido a que, a causa de la intensa lluvia, el río había inundado muchas regiones de la orilla, y se habían formado esteros o lagunas que no podrían pasarse sino usando botes. A pesar de eso, caminaron por espacio de cinco días hacia el Norte, y al sexto día, como a las cinco de la mañana, encontrándose a la orilla del río, vieron venir el vapor "Bulwer", que se dirigía hacia el Muelle, trayendo a bordo oficiales costarricenses. Se reconocieron los dos grupos, y Montes de Oca y sus compañeros se trasladaron al vapor.

Poco después ocurrió un sensible incidente. El general Mora había decidido enviar un refuerzo a la columna de vanguardia y dispuso que se embarcasen en dos botes y dos balsas cincuenta hombres a las órdenes del capitán Ezequiel Pi, llevando municiones y víveres. Pero resulta que esta expedición se encontró con el vapor "Bulwer", y habiéndose hecho sonar desde éste por tres veces el pito, los soldados que iban en una de las balsas, creyendo que se trataba de una orden de ataque, se tiraron al agua con el objeto de alcanzar la orilla, y como la corriente era muy fuerte, y posiblemente varios no sabían nadar, se ahogaron seis, entre ellos el subteniente Luis Zeledón.

Para evitar más desgracias de esta clase, los del vapor decidieron enviar adelante un bote con unos pocos hombres para que avisasen al general Mora su aproximación. La alegría del ejército cuando llegó el vapor fue inmensa, pues, a más de las buenas noticias que traían los que en él venían, se contaba ya con una buena embarcación para hacer el viaje.

Al día siguiente, 28 de diciembre, el general dispuso la marcha de una parte del ejército, y a las ocho de la mañana, el "Bulwer" comenzó a bajar el río llevando a su bordo trescientos hombres, la artillería, parque y provisiones. La navegación resultó en extremo dificultosa, y había tantos hombres a bordo que casi ni se podían mover.

En el muelle quedaba el resto del ejército al mando del mayor Juan Estrada, y se prometió que uno de los vapores del río vendría próximamente por estas fuerzas.

Poco antes de que el "Bulwer" llegase a la boca del río San Carlos, apareció el vapor "Morgan", y entonces se pasó a bordo de éste una gran parte de la gente.

A las diez de la mañana del día siguiente, 31 de diciembre, arribaron al Castillo Viejo. El general Mora dispuso dejar allí una guarnición de treinta hombres a las órdenes del capitán Faustino Montes de Oca, a quien nombró Comandante del Castillo, y a las tres de la tarde se embarcó hacia el Fuerte de San Carlos, a donde llegó a las dos de la madrugada del día siguiente, 1º de enero de 1857.

Antes de abandonar a Castillo Viejo el general Mora hizo circular, en español y en inglés, el siguiente Bando:

"José Joaquín Mora, General en Jefe del Ejército de Costa Rica, en nombre de los intereses de Centro América mando: que todos los vecinos del pueblo del Castillo Viejo, y todos los que naveguen en el río de San Juan obedezcan las órdenes comunicadas por mí al Capitán don Faustino Montes de Oca, Comandante de dicho Pueblo y Fortaleza del Castillo Viejo. Todo aquel que conspirare contra la causa

Centroamericana o hablare contra ella, favoreciendo directa o indirectamente a los filibusteros o hablare en su favor, será pasado inmediatamente por las armas.

Castillo Viejo, diciembre 31 de 1856.

José J. Mora". (2)

Lo primero que hizo el capitán Montes de Oca fue construir una trinchera en un sitio que dominaba el muelle y las casas con el propósito de que un cañón colocado allí hiciera buen efecto en caso de una tentativa de desembarco enemigo. Ordenó limpiar todos los alrededores del Castillo y acabó con los matorrales que denunciaban que aquel lugar se había encontrado por muchos años enteramente abandonado. También se arregló y limpió por dentro la construcción para hacerla habitable, y se organizaron puntos de defensa. Finalmente se obligó a la tropa a adiestrarse en las prácticas militares y a tirar al blanco todos los días. Con fecha 13 de enero, le decía el general Mora al Comandante Montes de Oca: "Excuso recomendar a usted el sostenimiento de ese puesto militar confiado a su honor; porque sé que mientras usted exista ondeará en él el Pabellón Costarricense". (3)

3.— El vapor "San Carlos" era el más grande y más rápido de todos los vapores del río y del Lago, y el que más usaban los filibusteros. Los costarricenses, aunque dueños de los demás vapores, sabían que no podían arriesgarse a navegar en el Lago, pues allí estaba el "San Carlos".

Era necesario capturarlo, y se decidió esperar hasta que el "San Carlos" entrase en el río trayendo los pasajeros de California que se dirigían hacia la región atlántica de los Estados Unidos.

No hubo que esperar mucho, pues a eso de las nueve de la mañana, del sábado 3 de enero, el vapor quedó a la vista de la fortaleza. Inmediatamente se tomaron todas las precauciones del caso para apoderarse de él.

El coronel Luz Blanco y treinta hombres se emboscaron en la margen del río. El general Mora y el resto del ejército se escondieron en las casas del puerto, con las armas en la mano, prestos a acudir al puesto de ataque en el momento preciso. Un poco adentro del río, y después de la primera vuelta, se encontraba el vapor "Ogden" dispuesto a esperar al "San Carlos", teniendo a bordo veinticinco hombres y dos pequeños cañones, según Blanco; pero en el "Diario de un Oficial del Ejército" se dice que eran sesenta hombres y tres cañones. El jefe de esa fuerza era el capitán Spencer.

Sobre la explanada del Fuerte, y junto a uno de los cañones, se encontraban, en traje de filibusteros, Máximo Blanco, Jorge Cauty, Ramón Campos, Rafael Alvarado Barroeta y un individuo de apellido Malespín.

En la playa había un botecillo, y junto a él, Carlos Stewart, inglés, que se había unido a las fuerzas costarricenses desde que éstas habían tomado el Castillo Viejo, en cuya población radicaba y tenía una posada; y ahora iba a desempeñar una misión importante.

(2) Archivo particular de don Faustino Montes de Oca.

(3) Id.

El "San Carlòs" se había acercado y ya podía apreciarse que estaba lleno de gente, la mayoría pasajeros. Hizo la señal tocando una válvula dos veces, y del Fuerte se le respondió con un tiro de cañón. Inmediatamente Blanco hizo cargar éste con doble tiro de metralla, y aquellos hombres se quedaron como impasibles, recostados unos al cañón, y otros en diferentes posiciones.

El vapor se acercó aún más y se detuvo en el punto de costumbre, cerca del muelle. Inmediatamente se le acercó el bote, y Stewart subió a bordo para decir de parte del Comandante filibustero del Fuerte que podía pasar, y que no había novedad, formalidad que se usaba cada vez que el vapor llegaba. Por los prisioneros de la guarnición se había sabido que en ese vapor debía venir un teniente del Fuerte que había ido de paseo a Rivas, lo mismo que el médico de la guarnición. Efectivamente, el oficial y el médico se trasladaron al bote, en el cual se colocaron también sus equipajes. El bote se vino hacia la playa y el vapor siguió su camino por el río. Cabalmente ése era el plan: hacer que el "San Carlos" quedase entre el Fuerte y el vapor "Ogden".

Blanco y sus compañeros, sobre el Morro, desde donde se domina el Lago y el río, dieron la voz a la tropa emboscada para que formase en batalla, y al mismo tiempo dirigieron sus cañones hacia el vapor.

En la vuelta del río, el "San Carlos" se encontró con el "Ogden", que se le acercó y le intimó la rendición. La tripulación del "San Carlos" vio a retaguardia, sobre ellos, los dos cañones del Fuerte; observaron en la costa las tropas que ya habían aparecido, y a pesar de que algunos filibusteros que iban a bordo no querían rendirse, al fin lo hicieron todos sin que se disparase un solo tiro. Walker dice que el capitán del vapor, Ericsson, "un danés intrépido y de sangre fría, propuso hacerlo volver al lago, pasando bajo los cañones del Fuerte, y esto habría sido posible sin correr gran peligro ni perder muchas vidas; pero Harris, el cual estaba interesado, junto con su suegro Morgan, en el tránsito por Nicaragua, acertó a estar a bordo del vapor y no quiso dar al capitán Ericsson el permiso de hacer lo que proyectaba". (4)

Cuando el "San Carlos" se rindió, Spencer envió al general Mora un bote para darle la noticia, y manifestarle que en cuanto a los pasajeros, que eran cerca de cuatrocientos, los transbordaría al vapor "Morgan" que se encontraba al otro lado del raudal del Castillo, para llevarlos hasta San Juan del Norte, donde los dejaría. Y, sin esperar el permiso correspondiente, se fue en el "Ogden" rumbo al Castillo, motivo por el cual Mora se disgustó mucho, no sólo por las atribuciones que se tomaba Spencer, sino también por el riesgo que podía correr aquel vapor en San Juan del Norte, donde se encontraban muchos filibusteros. Afortunadamente, Spencer regresó pronto sin ninguna novedad.

Con la toma del vapor "San Carlos" los costarricenses habían conseguido ya tener el completo dominio del río y del lago y, además, podrían comunicarse fácilmente con los ejércitos centroamericanos que estaban al otro lado del lago. Por otra parte, a los filibusteros les quedaba totalmente cerrado el camino que les servía para comunicarse con el Atlántico y por el cual recibían constantes refuerzos.

Para anunciar estos triunfos, el general Mora lanzó la siguiente proclama: "Centroamericanos:

El venero que daba la vida a la siempre renaciente hidra del filibusterismo, está cortado. Todos los vapores de que se servía el bandido Walker, y los puestos militares del río de San Juan, están en mi poder, y bajo la custodia de los soldados costarricenses. No temáis ya que nuevas hordas de asesinos vengan a turbar vuestra tranquilidad por este lado.

Sólo restan a Walker unos pocos hombres abatidos ya por vuestras armas, y que, privados de sus vapores, ni pueden hacer los rápidos movimientos que tanto les han favorecido, ni aun siquiera huir cuando los ejércitos aliados caigan sobre ellos.

¡Defensores de la santa causa de Centro América! Yo os invito a seguir la noble senda que habéis empezado con tanta gloria a recorrer: no resuene en vuestros corazones otra voz que la de la patria; otro deseo, que el de exterminar a nuestros feroces enemigos; no profieran vuestros labios otras palabras que las de guerra y victoria! Sólo así podremos retornar pronto a nuestros queridos hogares para disfrutar el descanso, gloria y honor que con tantos afanes habremos conquistado.

Que jamás la fatal discordia venga a empañar nuestros triunfos, ni a poner en riesgo nuestra santa y noble empresa.

Las fuerzas del Salvador, Nicaragua y Guatemala, deben caer como un torrente sobre nuestros ya inermes enemigos, y yo volaré a unirme a ellas para participar de la final victoria.

Fuerte de San Carlos, enero 3 de 1857.

El general en jefe del ejército costarricense, José Joaquín Mora". (5)

El 3 de enero el general Mora nombró al coronel Jorge Cauty comandante de la línea de vapores del río y del lago, y al teniente coronel Francisco Alvarado segundo comandante.

Unos pocos días más tarde arribó al Fuerte de San Carlos el resto del ejército que había quedado atrás al mando del mayor Juan Estrada.

En cuanto al capitán Spencer, hemos de decir que muy pronto se puso en mal con el general Mora, pues Spencer se empeñó, diciendo que estaba autorizado para ello por el comodoro Vanderbilt, en meter todos los vapores en el río San Carlos, a lo cual se opuso enérgicamente el señor Mora, quien quitó a Spencer toda autoridad en el ejército, como lo prueba la siguiente comunicación:

"Cuartel General, Fuerte de San Carlos, 8 de enero de 1857.

"Al Comandante del Castillo Viejo: Advertiré a usted que el capitán Spencer no tiene ya mando alguno en el ejército, por consecuencia no deberán atenderse sus exigencias más allá de lo que la política exige. José J. Mora". (6)

Con fecha 6 de enero, el general Mora publicó un severo Bando imponiendo pena de muerte a todo aquel que manifestase tendencias de obra o palabra en favor de Walker. (7)

(5) "Boletín Oficial". 4 de febrero de 1857.

(6) Archivo particular de don Faustino Montes de Oca.

(7) Archivos Nacionales. Expediente número 9266. Guerra y Matina.

(4) Walker, "La Guerra de Nicaragua", pág. 315.

Durante esos días, y en los siguientes, las fuerzas que se encontraban en el fuerte de San Carlos se dedicaron a transformar la fortaleza; usando el hacha y el machete acabaron con los espesos matorrales que le circundaban; quedaron pronto a descubierto las antiguas trincheras y los hondos fosos y los viejos senderos; se improvisaron muros con piedras y tierra, y en poco tiempo el Castillo presentaba un aspecto totalmente distinto.

En el Diario que escribió uno de los Oficiales del Ejército (8) leemos algo sobre las actividades de aquellos días. Copiemos estos interesantes párrafos:

"Mientras aguardamos con impaciencia el momento de poder acudir a los lugares de acción, siguen los trabajos en el campamento, y los cuentos en los ratos desocupados; hay entre éstos uno del mayor don Máximo Blanco, que no carece de interés.

"En los dos días que pasó en Dams (9), después de la toma del Castillo, pasaron los indios en un bote viejo y al ver el vapor, se manifestaron asustados, y procuraron esconderse en la ribera. Llamáronlos nuestros oficiales, y los redujeron al fin a subir a bordo. Eran altos, fuertes y vigorosos, de un hablar pronto, acentuado, y lleno de gerundios, el cual hace reír en boca de Máximo cuando lo imita. Llevaban pantalón de casimir que a cambio de trabajo sin duda, les han dado los americanos que trafican el río. Se manifestaban curiosos de todo, haciendo continuas preguntas: diéronles tabaco y café: el primero lo agarraron con ansia, y tomaron el segundo diciendo que debía ser chocolate. Preguntándoles si sabían de algún platanar cerca de allí, dijeron que sí, y aunque ellos habitaban hacia el interior de la margen derecha (10) del río conocían bien toda la orilla. Les ofrecieron plata si querían traer plátanos, y dijeron que no, que los traerían por pisto, distinguiendo al oro por pisto amarillo. Concedida esta pretensión, se fueron en el bote, y volvieron a la hora y media cargados de plátanos; les preguntaron cuánto valían, y señalando con los dedos de la mano que cinco, les dieron cinco medios reales para ver lo que hacían, y los echaron muy contentos en las grandes bolsas de sus pantalones. Invitándoles a hacer la guerra con los nuestros, dijeron que no: que ellos, *ni matando, ni muriendo*. Al preguntarles si querían hacerse cristianos, se negaron, y el Dios de ellos *hablando mucho y comiendo pajiña, chanco y javalín*. El tal Dios debe ser algún indio píllo a quien surten de toda una multitud de infelices ignorantes.

"Diciéndoles que peleábamos contra Walker, manifestaron conocer ya su nombre. Hablándoles de los guatusos, que habitan hacia el interior de la margen izquierda (11) del río, dijeron que eran blancos y barbados, que tenían muchas señoras y que los temían, *porque matando a todos los que se acercaban a sus habitaciones*. Esto coincide con el ataque que dieron dichos salvajes a don Pío Alvarado en la exploración de la vereda hacia el Castillo.

"Yo creo que no sería perdida una expedición a las fértiles llanuras que habitan estas gentes entre el río de San Juan y río Frío. La boca de este último que aseguran

ser navegable por más de cuarenta millas, la tenemos en frente a distancia de setecientos u ochocientos varas: nuestros botes van a hacer allí aguada, y a no ser tan sagrado y exclusivo el objeto que nos tiene como enclavados en esta roca, nos hubiéramos internado ya en él, impulsados por la curiosidad". (12)

Una de las medidas más importantes tomadas por el general Mora en los días posteriores a la ocupación del Fuerte de San Carlos, fue la de establecer una nueva vía de comunicación con Costa Rica a través del puertecito de Tortuga, llamado hoy Cárdenas, y situado en la orilla meridional del lago. De Tortuga a la ciudad de Liberia la comunicación era relativamente fácil y buena, y desde aquella fecha hasta el final de la guerra, ese puertecito prestó muy buenos servicios a los costarricenses.

5.— Mientras en aquellos lugares sucedían estas cosas, en San Juan del Norte se estaban concentrando muchos filibusteros que llegaban procedentes de los Estados Unidos, que traían buen equipo militar; entre ellos venían el general C. R. Wheat y el coronel Anderson.

Allá mismo se encontraba también Lockridge, y entonces se acordó nombrarlo jefe de todo el grupo para que organizase una expedición que tuviera por objeto no sólo recuperar los vapores, sino también desalojar del río a los costarricenses. Con ese motivo, Lockridge se dedicó por algunos días a arreglar, con la ayuda de Joseph N. Scott, un vapor que en el puerto se encontraba en desuso y en mal estado para usarlo en dicha expedición.

A oídos del general Mora llegó la noticia de que setecientos filibusteros se estaban organizando en San Juan del Norte para atacar el punto de La Trinidad, y entonces dispuso tomar precauciones para defender ese lugar; con tal objeto envió el 15 de enero al mayor Máximo Blanco acompañado de los oficiales Francisco Quirós, Dionisio Jiménez y Ramón Campos, con veinte soldados, para apoyar la pequeña fuerza que al mando de Barillier se encontraba en aquel lugar; Blanco iba con el cargo de segundo comandante.

Al llegar Blanco a La Trinidad, dice el P. Brenes, "se encontró la guarnición en el más lamentable estado: las fatigas, las privaciones y el hambre que les había devorado, tenían enfermos a muchos y todos parecían espectros ambulantes. La llegada de Blanco fue un gran consuelo para aquella pobre gente que con unos pocos días más sin auxilios, habría perecido toda. A mejorar tan triste situación y a prepararse para la defensa en el ataque de los filibusteros, anunciado de un día para otro, se consagró el mayor Blanco" (13). Tenía solamente veintiocho hombres sanos, pues los demás se encontraban enfermos.

Blanco dice en su Diario: "Oh aflicción cuando me hago cargo de la fortificación y conozco su disposición: un callejoncito formado por dos trincheras de vástago de plátano, en veinte varas de largo y tres de ancho! El piso es un lodazal que pasa del tobillo; de provisiones nada, enfermos muchos, y los que no lo están parecen

(8) Este Diario está publicado en el "Boletín Oficial" de Costa Rica, enero a marzo de 1857.

(9) Estación y depósito de leña en la orilla del río San Juan, más arriba del raudal del Toro.

(10) Se refiere a indios de la margen izquierda del río.

(11) Debería decir: margen derecha.

(12) "Boletín Oficial", enero 21 de 1857.

(13) El Diario del Pbo. Rafael Brenes está reproducido en "Elementos de Historia de Costa Rica", del profesor Francisco Montero Barrantes, tomo II, 1894, págs. 43 a 69.

cadáveres. La fatiga y privaciones tienen a estos hombres como con dolor de estómago: tales son los semblantes que encuentro en los treinta hombres con que debo sostener el punto contra setecientos... Principio a construir un rancho, para tener alguna comodidad y ver si se reanima el espíritu de la tropa. Arreglo puntos avanzados, hago tomar calomel a algunos soldados enfermos y a otros ipecacuana, todo recetado por mí, porque no hay más médico, aunque sé tanto de esto como un caballo de misas". (14)

Como el temporal era intenso, Blanco dispuso que la gente trabajase sólo cuando no lloviese, lo cual representaba unas dos o tres horas cada día. El campamento estaba convertido en una verdadera laguna. Además, tenían poco que comer. En los días posteriores se aguardaba el ataque de los filibusteros y por eso se estableció mucha vigilancia. Los víveres se fueron escaseando cada vez más; un día sólo se comió un "guineo cele" y frijoles muy picados y sin sal.

En los días siguientes había hambre. El 19 subió por el Sarapiquí un vapor que traía un refuerzo de 250 hombres al mando del coronel Pío J. Fernández. Eso fue un gran consuelo, pero desgraciadamente no trajeron provisiones, y Blanco no las tenía.

Durante esos días se trató de hacer habitaciones, aunque no se contaba con herramientas para ello. La lluvia continuaba con fuerza y la tropa se encontraba a la intemperie. Los ríos San Juan y Sarapiquí estaban muy crecidos y amenazaban inundar el lugar, al extremo de meterse el agua por la borda de los cañones, por lo que hubo que descargarlos. El hambre continuaba y los "guineos" se iban agotando.

Dice el P. Brenes: "Penalidades sin cuento sufrió nuestro ejército en aquellos aciagos días por la falta casi absoluta de víveres y de un local para su alojamiento. La estación en aquel paraje era de riguroso invierno y al pasar nuestra gente los días enteros con sus noches entre el fango y expuestos al sol, al agua y al sereno, las enfermedades y la muerte eran la natural consecuencia. ¡Cuadro triste y desgarrador era el que presentaban nuestras fuerzas en aquella fatal ocasión de eternos recuerdos! ¡Ah! ¡Cuántos sufridos y valientes soldados enfermos yacían tendidos en el lodo y al aire libre, sin una mano amiga que estrechar ni un médico que los asistiera! El jefe tenía que ocuparse en los preparativos para la defensa; estaba avisado que de un momento a otro sería atacado y le era absolutamente imposible remediar todos los inconvenientes y todas las desgracias de que era víctima nuestro ejército".

El 20 de enero Blanco avisó a sus jefes que la posición era mala y había que cambiarla. El 21 de enero el general Mora trasladó a Barillier al Fuerte y nombró a Blanco primer comandante de La Trinidad, y en una carta fechada ese mismo día, le decía a éste: "... procure usted sacar recursos del interior del país, pues ya sabe cómo estoy aquí, y cuando pueda, atienda al Castillo Viejo..." (15) En la situación en que se encontraba Blanco eso era desalentador, y menos mal que ese mismo día tuvieron, como decía él, "la primera felicidad", pues llegaron cinco novillos conducidos por ocho hombres que venían por tierra, habiendo tardado desde el Muelle cinco días y sufrido grandes penalidades.

(14) El Diario del mayor Máximo Blanco está publicado en "Revista de los Archivos Nacionales", año III, números 7 y 8, págs. 409 a 432.

(15) Archivos Nacionales, Expediente número 9243. Guerra y Marina.

Los trabajos de construir unos ranchos en La Trinidad los dirigía el capitán Tomás Herra. La situación en aquel campamento continuaba desesperada. En su Diario escribía Blanco: "Enero 23: Hoy sólo me mortifica los muchos enfermos y no haber cómo auxiliarlos ni conducirlos a otra parte. Esto sí que es lastimoso, ver a un hombre con disentería o fiebre, acostado en el fango y a la intemperie; porque dentro del rancho ya no caben". El 21 de enero pasó el "Morgan", y Blanco envió al Fuerte veintiséis enfermos y ciento cuarenta y cinco fusiles que le habían dejado los enfermos y los desertores. Ese mismo día desertaron veintiocho hombres más, por lo cual Blanco empezó a desconfiar hasta del valor de sus soldados, y así escribía el día 25: "Sigue la lluvia. Los enfermos se aumentan seguramente por las noticias que ayer mandó Mesnier de que vienen los filibusteros".

Efectivamente, habiendo terminado Lockridge el arreglo del vapor "Rescue", dispuso venirse con su fuerza a un punto situado varios kilómetros abajo de la boca del Sarapiquí, para preparar desde allí el ataque a La Trinidad.

El 28 de enero, a las nueve de la mañana, se aproximó un vapor filibustero, y colocándose detrás de una punta de tierra, disparó sus cañones. Inmediatamente los costarricenses ocuparon sus posiciones defensivas. El cañoneo continuó de parte de los filibusteros, pero no hicieron blanco; retiráronse cuando los costarricenses comenzaron a hacer uso de sus cañones.

Se mandó entonces a colocar una avanzada constituida por dos soldados y un cabo, al otro lado del río y sobre la derecha, para que diese aviso cuando el vapor enemigo se aproximara. La situación en el campamento se empeoraba cada vez más, pues el número de enfermos y desertores aumentaba, se sentía hambre y no había nada que comer.

El día 30 fueron enviados Dionisio Jiménez y Desiderio Selva con veinte hombres al otro lado del río para que, emboscados en el lugar donde se arrimaba el vapor filibustero cuando venía a atacar, ellos lo atacasen sorpresivamente, señalándose a cada hombre un árbol para que le sirviese de trinchera.

El 1º de febrero se terminó el rancho para albergar la tropa, y entonces se comenzaron a arreglar las trincheras, cambiando el tallo de plátano por tierra y madera. Por esos días había 44 enfermos de fiebre y ocho de disentería, uno de los cuales falleció.

De un momento a otro se esperaba un ataque vigoroso del enemigo, y Blanco no tenía ni la menor esperanza de recibir refuerzo, pues con fecha 4 de febrero le había escrito el general Mora: "... ya usted sabe que me es imposible socorrerle desde aquí". (16)

Ese mismo día 4 arribaban a San Juan del Norte cerca de doscientos filibusteros más, bien armados, al mando del coronel H. T. Titus, todos los cuales se agregaron inmediatamente a las fuerzas de Lockridge en el río.

El 6 de febrero, a la una de la tarde, oyeron los costarricenses dos tiros que era la señal con que la descubierta avisaba que venían los filibusteros. En el acto, dice Blanco, "mandé tocar llamada a los trabajadores de la montaña y se reunieron los

(16) Archivos Nacionales, Expediente número 9248. Guerra y Marina.

presentes, salvo alguno que otro que se escondió, y cuando sólo nos habíamos podido medio formar, principió el enemigo su fuego de cañón, rompiéndonos la casa principal". Los costarricenses, desde luego, contestaron el fuego, pero en ese momento, Dionisio Jiménez, Selva y sus soldados, quienes se encontraban al otro lado del río, dispararon contra el vapor filibustero desde una corta distancia, y los filibusteros, sorprendidos, se retiraron inmediatamente.

A las cuatro de la tarde hubo otra refriega, pues el barco enemigo llegó como a unos doscientos metros de distancia, y estuvo disparando desde allí hasta que anocheció, habiendo contestado también el fuego los costarricenses. A esa hora los filibusteros se retiraron, y como los costarricenses no tenían embarcación alguna no pudieron perseguirlos.

Los filibusteros no se alejaron mucho sino que establecieron su campamento a unas dos mil varas del de los costarricenses, a favor de una vuelta del río, y en una altura llamada el punto Cody.

Esa noche se crecieron los ríos, y el campamento costarricense se inundó, teniendo la tropa que buscar la parte más alta del terreno para pasar la noche, a la intemperie y bajo el aguacero.

Dos días más tarde, el 8 de febrero, a las once de la mañana, se acercó a La Trinidad un vapor artillado haciendo fuego, al mismo tiempo que atacaba por tierra una columna de cuatrocientos hombres.

Blanco contaba únicamente con ciento veinte hombres; les dio orden de defenderse y, debido a que el parque y, especialmente los fulminantes escaseaban, les dijo que tiraran sólo con la seguridad de acertar. Los costarricenses mantuvieron un tiroteo flojo, economizando balas, pero los filibusteros no se empeñaron en derrotarlos, y Blanco dice que parecía que aquéllos sólo querían inspeccionar o reconocer el campo para atacar después formalmente, y que se retiraron después de unas dos horas.

Al día siguiente hubo mal tiempo, y fuerte aguacero. El capitán Herra fue a observar a los filibusteros aproximándose a su campamento y trajo la noticia de que se fortificaban y tenían una chata armada con cañones. Ese día desertó una avanzada entera, y se susurraba que en otro combate que hubiera se produciría otra desertión. En vista de esos rumores Blanco acordó reducir las avanzadas hacia la trinchera por temor de más desertiones. Perdiendo su serenidad renegaba del valor de sus soldados, y buena prueba de ello es la siguiente carta que escribió en esos momentos al Comandante Montes de Oca:

"La Trinidad, febrero 9 de 1857.

"Don Faustino: Mi situación es malísima; esta gente está desertando, y no dudo que en otro encuentro se vayan todos, pues así se susurra hoy. El enemigo lo tengo fortificándose a dos mil varas de aquí, cuando venga alguna embarcación a este punto haga que traiga la más maliciosa precaución. Amigo, compadézcame, estoy con menos que con mujeres, esta tropa no sirve; da lástima el miedo que tienen". (17)

En realidad, en esos momentos de desesperación Blanco exageraba y era injusto con sus soldados, porque fuera de unos cuantos que desertaron, los demás resistieron

como él todas las privaciones de aquel lugar malsano y peligroso, y pelearon heroicamente contra las fuerzas filibusteras. Después de su rapto de cólera, Blanco pasó a considerar el lamentable estado de sus soldados, y al día siguiente que escribió al señor Montes de Oca, escribía en su Diario: "Me aflige el semblante de esta tropa, pero mi esperanza es que cuando haya que comer se animen". Algunos oficiales querían que se comiera el último buey que les quedaba, pero Blanco les contestó que dicho buey era para cuando tuviesen tres días de no comer. El enemigo mientras tanto seguía arreglando sus fortificaciones a corta distancia del campamento de los costarricenses, quienes no podían ni molestarlo por carecer, como hemos dicho, de embarcaciones para pasar el río.

El día 11 llegó a La Trinidad el vapor procedente del Fuerte de San Carlos y en él venía el teniente coronel Francisco Alvarado con cincuenta hombres (18), trayendo la orden de atacar a los filibusteros; para eso Blanco debía entregarle otros cincuenta hombres, pero también tenía que decir si era o no prudente el ataque. La opinión de Blanco fue la de que era muy difícil que cien hombres, llegando por la montaña, pudiesen atacar a setecientos atrincherados. Alvarado pensaba lo mismo y se regresó inmediatamente con su tropa, viaje que Blanco aprovechó para enviar al Fuerte algunos de sus soldados enfermos.

El Ministro de la Guerra, coronel Escalante, dispuso que se hiciese un fuerte ataque a los filibusteros, y para ello hizo salir de la capital el 10 de febrero un refuerzo de doscientos hombres, que siguieron la ruta del Sarapiquí. Llevaban órdenes para replegarse, después del ataque, al Castillo Viejo, lugar donde se concentrarían en compañía de la gente de Blanco, dejando abandonado el punto de La Trinidad. Desgraciadamente esas fuerzas no pudieron llegar a su destino, pues salieron demasiado tarde, y en el camino se encontraron con las de Blanco, que se retiraban de La Trinidad, después del formidable ataque filibustero efectuado el 13 de febrero, el que Blanco nos describe en la siguiente forma:

"A las cinco de la mañana dormíamos, a excepción de los centinelas, que también creo que dormían. Se oyó la detonación de un rifle. En el acto me levanté y pregunté al primer centinela: "¿A dónde fue el tiro?" Me dio una dirección; pregunté al otro, me dio otra dirección; pregunté al tercero y todos me dieron distinto rumbo. Por esta confusión y calculando que ese tiro y a estas horas, a la puerta de mi campamento, significa mucho, llamé a las armas. En cinco minutos cada soldado estaba en su puesto, pegado a los pedacitos de trinchera. No transcurrieron otros cinco minutos cuando tres o quinientas balas de rifle y tres tiros de cañón a palanqueta vinieron sobre nuestro campo; pero ya estábamos cubiertos y ni un solo herido me causó semejanza granizada. (19)

(18) Esa gente que traía Alvarado le había sido entregada por el Comandante del Castillo Viejo, don Faustino Montes de Oca, de acuerdo con la siguiente orden: "Cuartel General, Fuerte de San Carlos, febrero 8 de 1857. — Señor Comandante del Castillo. — Pondrá usted a disposición de don Francisco Alvarado cincuenta hombres y al capitán don Rafael Rojas para desempeñar una comisión. Déle a Alvarado municiones bastantes. Dios guarde a usted. — José J. Mora". (Archivo particular de don Faustino Montes de Oca).

(19) Los filibusteros venían al mando de Lockridge, y su artillería estaba a cargo del general Wheat.

"La oscuridad de la madrugada y a más las neblinas que de ordinario duran aquí hasta las siete de la mañana, no permitían vernos con el enemigo. Yo di orden de que nadie tire hasta que yo lo mande. El temor de que los filibusteros, por nuestra inercia, supusieran que el punto estaba desierto, me hizo preparar mis cañones con bala rasa de las quince que tengo y esperar hasta que aclarara. Mientras tanto ellos nos mantuvieron un fuego vivísimo de rifle y artillería. Por supuesto, tiraban al tanteo, porque no nos veían; sólo a las casas me les hicieron algunas heridas con palanqueta mientras aclaró la mañana. Cuando ya aclaró y distinguíamos bien los grupos enemigos, también como ellos, ordené una descarga simultánea de rifles y artillería, pero con prevención de que apuntaran bien. Entonces se encandiló la función. Ellos doblaron la actividad de sus fuegos y poco a poco calmé los míos, porque calculé que la jornada era larga y yo estoy limitado con el parque. Así es que cuando se agrupaban algunas columnas, cada diez o quince minutos o menos, les mandaba hacer fuego de cañón a metralla y entendidos los soldados que sólo debían tirar apuntando bien. Yo tenía tres piezas de artillería colocadas como me pareció conveniente; una mandaba el capitán José Solano, otra don Rafael Castro, y la otra el teniente Ramón Brenes, y unos cien hombres; porque aunque, llegué a tener 250, entre bajas de enfermos, heridos y desertores, se me redujo la fuerza.

"Por las diez de la mañana una bala de cañón le rompió, haciendo muchos huecos, la cobija al sargento del principal cañón llamado Juan Romero, de San José, que la tenía doblada y colgada. Este sargento se arrimó a la trinchera y les dijo a los filibusteros los mayores insultos. Poco después me dijo el capitán Herra: "¿Cree usted que haya hombre más valiente que este sargento Romero?" Le contesté que el que lo fuera mucho sería como él; no por el hecho de insultar, sino por su cumplimiento.

"Hacia el medio día me gritó el oficial Manuel Sueco, a quien tenía yo apostado a la derecha del Sarapiquí, que el enemigo atravesaba el río para flanquearme sobre mi derecha (20). Yo lo había presumido y me había preparado por este lado. Le grité a Sueco que se marchara aguas arriba del Sarapiquí y no se dejara tomar con sus dos soldados.

"Una hora después yo tenía encima los fuegos cruzados, pero había puesto de este lado un mentado cañón, que se llamó El Clucas en San José cuando yo era muchacho; lo mandaba el oficial Ramón Brenes. Le mandé poner carga doble de metralla. Puse al oficial Dionisio Jiménez, Rafael Castillo, Pedro Porras, todos de San José, con treinta rifles, con orden de esperar mi voz para hacer fuego. Se vino sobre este lado una división próximamente de 200 hombres, en columnas, con desorden. Ellos rompieron sus fuegos al salir de la montaña y yo quieto. Cuando llegaron a la orilla opuesta del río, que tendrá poco más de cien pasos, mandé romperles el fuego. Esta descarga y las siguientes les hicieron una matanza, hasta que se retiraron a la montaña y se apostaron tras los árboles, de donde siguieron fogueándonos.

"Había un tabanco o bodega arriba del piso de la casa, adonde había mandado alzar un queso seco como de media arroba, un saco de arroz y otro de dulce. Hacia el medio día la tropa me pedía algo de ración, porque nadie había almorzado, y como

(20) Los filibusteros que atravesaron el río venían al mando del coronel Anderson.

sabían que no había ninguna clase de provisión y sí que arriba había dulce, etc., dijo un soldado de Cartago que por un tajo de dulce se subiría. Yo le dije que no, porque lo mataban. Se empeñó en subir y a media escala lo mataron. A poco vino otro de Heredia empeñado en lo mismo. También me negué: pero como todos exigían lo único que había, lo permití. A este se le apearon porque le dieron en la cara, pero no murió. Vino Pedro Porras con la porfía de apearse lo que había. Ese fue dichoso, porque aunque le vino una descarga, ya estaba arriba y lo echó todo abajo. A puñito de arroz crudo y pedacito de dulce racionamos y nada más este día. A las dos de la tarde ya nos habían botado las casas con su artillería. Una astilla de solera cogió por la espalda al cabo Jesús Castro lo tumbó y se dio por muerto, pero a poco le pasó el susto. Mantuvimos el puesto con uno que otro tiro.

A las cuatro de la tarde reuní los capitanes Herra, Solano, Zarret, Moya y Morales, y resolvimos la retirada por la noche. Inmediatamente dí orden al capitán Mercedes Morales, de Heredia, para ponerse en marcha con los enfermos y heridos tomando aguas arriba del Sarapiquí, con la bastante cautela para no ser visto este desfile por el enemigo. El baquiano para esta zafada fue el último buey y lo mandé poner adelante, pues por este camino había venido.

"Continuaban los filibusteros con sus fuegos, siempre briosos por el Norte y el Este. Yo se los contestaba flojos, por la falta de municiones. A esta hora mandé a los oficiales Tiburcio Echandi y Ambrosio Salazar, con un soldado, aguas arriba del San Juan hasta encontrar el vapor y avisar que desocupaba el puesto, para que se regresara, pues suponía que el vapor del Fuerte debía llegar y temía lo tomaran los filibusteros. Al anochecer puse en marcha la fuerza, quedándome en el campamento con el capitán Herra, Moya, Ramón Campos, Rafael Castro y unos asistentes. Echamos los cañones al agua, encendimos fogones bien encandilados y entre las siete y las ocho de la noche fuimos a alcanzar a la tropa. No nos costó poco encontrarla. Después de media noche alcanzamos la retaguardia. Hicimos alto y dormimos unas dos horas en la montaña".

En esta forma fue desalojada La Trinidad. Los costarricenses habían tenido siete muertos y once heridos, dos de éstos de gravedad.

El general José Joaquín Mora le había dicho a Blanco, verbalmente y con anterioridad, que en caso de una retirada se trasladase al Castillo Viejo. Pero, llegado el momento de la retirada, Blanco no pudo pasar al Castillo, no sólo porque no había camino, sino porque tampoco había víveres y, como decía Blanco, eso hubiera sido sacrificar la tropa exponiéndola a morir de hambre o en manos del enemigo.

Blanco, pues, tomó aguas arriba del Sarapiquí; llegó a las seis de la tarde del día 15 de febrero al lugar llamado el Muelle, desde donde le escribió al Presidente Mora y le envió el parte al Ministro de la Guerra. (21)

Con fecha 17 de febrero el Presidente Mora le contestó a Blanco, diciéndole: "Me impuse de su carta fecha 15 así como del parte que usted comunica sobre los motivos que le forzaron a retirarse de La Trinidad. Todo es de mi aprobación, y usted ha obrado conforme lo demandaban las circunstancias. Nada ha perdido usted de la buena opinión que siempre me ha merecido... Poco importa que tomen ese punto

(21) Este parte está publicado en el "Boletín Oficial", 18 de febrero de 1857.

mortífero, nos queda el Fuerte y el Castillo, etc. . . . Anime a su gente y dígales que no se aflijan, que pronto serán vengados en un nuevo combate. Desde que supe lo indefenso del punto, por su mala situación, esperé que no pudiéramos defenderlo contra fuerzas superiores . . ." (22)

Si bien el Presidente Mora veía con justa razón el retiro de aquellos hombres abnegados y valientes, el general José Joaquín Mora, por el contrario, calificó duramente a Blanco por esa acción, y en carta al Ministro de la Guerra, de fecha 26 de febrero, le decía que Blanco tenía ya la determinación de consumir tal hecho, y que por eso había apostado al subteniente Ambrosio Salazar en la orilla del río para avisar al comandante del vapor que no llegara (23).

Es evidente que el general Mora se expresaba así porque ignoraba totalmente las condiciones en que se encontraba Blanco en La Trinidad. Las suposiciones del general Mora estaban completamente equivocadas. En carta al Ministro de la Guerra, de fecha 24 de febrero, el general Mora le daba los siguientes datos: "En La Trinidad tenía Barillier 80 hombres, don Pío Fernández reforzó el puesto con 183, don Rafael Bolandi con 80, y yo a la primera noticia de haber sido atacado lo auxilié con 77 rifles escogidos, y buenos oficiales, que llegaron a tiempo de tomar parte en la refriega. Rebajando de este número 30 enfermos que en varias partidas han venido de allí a este Fuerte, restan 390 hombres que podían disponer de todas las municiones que por Sarapiquí se mandaban, y de una cantidad más que suficiente para sostener varios combates si no se desperdiciaban tirando al aire, que yo he enviado. Setenta de mis rifles han bastado a derrotar al enemigo en el Castillo que treinta hombres habían sostenido por cuatro o cinco días, me parece que en La Trinidad donde dejé todos los refuerzos que usted me destinaba, enviando además con mil dificultades, víveres, municiones, etc. debieron pasar los hechos de otro modo. Me lisonjeo con la esperanza de que Máximo Blanco habrá conocido su yerro, y lo habrá enmendado, porque es absolutamente necesario volver a ocupar La Trinidad a cualquier costo y con la prontitud posible, sosteniendo el puesto hasta acabar con los filibusteros del río, y abandonándolo después por las razones que he elevado ya a la consideración de usted . . ." (24).

Desgraciadamente todos estos cálculos del general Mora no se ajustaban a la realidad, pues Blanco sostuvo su último combate con cien hombres, que fueron los que le acompañaron en su retirada; la tropa se había menguado por enfermedades, desertiones, etc.

El P. Brenes dice en su Diario: "Algunos por aquel tiempo trataron de oscurecer la gloria del mayor Blanco a pretexto de su retirada de La Trinidad; pero si lo consideramos según las circunstancias en que se hallaban, lejos de merecer el menor cargo es digno de encomio. Con sólo quince tubos de rifle, último resto del parque, hizo la retirada".

(22) Archivos Nacionales. Expediente número 9239. Guerra y Marina.
(23) Archivos Nacionales. Expediente número 4792. Guerra y Marina.
(24) Archivos Nacionales. Expediente número 4792. Guerra y Marina.

6.— Inmediatamente que Blanco se retiró de La Trinidad, dicho lugar fue ocupado por los filibusteros, quienes se proponían desde allí realizar un ataque al Castillo Viejo con la seguridad de que caería también en sus manos.

Nuevos refuerzos filibusteros habían llegado al río, pero es algo bien sabido que la disciplina entre toda esa gente de Lockridge se había relajado, y que entre ellos había comenzado a cundir la desmoralización y desertaban día tras día muchos de los aventureros.

El general Mora, ignorando completamente la situación de Blanco, y en lugar de remitirle refuerzos, había dispuesto enviar a La Trinidad al coronel Jorge Cauty, para que de acuerdo con Blanco fuese a atacar a los filibusteros a San Juan del Norte.

Cauty salió del Fuerte el 13 de febrero en el vapor "Morgan", pero poco antes de llegar a La Trinidad encontró a los soldados que Blanco había mandado apostarse a la orilla del río para que avisasen de su retirada. El vapor entonces regresó, y llegó al Castillo Viejo a las seis de la mañana del domingo 15 de febrero, donde Cauty comunicó esas noticias al comandante Montes de Oca, agregándole que si le podía servir en algo, él se quedaría en ese lugar.

Montes de Oca, muy contento, aceptó el ofrecimiento, pues sabía que muy pronto iba a ser atacado por los filibusteros, y dadas las condiciones de Cauty, éste indudablemente habría de servirle de mucho. El "Morgan" regresó al Fuerte de San Carlos, y Cauty se quedó en el Castillo, cuya guarnición ascendía, según una publicación oficial, a 37 hombres. El Comandante Montes de Oca dice en su Diario (25) que en ese momento no había en la fortaleza más que 22 soldados, de los cuales Cauty tomó 12 para situarse en la trinchera que días antes había sido construida.

A las dos y media del lunes 16 de febrero se presentó a la vista del Castillo el vapor en que venían los filibusteros, y acercándose como a seiscientos varas, disparó un cañonazo que pasó sobre la fortaleza. Pero cuando esto sucedió, ya la tropa filibustera había desembarcado, porque en el mismo momento comenzaron a oírse los tiros disparados por ésta; pocos minutos después los filibusteros habían tomado posesión de las casas del Hotel y de la Compañía del Tránsito, situadas ambas al lado del muelle.

Desde luego, dadas las diferencias numéricas, el combate fue duro y desigual. Los filibusteros atacaban vigorosamente, dirigiendo un tremendo fuego sobre la trinchera y sobre el Castillo.

El señor Montes de Oca dice que sus soldados, para contestar el fuego, agachaban la cabeza al tiempo de disparar, y era evidente que en esa forma no podían ser efectivos sus disparos. Entonces les mandó que sólo cargasen los rifles, y él y el capitán Rafael Rojas, que era el segundo comandante, colocados cada uno en una tronera que debían haber sido hechas para situar cañones, se encargaron de contestar el fuego. Montes de Oca tuvo la precaución, en medio de los tiros, de tapar con ladrillos hasta una altura en que no le podían herir la cabeza, dejando sólo una pequeña tronera como de dos pulgadas en cuadro para introducir el extremo del rifle. Colocado de esa manera podía ver y disparar bien resguardado. Pero el capitán Rojas no quiso tomar esa

(25) Este Diario y el archivo particular de don Faustino Montes de Oca, se encuentran en manos de su nieta doña Sara María Quesada Montes de Oca de Obregón.

precaución, y fue muerto poco después de un balazo en la frente. También murió en la refriega el cabo Agapito Vega, nativo de Cartago.

Cerca del muelle estaba el vapor "Scott", y más arriba, el "Machuca"; y como ambos se encontraban en mal estado, Montes de Oca les había mandado a quitar ciertas piezas de la maquinaria (26). Pero, en previsión de que pudiesen caer en manos de los filibusteros, los había llenado de leña y zacate seco, todo empapado en alquitrán, y agarrás para prenderles fuego si fuere necesario.

Efectivamente, y desde el primer momento, el enemigo trató de apoderarse de los tales vapores, razón por la que los costarricenses los incendiaron.

Los filibusteros quisieron apagar el fuego de esos vapores, y lograron hacerlo con el "Scott", que era el que se encontraba más cerca del muelle, o sea, de las casas en que ellos estaban. Pero viendo Cauty lo que sucedía, se salió de su trinchera, y arrastrándose en cuatro pies hasta llegar al "Machuca" le aflojó las amarras hasta lograr que la corriente lo arrimase al otro vapor apagado. Los filibusteros soltaron entonces el "Scott", el cual se fue río abajo, con unos cuarenta hombres que habían subido a bordo, y se detuvo más adelante en unas piedras.

Pero el "Machuca" se había incendiado totalmente, y como quedó arrimado a la Casa de la Compañía del Tránsito, el fuego se propagó a ésta, y todos los edificios vecinos comenzaron también a arder furiosamente, por lo que los filibusteros tuvieron que irse a refugiar al monte vecino.

El incendio, desde luego puso en peligro al Castillo, pues allí se encontraban unas cincuenta cajas de parque, cubiertas por una tienda de campaña, y el fuerte viento del momento lanzaba hacia esa dirección gran cantidad de chispas, por lo que uno de los soldados tuvo que estar todo el tiempo sacando agua de un barril para echársela a la tienda, con lo cual se evitó que se produjese una explosión, cuyos efectos hubieran sido terribles.

A las cinco de la tarde las casas incendiadas habían sido distribuidas completamente, y entonces los filibusteros comenzaron a abandonar el terreno. Con el propósito de llevarse el vapor "Scott" que habían salvado del fuego, y el cual, como dijimos antes, se encontraba pegado en unas piedras a poca distancia, se reunieron dentro y en torno del vapor muchos filibusteros e hicieron grandes esfuerzos por despegarlo. Cauty disparó entonces hacia aquel grupo varios cañonazos, causándole al enemigo muchos muertos y heridos. No pudiendo los filibusteros despegar el vapor, optaron por dormir en él; pero, a las cinco de la mañana del día siguiente, Cauty volvió a cañonearlos desde el alto del Castillo, y en uno de los tantos tiros, el vapor se despegó, y la corriente lo fue alejando hasta que encontró al otro vapor que se encontraba más adelante, y desde el cual lo amarraron y remolcaron; todo esto fuera ya del alcance de los tiros de los costarricenses.

Ese día era martes 17 de febrero, y en los alrededores del Castillo todo volvió a quedar aparentemente tranquilo, por lo cual se procedió a enterrar al capitán Rojas y

(26) Al general Mora se le había comunicado días antes que los vapores estaban descompuestos, y éste había contestado en carta fechada el 31 de enero: "Cuidado con mandar por ningún pretexto a San Juan del Norte. Si ahí no tiene usted todo lo necesario para componer los vapores, prefiero que se queden así". (Archivo de don Faustino Montes de Oca).

al cabo Vega en el interior de la fortaleza. A más de estos dos muertos, habían quedado como resultado del combate tres soldados heridos, y dos soldados habían desertado.

Pero pocos momentos después, se inició un nutrido fuego desde la Loma situada detrás del Castillo, como a unos cien metros, conocida con el nombre de Loma de Nelson.

Los costarricenses corrieron inmediatamente a sus puestos, y desde ese momento el combate fue nutrido. El Castillo Viejo se encontraba sitiado por el enemigo, quien había tomado buenas posiciones, y estaba protegido por la vegetación vecina, razón por la que los costarricenses no podían verle. Pero los tiros que salían del monte denunciaban que los filibusteros eran muchos. Las horas fueron pasando y el combate no tenía trazas de terminar.

Entonces fue cuando Montes de Oca decidió pedir auxilio al Fuerte, y milagrosamente pudo enviar un bote con tres soldados que llegó allá a las doce del día siguiente con el mensaje que daba cuenta de la difícil situación del Castillo. Mora dispuso enviar inmediatamente una compañía de sesenta y dos hombres al mando de los capitanes Joaquín Ortiz y Jesús Alvarado, con dos cañones y bastantes municiones, ordenándoles acercarse al Castillo con precaución, asegurarse de la posición del enemigo, desembarcar la gente antes de llegar a la fortaleza, y dar una impetuosa carga al enemigo por el flanco y la retaguardia. Si se lograba derrotarle, asegurar la victoria, y si eso era imposible, "trepar a todo trance al nido de águilas donde Montes de Oca y Cauty se defendían" (27).

Debían, además, entregar en propia mano la comunicación del general Mora, fechada ese día 18, y que a la letra decía:

"Son las dos de la tarde y acabo de recibir sus partes de ayer. Doy a ustedes gracias en nombre de Centro América por su valerosa y noble conducta. Les envío parque y víveres. Denme noticia de su situación, y siempre que sean atacados, mándenme inmediatamente partes, para tomar providencias. Van sesenta y dos hombres bajo el mando de don Jesús Alvarado y don Joaquín Ortiz. Los valientes que con un puñado de hombres han sabido resistir, con este refuerzo son invencibles. Dios guarde a ustedes" (28).

Esta compañía llegó en la noche a las proximidades del Castillo en el vapor "Morgan", el cual se detuvo unos cinco kilómetros antes del mismo, y un bote fue enviado a hacer señales a los sitiados desde la orilla opuesta, pero aquéllos no contestaron nada.

En el Castillo se había mantenido el combate todo el día 17; cesó en la noche, para volver a continuar en la mañana del miércoles 18. Como a las doce de este día, se oyeron fuertes voces que venían del monte y llamaban al comandante del Castillo. Montes de Oca le dijo a Cauty que preguntase en inglés qué era lo que querían, y contestaron que pusieran bandera blanca para parlamentar, lo cual se hizo por parte de ambos bandos.

(27) "Diario de un Oficial del Ejército". "Boletín Oficial". 24 de marzo de 1857.

(28) Archivo particular de don Faustino Montes de Oca.

Entonces Titus mandó a decir a Montes de Oca que debía rendir el Castillo en el plazo de media hora, pues era imposible que pudiera defenderlo y era inútil que se derramase más sangre, agregando que a ellos les había llegado la artillería capaz de echar en tierra toda la fortaleza. Montes de Oca contestó negativamente, advirtiendo que tenía todo lo necesario para sufrir el sitio por mucho tiempo.

Montes de Oca tenía la seguridad de que de un momento a otro le llegarían los refuerzos que había pedido. Además, comprendió que los filibusteros lo que querían era una tregua, posiblemente para lograr salir del monte por la noche, pues no les debería agradar estar allí con tanta lluvia y sin abrigo. Esto de la tregua lo alegraba, pues podía dar tiempo a la llegada de los refuerzos.

Entonces les dijo que el Castillo sólo lo entregaría por orden del general Mora, y que para solicitarle dicho permiso, le diesen veinticuatro horas de tiempo a fin de esperar la contestación. Titus, ingenuamente, convino en esto.

En el Diario del señor Montes de Oca encontramos los siguientes interesantes detalles: "En seguida vimos salir de la Loma a algunos filibusteros que supimos eran oficiales, y Cauty me manifestó que le permitiera ir a hablar con ellos, a lo cual me opuse pues temía lo tomaran en rehenes y por eso quisieran exigirme la entrega forzosa del Castillo. Cauty me aseguró que tenía entera confianza en que no lo harían y que en caso que así sucediera que tirara sobre él mismo, lo cual le ofrecí, y lo habría cumplido. Fue pues con un oficial: fueron muy atentamente recibidos: hablaron de mi negativa y Cauty supo o malició que ellos esperaban auxilio; estábamos iguales, pero el nuestro llegó primero. Sería media noche cuando el centinela gritó: "Cabo de guardia, un vapor", y vimos una luz río arriba. Cauty conoció que era un bote porque tenía dos luces, una en popa y otra en proa, y al tomar otra dirección se veía que cambiaban. Supusimos que el vapor quedaría en el puente donde debía desembarcar la gente, como así fue, y el bote desapareció. Ya desde esa hora hasta los enfermos estaban alegres, y todos tomábamos nuestras *chispas*. Amaneció (qué feo es esperar) y ya eran las siete y nada de gente: fueron las ocho y nada tampoco. Ya desesperábamos, creíamos que por no haber hecho alguna señal habrían creído que ya el Castillo estaba en poder de los filibusteros y que se habrían regresado. Como ya eran las nueve nos sentamos a almorzar, cuando de repente oímos una descarga de muchos fusiles sobre la Loma de Nelson, cuyas balas rompieron la tienda bajo la cual almorzábamos y hubiéramos creído que los filibusteros nos atacaban de nuevo si no oyéramos en seguida el grito guerrero entonces de "Viva Costa Rica", cuyo grito se aumentaba con los otros que iban subiendo la Loma; parecía que eran quinientos hombres. Los filibusteros corrieron montaña adentro por diferentes direcciones, dejando armas, parque, víveres, etc."

Apresuradamente muchos filibusteros trataron de salvarse en el vapor "Rescue", que se encontraba a alguna distancia, siendo el coronel Titus uno de los que pudo salvarse de esta manera. En el campo quedaron abandonados los cadáveres de dos filibusteros; del lado de los costarricenses hubo sólo un soldado muerto.

De los filibusteros que huyeron por la montaña no se volvió a saber más y posiblemente murieron de hambre entre montes y pantanos. El licenciado Eze-

quiel Herrera nos dice en su Diario (29) que en los últimos días de febrero fue capturado un filibustero en la montaña vecina al Castillo, el cual fue enviado al general Mora que se encontraba en el Fuerte de San Carlos, donde también se hallaba el mismo señor Herrera; agrega que este filibustero llegó a dicho Fuerte en el vapor "Morgan" en la madrugada del 1º de marzo, y que inmediatamente se dispuso su ejecución; el P. Francisco Calvo le dio los auxilios espirituales, y a las once de la mañana de ese día se le fusiló (30).

En relación con la destacada actuación del coronel Cauty en la defensa del Castillo, el comandante Montes de Oca consignaba las siguientes palabras: "Costa Rica le debe mucho a Mr. Cauty: yo quisiera que todo costarricense fuera como él: es todo un patriota infatigable y sobre todo un valiente: me admiro de verlo vivo pues el domingo debió haber muerto veinte veces. Aunque es un teniente coronel y no venía destinado a este punto cuando regresó de La Trinidad me dijo: yo me quedo aquí bajo sus órdenes; mándeme usted. En efecto, nadie es más obediente ni más activo que él: pero tampoco aquí hay otro a quien quieran tanto" (31).

7.— Después del fracaso sufrido en el Castillo, los filibusteros se situaron en la isla llamada de Petrona, en la boca del San Carlos, situada río abajo y a pocos kilómetros de la fortaleza. Allí Lockridge hizo algunas obras de defensa, y también un albergue para protegerse del mal tiempo. El mismo Walker confiesa que el rechazo de carácter vergonzoso sufrido en el Castillo aumentó la desmoralización de la tropa filibustera que estaba en el río e hizo aumentar también las deserciones. Los aventureros vieron de mala manera a Titus, como el mayor culpable del fracaso y ante tanta hostilidad éste tuvo que abandonar el campo (32).

En los días posteriores llegaron al río San Juan nuevos refuerzos para los filibusteros, todos soldados de excelente calidad y con magnífico equipo. Era necesario realizar un gran esfuerzo para apoderarse nuevamente del Tránsito, y desde los Estados Unidos se prestaba efectivo apoyo a esta tentativa. Walker dice que "durante las tentativas que hizo Lockridge para reabrir el Tránsito, los esfuerzos de los amigos de Nicaragua en los Estados Unidos fueron más activos y fructuosos que en todo tiempo anterior. Los Estados del Sur, convencidos de que les era imposible llevar esclavos a Kansas, estaban dispuestos a concentrar sus trabajos en Centro América; y los hombres que fueron al San Juan, no sólo eran de buena calidad, sino que se les proveyó de pertrechos y equipos excelentes. Si este esfuerzo y estos gastos se hubiesen hecho tres meses antes, los americanos habrían quedado establecidos en Nicaragua de manera inmovible" (33).

Al comenzar el mes de abril juzgó Lockridge que podía intentarse nuevamente otro ataque al Castillo Viejo, y el día 2 de ese mes, con unos cuatrocientos hombres, se

(29) Este Diario está publicado en la "Revista de los Archivos Nacionales", año XX, pág. 122 a 128.

(30) En carta del general José Joaquín Mora al Ministro de la Guerra, fechada el 12 de marzo de 1857, le dice: "Adjunto la declaración que se le tomó a un filibustero cogido en el Castillo y fusilado aquí". Archivos Nacionales. Expediente número 4787. Guerra y Marina.

(31) Carta a don Lorenzo Montes de Oca, de 21 de febrero de 1857.

(32) Walker, "La Guerra de Nicaragua", pág. 326.

(33) Ibid, pág. 330.

acercó a la fortaleza, y habiendo desembarcado antes de llegar a ella, caminó por entre el monte hasta aproximarse a la Loma de Nelson. Ese cerro dominaba no solamente al Castillo, sino también sus alrededores, y los costarricenses lo tenían ocupado y bien fortificado.

Dice Walker que los filibusteros, después de observar la posición de las fuerzas costarricenses, consideraron que era peligroso realizar el ataque, y decidieron retirarse. Pero en verdad la realidad fue otra. Cuando los filibusteros trataron de atacar el Castillo, fueron enérgicamente rechazados, y dándose cuenta de que era imposible para ellos apoderarse de la fortaleza, sólo pensaron en retirarse de aquellos sitios lo más rápidamente posible, ante el temor de ser aniquilados por los costarricenses. Entonces creció la desmoralización entre los soldados filibusteros, y la mayoría de éstos opinó por abandonar definitivamente la empresa y por salir lo más pronto del río. "Era evidente, dice Walker, que el esfuerzo para reabrir el Tránsito había fracasado por completo". (34)

El desaliento y la desmoralización se multiplicaban entre aquellos aventureros norteamericanos; y muchos de ellos, sin aguardar el vapor, se fueron en balsas hacia San Juan del Norte. Del estado de ánimo de aquellas gentes en ese momento, son buena evidencia las palabras de Walker, cuando dice: "Aquella muchedumbre poseída de pánico se creía perseguida de cerca por los costarricenses, y la desesperación de salvarse que cada cual tenía aumentaba el miedo de los demás". (35)

Lockridge, con grandes esfuerzos, logró retener un buen grupo de sus hombres, a todos los cuales embarcó en los dos vapores que llevaba; pero cuando el "Scott", que era uno de ellos, pasaba cerca de la boca del río Sarapiquí, estalló su caldera y quedó el barco completamente destrozado. A consecuencia de este accidente hubo un buen número de muertos, y más o menos unos ochenta hombres quedaron seriamente quemados, siendo éstos trasladados en el otro vapor a San Juan del Norte. Este suceso acabó de desmoralizar a los filibusteros, y cada uno, como pudo, corrió desesperadamente hacia el puerto que en aquellos momentos se presentaba como un refugio salvador.

8.— Enterado el general Mora y demás jefes militares que le acompañaban del mal éxito que había tenido la expedición de Lockridge, se dispuso que el coronel Jorge Cauty fuese con una fuerza hasta San Juan del Norte, con el propósito de perseguir a los filibusteros e impedir que se organizaran nuevamente.

Cauty salió del Castillo Viejo en la madrugada del 9 de abril, y llegó a las cinco de la tarde de ese día cerca de la boca del río Sarapiquí, donde se detuvo, mientras el mayor Daniel Escalante y el capitán Jesús Alvarado, con una compañía, iban a inspeccionar el punto de La Trinidad. Estos ocuparon dicho punto con rapidez, habiendo encontrado allí solamente cinco filibusteros desertores que en dicho momento se entretenían en hacer tiros al blanco; uno de ellos fue muerto, otro herido, y los tres restantes capturados.

El día 11 llegó Cauty a San Juan del Norte, y observando que allí se encontraba anclado uno de los vapores del río, el vapor "Clayton", que los filibusteros habían arregrado para su uso, se apoderó de él sin ninguna dificultad.

Varios barcos de guerra ingleses se encontraban en el puerto, y sus oficiales mostraron mucha cordialidad para los costarricenses; el jefe de aquella flota, el Comodoro John Erskine, invitó a Cauty a una entrevista, y en ella le explicó que la mayoría de los aventureros norteamericanos que se hallaban en aquel puerto deseaba acogerse a la Proclama del Presidente de Costa Rica para regresar lo más rápidamente a los Estados Unidos; la situación de todos esos soldados era digna de lástima, pues había entre ellos enfermos y heridos, y todos se encontraban en la mayor miseria. Finalmente, Erskine propuso a Cauty un arreglo para favorecer la pronta salida de esa gente hacia los Estados Unidos, en lo cual el oficial costarricense estuvo de acuerdo. Reunidos ambos, a bordo de uno de los barcos ingleses, junto con el señor Joseph N. Scott quien había sido en ese lugar el Agente de la Compañía del Tránsito y uno de los más activos colaboradores de Walker, suscribieron el siguiente acuerdo:

"A bordo del "Orión", buque de S. M. Británica, enfrente de Greytown, abril 13 de 1857.

"Deseando de parte del Gobierno Británico que acabe la destrucción de vidas y propiedades que se puede aguardar, en caso que continuara el actual estado de cosas en esta vecindad, estoy pronto o (en caso que el coronel George F. Cauty, del ejército costarricense, y actualmente al mando de las fuerzas que obran en el río San Juan, y el señor Joseph N. Scott, agente de los señores Carlos Morgan e hijos, convengan en las condiciones siguientes) a llevar los hombres últimamente bajo el mando del coronel S. A. Lockridge, a Aspinwall (36), con la intención de que vuelvan a los Estados Unidos, lo que ellos mismos me han rogado haga.

"1°— El señor Joseph N. Scott (como agente de la casa de Carlos Morgan e hijos, de Nueva York) girará una letra contra dicha casa, por la suma a que ascienda el valor del pasaje de dichos hombres de Aspinwall a cualquier puerto de los Estados Unidos a que los vapores americanos se dirijan: dicha letra será endosada por el coronel George F. Cauty de parte del Gobierno de Costa Rica. En garantía del pago de dicha letra la propiedad, de la cual la lista adjunta es un inventario, será puesta en depósito en los

(36) Este nombre de Aspinwall merece una explicación. Al construirse en Panamá un ferrocarril interoceánico, a mediados del siglo pasado, se escogió como punto terminal en el Atlántico la isla de Manzanillo, en la bahía de Limón, cerca de la desembocadura del río Chagres. Es lógico que al convertirse ese punto en el principal puerto de Panamá en el Atlántico, surgió inmediatamente allí una nueva población, la que fue bautizada con el nombre de Cosurgió por la Asamblea Legislativa de Panamá, aceptando la sugestión que en ese sentido hizo don Mariano Arosemena Quezada. Pero sucedió que los ciudadanos norteamericanos que habían trabajado en la construcción del ferrocarril empezaron a llamar al nuevo puerto con el nombre de Aspinwall, en homenaje a Mr. William H. Aspinwall, principal constructor de ese ferrocarril. El 27 de febrero de 1852, al ser colocada la piedra angular del primer edificio de mampostería, el ciudadano colombiano don Victoriano de D. Paredez, propuso públicamente se bautizase la ciudad con el nombre de Aspinwall, lo cual fue acogido con gran entusiasmo por los presentes, y desde ese momento se hizo popular el nombre en los Estados Unidos y en el extranjero. Sin embargo, el pueblo panameño rechazó ese nombre, considerando que la nueva ciudad estaba ya bautizada con el nombre de Colón. Tiempo más tarde, el Gobierno de Colombia, respaldando el sentir de los panameños, ordenó a las oficinas de correo de su país rechazar toda la correspondencia en que constara el nombre de Aspinwall en vez del de Colón. (Datos tomados de la "Historia de Panamá", de Castillero y Arce, página 78).

(34) Walker, obra citada, pág. 328.

(35) Ibid, pág. 329.

CAPITULO XI

1. Los aliados se trasladan a San Jorge. 2. Pleitos entre los generales centroamericanos. 3. El Presidente Mora decide intensificar la lucha contra los filibusteros. 4. Ataques de los filibusteros a San Jorge. 5. Combate del 5 de marzo. 6. Se nombra al general José Joaquín Mora general en jefe. 7. Los centroamericanos atacan y sitian la ciudad de Rivas. 8. Mediante la intervención del capitán Davis, Walker entrega la plaza de Rivas. 9. Críticas que se han hecho al general Mora por la capitulación del 1° de mayo.

1.— Cuando Walker ocupó a Rivas las fuerzas centroamericanas se encontraban concentradas en Nandaime, pero los jefes aliados, al conocer las noticias de la toma de los vapores y las fortalezas del río San Juan por las fuerzas costarricenses, dispusieron abandonar la plaza y trasladarse al puerto de San Jorge, que les permitía fácil comunicación con el general José Joaquín Mora y, además, porque también desde allí había una rápida comunicación con Costa Rica a través del puerto de Tortuga.

Así fue como el 25 de enero de 1857 salió el ejército aliado de Nandaime, y después de haber tenido ligeras escaramuzas con avanzadas filibusteras, llegó a las siete de la noche del 28 de enero al puerto de San Jorge. En ese momento, las fuerzas centroamericanas estaban constituidas así: 200 hombres al mando de Xatruch; 1.300 al mando de Zavala; 450 a las órdenes de Chamorro, y 500 al mando de los generales Cañas y Jerez. Inmediatamente que llegaron a San Jorge se dieron todos a la labor de fortificar algunos puntos y de construir trincheras, ya que estando los filibusteros en Rivas, lugar muy próximo, era muy posible un ataque por parte de éstos. En relación con estos trabajos de fortificación, escribió Walker en su obra: "La rapidez con que los soldados centroamericanos construyen barricadas es casi increíble; una larga práctica los ha hecho en esto más diestros que el mismo populacho de París". (1)

2.— Los jefes militares centroamericanos continuaban mientras tanto peleándose entre ellos, lo cual era en aquellos momentos no sólo un bochorno, sino una enorme falta de responsabilidad que traía como consecuencia el desorden entre las fuerzas de sus mandos y la ineficacia de los ataques que se emprendían contra los filibusteros, ya que no existía ningún plan militar coordinado ni colaboración de ninguna clase (2). Los filibusteros, por su parte, enterados de tales rivalidades y rencillas, lógicamente se aprovechaban de ellas.

(1) Walker, obra citada, pág. 340.

(2) Para ser justos diremos que los únicos jefes militares que no participaron de estos pleitos, manteniéndose ajenos a estas rivalidades e intrigas, fueron los generales Cañas y Jerez.

Este cuadro de pleitos e intrigas era verdaderamente desconsolador. Nunca debió haber estado Centro América tan unida como en la época de la guerra contra los filibusteros, en que peligraba seriamente su independencia y su autonomía. Sin embargo, en el teatro de la guerra fue imposible esa unión. Los generales centroamericanos mostraron una antipatriótica conducta, y en su afán de rivalizar y pelear entre sí, cometieron las más de las veces actos arbitrarios que pusieron en peligro la causa centroamericana, o, por lo menos, retardaron el triunfo (3).

El historiador Gámez nos dice que "parece increíble que tres mil hombres de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, no pudieron impedir en veinte días el incendio de Granada ni capturar la gavilla de malvados que consumaba la destrucción de la ciudad". (4)

Como resultado de las rencillas se retiró el general Belloso con su gente, en forma precipitada, del combate de Granada; y después de estar unos días en Masaya, se trasladó a León y abandonó totalmente la campaña.

El gobierno provisorio de Nicaragua, con el propósito de procurar que se eliminasen las rencillas entre los generales centroamericanos, convocó a éstos a una reunión que tuvo efecto el 24 de diciembre de 1856 en la casa del Gobierno, en la ciudad de León. Asistieron a dicha reunión el presidente Patricio Rivas y sus Ministros los señores Sebastián Salinas, Pedro Cardenal, Nicasio del Castillo y Francisco Baca, y los generales Ramón Belloso, Víctor Zavala, Tomás Martínez y Manuel G. Bosque.

En forma muy gráfica nos ha descrito el historiador Jerónimo Pérez aquella ineficaz y ridícula reunión. Oigamos sus palabras:

"Mucho tiempo estuvieron sentados sin hablar palabras, y el público, impaciente, deseaba saber cuál era el objeto de la reunión. Era la prueba de que no tenía ninguno importante y que eran puras mezquindades, dignas más bien de ocultarse que de darse a luz, las que habían determinado aquella gran reunión.

"El Presidente Rivas, nulo en sí, y más nulificado por el hábito de servir de simulacro, no hablo palabra; ni siquiera indicó el objeto de la conferencia, ni excitó a ninguno para que la iniciase. Tenía un pañuelo en la mano, con el cual estuvo distraído haciendo y deshaciendo figuras, hasta que terminó aquella pueril escena.

"El Ministro Salinas rompió por fin el silencio con un discurso largo, lleno de repeticiones, excitando a los jefes a volver a la campaña y ofreciendo que él mismo estaba pronto a dejar el Ministerio y acompañarles de soldado raso. Comenzó y terminó su peroración con estas palabras: "¿Qué hacen los generales aquí? ¿Por qué no están haciendo la guerra? Esto preguntan todos: las esposas a los esposos, las hijas a las madres, etc., etc."

(3) Así, por ejemplo, el general Belloso, al retirarse inusitadamente de Granada, y conociendo que los generales Cañas y Jerez se encontraban en Rivas, protegiendo esa importante plaza, le ordenó a Jerez que la abandonase con sus fuerzas y se trasladase a Masaya, y a Cañas que saliese de la misma ciudad y regresase inmediatamente a Costa Rica. En esos momentos, Walker se encontraba en San Jorge, y por lo tanto la ocupación de Rivas era de una importancia primordial. Como Belloso había sido nombrado también jefe de las fuerzas de Nicaragua, Jerez no tuvo más remedio que obedecer, y salió de Rivas en la madrugada del 16 de diciembre. El general Cañas se negó a regresar a Costa Rica, y no pudiendo permanecer en Rivas, con su reducida fuerza, dispuso acompañar a Jerez y lo siguió a Masaya. En esta forma Walker pudo ocupar la ciudad de Rivas sin ninguna dificultad.

(4) Gámez, Jose Dolores, "Historia de Nicaragua", pág. 687.

"Zavala contestó: "Que las hijas, si son jóvenes y hermosas, me lo pregunten a mí: y las nanas (5), si viejas o feas, al señor Ministro".

"Era tal la degradación de aquel Poder, que no hubo una voz que reclamase el orden en virtud de la concurrencia y de la seriedad del acto; y antes bien se celebró con risas la jocosidad del mencionado jefe.

"Belloso dijo que no estaba dispuesto a volver a la campaña, porque los otros jefes le criticaban, no sólo sus operaciones, sino hasta su *modo de hablar*; que no le llamaban por su nombre o apellido, sino por apodos difamantes, y era porque le decían *Nana Belloso* para presentarle cobarde como una vieja. Por este orden expuso otras nimiedades, que quisiéramos sepultar en el olvido, y de que no haríamos mención; si no fuera que dichas puerilidades ejercieron una gran influencia en la malandanza de la guerra nacional y aun pusieron al país al borde de su ruina.

"Estas especies las negaron los otros jefes, y las atribuyeron a personas mal intencionadas que sembraban la cizafia entre ellos, de suerte que después de estas explicaciones se encontraron compañeros con la inteligencia más cordial. Para ostentarla proyectaron un paseo en las calles, que se verificó el día siguiente en la tarde.

"Belloso, en medio de Martínez y Zavala, iba adelante; en seguida los ayudantes respectivos y a continuación otros Jefes de Estado Mayor, en grupos, confundidos con varios ciudadanos de importancia que fueron convidados.

"También publicaron un manifiesto (fecha 25 de diciembre) firmado por Belloso, Zavala, Martínez y Bosque, diciendo que habían ido a León a convenir con el Gobierno en un plan fijo para terminar la campaña y que no se trazó al principio por la violencia con que fue iniciada. Asimismo que llevaron el objeto de ostentar la armonía que reinaba entre ellos y que sin duda los enemigos se habían propuesto romper por medio de chismes y otros medios reprobados.

"Pero hasta allí llegó la armonía de estos jefes: todo lo que habían dicho y publicado estaba desmentido con la notoriedad de los acontecimientos; no trazaron tal plan de campaña, ni reinaba la menor amistad entre ellos. Belloso no volvió a la campaña, ni el resto de las fuerzas que tenía en dicha ciudad". (6)

"Durante las divisiones de los jefes aliados —dice el historiador Gámez— Walker reforzó considerablemente su ejército y lo llenó de confianza. Walker fortificó muy bien Rivas, arregló su artillería y estableció un taller de fundición para fabricar balas de cañón". (7)

El diario oficial de Costa Rica hacía en esos días los siguientes comentarios: "Tenemos que deplorar la desunión de algunos señores jefes: desunión que no dudaremos en calificar de muy criminal por los que la hayan promovido. Una causa sagrada es la que nos ha unido, y todo debe ceder, todo resentimiento debe sofocarse a la voz del honor y de la patria. A favor de ese lamentable desacuerdo Walker se ha mofado y los ha batido en detalle, en esa Granada reducida a escombros. A favor de

(5) En Centro América, con excepción de Costa Rica, se usa este vocablo para significar madre, niñera, nodriza.

(6) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas Completas", págs. 299 a 301.

(7) Gámez, obra citada, pág. 679.

esas rivalidades, de esas rencillas, de esa discordia funesta, un puñado de filibusteros ha resistido, rechazado, y por último burlado los fríos y desordenados ataques de dos mil quinientos hombres". (8)

El general Cañas había llegado a Masaya con el propósito de darse cuenta exacta de lo que sucedía, y como tenía un gran espíritu conciliador, esperaba realizar gestiones para armonizar a los generales y convencerlos de que eligiesen un jefe supremo.

Efectivamente, el 6 de enero de 1857 se verificó una reunión en Masaya, a la cual asistieron Cañas, Xatruch, Jerez, Martínez y Zavala, con el objeto de escoger entre ellos quién debía ser este jefe supremo del ejército aliado, y por votación resultó elegido el general Florencio Xatruch. Inmediatamente se redactó un acta de compromiso, la cual firmó Zavala sin restricción; Cañas dijo que él la firmaba y se comprometía con mucho gusto, pero que ese compromiso no obligaría a cualquier otro jefe militar costarricense que llegase a sustituirlo; Jerez dijo que la firmaba *ad referendum*, porque él era subalterno del general Belloso, y era necesario que éste desde León lo autorizase; Martínez, muy disgustado por todas estas restricciones, dijo que él no firmaba el documento. Por lo tanto, la reunión no dio ningún resultado y todo quedó como estaba antes.

Un día después de esta reunión, Cañas le escribía una carta a su cuñado el general José Joaquín Mora, y le decía:

"Costa Rica es el único Estado que ha hecho mucho. Todo lo demás es nada. Las acciones de Masaya y Granada son una vergüenza. La desunión que reina en los ejércitos es una desgracia. De ahí vino la disolución del ejército, disolución efectiva. El gran ejército de Guatemala está reducido a trescientos hombres, el de Martínez a igual número, el del Salvador y Nicaragua a nada porque no quedó un solo soldado. El de Honduras a ochenta hombres. De manera que lo más bien parado que hay es la división que yo mando que tiene seiscientos hombres. El caso es que Zavala está de parte de los legitimistas y Belloso de la de los democráticos. Yo soy el único imparcial pero no quiero mandar en jefe este barullo si no se someten formalmente". (9)

Belloso no volvió más de León, y pronto regresó al Salvador, y Martínez se separó de los demás generales y se fue con su gente a la ciudad de Granada, donde prácticamente organizó un gobierno personal.

El periódico oficial costarricense volvía a decir unos días más tarde: "El campo de los aliados centroamericanos ha estado a punto de presentar la imagen de otro campo de Agramante: el espíritu de partido, lastimosas preferencias, desacuerdos repetidos y, por último, la división fatal, disolvió los ejércitos, ya diezmados por las enfermedades y la guerra. Al llegar el general Cañas trabajó en cuanto pudo por restablecer la salvadora unidad de los jefes y las tropas, y no fue poco lo que consiguió en el irritable e irreconciliable estado en que algunos se hallaban". (10)

Cañas logró el 23 de enero reunir a los otros generales que estaban en Nandaime, y en dicha reunión se acordó designar general en jefe a don Florencio Xatruch, y se

(8) "Boletín Oficial", 3 de enero de 1857.

(9) Archivos Nacionales. Expediente número 4784. Guerra y Marina.

(10) Boletín Oficial, 4 de febrero de 1857.

redactó un acta que en esta oportunidad todos firmaron sin restricciones. Xatruch aceptó y organizó su Estado Mayor en esta forma: Máximo Jerez, segundo jefe; J. Víctor Zavala, mayor general; Fernando Chamorro, cuartel maestro; y José María Cañas, inspector general.

El nombramiento del general Xatruch no fue bien visto por los demócratas de Nicaragua porque, según ellos, él simpatizaba y apoyaba a los legitimistas. Seguía pues la política interna metida en el problema militar de la guerra contra los filibusteros.

Tampoco se terminaron allí las diferencias entre los generales. Belloso desapareció de la escena a mediados de febrero y se trasladó a su patria, y como había sido nombrado general en jefe del ejército de Nicaragua, el presidente Rivas dictó un Decreto el 26 de febrero, nombrando al general José María Cañas jefe interino del ejército de la República de Nicaragua.

Don Ricardo Fernández Guardia nos dice que el general Cañas, en carta fechada el 16 de febrero, le decía al presidente Mora: "Nos equivocamos en la elección del general en jefe, porque unido al de Guatemala, la voluntad de éste es la que prevalece. Veo ya la razón por qué en Granada quedaron tan desolucidos los generales aliados". Esta incompetencia del mando en jefe, sigue diciendo el señor Fernández Guardia, lo tenía tan exasperado, que apartándose de su habitual ecuanimidad añade que estaba a punto de desligarse del convenio de Nandaime, para seguir guerreando por separado en unión de las tropas del Gobierno de Nicaragua que mandaba el general Jerez; pero no lo hizo, porque Cañas era un gran patriota. Celos mezquinos y vanidades ridículas impidieron que se le diese a Cañas el mando en jefe del ejército centroamericano. Si este lamentable error no se hubiera cometido, la guerra habría terminado antes y con más lucimiento para los Aliados; porque Cañas era sin disputa el mejor general de todos los que pelearon contra Walker en Nicaragua" (11).

3.— En los Estados Unidos se habían verificado elecciones y había triunfado Mr. James Buchanan, a quien se suponía unido al elemento que aspiraba no sólo a fraccionar los Estados Unidos, separando los Estados del Norte de los del Sur, sino también a engrandecer a éstos últimos con anexiones centroamericanas. Por tal razón, el presidente Mora creía firmemente que Buchanan, cuyo período se iniciaba el 4 de marzo, iba a favorecer abiertamente a Walker, y por eso se propuso activar las operaciones militares para destruir el filibusterismo en Nicaragua.

Mora acreditó misiones especiales ante los gobiernos de Guatemala y El Salvador. Al primer país fue el doctor Pedro Gálvez (12), quien pocos resultados efectivos obtuvo, y a El Salvador fue el doctor Lorenzo Montúfar, quien firmó el 13 de marzo una convención por medio de la cual el gobierno de El Salvador se comprometía a mantener en Nicaragua un mínimo de 1500 hombres, y a que esas fuerzas estuviesen en el teatro de la guerra antes del 1º de abril siguiente.

En virtud de este compromiso salió de El Salvador una columna de setecientos hombres a las órdenes del general Domingo Asturias, quien llegó a León el 14 de abril;

(11) Fernández Guardia, Ricardo, "Cosas y Gentes de Antaño", págs. 417 y 418.

(12) El doctor Gálvez había llegado a Costa Rica como ministro plenipotenciario del Perú, y Mora aprovechó su viaje a Guatemala para encargarlo de esa misión diplomática.

pero una vez en esa ciudad no quiso seguir adelante, negándose a poner dichas fuerzas a las órdenes del general en jefe don José Joaquín Mora, a pesar del requerimiento de éste, alegando para ello que debía de esperar en León a su jefe el general Gerardo Barrios, quien venía al mando de otro ejército. Pero sucedió que Barrios llegó a León después de que Walker había capitulado. En esa forma el general Asturias se encargó de violar el pacto firmado, e hizo alejarse a los salvadoreños "de una parte honrosa en el triunfo de la causa centroamericana", como dice el doctor Montúfar. (13)

4.— Walker comprendió que las fuerzas centroamericanas habían situado su Cuartel General en el puerto de San Jorge, porque esperaban recibir allí refuerzos con facilidad, y entonces decidió atacarlas antes que pudieran éstas aumentarse.

En efecto, el 29 de enero, a las diez de la mañana, se presentó el general Henningsen en los alrededores de la población e inició un ataque contra el campamento aliado. Su primer embestida fue impetuosa y duró dos horas, defendiéndose los centroamericanos con gran decisión. Walker dice en su relato que debido a "una mala inteligencia de las órdenes de Henningsen, Sanders, quien era el segundo comandante, quedó separado con su gente del resto de la fuerza, y que de allí se originó un desorden entre los filibusteros. Por tal motivo, y además porque los americanos habían sufrido mucho a causa del fuego de los centroamericanos, Henningsen mandó que se retiraran a unos plataneros a cierta distancia de la población." "Según parece, agrega Walker, varios de los oficiales habían bebido demasiado licor durante la mañana y no entendieron bien las órdenes que se les dieron". (14)

Encontrándose los filibusteros en dichos plataneros se dispuso enviar allí una columna a las órdenes del mayor Tomás Guardia, comandante del batallón de Liberia, con el propósito de que los obligase a desalojar dichos terrenos. Los filibusteros hicieron uso de su artillería y atacaron fieramente a los costarricenses, de cuyo ataque salió Guardia herido de gravedad en ambas piernas. Inmediatamente el coronel José Bermúdez, al mando de otra fuerza, vino a reforzar a Guardia; pero también este jefe y varios de sus soldados fueron heridos. Por este motivo, y por cuanto era imposible hacerle por más tiempo frente al enemigo, los centroamericanos se reconcentraron nuevamente en San Jorge. Al ver los filibusteros que aquellos se retiraban, se animaron y emprendieron una nueva y más rigurosa carga contra San Jorge, pero sus esfuerzos se estrellaron ante la tenaz defensa de los aliados, y al comenzar la noche se retiraron los filibusteros hacia Rivas, Walker dice que los americanos tuvieron unas ochenta bajas entre muertos y heridos. En cuanto a los aliados, según Cañas, tuvieron ocho muertos y treinta y tres heridos.

Seis días más tarde, en la madrugada del 4 de febrero, y cuando los centroamericanos dormían en San Jorge, Walker entró en esa población con doscientos hombres. Eran las cuatro de la mañana cuando los filibusteros iniciaron su ataque, el que por ser tan sorpresivo desconcertó en el primer momento a los centroamericanos.

Walker se había situado en una iglesia llamada de la Merced, y desde allí había mandado una compañía a tomar una trinchera colocada en el ángulo Nordeste de la plaza, la cual estaba defendida por tropas liberianas al mando del mayor Clemente Cantón (15) quien fue herido, lo mismo que muchos de sus soldados, de los cuales murió el oficial Mercedes Mayorga. La trinchera, desde luego, fue tomada por el enemigo.

Pero sucedió que en ese momento el general Agustín Hernández, con tropas guatemaltecas, atacó a los filibusteros por la retaguardia, causando confusión en las filas enemigas, lo cual aprovecharon las demás tropas centroamericanas, repuestas ya de la sorpresa, para recuperar el punto perdido y cargar contra los filibusteros. En la acción salió herido el general Máximo Jerez.

La defensiva de los centroamericanos fue tan denodada que los filibusteros se retiraron hacia Rivas, a donde llegaron a las cuatro de la mañana.

"Así se salvó el ejército aliado —dice don Jerónimo Pérez— del peligro más grave que hasta entonces había corrido" (16).

Tres días más tarde, o sea en la madrugada del 7 de febrero, salió Henningsen para San Jorge con el propósito de cañonear a los centroamericanos. Llegó hasta unas ochocientas varas de la población, y allí se detuvo y comenzó a levantar una especie de parapeto con cajas de madera llenas de tierra, trabajo en el cual los filibusteros no fueron molestados por los centroamericanos que los observaban a corta distancia.

Terminados los trabajos de ese terraplén, transcurriría todavía un buen rato en que los filibusteros parecían no tomar ninguna actitud. Los aliados, por su parte, creyendo que los filibusteros esperaban a que ellos saliesen de la población para atacarlos, se quedaron a la expectativa.

Como a las ocho y media de la mañana los hombres de Henningsen comenzaron a disparar su artillería dirigiendo sus fuegos hacia la trinchera y hacia las casas de la población, causando bastantes destrozos materiales, pues las balas estaban hechas de plomo con pedazos de hierro adentro, de manera que al estallar producían el efecto de metrallas (17).

Después de algo más de dos horas de sostener su cañoneo, los filibusteros suspendieron el fuego, y sin intentar el asalto de la población, se regresaron a Rivas de muy buen humor pues ninguno había sido herido (18).

(15) Natural de Rivas pero al servicio del ejército costarricense.

(16) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas", pág. 319.

(17) Walker había instalado en Rivas una fábrica de balas de cañón bajo la dirección de Swingle, y para eso se recogieron y fundieron las campanas de varias iglesias a más de todo el hierro que se pudo conseguir en las vecindades (Walker, obra citada, pág. 347).

(18) Stout nos da en su obra un detalle curioso, cuya fuente no menciona, y el cual no puede asegurarse que sea verídico. Hablando de este combate, dice: "El general Cañas, comandante costarricense, tuvo una oportunidad para comunicarse con el general Walker, dirigiéndole una nota, unos días después, en la cual le manifestaba que el cañoneo había matado tres rees, con lo cual ahorró al carnívoros algunas molestias, y que sus hombres habían recogido cincuenta balas rasas, las cuales se las devolvería con placer al poco tiempo". (Peter F. Stout, "Nicaragua": Pasado, Presente y Futuro", traducción de Alberto Canales, Managua, Nicaragua, Capítulo XX).

(13) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII.

(14) Walker, obra citada, pág. 341.

Un nuevo ataque filibustero a San Jorge se verificó el día 16 de marzo. Walker acompañado de Henningsen, y llevando cuatrocientos hombres y piezas de artillería, llegó hasta corta distancia de la población, y a las seis de la mañana comenzó a disparar sus cañones, sosteniendo desde ese momento un fuego continuado. Los centroamericanos salieron en repetidas ocasiones de la población y dieron cargas terribles al enemigo.

Cuando ya se le iban a terminar las municiones, Walker dispuso el regreso a Rivas, pero en el camino se encontró con las fuerzas del general Jerez, quien había ocupado la hacienda Cuatro Esquinas, más o menos a una milla de Rivas. Allí se empeñó un nuevo combate con el que los filibusteros se desorganizaron, y en pequeños grupos se dirigieron rápidamente a Rivas, no por el camino real, sino por dentro de los terrenos de las haciendas.

El general Cañas dice que el enemigo debió de haber disparado unos cuatrocientos cañonazos que por fortuna causaron pocas víctimas. Los centroamericanos tuvieron en total 36 muertos y 96 heridos; y los filibusteros 17 muertos y 59 heridos. Este ataque fue el último que Walker hizo a los centroamericanos, y en adelante se mantuvo en una actitud defensiva.

5.— Como hemos consignado en las líneas anteriores, los filibusteros eran los que atacaban a los centroamericanos en su propio reducto, mientras que éstos se concretaban a defenderse en forma valiente y decidida. Solamente el general Jerez abandonó San Jorge y fue a situarse en la hacienda Cuatro Esquinas, a corta distancia de Rivas.

Sin embargo, debemos consignar también que unos pocos días antes, una columna integrada por nicaragüenses y costarricenses, salió de San Jorge para cumplir con una misión especial.

Habían llegado al campamento aliado noticias de que el 4 de marzo habían salido de Rivas tropas de Walker hacia San Juan del Sur, y creyéndose que estas fuerzas iban a proteger la entrada de auxilios procedentes de California, se dispuso que una columna de quinientos hombres al mando del general Fernando Chamorro saliese hacia San Juan del Sur.

Al llegar Chamorro a la hacienda del Jocote se enteró de que efectivamente había pasado para el puerto el día anterior una fuerza filibustera, y entonces dispuso que el mayor Juan Estrada, costarricense, fuese a situarse en la vía del Tránsito con 150 hombres. Pero resultó que Estrada se encontró en su camino con los filibusteros que regresaban, y entonces los atacó haciéndoles dos muertos y tres prisioneros, dos de ellos heridos. El resto de los filibusteros se regresó al puerto velozmente, y Estrada se volvió a unir al grupo de Chamorro.

Temprano de la tarde, y a corta distancia de la hacienda del Jocote, en lo que se conoce con el nombre de Llano del Coyol, se encontró Chamorro con una fuerza filibustera que al mando del coronel Sanders iba para San Juan del Sur. Según Chamorro eran trescientos hombres, pero según Walker, eran ciento sesenta.

Iniciado el combate, los filibusteros entraron poco después en un gran desorden y comenzaron a huir hacia Rivas, siendo perseguidos por los centroamericanos, quienes

les hicieron 28 muertos y varios heridos. Walker dice que "algunos soldados y oficiales no aparecieron durante muchas horas, pero la mayor parte regresaron a Rivas al siguiente día." (19)

El general Chamorro, en su parte fechado el 6 de marzo, dice lo siguiente: "A la voz del enemigo lanzó nuestra fuerza un grito de alegría y al momento mandé cargar sobre su centro al valiente capitán don Faustino Guardia con la primera compañía de rifles costarricenses, y al de igual grado don Pedro Castillo con la primera del batallón del mismo número del Ejército Septentrional... Todo cedió al empuje de nuestras bayonetas y al furor de nuestros soldados, que después de recorrer dos millas cargando sobre el enemigo, se consumó su derrota en el llano de la Cruz, huyendo en todas direcciones y dejando en el campo veintiocho muertos, cuarenta rifles, cilindros, bestias y monturas... Los jefes, oficiales y tropa que tuve el honor de mandar en esta jornada han cumplido su deber de una manera heroica, habiendo descollado por su intrepidez y denuedo el señor mayor don Juan Estrada y hechos dignos del mayor elogio el capitán don Faustino Guardia y sus subalternos, tenientes don José María Rojas y don Benito Otárola y el subteniente don Manuel García..."

El señor Fernández Guardia, comentando los resultados de esta acción, dice lo siguiente: "Walker, en sus Memorias, no puede disimular el escozor que le produjo esta derrota de sus mejores tropas, los famosos rifles del coronel Sanders, y en su desecho dice que en esta ocasión el enemigo peleó "con más apariencia de valor que de costumbre". (20).

6.— Persuadidos los gobiernos de Centro América de que era imposible triunfar mientras continuase ese desorden militar y no hubiese unidad, acordaron designar un general en jefe, que fue lo que debieron de haber hecho desde el principio. A propuesta del Presidente Carrera de Guatemala, se nombró al general José Joaquín Mora para este importante cargo.

El general Mora se dirigió a San Jorge, donde desembarcó el 18 de marzo, al frente de una columna de costarricenses, siendo inmediatamente reconocido como jefe supremo, y organizó su Estado Mayor en esta forma: general José María Cañas, segundo jefe; general J. Víctor Zavala, mayor general; general Florencio Xatruch, inspector general; general Fernando Chamorro, cuartel maestro; y coronel Alejandro Escalante, gobernador de campo.

7.— Después del último ataque que los filibusteros habían hecho a San Jorge, los centroamericanos decidieron trasladarse a la hacienda Cuatro Esquinas, donde se encontraba fortificado desde unos días antes el general Jerez.

El general José Joaquín Mora, nombrado jefe supremo de las fuerzas aliadas, llegó a San Jorge el 18 de marzo con fuerzas costarricenses que había recogido en el puerto de Tortuga, y el día 22 se trasladó a la hacienda Cuatro Esquinas, dejando en San Jorge un destacamento de cien soldados al mando del coronel Carvajal.

(19) Walker, obra citada, pág. 354.

(20) Fernández Guardia Ricardo, "Cosas y Gentes de Antaño, pág. 411.

El general Mora traía la intención de dar un asalto a la ciudad de Rivas, y desde que llegó se propuso asediarla. Según él, sitiando a Rivas el enemigo podía rendirse por hambre.

El 22 de marzo los aliados hicieron un fuerte ataque a la ciudad de Rivas disparando su artillería desde las ocho de la mañana, pero los tales cañones, según se dijo, causaron más ruido que estrago. Walker por su parte contestó el fuego sin hacer tampoco daño a los centroamericanos.

Ese mismo día el general Chamorro ocupó la hacienda de San Esteban, al Noroeste de Rivas, en el camino del Obraje, donde había una amplia casa que se conocía con el nombre de casa de Sandino.

El general Zavala ocupó la retaguardia del enemigo, o sea, la zona al Oeste de la ciudad de Rivas. Asimismo fueron ocupadas algunas haciendas vecinas de esta ciudad, de donde los filibusteros sacaban víveres.

Para el día siguiente, 23 de marzo, el general Mora planeó otro ataque a la ciudad de Rivas. Para eso dispuso que poco antes de las cuatro de la mañana el teniente coronel Ceferino González, llamase la atención de los filibusteros hacia la hacienda y casa del señor Maleaño, y tratara de apoderarse de la casa si le era posible; pero resultó que ese edificio se encontraba muy fortificado y defendido, y no lo pudo tomar.

Al general Cañas se le encomendó el asalto de la ciudad por la parte Norte, alistándose para él cinco columnas de ciento cincuenta hombres cada una; una de las cuales debía ocupar el Cabildo, otra la iglesia principal, otra la casa del doctor Cole y la cuarta el Mesón de Guerra, quedando una columna de reserva para acudir donde fuere necesario. El ataque debería iniciarse a las cuatro en punto de la mañana.

Cañas pudo entrar con sus tropas hasta la plaza, donde se encontró las trincheras que había construido el enemigo y la artillería filibustera que lo atajó. Cañas hizo esfuerzos inauditos por tratar de desalojar a los filibusteros, pero todo fue en vano; éste estaba bien fortificado y defendido, pero a pesar de eso, Cañas combatió allí por espacio de siete horas, al cabo de las cuales se vio obligado a retirarse en buen orden. Los costarricenses perdieron un pequeño cañón que, al avanzar hasta la plaza, tuvieron que dejar abandonado.

El general Chamorro fue encargado de atacar la ciudad por el Sur, y lo hizo ocupando algunas casas de ese lado, de donde fue desalojado con dificultad por el general Henningsen que le hizo tremendo fuego con sus cañones.

El ataque de ese día a Rivas fracasó totalmente, y según Pérez, tuvimos doscientas bajas.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, el general Chamorro, con costarricenses y nicaragüenses, atacó la hacienda y casa de Santa Ursula (21), bien defendida por los filibusteros, y tuvo que retirarse después de nutrido combate, en el cual hubo cinco costarricenses muertos y ocho heridos, entre estos últimos el capitán Ezequiel Pi.

(21) Con respecto a las haciendas de Santa Ursula y Maleaño, de donde se proveían los filibusteros de alimentos, nos dice Pérez lo siguiente: "Nuestros lectores que no conocen este país, deben saber que estas haciendas están tan contiguas a la ciudad, que las posesiones son casas muy cómodas y lujosas en que viven los dueños, y como en una calle de dicha ciudad."

El día 25 los centroamericanos no realizaron ningún ataque, pero en cambio los filibusteros estuvieron disparando a éstos algunos cañonazos que no les hicieron daño.

El general Mora, al dar cuenta del combate anterior al Ministro de la Guerra, en carta fechada el día 24 le decía: "Los ciegos gobiernos de las otras Repúblicas creen fácil empresa la conclusión de esta guerra y por desgracia, abrirán tarde los ojos para llorar su daño. Rivas está fortificada de un modo formidable, y para tomarla por asalto se necesita a lo menos mil hombres de Guatemala y Costa Rica". (22)

El 26 de marzo el general Xatruch, con 450 hombres, entre los que iban hondureños, guatemaltecos y costarricenses, se apoderó de un barrio de Rivas, situado al Sur de la plaza, y llamado La Puebla, el cual era la única entrada libre que les había quedado a los filibusteros. Por este motivo se empeñaron en desalojar a Xatruch, pero no pudieron porque éste se había fortificado inmediatamente en dicho lugar. Con la ocupación de este punto la ciudad de Rivas quedó enteramente sitiada.

El día 27 el mayor Juan Estrada, con cien hombres, ocupó la hacienda llamada Zamora y su amplia casa, en el barrio de Apataco.

Los filibusteros estaban, pues, cercados ya muy próximamente por los centroamericanos, y se les presentaron grandes dificultades con respecto a los víveres. Dentro de la ciudad tenían muchos enfermos y heridos, pero Walker estaba decidido a mantenerse en Rivas a como hubiera lugar porque esperaba los refuerzos que Lockridge le iba a traer por el río San Juan.

La Falange iba disminuyendo día con día, no sólo por las bajas que ocasionaban los combates, sino por la desertión que se hizo muy intensa.

Al comenzar abril los aliados ocupaban puntos verdaderamente estratégicos; la hacienda Las Cuatro Esquinas, al Nordeste de Rivas, la hacienda San Esteban al Noroeste, el barrio de La Puebla al Sur, y la hacienda Zamora al Sudeste. El día 8, en la noche, el coronel José Bonilla ocupó la hacienda de Mongalo, situada entre Rivas y Las Cuatro Esquinas. Pero a pesar de todo eso los aliados no podían arrojar a Walker de sus posiciones, y todos los ataques que se hicieron a los filibusteros fueron infructuosos.

En los días siguientes nuevas fuerzas llegaron al campamento centroamericano; el general Martínez apareció con trescientos hombres; luego llegaron quinientos nicaragüenses procedentes de Masaya, Managua y León; y, finalmente, quinientos guatemaltecos que venían a reforzar las fuerzas de Zavala.

Los filibusteros se enteraban de la llegada de estas tropas y eso los desalentaba a casi todos, y hacía aumentar la desertión, al extremo de que en sólo tres días desertaron cerca de cien hombres de las filas de Walker, entre ellos el famoso doctor Cole.

Los aliados habían mandado a imprimir hojas sueltas que invitaban a los filibusteros a desertar, y las hacían entrar en Rivas por diferentes medios. Se dice

Las haciendas son de cacao, y contienen tal abundancia de plátanos y árboles frutales, que puede decirse inagotables. De allí dimanaba el empeño de los aliados de quitar estos puntos a los filibusteros". (Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas Completas", páginas 328 y 329).

(22) Archivos Nacionales. Expediente número 9259. Guerra y Marina.

que grupos pequeños se acercaban a las posiciones enemigas, llevando en compañía a desertores filibusteros, y éstos, desde lejos, hablaban a sus compañeros y les daban noticias de la bondad con que los trataban los centroamericanos.

El general Zavala tuvo una magnífica ocurrencia para introducir en la ciudad de Rivas hojas sueltas editadas por los centroamericanos, con la dicha invitación a desertar. Don Jerónimo Pérez nos lo narra así: "El general Zavala en cierta ocasión mandó preparar un muñeco del tamaño de un hombre, hecho de cáscara de plátano, y todo forrado en bombas atadas a una cuerda mecha. En el centro colocaron proclamas y papeles con partes y avisos que convenía viesen los filibusteros. Lo aseguraron muy bien en una bestia mular indómita, y cerca de una avanzada del enemigo prendieron fuego a las bombas, de manera que el animal corrió sobre la trinchera al silencio de la noche. La alarma fue terrible en la plaza, y a la alarma sucedió la curiosidad, que naturalmente hizo ver los papeles impresos." (23)

El general Mora nos da detalles de otra ocurrencia del general Zavala, pero ya esta vez con otro propósito. En carta fechada el 5 de abril le dice al Ministro de Guerra: "En este momento ha tenido la ocurrencia el general Zavala de ir hasta cerca de la plaza de Rivas con la Banda de música de Liberia a tocar una diana en celebración del triunfo del Castillo. Los filibusteros no han hecho un solo tiro, contentándose con tocar llamada en su cajilla, pues a cada momento temen el asalto final..." (24)

Las noticias relativas al triunfo de los costarricenses en el río San Juan desalentaron terriblemente a los filibusteros; así por ejemplo, Walker nos dice que "al saberse que el enemigo era dueño del río y del Lago, el ánimo y la confianza de las tropas acantonadas en Rivas decayeron mucho." (25)

Por fin el general Mora creyó llegado el momento de dar el asalto final a la ciudad de Rivas y escogió para ello la fecha 11 de abril, con el propósito de conmemorar la batalla de ese día del año anterior.

Walker dice que ya ellos estaban seguros de que serían atacados ese día y que habían tomado todas las precauciones. Los generales Martínez, Chamorro y Xatruch y otros jefes militares se oponían al plan de Mora, pero éste insistió. Se dispuso que a las cuatro de la mañana se dispararía un cañonazo, y que a esa señal, los guatemaltecos al mando del coronel Mariano Villalobos atacarían la plaza de Rivas por el Norte, mientras que, al mismo tiempo, los costarricenses al mando del coronel José Bonilla atacarían la población por el Sur.

Desgraciadamente las cosas no resultaron tan exactas como se planearon. Primero aparecieron los guatemaltecos, y después se oyó el cañonazo.

Los costarricenses atacaron con intrepidez, y una compañía tomó la casa del doctor Cole; Bonilla, con el resto, penetró hasta una de las trincheras que los filibusteros tenían en las calles vecinas a la plaza, pero no pudo apoderarse de ella por el nutrido cañoneo del enemigo, y los costarricenses se vieron obligados a retroceder.

Sesenta hombres que se encontraban dentro de la casa de Cole, al mando del capitán Adolfo Escobar, quien salió herido en el combate, fueron hechos prisioneros por el enemigo.

Rechazados en esta forma los costarricenses, los filibusteros se encargaron de rechazar pronto a los guatemaltecos, lo mismo que al general Martínez, quien trató de tomar la casa llamada de Santa Ursula, y no pudo.

Este combate duró cuatro horas, pues terminó a las ocho de la mañana, con grandes pérdidas para las fuerzas centroamericanas.

De una carta del general en jefe, fechada el día 12, y dirigida a su hermano el Presidente Mora, copiamos los siguientes párrafos:

"Por los estados que me han presentado hoy los Generales, veo que en la acción de ayer hemos tenido 179 hombres heridos y 80 muertos. Por esto deducirás que el enemigo encerrado en la plaza no está tan débil como lo suponíamos. A mi juicio no bajan de seiscientos hombres los que tiene Walker dentro de sus trincheras; sin embargo lo he puesto en la imposibilidad de salir fuera de la línea de asedio. Procuraré también con la poca tropa que tengo impedir a todo trance que le entren refuerzos de Panamá y California.

"No tengo esperanza de que vengan refuerzos de Guatemala y El Salvador, y por tanto me resuelvo estrechar más el sitio hasta donde me sea posible para obligar al enemigo a rendirse por hambre. Si yo pudiera reunir mil soldados como los de Costa Rica, estoy seguro de ocupar la plaza en pocos minutos. Ahora sólo cuento con trescientos costarricenses y doscientos cincuenta guatemaltecos, y el resto de leoneses y granadinos que sólo pelean dentro de trincheras. Si yo hubiera sabido esto cuando se me encargó del mando en Jefe de este ejército, no lo hubiera aceptado; pero a pesar de todo me cabe la satisfacción de haber cambiado la situación de la guerra imponiéndole al enemigo, obligándole a estar encerrado en su huertera consumiendo los muy pocos alimentos con que cuenta ya. Sólo temo que el cólera u otro accidente imprevisto venga a dar vida a la agonizante horda de aventureros. Quisiera que los Gobiernos conocieran la importancia de acudir en este momento con sus fuerzas para concluir en dos o tres días esta penosa guerra que tanto nos desacredita en el exterior porque parece extraño que seiscientos bandoleros tengan en alarma a todo Centro América. Si todos cooperan como Costa Rica a su destrucción todo sería concluido muy pronto, pero no es así por desgracia. Siempre han gastado hasta lo que no tienen en la guerra civil y para la guerra nacional todo les falta". (26)

Debemos agregar que la acción del 11 de abril fue el último combate serio entre los filibusteros y los centroamericanos; éstos no volvieron a emprender ningún ataque en forma contra Rivas, y lo que hubo después no pasó de unos cuantos cañoneos sin resultado.

8.— Habiéndose dicho en el campamento centroamericano que iban a llegarle a Walker refuerzos por San Juan del Sur, se acordó que el mayor Juan Estrada fuese a ocupar ese puesto con cuatrocientos hombres, lo que hizo el 15 de abril.

(23) Pérez, Jerónimo, "Obras Históricas-Completas", 1928, pág. 319.

(24) Archivos Nacionales. Expediente número 8942. Guerra y Marina.

(25) Walker, obra citada, pág. 338.

(26) Archivos Nacionales. Expediente número 4792. Guerra y Marina.

En dicho puerto se encontraba la goleta de guerra de los Estados Unidos "St. Mary's", anclada allí desde hacía varias semanas, y su comandante, el capitán Charles H. Davis, estaba muy al tanto de todo lo que sucedía en el teatro de la guerra, y sabía que estando Walker bien sitiado no podría resistir por mucho tiempo.

Davis realizó gestiones para que las mujeres y los niños que se encontraban en Rivas pudiesen salir de aquella plaza, y estando en esto de acuerdo el general Mora como Walker, el teniente Huston, de la fragata, sacó en la mañana del 24 de abril a niños y mujeres y los trasladó al puerto de San Juan del Sur, bajo la protección de la bandera de los Estados Unidos.

A Walker lo favorecía la salida de esa gente, pues así los pocos víveres que tenían podían durar más, pero en cambio sus soldados tuvieron mayor desaliento, y se intensificó la desertión entre las filas.

El 27 de abril los aliados iniciaron un cañoneo a la ciudad de Rivas, el cual se continuó en los dos días posteriores. Para la gente de Walker la situación era terrible, tenía hambre, y su desaliento aumentaba al saber que los aliados recibían refuerzos y municiones. Era muy posible que Walker, reducido al último extremo, habría de rendirse incondicionalmente. Pero resultó que el capitán Davis, deseoso de salvar la vida de Walker y de sus demás compatriotas, visitó el campamento centroamericano y se entrevistó con el general Mora, manifestándole su deseo de interceder por que la guerra cesara, y le pidió permiso para comunicarse con Walker en tal sentido. Mora accedió y Davis le escribió al jefe filibustero, pidiéndole abandonar la empresa y salir del país. Le manifestaba al mismo tiempo que Lockridge había fracasado en el río San Juan y que los refuerzos que Walker esperaba por ese lado nunca llegarían.

Estas noticias desalentaron terriblemente a Walker, quien se convenció de que estaba definitivamente perdido, y entonces se propuso con inteligencia obtener una ventajosa capitulación. Para ello envió al campamento aliado al general Henningsen, acompañado del coronel Waters, a fin de que se entrevistasen con Davis y acordasen las bases de dicha capitulación.

En la noche del 30 de abril llegaron los mensajeros de Walker al campamento centroamericano y allí conferenciaron con el capitán Davis.

Este les dijo que sabía que Walker no podría sostenerse por más tiempo en Rivas porque carecía de víveres y porque su gente estaba desertando; que no podía recibir ninguna ayuda porque se encontraba sitiado, y que en cuanto a las fuerzas al mando de Lockridge, éstas se habían trasladado a los Estados Unidos después del fracaso que habían sufrido en el río. En vista de todo eso proponía a Walker le entregase la plaza de Rivas, y que él se comprometía a transportarlo junto con su Estado Mayor hasta Panamá a bordo de la "St. Mary's", y que en cuanto al resto del ejército sería también transportado a Panamá, después que le entregasen las armas.

Henningsen manifestó que si bien Walker no podía sostenerse en Rivas, sí podía salir de la ciudad, abrirse camino a la fuerza, y embarcarse en San Juan del Sur en la goleta "Granada" que estaba en ese puerto, la cual le pertenecía, y tenía a bordo cañones y gran cantidad de municiones.

Menuda sorpresa se llevó Henningsen cuando Davis le contestó que estaba resuelto no dejar salir del puerto la goleta "Granada", y que más

bien se proponía tomar posesión de ella, pues para eso tenía instrucciones de sus superiores.

La entrevista entre Davis y Henningsen terminó a las dos de la madrugada del 1º de mayo; así partió inmediatamente este último a Rivas, junto con su compañero Waters, y manifestó que a las diez de la mañana volvería trayendo la respuesta de Walker.

En Rivas Walker redactó el borrador de un convenio, y a la hora fijada, Henningsen, estaba de vuelta en el campamento aliado, donde firmó Davis.

En dicho convenio no se mencionaba para nada al ejército centroamericano, ni a su general en jefe; Walker se rendía, no a Centroamérica, sino al capitán Davis. El convenio es el siguiente:

"Rivas, 1º de mayo de 1857.

"El general William Walker, por una parte, y el comandante Ch. H. Davis de la marina de los Estados Unidos, por otra, han celebrado un convenio en que se estipula lo siguiente:

"Primero, el general William Walker y diez y seis oficiales de su estado mayor saldrán de Rivas con sus espadas, pistolas y bagajes personales, garantizándoles el capitán Davis de la marina de los Estados Unidos que no serán molestados por el enemigo y se les permitirá embarcarse a bordo del barco de guerra de los Estados Unidos "St. Mary's", en el puerto de San Juan del Sur, obligándose dicho capitán Davis a transportarlos de modo seguro a Panamá en la "St. Mary's".

"Segundo, los oficiales del ejército del general Walker saldrán de Rivas con sus espadas, bajo la garantía y la protección del capitán Davis, el cual se obliga a hacer que se les transporte de modo seguro a Panamá, al cuidado de un oficial de los Estados Unidos.

"Tercero, los soldados y los individuos de clase, los ciudadanos y empleados de las oficinas, heridos o ilesos, se rendirán con sus armas al capitán Davis o a uno de sus oficiales, quedando bajo la protección y el mando de éste, el cual se obliga a hacer que se les transporte de modo seguro a Panamá, al cuidado de un oficial de los Estados Unidos, en distintos barcos que los desertores y sin que se les ponga en contacto con éstos.

"Cuarto, el capitán Davis se obliga a obtener la garantía y por el presente la da él de que a todos los naturales de Nicaragua o de Centro América que están actualmente en Rivas y se rindan bajo la protección del capitán Davis, se les permitirá residir en Nicaragua y se les garantizarán sus vidas y haciendas.

Quinto, está convenido que a los oficiales que tengan sus esposas y familias en San Juan del Sur, se les permitirá quedarse allí bajo la protección del cónsul de los Estados Unidos, hasta que se les presente la oportunidad de embarcarse para Panamá o San Francisco.

"El general Walker y el capitán Davis se comprometen mutuamente a que este convenio se cumpla de buena fe.

"(f) William Walker.— (f) Charles H. Davis, comandante de la marina de los Estados Unidos.— (f) C. F. Henningsen. — (f) P. Waters — (f) J. Winthrop Taylor".

En sus conversaciones con Davis, muy hábilmente no mencionó Henningsen los almacenes de guerra ni la artillería. De manera que, antes de que el convenio fuera firmado por Walker, el mismo Henningsen dió orden de destruir el arsenal, como también la fábrica de municiones que había construido Swingle. Asimismo fueron destruidos dos obuses, siete cañones y cuatro morteros, y en distintos pozos de la población fueron echados 55 mil tiros, 300 mil fulminantes y casi una tonelada de pólvora.

Walker escogió los siguientes oficiales para que le acompañasen a bordo de la goleta "St. Mary's", Henningsen, Hoof, Brady, Natzmer, Waters, Henry, Swingle, Rogers, Tucker, Kellum, McAllenny, West, Williamson, McEachin, McMichael, Hankins y Bacon.

En las horas de la tarde Walker envió al coronel Waters al campamento aliado para que llevase el convenio ya firmado, y trajese a Rivas al capitán Davis. Serían las cinco de la tarde cuando Waters y Davis se presentaron en la ciudad de Rivas, acompañados del general centroamericano J. Víctor Zavala. Inmediatamente se formó la guarnición en la plaza, y allí se le leyó a la tropa el convenio junto con el siguiente mensaje de Walker:

"El General en jefe, al comunicar el tratado siguiente al ejército, le parece conveniente informarle, que ha convenido en él en razón de las solemnes seguridades que el capitán Davis le ha dado, de que el coronel Lockridge con su ejército entero ha salido del río San Juan para los Estados Unidos.

"El Comandante en jefe, separándose por ahora de los camaradas valientes que han sostenido nuestra causa en tiempos malos y buenos, desea darles a los oficiales y soldados de su mando las más profundas y verdaderas gracias.

"Reducidos a nuestra situación presente por la cobardía de algunos, el ejército aún ha escrito una página en la historia americana, la cual es imposible olvidar ni borrar.

"Del futuro como del presente podemos esperar un juicio justo".

Henningsen habló luego a las tropas y les manifestó que por orden de Walker transfería la autoridad al capitán Davis, y que esperaba que le prestasen a éste, o al oficial que él nombrase, la obediencia que habían prestado a su jefe. Concluidas dichas palabras, presentó a Davis y le dio el mando de la tropa, y luego éste lo transfirió al doctor Taylor, cirujano de su goleta, quien mandó a los soldados depositasen al instante sus armas en el almacén de guerra.

Scroggs, basándose en datos de Henningsen, nos dice: "El número total de los que se rindieron en Rivas fue de 463, clasificados así: oficiales y soldados en servicio activo, 164; heridos, enfermos, cirujanos y asistentes del hospital, 173; funcionarios públicos y ciudadanos armados, 86; tropa del país, 40. Estas cifras hablan con mayor elocuencia que las palabras de lo que fue la obra de la muerte, la enfermedad y la desertión en el sitio de Rivas. Cuando Walker concentró allí su gente para una resistencia final, la totalidad de su fuerza era de 919 hombres; el 1° de febrero recibió 40 reclutas de California y el 7 de marzo 70 más. Había por lo tanto 1.026 hombres encerrados en Rivas; y como ya sólo quedaban 463 al rendirse Walker, el número total de muertos y desertores alcanzó en cuatro meses a 566, o sea el 55 por ciento de toda

su fuerza" (27). Debemos también consignar que se encontraban en Rivas, en el momento de la capitulación 102 prisioneros centroamericanos.

Al mismo tiempo que Henningsen entregaba la guarnición de la ciudad, Walker salía de Rivas acompañado por el general Zavala y por los oficiales que había escogido, con rumbo a San Juan del Sur, donde se embarcó inmediatamente en la goleta "St. Mary's", a donde poco después llegó a hacerle compañía el general Henningsen.

En la mañana siguiente, Walker propuso al capitán Davis le entregase la goleta "Granada", pero Davis se opuso, y el día 4 la entregó al gobierno de Costa Rica, en la persona de un oficial del general Cañas. (28)

El general Henningsen, en informe que publicó en los Estados Unidos, afirmaba que el número total de hombres alistados en las filas de Walker había ascendido a 2.518, y que de éstos, 1.000 fueron matados o murieron de enfermedad; 700 desertaron; 250 fueron licenciados; 80 capturados estando de guarnición o en los vapores; los restantes se rindieron en Rivas. Así pues, de la fuerza total, el 34% fue muerto o herido; el 40%, matado o sucumbió a la enfermedad; el 28%, desertó; el 10% fue licenciado; el 4% capturado o no se da cuenta de él. Tan sólo quedó el 18% que se rindió en Rivas. (29)

En cuanto a las pérdidas sufridas por los centroamericanos, Henningsen las calcula en 5.860 sin incluir en ellas las causadas por el cólera y otras enfermedades. "Los cálculos sobre las pérdidas de los Aliados, dice Scroggs, no pasan de ser conjeturas; pero no es aventurado suponer que fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los americanos. No tenían armas de precisión ni sabían manejar con destreza las que poseían, en tanto que sus adversarios eran en gran parte expertos tiradores" (30). Recordando que sólo Costa Rica tuvo un número aproximado de mil quinientos muertos en la Campaña nosotros calculamos que el número total para los centroamericanos bien pudo haber llegado a 4.500 o un poco más. Esto sin tomar en cuenta las consecuencias de la epidemia del cólera que en Costa Rica hizo verdaderos estragos, lo mismo que en las otras secciones de Centro América.

9.— Todo el que lee el acta firmada por Davis y por Walker el 1° de mayo tiene que sorprenderse de que allí no se mencione para nada ni a los ejércitos centroamericanos ni a su general en jefe. Walker se compromete a abandonar la plaza de Rivas, y ese compromiso no es ante el general Mora, sino ante el capitán Davis, individuo completamente extraño en el teatro de la guerra.

A Walker no se le exigió siquiera una promesa de no volver a intentar nuevas expediciones, ni Mora le pidió tampoco al capitán Davis que él le rindiera garantías sobre este punto. Por este motivo se dice que algunos generales estaban opuestos a esa capitulación, pero que Mora se impuso, y hubo que aceptarla con mengua para el

(27) "Revista de los Archivos Nacionales", Año II, números 3 y 4, pág. 149.

(28) Murray, David, de origen jamaicano. En cuanto a la goleta, hay que recordar que tuvo corta vida, pues poco después, yendo para El Realajo, y llevando a bordo fuerzas guatemaltecas, una tormenta la destruyó cerca de la costa, salvándose las tropas.

(29) "Revista de los Archivos Nacionales", tomo II, pág. 152.

(30) Ibid.

decoro centromericano. El mismo Walker, mostrando hasta el final su desprecio por el ejército centroamericano y por sus jefes, dice con orgullo: "Se notará que el convenio fue celebrado exclusivamente entre Walker y Davis y que en él no se menciona a los aliados, sino con la expresión de *el enemigo*". (31)

En carta que el general Gerardo Barrios le escribía al expresidente José María San Martín, fechada el 14 de mayo de 1857, le decía:

Esa capitulación es un documento de oprobio y humillación para Centro América. No capitula el malvado con el general en jefe, lo hace con el capitán de la fragata de guerra americana sin dar garantías, y es a él también a quien le entrega la plaza de Rivas, para que la devuelva a nombre de los Estados Unidos y por *autoridad propia*; palabras que completan la humillación, porque no sé qué autoridad pudiera tener en el caso presente, el comandante de la fragata. Jamás un bandido pudo despreciar más en su agonía a los Gobiernos que le hacían la guerra y a los valientes que lo tenían reducido a la última extremidad. *Al entregar la plaza, tenía más orgullo los vencidos que los vencedores*". (32)

Se ha llegado a decir que el general Mora aceptó esa capitulación porque se había anunciado para esos días la llegada de un ejército salvadoreño de más de 1.500 hombres, al mando del general Gerardo Barrios, y Mora recelaba que este militar, muy ambicioso, quisiera adjudicarse la gloria del triunfo. Don Jerónimo Pérez en su "Biografía del general don Tomás Martínez" hace estos fuertes cargos al general Mora, y más fuertes aún son los conceptos emitidos por la "Gaceta de Nicaragua" de 5 de diciembre de 1857; historiadores como don José Dolores Gámez, y otros más, han repetido las mismas inculpaciones en las páginas de sus libros. ¿Hasta dónde pueden ser ciertos tales cargos? No lo sabemos. Nosotros, por lo tanto, ni atacamos ni defendemos al general Mora, y sólo queremos recordar sus palabras al comunicar esos sucesos a los gobiernos de Centro América, en nota fechada el mismo día 1º de mayo de 1857:

"Después de cuarenta días de asedio puesto a Walker y a los suyos, cuando a consecuencia de la mucha desertión había quedado este malvado caudillo con una pequeña fuerza, y cuando más sufría las penalidades del hambre, y de la miseria, el muy honorable capitán don Carlos Enrique Davis, comandante de la corbeta de guerra norteamericana "Santa María", se presentó a mi campo lleno de los más humanos sentimientos ofreciendo interponer sus oficios a fin de que Walker entregase por capitulación la plaza de esta ciudad con los elementos de guerra que existen en su poder, y demandando de mí, garantías para aquel desgraciado, y para todos los que han tenido la desgracia de acompañarle. Fui deferente y acepté con agrado tal mediación, y desde entonces los trabajos del honorable señor capitán Davis fueron incesantes hasta obtener la rendición del enemigo.

"He dado, pues, término a la guerra que los gobiernos de Centro América me hicieron la honra de encomendarme, y tengo la satisfacción de manifestar a usted,

señor Ministro, que en este fausto suceso, han tenido una parte muy activa la ilustración, el noble carácter y el empeño decidido del honorable señor capitán Davis.

"Centro América que hace algún tiempo que se ve agitada y con arma en mano por la injusta e inaudita usurpación que Walker intentaba hacer de su independencia y libertades públicas, deberá apreciar, tanto como merecen, los trabajos del honorable señor capitán Davis, y escribir en las páginas de su Historia el nombre ilustre de este ciudadano noble de la Unión americana, por haber hecho cesar el ruido de las armas y por el humano sentimiento de que no se derrame más sangre en nuevos y más encarnizados combates..." (33)

De lo anterior se deduce que el general Mora deseaba como el que más la terminación de la guerra, y que por ese motivo se valió de la intervención del capitán Davis, dando por bueno todo lo que éste hizo. Pero muy pronto tuvo el general Mora que oír acerbos críticas por su actuación. Así, por ejemplo, el gobierno de El Salvador, por medio de su ministro de Relaciones Exteriores, don Juan J. Bonilla, con fecha 23 de mayo, le contestaba la comunicación que hemos copiado anteriormente, y le decía:

"... El señor Presidente me ha prevenido contestar a usted de enterado y que al verificarlo le manifieste que desde el 9 del que cursa en que se recibió en este Ministerio su despacho de 1º del mismo, dando parte de haber terminado la guerra por la rendición de la plaza de Rivas, ha esperado de día en día los pormenores de la capitulación que usted ofreció mandar oportunamente, y que por no haber llenado aquel deber antes de regresar a esa República se ha visto en la imposibilidad de juzgar sobre la autenticidad o falsedad de un Convenio publicado en el número 11 del "Telégrafo Septentrional"; convenio celebrado por Walker y el capitán de la corbeta de guerra "Santa María" y en virtud del cual aparece que el primero entregó la plaza de Rivas al segundo y que éste, de autoridad propia y en nombre del Gobierno de los Estados Unidos la puso con los elementos de guerra que contenía, a disposición del General en jefe de los Ejércitos Aliados.

"La circunstancia de haberse celebrado dicho convenio sin la intervención de usted; concediendo los honores de la guerra a unos bandidos que ningún derecho tenían a ellos, han hecho dudar al Señor Presidente de la autenticidad de aquel documento resistiéndose a creer que usted en concepto de General en Jefe del Ejército, pasase por un acto tan humillante como oprobioso para usted mismo y para los Gobiernos que le honraron con su confianza al conferirle el mando de sus fuerzas y encomendar a su prudencia la defensa, la libertad y el honor nacional.

"Mediante lo expuesto y en consideración a que el Gobierno debe informar al Cuerpo Legislativo en su próxima reunión de todo lo ocurrido en el transcurso de la guerra y su terminación, me ha ordenado dirigirme a usted como tengo el honor de verificarlo con el único fin de pedirle un tanto autorizado de la capitulación en virtud de la cual se rindió la plaza de Rivas, esperando que usted se servirá mandarlo por el próximo correo y que a él acompañará una exposición de los motivos que lo decidieron a obrar en el particular". (34)

(33) Montúfar, Lorenzo, "Reseña Histórica de Centro América", tomo VII, pág. 966.
(34) Archivos Nacionales. Expediente número 4783. Guerra y Marina.

(31) Walker, obra citada, pág. 387.

(32) Gámez, José Dolores, "Historia de Nicaragua", pág. 686.

En otros países fuera de Centro América se manifestó también desagrado por la forma cómo se concertó la capitulación de Rivas. Así, por ejemplo, el *Times* de Londres lamentó que el capitán Davis hubiese intervenido y evitado "un fin ignominioso de la carrera de los filibusteros, a menos que su propia desesperación hubiera anticipado el último suceso". "Que los Estados Unidos —añadía— hagan la guerra y conquisten si pueden encontrar una causa y están preparados para asumir la responsabilidad; pero es un oprobio para una nación celosa de su buen nombre, constituirse en protectora —aun cuando sea en protectora oculta— de bandidos como los filibusteros y su jefe". (35)

CAPITULO XII

1. Llegan a Centro América rumores de una próxima invasión filibustera y se toman medidas para impedirlo. 2. Los costarricenses tratan de apoderarse del Fuerte de San Carlos y se produce serio incidente con el gobierno nicaragüense. 3. William Walker hace su aparición en San Juan del Norte. 4. Los filibusteros toman el Castillo Viejo y varios vapores del río. 5. El comodoro Paulding llega a San Juan del Norte y arresta a Walker y a su gente. 6. La guerra contra los filibusteros fue la lucha de Centro América por su independencia.

1.— Poco después de la capitulación de Walker estuvo a punto de volver a estallar en Nicaragua la guerra civil como consecuencia de la afieja rivalidad entre democráticos y legitimistas. Afortunadamente, los generales Jerez y Martínez, quienes eran las figuras más significativas de ambos partidos, impidieron el conflicto asumiendo juntos el Poder el 24 de junio de 1857, y más tarde convocaron a elecciones en las que obtuvo el triunfo el general Martínez.

El gobierno de Costa Rica había continuado ocupando las fortalezas del río San Juan y también los vapores que habían pertenecido a la Compañía Accesorio del Tránsito. Este hecho desagradaba a muchos nicaragüenses, y esto unido al viejo asunto de límites, produjo serias molestias entre los gobiernos de los dos países.

El Presidente Mora, con el propósito de arreglar esa delicada situación, resolvió enviar a Nicaragua, en calidad de Comisionado, al general José María Cañas, persona por quien sentían en aquel país una gran simpatía.

Cañas inició conversaciones, y como resultado de ellas, Costa Rica entregó a Nicaragua la Fortaleza de San Carlos.

Desde que Walker llegó a los Estados Unidos comenzó a hacer los preparativos a fin de organizar una nueva invasión en Nicaragua. En Washington, en New York, en New Orleans, y en muchas otras ciudades, principalmente de la sección Sur del país, manifestó públicamente que la guerra de Nicaragua no había terminado. Agentes de Walker comenzaron a enganchar hombres para la nueva expedición, y para ello invitaban por medio de cartelones, ofreciendo a cada uno un sueldo mensual y doscientos cincuenta acres de tierra en Nicaragua.

Los gobiernos de Centro América se enteraron pronto de las actividades de Walker en los Estados Unidos y del proyecto de la nueva expedición filibustera.

Con fecha 7 de agosto de 1857 el gobierno de Costa Rica emitió un decreto disponiendo que si alguna partida de gente armada, al mando de Walker o de alguno de sus agentes, invadiese cualquier sitio de Centro América, sus integrantes serían condenados como piratas, y por lo tanto quedarían fuera de la protección de la ley.

(35) "Revista de los Archivos Nacionales", tomo II, pág. 154.

Asimismo se dispuso que aquéllos que hubiesen servido en las filas de Walker no podrían ingresar en la República sin el previo permiso del Gobierno, y los que a la sazón residiesen en el país deberían abandonarlo en el término de treinta días; sin embargo, los que ejerciesen una profesión honesta y guardasen una conducta sana podrían permanecer en el territorio de la República previo permiso escrito que al efecto se les otorgaría.

Este decreto se puso en conocimiento de los gobiernos de Centro América, y de los demás gobiernos de las naciones amigas; el de Nicaragua lo adoptó el 31 de agosto, y el del Salvador, el 26 del mes siguiente.

Con fecha 14 de setiembre, los señores Irisarri y Molina, Representantes Diplomáticos de Centro América en Washington, dirigieron una comunicación al Secretario de Estado, Mr. Lewis Cass, diciéndole que en la región Sur de los Estados Unidos se estaba preparando una expedición bajo las órdenes de Walker con el propósito de invadir a Centro América, y la cual saldría a mediados de ese mes o a principios del siguiente, y que sabían que el armamento se encontraba ya listo en la ciudad de New York. Solicitaban al gobierno norteamericano no permitir la salida de dicha expedición, y que caso de que saliese clandestinamente, se tomasen medidas efectivas, tales como impedir enérgicamente el desembarco de los filibusteros en las costas de Centro América, capturarlos y retomarlos a los Estados Unidos como violadores de sus leyes y perturbadores de la paz y la seguridad de las naciones amigas.

(1)

El Secretario de Estado contestó el 18 de setiembre, enviando copia de las instrucciones que habían sido dadas al Fiscal General de New York, y manifestando que había sido autorizado por el Presidente para tomar las medidas del caso a fin de evitar la infracción de las leyes norteamericanas y castigar a aquellas personas que pudiesen ser culpadas de preparar los medios para expediciones militares en los Estados Unidos contra países amigos (2).

Como consecuencia de las protestas de estos diplomáticos, y también de la publicación de artículos en varios periódicos que combatían los principios esclavistas, el gobierno norteamericano dictó a fines de setiembre una comunicación en que se ordenaba perseguir a las personas que favoreciesen la expedición contra Nicaragua que se estaba preparando. El Ministro de Marina, con fecha 3 de octubre de 1857, notificó a las unidades navales que operaban en el Caribe, que deberían impedir el desembarco de aventureros en las costas de México, Nicaragua o Costa Rica, y al mismo tiempo se dispuso situar barcos de guerra en puntos adecuados. En el puerto de San Juan del Norte se situó la fragata "Saratoga"; y en los puertos de Colón y Panamá, otros buques de guerra para vigilar la costa de Centro América.

2.— En Costa Rica seguían aumentando los rumores acerca de la próxima llegada de Walker a la boca del río San Juan, por lo que el general José Joaquín Mora dispuso

tomar medidas para la defensa de ese río y para ello creyó conveniente volver a tener el dominio del Fuerte de San Carlos.

El general Mora envió instrucciones al coronel Jorge Cauty, comandante de las guarniciones costarricenses en el río, para que solicitara a los nicaragüenses la entrega inmediata de la fortaleza.

Acatando estas órdenes, el coronel Cauty dirigió una carta el 15 de octubre al comandante del Fuerte de San Carlos, coronel Segundo Cuaresma, intimándole la rendición de la fortaleza, y diciéndole que el motivo de esto era el de mejorar la custodia del río San Juan contra la amenazas del filibusterismo. Cuaresma contestó manifestando que como subalterno tenía que dar cuenta de eso al gobierno de Nicaragua, y que le contestaría cuando recibiera las instrucciones respectivas.

Entonces Cauty dispuso dirigirse al puerto de Granada, y cuando el vapor "San Carlos", en que él iba, arribó a dicho puerto, envió una lancha con un oficial que llevaba una carta para el general Fernando Chamorro, gobernador de esa ciudad, en la cual le enteraba que con órdenes de la comandancia general de Costa Rica había dispuesto sitiar el Fuerte de San Carlos.

En informe a su superior notificaba el mismo Cauty que por única contestación a su carta recibió cuatro cañonazos que le dispararon desde el puerto, motivo por el que inmediatamente se alejó de aquel lugar.

El gobierno de Nicaragua, creyendo que con el pretexto de la invasión filibustera, Costa Rica deseaba conservar posiciones en el río consideró la actuación de este gobierno como un serio agravio a la soberanía de aquel país, y en consecuencia emitió el decreto de 19 de octubre de 1857, que dice:

"Art. 1º— Nicaragua acepta la guerra que le hace el gobierno de Costa Rica, y vindicará sus derechos ultrajados con alevosía por la conducta de aquel gobierno.

Art. 2º— La República de Nicaragua conservará ilesos sus derechos en toda la línea del tránsito desde San Juan del Norte por el río y Lago, hasta San Juan del Sur; así como los que tiene en el distrito del Guanacaste, sus tierras, bosques y ríos.

Art. 3º— Se procederá a levantar la fuerza para llevar a efecto lo dispuesto en el presente decreto".

El general Jerez, al frente de 700 hombres, se situó en Rivas, y el general Martínez organizó en Granada otra columna de 500 hombres.

El coronel José Bonilla, comandante de Rivas, pidió a los costarricenses el retiro de las fuerzas que el gobierno de Costa Rica tenía en el puerto de Tortuga. Las tropas fueron retiradas y Bonilla lo ocupó el 2 de noviembre.

Poco más tarde llegó a ese puerto el coronel Cauty, a bordo del vapor "San Carlos", y como no le contestaron las señales convenidas, sospechó que había allí una fuerza de Nicaragua; y entonces desembarcó 12 hombres armados, en dos botes, para ver lo que había en el puerto, protegiendo la maniobra con los cañones del vapor. Cuando el primer bote llegó a tierra, los nicaragüenses, que eran 37, le dispararon, motivo por el cual Cauty abrió fuego con sus cañones. Los capitanes Cardona y Quirós tomaron una buena posición y en 10 minutos los nicaragüenses estaban derrotados. No hubo muertos ni heridos de parte de los costarricenses. Cauty tomó víveres, y luego se

(1) Manning, William R. "Diplomatic Correspondence of the United States", Volume IV. Central America, Washington, 1954, pág. 601.
(2) Id. pág. 100.

retiró hacia las inmediaciones del Fuerte de San Carlos para continuar el sitio de la fortaleza.

3.— Por fin llegó el momento ansiado por los filibusteros. Walker, burlando las leyes de los Estados Unidos, salió en el vapor "Fashion" el 14 de noviembre con doscientos setenta compañeros, todos los cuales se organizaron a bordo en cuatro compañías. Treinta de los hombres que iban habían acompañado anteriormente a Walker en Nicaragua, y seis eran de los "inmortales del Vesta", es decir, de los que le habían acompañado en su primer viaje.

El 24 de noviembre el "Fashion" apareció frente al puerto de San Juan del Norte, se acercó a poca distancia, y luego cambió de rumbo, alejándose, hacia el Sur.

Llegó hasta la boca del río Colorado, y allí echó al agua tres botes que fueron ocupados por la compañía del coronel Anderson, la que comenzó inmediatamente a remontar el río.

El comandante del vapor "Saratoga", quien había observado detenidamente al "Fashion" a su paso por las vecindades de San Juan del Norte, le había avisado al teniente coronel José Baldizón, comandante del destacamento costarricense situado en Punta Castilla, diciéndole que aquel buque había sido fletado por los filibusteros en New Orleans. Acto seguido, Baldizón envió un bote a averiguar lo que pasaba, y sus tripulantes regresaron a media noche con la noticia de que en la boca del Colorado había desembarcado gente, y que ésta remontaba el río en botes. Inmediatamente Baldizón envió un mensaje al comandante del Castillo Viejo, teniente coronel Francisco Alvarado, y avisó también al gobierno de Costa Rica.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, entró en la bahía de San Juan del Norte el "Fashion", dirigiéndose directamente hacia Punta Castilla, donde comenzó a bajar la gente.

El vapor de guerra "Saratoga" se hallaba cabalmente en la bahía para impedir el desembarco de fuerzas filibusteras, pero resulta que su comandante Chatard se engañó, porque cuando el "Fashion" pasó a su lado mostraba solamente quince hombres a bordo. De manera que se llevó una gran sorpresa cuando vio bajar gran número de hombres armados. Cuando estos hombres estaban en tierra ya no tenía jurisdicción sobre ellos.

El capitán Chatard se encontraba en ese momento encargado del Consulado de los Estados Unidos en aquel puerto, por ausencia del funcionario titular, y en tal calidad exigió al capitán del "Fashion" sus papeles, pero éste los presentó en regla, resultando que el vapor había sido despachado en Mobile con pasajeros a Nicaragua.

Entonces el capitán Chatard escribió a su superior el comodoro Hiram Pauling, quien estaba en Colón, con el ruego de que se viniera a San Juan del Norte.

Mientras tanto, Chatard no permitió a los filibusteros ocupar los edificios de la Compañía del Tránsito en Punta Castilla, y trató de hostilizar todo lo más a Walker y a su gente. Por ejemplo, los ejercicios de tiro al blanco con obuses los hacía tan cerca del campamento de Walker que amenazaba causar grave daño a los filibusteros, razón por la que Walker cambió de posición a su campamento, en medio de grandes protestas.

El teniente coronel Baldizón, viendo que apenas tenía seis hombres, decidió abandonar el sitio y dirigirse a Moín, pero antes escribió una enérgica carta al ¹⁰⁴¹consul inglés y al capitán Chatard, encargado del Consulado de los Estados Unidos, protestando de que se hubiera permitido desembarcar a los filibusteros; el 29 de noviembre salió Baldizón del puerto y llegó a Moín el 1° de diciembre en la madrugada.

4.— Anderson y sus compañeros habían remontado las aguas del San Juan con el propósito de apoderarse de los vapores del río.

El 29 de noviembre había llegado al Castillo Viejo el mensaje que Baldizón había enviado para notificar del arribo de Walker y de que un grupo de filibusteros ascendía el río. Inmediatamente el comandante Alvarado dispuso que saliese del Castillo el teniente Francisco Quirós a dar la noticia al coronel Cauty, quien se encontraba en el puerto de Tortuga, en el vapor "San Carlos", a fin de que viniese a auxiliar a la Fortaleza. Asimismo, Alvarado le recomendó al teniente Quirós que, al pasar por el Fuerte de San Carlos, enterase de la noticia al coronel Segundo Cuarema, comandante de la misma.

Quirós salió del Castillo Viejo en la noche del 29 de noviembre, y de no haber tenido ningún contratiempo hubiera podido llegar a Tortuga el 1° de diciembre, y quince horas más tarde, el coronel Cauty podía haber estado en el Castillo con fuerzas costarricenses, y salvarlo de caer en poder de los filibusteros.

Pero resultó que cuando Quirós llegó al Fuerte de San Carlos, el coronel Cuarema le hizo preso, retuvo la comunicación que iba para Cauty, y despachó un bongo para Granada con la noticia, enviando también a Quirós en calidad de prisionero (3). Esta actitud de Cuarema fue fatal, pues debido a ella, y a la cobardía de la guarnición situada en el Castillo Viejo, cayeron en poder de los filibusteros la fortaleza y los vapores que allí se encontraban.

En efecto, Anderson y los suyos llegaron al Castillo Viejo, a la una de la mañana del 4 de diciembre, y a pesar de que en la fortaleza se sabía la presencia de los filibusteros en el río, no se había tomado en ella ninguna precaución. Posiblemente, y esto es lo que creemos nosotros, esperaban la llegada del coronel Cauty para proceder a la defensa del fuerte.

Allí se encontraban los vapores "Ogden", "Morgan" y "Bulwer", los cuales fueron tomados sin ninguna dificultad por los filibusteros, quienes luego se dirigieron por varios senderos hacia el Castillo.

Era, como dijimos, la una de la mañana, y todo se encontraba en profundo silencio. De pronto el centinela dio aviso de haber llegado el enemigo y la guarnición se puso sobre las armas. Esto produjo una gran confusión en los soldados costarricenses, quienes en ese momento no recibieron ninguna orden de sus jefes superiores, y poco después comenzaron a abandonar la fortaleza. Únicamente se dispararon tres tiros de cañón sobre el enemigo sin ningún resultado.

Por esta conducta, el jefe militar fue sometido más tarde a consejo de guerra, y en la sumaria, varios miembros de la guarnición declararon que su comandante les

(3) "Crónica de Costa Rica", 23 de enero de 1857.

había dado la orden de retirarse sin hacer ningún esfuerzo de defensa. Este, por su parte, en carta al Presidente de la República, le decía que de improvviso se había visto rodeado de los filibusteros por todos los flancos y que cuando se dio cuenta de ello, ya los filibusteros habían tomado los vapores. Agregaba que en esos momentos había conferenciado con el segundo comandante, capitán Jesús Alvarado, con el ayudante Ramón Campos, y con los tenientes Vicente Mora y Justo Chaverri, y que por decisión de todos se había resuelto la retirada. Sin embargo, más adelante dice que él no pudo defender el Castillo porque todos sus hombres se le fueron, y que al final, habiendo quedado solamente unos seis hombres en la fortaleza, optaron por retirarse también. El camino que todos tomaron fue el que en febrero anterior había descubierto don Pío Alvarado, y a lo cual hicimos referencia en páginas anteriores. (4)

Sin ninguna dificultad pudieron, pues, los filibusteros posesionarse del Castillo, al que inmediatamente fortificaron a su manera.

Acto seguido, un grupo de ellos se embarcó en el "Morgan", y remontando el río hasta el raudal del Toro, donde se encontraba anclado el vapor "Virgen", se acercó sin que los tripulantes de éste entraran en malicia. Cuando los filibusteros estuvieron al lado del "Virgen", lo abordaron y rápidamente quedaron dueños del vapor. Los prisioneros costarricenses fueron embarcados luego en el "Morgan" y conducidos a Punta Castilla, a donde arribaron el 8 de diciembre.

5.— El 6 de diciembre llegó a la bahía de San Juan del Norte el vapor de guerra norteamericano "Wabash", equipado con cincuenta cañones, a bordo del cual venía el comodoro Paulding; este vapor ancló frente al campamento de Walker.

Al día siguiente llegó otro vapor de guerra norteamericano, el "Fulton", el cual se situó también frente a Punta Castilla.

Ese mismo día hizo su entrada a la bahía el vapor de guerra inglés "Brunswick", de noventa cañones, y el vapor "Leonard", también inglés. Los capitanes de los barcos ingleses y el cónsul de Inglaterra comieron ese día con el comodoro Paulding.

Habían transcurrido ya diez días del desembarco de los filibusteros, y Walker permanecía en Punta Castilla esperando los refuerzos que le habría de traer el general Henningsen y las noticias del coronel Anderson.

"La presencia de tantos buques de guerra causó no poca inquietud a los filibusteros; pero como transcurrieron varias horas sin que ocurriera nada, llegaron a creer que los barcos americanos estaban allí solamente para vigilar a los ingleses y prevenir su intromisión. Durante el día varios botes salieron del "Saratoga" y remontaron el río; pero como fueron juzgados botes aguadores, no llamaron la atención, salvo a los oficiales de experiencia cuando observaron que los botes no regresaban. Poco después de media noche, Walker mandó a Fayssoux, río arriba, en una canoa, para averiguar el objeto de los botes que habían remontado el río. Encontró que estaban allí para impedir el paso. Esta noticia no se ocultó a la tropa,

pero a la mañana siguiente Fayssoux y Hornsby fueron enviados a Paulding a protestar. El Comodoro les dijo que el río había sido bloqueado para impedir que Walker lo remontara y que era su intención hacer prisioneros a todos los hombres y restituirlos a los Estados Unidos. Los dos oficiales filibusteros fueron detenidos en el barco insignia; y Paulding empezó a prepararse para un desembarco en Punta Castilla. Trescientos soldados y marineros fueron embarcados en el "Fulton", el más pequeño de los barcos, al cual Paulding trasladó su bandera, y atracó al muelle de la Compañía del Tránsito. En este punto desembarcaron las fuerzas y emprendieron la marcha hacia la retaguardia de las posiciones de Walker. Al mismo tiempo el "Saratoga" se movía enseñando sus costados erizados de cañones a los filibusteros, y pequeños botes con morteros en las proas se alinearon a la orilla de la costa, frente por frente del campo filibustero. La demostración de superioridad de fuerzas fue bien presentada, y Walker, que ya conocía los acontecimientos de la noche anterior, no mostró sorpresa. Antes que los preparativos de Paulding estuviesen concluidos, Walker había despedido su guardia y disuelto la milicia, diciendo a los más impetuosos de sus seguidores que instaban por pelear que una resistencia hubiera sido la mayor de las locuras.

"Paulding envió al capitán Eagle a Walker con una orden escrita de rendimiento. Ambos, al encontrarse, se dieron las manos y Eagle entregó la orden. Walker la leyó sin que se alterase un músculo de su faz, y dijo: "Me rindo a los Estados Unidos". Eagle pidióle entonces que arriara su bandera, y Walker ordenó a uno de sus oficiales hacerlo así. Después de un rato de conversación, Eagle dijo: "General, siento mucho ver a un soldado de sus capacidades ocupado en tal empresa; nada me daría mayor placer como verlo a la cabeza de tropas regulares". Eagle ordenó entonces el reembarco de las fuerzas y regresó al "Fulton".

"Luego de esto, varios mensajes orales fueron y vinieron entre Paulding y Walker, y uno de tantos, tergiversado por el mensajero, ofendió al Comodoro. Habíase empeñado éste en mostrar a Walker alguna consideración y le envió a decir que los soldados y oficiales serían alojados aparte. Walker replicó que no pedía ninguna gracia, y Paulding, estimando esta respuesta como un rasgo de insolencia, mandó su inmediato embarco en el "Fulton". Lo que siguió será mejor transcribirlo de una carta de Paulding a su esposa: "Después de esto (la orden de embarcarlo) vino a verme, y este diablo corazón de león, que había tantas veces destruido la vida de otros hombres, vino a mí, humillóse y lloró como un niño. Ya debes suponer que con esto me puse tierno como una mujer, y desde entonces lo dejé en mi camarote como mi huésped. Conversábamos y reíamos como si nada hubiese acontecido, y tu pensarías, al verlo con el Capitán y conmigo, que era uno de los nuestros. Es un hombre hábil y requiere otro no menos hábil para lidiar con él. He debido emplear medidas muy enérgicas para obligarlo a retirarse de un territorio neutral. Esto puede llevarme a la Presidencia o costarme mi destino". (5)

"Fue algo muy dramático el encuentro de estos dos hombres por la primera vez, y los oficiales y la tripulación con dificultad pudieron ocultar su impresión cuando el

(4) De San José había salido una fuerza a las órdenes del capitán Alejandro Escalante con el propósito de reforzar al Castillo Viejo, pero cuando ésta llegó al Muelle, se encontró con la guarnición del Castillo que venía para la capital después de haber abandonado la fortaleza.

(5) Paulding, Rebeca, "Life of Hiram Paulding, Rear Admiral, U.S.N.", New York, 1910.

filibustero subió a la cubierta del "Fulton". La gigantesca figura del Comodoro vestido de uniforme, contrastaba extrañamente con la ligera figura del general, vestido con oscuro traje civil; y los observadores notaron que los ojos de Walker estaban muy rojos, lo cual indicaba, como el mismo Paulding lo atestigua que su emoción le había hecho derramar lágrimas.

"Como una ironía del destino, en el preciso momento de rendirse Walker a Eagle y de ser arriada su bandera roja estrellada, el vapor del río (el "Morgan") que había encallado doce millas arriba, apareció a la vista con doce filibusteros y treinta costarricenses prisioneros a bordo. Un destacamento de marinos apresó el vapor, dio libertad a los prisioneros, capturó a los filibusteros, y puso el barco bajo el cuidado del agente comercial de los Estados Unidos en San Juan del Norte. C. J. McDonald, el agente de Morgan y Garrison, que acompañaba a Walker, reclamó el vapor en nombre de sus comitentes; pero Paulding rehusó fallar la solicitud.

"Cuando Walker se rindió, unos cuarenta hombres tomaron para el "Chaparral", con intención de ascender el río y juntarse con Anderson. Al día siguiente los marinos batieron la maleza y por la noche ya habían capturado a treinta y dos de los fugitivos. El resto logró conseguir un bote y remontar el río". (6)

Walker, con uno de sus oficiales, fue embarcado en el "Wabash" que salió hacia el puerto de Colón, donde el jefe filibustero tomó un vapor de pasajeros rumbo a los Estados Unidos, dándole al comodoro Paulding su palabra de presentarse al Jefe de Policía a su llegada a New York.

Su tropa fue embarcada en el "Saratoga" que salió inmediatamente para los Estados Unidos.

Poco antes había llegado al puerto de San Juan del Norte, otra unidad de guerra norteamericana, el "Susquehanna", la cual se quedó vigilando la desembocadura del río San Juan, mientras que el "Fulton" fue a situarse frente a la boca del río Colorado. De esta manera, trataban de impedir el desembarco de refuerzos filibusteros que se rumoraba iban a llegar de los Estados Unidos.

El coronel Anderson, por su parte, ocupaba el Castillo Viejo con su gente, salvo un corto número de filibusteros que se hallaba en el raudal del Toro custodiando el vapor "Virgen".

En uno de los periódicos de la época (7) se dice que hasta este lugar llegó el teniente Dionisio Jiménez, a quien el coronel Cauty había enviado en un bote con tres marineros para que hiciera una exploración. Viendo Jiménez en el vapor "Virgen" un sólo centinela, dispuso abordar el vapor con sus tres compañeros, pero al saltar sobre cubierta se encontró de improviso rodeado por los demás filibusteros que estaban escondidos. Al verse prisionero y sin perder los ánimos, se dirigió a los filibusteros diciéndoles que una considerable fuerza costarricense le seguía de cerca. Entonces, según dijo Jiménez más tarde, los filibusteros se habían asustado mucho, y comenzaron a quitarle al "Virgen" las principales piezas, que tiraron al río, se llevaron preso a él y a sus tres compañeros, y se retiraron en lanchas hasta el Castillo donde dieron la

voz de alarma. Allí, los malhechores incendiaron las casas, arrojaron al agua la artillería, muchos rifles y varios objetos que no podían llevarse, y poniendo a bordo del "Ogden" los efectos, víveres y ganado, se marcharon hacia San Juan del Norte, llevándose siempre presos a los cuatro costarricenses. (8)

Es muy posible que las palabras de Jiménez hicieran mucho efecto en el ánimo de los filibusteros, pero lo cierto es que cuando él llegó, ya Anderson se había enterado de la captura de Walker y demás gente en San Juan del Norte y había comprendido que no podía permanecer en El Castillo, porque pronto sería atacado y liquidado por los centroamericanos. Por lo tanto, había dispuesto abandonar esos lugares rápidamente y pedir amparo a las fuerzas norteamericanas que se hallaban en San Juan del Norte. Escribió al capitán Sands, del buque de guerra "Susquehanna", y éste le contestó que lo recibiría a él y a su gente siempre que le rindiesen las armas. Anderson, entonces destruyó las defensas del Castillo, y embarcándose en el "Ogden" se dirigió hacia el puerto de San Juan del Norte; pero antes de llegar se encontró con el vapor "Morgan", en el cual venía el capitán Sands y unos cien soldados en busca suya; los filibusteros entregaron las armas, y el capitán Sands se regresó custodiándolos, y entregó luego en el puerto al Cónsul de los Estados Unidos los vapores "Ogden" y "Morgan", por cuanto decía desconocer quiénes eran los legítimos dueños de dichos vapores.

6.— Con la retirada de Anderson y de su gente terminaba definitivamente la intenciona de Walker para apoderarse de la Vía del Tránsito, y antes de tres años, el "caudillo de los ojos zarcos" habría de pagar con su vida, en las costas de Honduras, el crimen de haber atentado contra la libertad de Centro América.

Walker había venido en 1855 con el pretexto de arreglar los pleitos internos de los nicaragüenses, pero muy pronto se pudo ver que no era eso en realidad lo que lo había traído a estas tierras. Sus propósitos eran muy diferentes, sus designios eran mucho más amplios; él pretendía desarrollar un plan de conquista del territorio centroamericano con la efectiva colaboración de sus poderosos amigos del Sur de los Estados Unidos, que luchaban en esos momentos por consolidar el esclavismo, y pretendían dominar estos pueblos y anexar sus tierras a las suyas. Todo eso se pretendía en nombre del "destino manifiesto", y Walker, imbuido en estos principios, se dejó venir a Centro América a revelar a sus pueblos ese "destino" a través de las balas de sus rifles.

Y es entonces cuando aparece delineada con rasgos sublimes la figura de Mora, el caudillo, el visionario, el hombre que vio con claridad el enorme peligro que se cernía sobre Centro América.

Y Mora dio la voz de alerta a su pueblo y dispuso declarar inmediatamente la guerra a los usurpadores, y llamando a las armas a sus compatriotas, se colocó a su cabeza para iniciar la santa cruzada por la libertad. Los costarricenses no estaban preparados para la guerra, pero el verbo vibrante y el ejemplo de su presidente los fortaleció y los hizo transformarse en heroicos soldados.

(6) Relato de William O. Scroggs publicado en "Obras Históricas" de Jerónimo Pérez, pág. 431 y 437.

(7) "Crónica de Costa Rica", 2 de enero de 1858.

(8) El periódico en que aparecen estos datos hace grandes elogios de Jiménez diciendo que gracias a su inteligencia y serenidad, él solo había derrotado a los filibusteros, y que el coronel Cauty que organizaba una expedición sobre el Castillo habría de encontrar el río limpio de enemigos.

Y, luego, los ejércitos de los demás países de Centro América se dieron cita en el campamento nicaragüense. Ahora sí se había iniciado la verdadera guerra por la independencia centroamericana. La lucha fue dura, pero al final, el pendón filibustero fue arriado, aquella insolente bandera que mostraba un letrero que decía: "Las cinco Repúblicas o ninguna". (9)

Y ante ese desafiante y oprobioso lema, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica habían respondido al unísono: "Ninguna".

Así se cerró el capítulo más trascendental de la Historia de Centro América, que tendría, como a manera de epílogo, la guerra de secesión de los Estados Unidos de Norteamérica.

(9) "Five or None".

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ, MIGUEL ANGEL, *Los filibusteros en Nicaragua*, Granada, Nicaragua, 1944.
- ARGUELLO MORA, MANUEL, *Páginas de Historia*, Imprenta de El Fígaro, San José, Costa Rica, 1898.
- ASSOLLANT, ALFRED, *Walker en Nicaragua*, versión castellana publicada en Revista de los Archivos Nacionales, Tomo I, págs. 63 a 86, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1936.
- AYON, TOMAS, *Historia de Nicaragua*, tomo II, Granada, Nicaragua.
- BARILLIER, PEDRO, *Arte Militar (Una urgencia y un recuerdo)*, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1869.
- BELLY, FELIX, *A travers l'Amerique Centrale*, 2 tomos, París, 1867.
- BEMIS, SAMUEL FLAGG, *Guide to the Diplomatic History of the United States, 1775-1921*, New York, 1951.
- BLANCO, MAXIMO, *Diario que llevó el Sargento Mayor don Máximo Blanco en la expedición al río de San Juan por la vía de San Carlos. Años de 1856 y 1857*. Publicado en la Revista de los Archivos Nacionales, tomo III, págs. 407 a 432, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1939.
- BRENES, RAFAEL, *Diario del Presbítero Rafael Brenes*, publicado en "Elementos de Historia de Costa Rica", de don Francisco Montero Barrantes, tomo II, págs. 43 a 69, Tipografía Nacional, San José, Costa Rica, 1894.
- CALVO, FRANCISCO, *Los muertos en la Campaña Nacional de 1856-1857*, Imprenta Lehmann, San José, Costa Rica, 1932.
- CASTILLERO, ERNESTO J. (en colaboración con Enrique J. Arce), *Historia de Panamá*, 4a. edición, Buenos Aires, Rep. Argentina, 1949.
- CASTELLON, H.A., *Geografía de Nicaragua*, 2a. edición, París, Francia, 1930.
- COMISION DE INVESTIGACION HISTORICA DE LA CAMPAÑA NACIONAL, 1856-1857, *Crónicas y Comentarios*, San José, Costa Rica, 1956.
- CHACON TREJOS, GONZALO, *Tradiciones Costarricenses*, Editorial Trejos Hnos., San José, Costa Rica, 1936.
- FERNANDEZ GUARDIA, RICARDO, *Cosas y Gentes de Antaño*, 2a. edición, editorial Trejos Hnos., San José, Costa Rica, 1939.
- FRANTZIUS, ALEJANDRO von, *La ribera derecha del río San Juan (1862)*, traducido y anotado por Pablo Biolley, Tipografía Nacional, San José, Costa Rica, 1895.
- GAMEZ, JOSE DOLORES, *Historia de Nicaragua*, primera edición, tipografía de El País, Managua, Nicaragua, 1889.
- GAMEZ, JOSE DOLORES, *Historia de la Costa de los Mosquitos*, Managua, Nicaragua, 1939.
- GARCIA, JACINTO, *Apuntamientos relativos a la Campaña contra los filibusteros*, publicados en el opúsculo "Dos Documentos Históricos, editados por el Liceo de

Costa Rica, San José, Costa Rica, 1924.

GONZALEZ VIQUEZ, CLETO, *El empréstito peruano a Costa Rica*, publicado en la "Revista de Costa Rica", año VI, páginas 177 a 184, Imprenta Trejos Hnos., San José, Costa Rica.

GONZALEZ VIQUEZ, CLETO, *El Sufragio en Costa Rica ante la Historia y la Legislación*, publicado en la Revista "Jurisprudencia", varios números, San José, Costa Rica, 1934-35.

GUARDIA GUTIERREZ, VICTOR, *La Batalla de Rivas*, publicado como Anexo en el libro de James Jeffrey Roche, "Historia de los Filibusteros", traducción de don Manuel Carazo Peralta, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1908, págs. 199 a 211.

HERRERA ZELEDON, EZEQUIEL, *Diario del teniente Ezequiel Herrera*, publicado en Revista de los Archivos Nacionales, Año XX, págs. 122 a 128, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1956.

JAMESON, JAMES C., *With Walker in Nicaragua*, Columbia, Missouri, 1905.

JAMESON, JAMES C., *La segunda batalla de Rivas*, traducción de un capítulo del libro citado anteriormente por Noemi Morales M., con notas de Carlos Meléndez, publicado en el "Boletín del Museo Nacional", año II, No. 1, 1955.

JIMENEZ, MANUEL DE JESUS (en colaboración con FAUSTINO VIQUEZ), *Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes*, Tipografía Nacional, San José, Costa Rica, 1914.

LEVY, PABLO, *Nicaragua*, París, 1873.

MANNING, WILLIAM R., *Diplomatic Correspondence, of the United States. Inter American Affairs, volumen IV (Central America 1851-1860)*, Washington 1934.

MARURE, ALEJANDRO, *Efemérides de los hechos notables acaecidos en la República de Centro América desde 1821 hasta 1842*, Imprenta de la Paz, Guatemala, 1844.

MASIS ROJAS, TERESA, *Breve introducción para el estudio de la Guerra contra los Filibusteros (1856-57)*, Imprenta Lehmann, San José, Costa Rica, 1956.

MELENDEZ, CARLOS, *Santa Rosa*, publicado en el "Boletín del Museo Nacional", Año I, número 11, 1955.

MELENDEZ, CARLOS, *Luis Pacheco Bertora* (apuntes sobre su vida y notas sobre su acto heroico del 11 de abril de 1856), San José, Costa Rica, 1956.

MOLINA, FELIPE, *Bosquejo de la República de Costa Rica*, New York, 1851.

MONTERO BARRANTES, FRANCISCO, *Elementos de Historia de Costa Rica*. Tomo II, Tipografía Nacional, San José, Costa Rica, 1894.

MONTES DE OCA GAMERO, FAUSTINO, *Apuntes sobre el ataque al Castillo y algunos hechos de la Guerra Nacional contra los Filibusteros*, San José, inédito.

MONTUFAR, LORENZO, *Reseña Histórica de Centro América*, tomo VII, Tipografía de La Unión, Guatemala, 1887.

OBREGON LIZANO, MIGUEL, *Geografía de Costa Rica*, Imprenta Lines A. Reyes, San José, Costa Rica, 1932.

OBREGON LORIA, RAFAEL, *Conflictos Militares y Políticos de Costa Rica*, Imprenta La Nación, San José, Costa Rica, 1951.

PÉREZ, JERÓNIMO, *Obras Históricas Completas*, publicadas bajo la dirección y con notas de Pedro Joaquín Chamorro, Managua, Nicaragua, 1928.

PICADO MICHALSKI, TEODORO, *Antecedentes de la Guerra Nacional [apuntes para nuestra Historia Diplomática]*, San José, Costa Rica, 1922.

RICHARDSON, JAMES D., *Messages and Papers of the Presidents*, Washington, 1911.

ROLLINS, CLINTON, *William Walker*, traducido por Guillermo Figueroa, Editorial Nuevos Horizontes, Managua, Nicaragua, 1945.

ROCHE, JAMES JEFFREY, *Historia de los Filibusteros*, versión castellana de don Manuel Carazo Peralta, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1908.

RODRIGUEZ PORRAS, ARMANDO, *Juan Rafael Mora y la guerra contra los filibusteros*, Imprenta Las Américas, San José, Costa Rica, 1955.

SAENZ LLORENTE, ANDRES, *Mis Recuerdos de la Batalla de Rivas*, publicado como anexo en el libro de James Jeffrey Roche, "Historia de los Filibusteros", traducción de don Manuel Carazo Peralta, Imprenta Nacional, San José Costa Rica, 1908, págs. 213 a 215.

SANABRIA M., VICTOR, *Anselmo Llorente y la Fuente*, Imprenta Universal, San José, Costa Rica, 1933.

SCROGGS, WILLIAM O., *La Venganza de Vanderbilt*, traducción de un capítulo de la obra titulada "Filibusters and Financiers", publicada en la Revista de los Archivos Nacionales, tomo 2, páginas 88 a 109, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1937.

SCROGGS, WILLIAM, *En la última trinchera*, traducción de un capítulo de la obra titulada "Filibusters and Financiers", publicada en la Revista de los Archivos Nacionales, tomo 2, páginas 139 a 154, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1938.

SCROGGS, WILLIAM, *Relación sobre la captura de Walker por el comodoro Hiram Paulding*, versión castellana publicada en "Obras Históricas Completas" de Jerónimo Pérez, págs. 491 a 497.

SQUIER, EPHRAIM GEORGE, *Nicaragua*, a revised edition, Harper & Brothers Publishers, New York, 1860.

STOUT, PETER F., *Nicaragua, Pasado, Presente y Futuro (1859)*, versión castellana de Alberto Canales, Managua, Nicaragua (edición mecanografiada).

TEILHET, DARWIN, *The Lion's Skin*, New York, 1955.

WALKER, WILLIAM, *La Guerra de Nicaragua (1860)*, versión castellana de Ricardo Fernández Guardia, San José, Costa Rica, 1924.

WELLS, WILLIAM, *Walker's Expedition to Nicaragua*, New York, 1856.

VIJIL, FRANCISCO, *El Padre Vijil*, Tipografía El Centroamericano, Granada, Nicaragua, 1930.

OTRAS FUENTES IMPRESAS

Oficial, *Conjuración de Iglesias y Tinoco*, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1856.

La situación de Nicaragua durante la guerra con los filibusteros en 1856 y 1857, Imprenta Nueva, Guatemala, 1857.

NOMINA DE LAS PERSONAS

CITADAS EN EL TEXTO

Joint Comission of the United States and Costa Rica. Case of the Accessory Transit Company. Opinion of the Costa Rican Commissioner LUIS MOLINA, Washington, 1862.

Oficial, *Colección de Leyes y Decretos (1856-1857) del Gobierno de Costa Rica.*

PUBLICACIONES PERIODICAS

Boletín Oficial, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1856-1857.

Boletín del Ejército, Imprenta del Ejército Expedicionario de Costa Rica, 1856.

Crónica de Costa Rica, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1857-1858.

Gaceta Oficial, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1861.

Blackwood's Edinburgh Magazine, No. 385, marzo de 1856, American edition, Vol. XLII, No. 3, New York.

Revista de Costa Rica, Director, J. Francisco Trejos Quirós, varios tomos, Imprenta Trejos Hnos., San José, Costa Rica.

Revista de los Archivos Nacionales, Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, varios tomos.

Museo, Boletín del Museo Nacional de Costa Rica (mimiografiado).

ARCHIVO NACIONAL DE COSTA RICA

Este importante Archivo posee una rica y valiosa colección de documentos relativos a nuestra Guerra Nacional de 1856 y 1857, los que fundamentalmente fueron usados en la investigación que dio origen al presente libro.

ABARCA, Sra. 113
 AGUILAR, Alejandro 104
 AGUILAR, Francisco 179
 AGUILAR de Mora, Inés 137
 AGUILAR, José 95
 AGUILAR, Nicolás 172
 AGUILAR, Vicente 70, 153, 154, 155
 ALFARO, Florentino 68, 78, 97, 98
 ALFARO, José María 70
 ALFARO RUIZ, Juan 68, 75, 95, 96, 98, 99, 109, 116, 117, 131
 ALPIZAR, Blas 179
 ALVARADO, Carlos 107
 ALVARADO, Cruz 119, 179
 ALVARADO, Francisco 32, 169, 172, 173, 183, 189, 226, 227
 ALVARADO, Jesús 168, 172, 173, 177, 195, 198, 228
 ALVARADO, Lorenzo 179
 ALVARADO, Miguel 89
 ALVARADO, Pío 77, 159, 160, 161, 184
 ALVARADO, Rafael 179, 181
 ALVARADO, Salvador 98
 ALVAREZ, Dr. Miguel A. 40, 48
 ALVAREZ, Santos 88
 ANDERSON, Francis P. 105, 185, 190, 226, 227, 228, 229, 230, 231
 APU, Gaspar 163
 ARCE, Enrique J. 38
 ARGUELLO, Estanislao 41, 42
 ARGUELLO ARCE, Manuel 42, 43, 63, 64, 75, 113
 ARGUELLO, Narciso 163
 ARIAS, Julián 80, 81
 ARIAS, Manuel 98
 ARLEY, Joaquín 98
 ARLEY, Toribio 179
 AROSEMENA QUEZADA, Mariano 199
 ASPINWALL, William 199
 ASSOLLANT, Alfred 38
 ASTURIAS, Domingo 153, 207, 208
 AYCINENA, Pedro 60
 AYON, Tomás 27, 29
 BACA, Francisco 204
 BACON, 217
 BALDIZON, José 40, 226, 227
 BALDWIN, John M. 72, 98
 BARILLIER, Pedro 57, 106, 108, 110, 111, 122, 125, 136, 168, 169, 170, 173, 176, 185, 186, 192
 BARRIENTOS, Braulio 42
 BARRIOS, Gerardo 205, 220
 BARROETA, Rafael 155
 BARRUEL, Antonino 36, 39
 BASCO, Manuel 80, 120, 133
 BASTOS, Francisco 119, 168
 BELLOSO, Ramón 152, 153, 163, 204, 205, 206
 BERMUDEZ, José 91, 207
 BERMUDEZ, Bernabé 163
 BLANCO, Luz 70, 126, 132, 141, 179, 181, 182
 BLANCO, Máximo 32, 94, 95, 117, 161, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 176, 177, 178, 179, 181, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 191, 192, 193
 BLANCO, Ramón 178
 BOLANDI, Gabriel 179
 BOLANDI, Rafael 109, 169, 170, 176, 192
 BONICHE, Laureano 163
 BONILLA, José 213, 214, 225
 BONILLA, José María 108, 111, 112
 BONILLA, Juan J. 221
 BONILLA, Tranquilino 70
 BORGE, José 128
 BOSQUE, Manuel G. 42, 163, 164, 204, 205
 BRADY, John 218
 BRENES, Rafael 168, 169, 171, 172, 173, 185, 186, 192
 BRENES, Ramón 168, 190
 BRENES, Tomás 179
 BREWSTER A. S. 100, 105, 106, 115, 116

- BUCHANAN, James 207
 BUITRAGO, Juan 42
 BULOW, Alejandro 65, 74, 75, 110, 133, 134, 160
 BULWER, 31
 CABEZAS, Manuel 98
 CABEZAS, Rigoberto 31
 CABEZAS, Tomás 163
 CALVO, Francisco 118, 119, 120, 126, 179, 197
 CALVO, Joaquín 179
 CALVO, Joaquín Bernardo 56, 57, 60, 68, 70, 72, 73, 155
 CAMACHO, Rafael 169, 176
 CAMBRONERO, Pedro 94, 95, 120, 179
 CAMPOS, Ramón 168, 172, 181, 185, 191, 228
 CANET, Juan 75
 CANTON, Clemente 163, 209
 CAÑAS, José María 43, 44, 49, 51, 52, 75, 93, 96, 106, 110, 114, 121, 125, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 159, 162, 163, 164, 165, 203, 204, 206, 207, 208, 210, 211, 212, 219, 223
 CAÑAS, Manuel 93, 125
 CARAZO, Evaristo 135
 CARAZO, Manuel José 70, 73, 74, 75, 94, 98, 119, 122, 134, 135, 139, 144, 148
 CARBONERO, Francisco 88
 CARBONERO, Juan 179
 CARDENAL, Pedro 204
 CARDONA, Alejandro 94, 95, 225
 CARTOUCHE 38
 CARVAJAL 211
 CARVAJAL, Pablo 40
 CARRANZA, Bruno 120, 141, 153, 155
 CARRERA, Rafael 61, 135, 151, 210, 224
 CASS, Lewis 224
 CASTELLON, Francisco 41, 47
 CASTILLERO, Ernesto J. 38, 199
 CASTILLO, Nicasio 204
 CASTILLO, Pedro 211
 CASTILLO, Rafael 190
 CASTRO, Agustín 88
 CASTRO, José 179
 CASTRO, José María 60, 75, 141, 142
 CASTRO, Jesús 191
 CASTRO, Juan María 179
 CASTRO, Justo 88
 CASTRO ARAYA, Manuel 126
 CASTRO, Manuel 70
 CASTRO, Rafael 190, 191
 CASTRO ARAYA, Ramón 179
 CAUTY, George 155, 167, 169, 173, 176, 177, 178, 181, 183, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 225, 227, 230
 CEBALLOS, Manuel 163
 COLE, Lorenzo 100, 113, 114, 115, 116, 117, 121, 212, 214, 215
 CORDOBA, Bruno 120, 133
 CORRAL, Juan Francisco 97
 CORRAL, Ponciano 41, 42, 45, 50
 CORRALES, Juan Francisco 97, 107
 COTTRELL, B. S. 174, 175
 COTTRETTE, B. Squire 200
 CRABB 17
 CREIGHTON, 79, 85, 86
 CRITTENDEN, A. P. 47
 CUADRA, Víctor 163
 CUARESMA, Segundo 225, 227
 CUCHERES, Manuel 72
 CUSHING, Cortlandt 40, 46
 CHACON, Vicente 179
 CHACON TREJOS, Gonzalo 137
 CHAMORRO, Dionisio 44
 CHAMORRO, Fernando 203, 207, 210, 211, 212, 214, 225
 CHAMORRO, Fruto 37, 39, 40, 41, 46
 CHAMORRO, Pedro Joaquín 44, 46, 47
 CHATARD 226, 227
 CHAVERRI, Justo 228
 DAVIS, Charles Henry 203, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222
 DENGGO, Benito 75
 DENGGO, Pedro 107
 DUNLOP, Hugh 200
 DUQUE DE ESTRADA 28
 EAGLE 228, 229
 ECHANDI, Francisco 168, 172, 177
 ECHANDI, Julián 179
 ECHANDI, Tiburcio 191
 ERICSSON 182
 ERSKINE, John E. 175, 199, 200
 ESCOBAR, Adolfo 215
 ESCOBAR, Eleuterio 163
 ESCOBEDO, Fernando Francisco de 25
 ESPINAR, Manuel 163
 ESQUIVEL, José 126
 ESQUIVEL, Macedonio 43, 81, 99, 103
 ESCALANTE, Alejandro 211, 228
 ESCALANTE, Clodomiro 43, 65, 80, 85, 103, 179
 ESCALANTE, Daniel 74, 95, 116, 179, 198
 ESCALANTE, Gregorio 143, 156
 ESCALANTE, Rafael 74, 75, 96, 97, 105, 106, 142, 143, 144, 145, 153, 155, 167, 189
 ESTRADA, José Dolores 46, 153
 ESTRADA, Juan 80, 81, 99, 103, 179, 180, 183, 210, 211, 213, 215
 ESTRADA, Nazario 121
 FABENS, Joseph W. 50
 FAYSSOUX, Callender Irvine 165, 166, 228, 229
 FELIPE II, 73
 FERNANDEZ, Evaristo 97
 FERNANDEZ, Federico 94, 142
 FERNANDEZ de Montealegre, Jerónima 137
 FERNANDEZ, Joaquín 80, 11, 142, 155, 167, 169, 170, 172, 173, 174, 176
 FERNANDEZ, León 81
 FERNANDEZ, Pío 126, 186, 192
 FERNANDEZ, Próspero 142
 FERNANDEZ GUARDIA, Ricardo 16, 45, 63, 89, 90, 152, 163, 165, 207, 211
 FERRER, Fermín 151
 FIGUEROA, Dr. Eusebio 31
 FLORES, Joaquín 70
 FRANTZIUS, Alejandro 76, 99, 120, 159, 161
 FRENCH, Parker H. 45, 47, 55, 56, 57
 FRY, Birkett D. 45, 100, 113
 GALVEZ, Pedro 207
 GALLAR, Antonio 163
 GAMEZ, José Dolores 25, 26, 31, 204, 205, 220
 GARCIA, Jacinto 94, 95, 108, 127, 179
 GARCIA, José María 70
 GARCIA, Juan 88
 GARCIA, Manuel 179, 211
 GARCIA, Pedro 126
 GARITA, Ramón 179
 GARRISON, C.K. 47, 230
 GAVARRETE, Francisco 60, 61, 146
 GAY, J. 114
 GLENTON, Jonas 57
 GOICOURIA, Domingo 129, 162
 GOMEZ, Juan 142
 GOMEZ, Ramón 81
 GONZALEZ, Ceferino 212
 GONZALEZ, Francisco 77
 GONZALEZ, Juan 70
 GONZALEZ, Manuel 142
 GONZALEZ, Ramón 70
 GONZALEZ, Francisco 98, 170
 GONZALEZ DAVILA, Gil 27
 GONZALEZ VÍQUEZ, Cleto 142, 143, 156
 GRANADOS, Miguel 111
 GREY 31
 GUARDIA, Faustino 163, 211
 GUARDIA, Rudesindo 43, 51, 52, 64
 GUARDIA, Tomás 126, 163, 164, 208

GUARDIA, Víctor 96, 108, 109, 111, 112, 133
 GUARDIOLA, Santos 44
 GUERRA, Adolfo 163
 GUERRERO, Jesús 142
 GUEVARA, Mariano 168
 GUILLEN, Mercedes 179
 GODOY, Víctor 166
 GUTIERREZ, Agustín 80, 81, 85, 87
 GUTIERREZ, Atanasio 179
 GUTIERREZ DE MORA, Dolores 137
 GUTIERREZ, Francisco 45, 46
 GUTIERREZ, José María 74, 80, 88, 114
 GUTIERREZ, Manuel 126
 GUTIERREZ, Manuel 72

 HAMMOND, E. 57
 HANKINS 218
 HARRIS 182
 HENNINGSEN, Charles F. 153, 164, 208, 209, 210, 212, 216, 217, 218, 219
 HENRY, J. 217
 HERDOCIA, José Hilario 50, 73
 HERNANDEZ, Agustín 209
 HERRA, Tomás 187, 188, 190, 191
 HERRERA, Ezequiel 179, 197
 HERRERA, José Ana 179
 HERRERA, Rafaela 26, 41
 HINE, Marquis L. 120
 HIPP, William 32
 HOFFMANN, Carlos 89, 96, 119, 120, 139
 HOGAN, Santiago 120
 HOOF, 218
 HORNSBY, C. C. 164, 229
 HURTADO, José María 96
 HUSTON, 216

 IBARRA, Felipe 163
 IGLESIAS, Francisco María 111, 114, 141, 142

IRIARTE, Juan Bautista 132
 IRISARRI, José Antonio 52, 53, 224

 JAMISON, James Carson 105, 107, 108, 113, 115, 116, 117, 118, 120
 JEREZ, Máximo 151, 152, 153, 164, 203, 204, 206, 207, 209, 210, 211, 223, 225
 JIMENEZ, Dionisio 168, 172, 177, 185, 187, 188, 190, 230, 231
 JIMENEZ, Félix 96
 JIMENEZ, Jerónimo 107
 JIMENEZ, Manuel 70

 KELLUM 217
 KEWEN, E. J. C. 113
 KINNEY, William L. 31
 KOCH, 127
 KRUGER, Raul 178

 LACAYO, Gabriel 40
 LAFOND, Gabriel 51, 52, 57
 LARA, Antonio 179
 LARA, Roque 163
 LASSO, Valentín 163
 LEGEAY 79, 85
 LE LACHEUR, William 73, 74
 LEON, Ezequiel 179
 LEVY, Pablo 33
 LIZANO, Sabas 142
 LOCK, Granville G. 31
 LOCKRIDGE, S. A. 171, 185, 187, 189, 193, 197, 198, 199, 213, 216, 218
 LOPEZ, 136
 LORIA, Ramón 76, 155
 LOYOLA, Pablo 25
 LLORENTE, Anselmo 51, 52, 73, 118, 120, 126, 138, 139, 142, 155

 MACHADO, José 91, 99, 100, 103, 104
 MAHEIGT, Federico 164
 MALEAÑO, José Manuel 119, 212
 MALESPIN 181

MARCOLETA, José, 51, 52, 53, 54
 MARCY, W. L. 53, 54, 55, 150
 MARIE, Adolfo 57, 110, 127, 128, 133
 MARIN, Agapito 88
 MARIN, José 179
 MARIN, Mateo 86, 104, 108
 MARIN, Ramón 88
 MARR, Wilhelm 38
 MARTINEZ, Francisco 74, 76, 77
 MARTINEZ, Guadalupe 86
 MARTINEZ, Tomás 46, 136, 143, 147, 153, 204, 105, 206, 213, 214, 215, 220, 223, 225
 MARURE 28, 29
 MATTEY, Domingo 144
 MAYORGA, Mateo 37, 46, 50
 MAYORGA, Mercedes 209
 MAYORGA, Zenón 109, 131
 McALLENY 217
 McDONALD 121
 McDONALD, C. J. 230
 McEACHIN 218
 McMICHAEL 218
 McMURRAY, George 95
 MEDINA, CRISANTO 74
 MELENDEZ, Carlos 63, 79, 89, 109, 113, 115
 MENA, Felipe 170
 MENDEZ, Domitilo 179
 MENDEZ, Juan Pablo 70
 MENDOZA, José Augusto 89, 93
 MESNIER, Juan 187
 MEZA, Fermín 119
 MILLET, Napoleón 126, 142
 MILLET, Santiago 106
 MOCTEZUMA 27
 MOLINA, Felipe 38
 MOLINA, Luis 50, 51, 53, 54, 55, 56, 57, 65, 72, 147, 150, 162, 224
 MONGALO, Emmanuel 43, 114
 MONTEALEGRE, Mariano 70, 126, 153
 MONTENEGRO, Francisco 41
 MONTERO BARRANTES, Francisco 185

MONTES DE OCA, Faustino 179, 180, 181, 183, 188, 189, 193, 194, 195, 196, 197
 MONTES DE OCA, Próspero 179
 MONTUFAR, Lorenzo, 44, 48, 51, 55, 56, 73, 75, 88, 93, 94, 135, 136, 139, 140, 152, 153, 154, 155, 162, 174, 175, 207, 208, 221
 MORA, Carlos 88
 MORA, Coronado 179
 MORA, José María 88
 MORA, José Joaquín 60, 73, 74, 75, 80, 85, 87, 89, 108, 110, 115, 130, 137, 140, 141, 143, 162, 167, 168, 176, 177, 179, 180, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 189, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 203, 206, 208, 211, 212, 213, 214, 216, 219, 220, 221, 224, 225
 MORA, Juan Rafael 43, 49, 50, 51, 52, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 68, 69, 70, 73, 74, 75, 76, 80, 89, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 104, 106, 108, 109, 110, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 149, 153, 154, 155, 156, 159, 162, 163, 166, 167, 168, 175, 191, 192, 203, 207, 215, 231
 MORA FERNANDEZ, Manuel 70, 153
 MORA, Martín 197
 MORA, Miguel 155
 MORA, Raimundo 118, 120, 126
 MORA, Salvador 75, 94, 95, 117
 MORA, Santos 58, 168, 173, 177
 MORA, Sotero 88
 MORA, Toribio 179
 MORA, Vicente 228
 MORERA, Manuel 98
 MORGAN, Carlos 47, 174, 182, 199, 200, 230

MORALES, Mercedes 191
 MOYA, Carlos F. 119, 168, 169, 178, 191
 MOYA, Rafael 155
 MUÑOZ, José Trinidad 30, 32
 MURILLO, Andrés 41
 MURILLO, Domingo 81
 MURRAY, David 219

NATZMER, Bruno 100, 105, 106, 164, 218
 NAVARRO, Anastasio 142
 NAVARRO, Vicente 142
 NELSON, Horacio 26
 NEGRETE, Pedro Rómulo 152
 NICARAGUA, Pío 163
 NICARAO 27
 NICAISE, Auguste 17

OBERON, Antonio 163
 OBREGON L. Miguel 21, 33
 OCAÑA 96, 112
 O'NEAL, J. C. 79, 87, 100, 105, 106
 OREAMUNO, Fernando 95
 OREAMUNO, Francisco María 70, 74, 76, 122, 135, 136, 137, 140, 145
 OREAMUNO, José María 95, 179
 OROZCO, Rafael 68, 97, 98, 99, 144, 145
 ORTIZ, Joaquín 179, 195
 ORTIZ, Paulino 68, 70
 OTAROLA, Benito 168, 211
 OTAROLA, Ramón 179

PACHECO, Luis 109, 115, 179
 PACHECO, Marcelino 112
 PAREDES, Mariano 151, 152, 153
 PAREDES de D., Victoriano 199
 PAULDING, Hiram 223, 226, 228, 229, 230
 PEÑA, Francisco 179
 PERALTA, Bernardino 95
 PERALTA, Luciano 75
 PEREZ, Alejandro 128

PEREZ, Braulio 88
 PEREZ, Jacinto 77
 PEREZ, Jerónimo 41, 42, 47, 49, 73, 121, 136, 153, 155, 204, 209, 211, 214, 220
 PI, Ezequiel 179, 180, 211
 PIERCE, Franklin 54, 55, 56, 149, 150
 PINEDA, Luis 110
 PINTO, Manuel 142
 POLSON 26
 PORRAS, Pedro 77, 78, 190, 191
 PORTUGUEZ, Ramón 107
 PRADO, Agustín 88
 PRADO, Carmen 88
 PRANGE 79

QUESADA, Desiderio 98
 QUESADA Montes de Oca de Obregón, Sara María 193
 QUIROS, Florencio 107
 QUIROS, Francisco 168, 170, 176, 177, 185, 225, 227
 QUIROS, Jacinto 95
 QUIROS, José Antonio 227
 QUIROS, José Manuel 60, 75, 112, 114
 QUIROS, José María 127
 QUIROS, Juan 43, 44
 QUIROS, Manuel 86, 88
 QUIROS, Ramón 106
 QUIROS, Romualdo 179
 QUITMAN, 17

RAMIREZ, Estanislao 168
 RAMIREZ, Félix 42, 43, 164
 RAMIREZ, Rafael 153
 RAKESTRAW 98
 RANDOLPH, Edmundo 47, 48
 RINALDINI, 38
 RIVAS, Patricio 55, 56, 64, 78, 92, 146, 149, 151, 152, 204
 RIVAS, Román 163
 RODRIGUEZ, Basilio 179
 RODRIGUEZ, Eusebio 70, 135, 179
 RODRIGUEZ C., Francisco 93

RODRIGUEZ de Rivas, Francisco 28
 RODRIGUEZ, Ramón 77, 159
 RODRIGUEZ, Sotero 75
 ROCHE, James Jeffrey 16, 79, 88, 128, 134, 147
 ROGERS, 217
 ROGERS, W. K. 99, 171, 174
 ROJAS, José María 168, 172, 193, 211
 ROJAS, Julián 131
 ROJAS, Manuel 86, 88
 ROJAS, Manuel María 98
 ROJAS, Rafael 179, 189
 ROLDAN, José María 104, 179
 ROLLINS, Clinton 107, 118, 121
 ROMERO, Juan 190
 ROSALES, Joaquín 115
 RUDLER, Antony Francis 79, 85, 86

SABORIO, Ignacio 70
 SAENZ, Andrés 94, 95, 119
 SAENZ DE GALLEGOS, Ignacia 137
 SAENZ, Matías 133
 SAENZ, Raimundo 88
 SALAS, Antonio 30
 SALAZAR, Ambrosio 168, 191, 192
 SALAZAR, Concepción 179
 SALAZAR, José María 179
 SALAZAR, Juan 125
 SALAZAR, Lorenzo 75, 80, 85, 87, 89, 97, 104, 108, 112, 114, 133, 134, 167, 179
 SALAZAR, Manuel 159
 SALAZAR, Mariano 151
 SALAZAR, Silvestre 179
 SALINAS, Sebastián 204
 SALINAS y CERDA, Juan 25
 SANABRIA, Víctor M. 126, 139
 SANCHE, Félix 70
 SANDERS, Edward J. 45, 100, 104, 106, 108, 164, 208, 211
 SANDS 230
 SAN MARTIN, José María 220
 SANTAMARIA, Juan 115, 116
 SANTOS, José Ma. 99

SANTOS, Juan Antonio 81
 SANTOS, Simón 99, 163
 SCOTT, Joseph N. 48, 72, 173, 174, 176, 185, 199, 200
 SCROGG, William O. 16, 17, 18, 48, 219, 230
 SCHLESSINGER, Louis 63, 64, 65, 78, 79, 82, 86, 87, 88, 89, 91
 SEGURA, Emilio 74, 93, 118, 122, 127, 136, 144
 SELVA, Buenaventura 40
 SELVA, Desiderio 187, 188
 SELVA, Pedro 163
 SEQUEIRA, Pedro 41, 88
 SIBAJA, Salvador 98
 SUECO, Manuel 190
 SUTTER, W. A. 63
 SOLANO, José 168, 172, 179, 190, 191
 SOLERA, Juan María 70
 SOLIS, Joaquín 98
 SOTO, Damián 168
 SOULE 118
 SPENCER, Sylvanus 18, 162, 167, 169, 170, 171, 172, 173, 176, 182, 183
 SQUIER, E. G. 25, 26, 27
 STISPAGEL, Pablo 134
 STEWART, Carlos 181, 182
 SWINGLE 218

TAYLOR, J. Winthrop 217
 TEJADA, Rafael 40
 THOMAS, Carlos 171
 THOMAS, Emilio 171
 THOMPSON, F. 172
 THORPE, D. W. 79, 82, 85
 TINOCO, Saturnino 111, 114, 141, 142
 TITUS, H. T. 187, 196, 197
 TOLEDO, Nazario 50, 61, 92, 128, 146, 153, 155, 156
 TORRES, Jesús 163
 TUCKER, Stephen 218

ULLOA, Juan José 61
 ULLOA, Manuel 163

ULLOA, Pedro 68
 UMAÑA, José 179
 UREÑA, Juan 107
 UVIETA, José 168

VALVERDE, Alfredo 179
 VALVERDE, Gregorio 179
 VALVERDE, Matías 168, 170, 176
 VALVERDE, Pablo 107
 VALVERDE, Vicente 109
 VALLE, José María 44, 121
 VALLEJOS, Luis 163
 VALLE Riestra, Antonio 132, 164, 166
 VALLE y VALDES, Francisco 29
 VANDERBILT, Cornelius 18, 35, 36, 38, 48, 72, 159, 162, 183
 VARGAS, Francisco 134
 VAZQUEZ, Pedro 163
 VEGA, Agapito 194
 VELARDE, José 126, 179
 VIGIL, Agustín 49, 50, 73, 149, 150, 151
 VILLALOBOS, Mariano 213
 VILLARREAL, Pedro 27
 VILLASEÑOR, José María 126
 VILLAVICENCIO 29

WALKER, Norvell 120
 WALKER, William 15, 16, 17, 18, 19, 35, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 57, 58, 61, 63, 64, 65, 66, 71, 72, 73, 78, 79, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 104, 105, 107, 108, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 125, 129, 130, 131, 136, 143, 144, 145, 147, 149, 150, 151, 152, 153, 156, 159, 162, 163, 164, 165, 166, 171, 175, 182, 183, 184, 197, 198, 199, 201, 203, 205, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 223, 224, 226, 227, 228, 229, 230, 231

WALLERSTEIN, Eduardo 51, 52, 57, 72
 WATERS, John P. 99, 100, 103, 105, 216, 217, 218
 WEBSTER, William R. C. 162, 167
 WEINER 39
 WELLS, William V. 88, 116
 WEST, C. H. 218
 WHEAT, C. R. 185, 189
 WHEELER, John H. 50, 54, 55, 56
 WHITE, David 36
 WHITE, Joseph L. 36, 37
 WILLIAMSON, Sumpter 218
 WOLF, Nathaniel H. 36

XATRUCH, Florencio 45, 65, 136, 153, 203, 206, 207, 211, 213, 214

ZAMORA, José María 68, 70, 78, 126
 ZAMORA, Sinforoso 179
 ZARRET, 191
 ZAVALA, José Víctor 151, 152, 203, 204, 205, 206, 207, 211, 212, 213, 214, 218, 219
 ZELAYA, Laureano 42
 ZELEDON, Florentino 76, 134
 ZELEDON, José 88
 ZELEDON, Luis 179, 180
 ZELEDON, Tiburcio 179
 ZUÑIGA, José 88

INDICE

	Pág.
PROLOGO A LA PRIMERA EDICION.....	11
ESTE LIBRO	13
CAPITULO I	15
Llegada de Walker a Nicaragua. Sus ideas y propósitos. Filibusterismo. Importancia que tiene la Campaña realizada por los costarricenses para la toma de la vía del Tránsito. El lago de Nicaragua. El río San Juan. El Fuerte de San Carlos. El Castillo Viejo. Rivas. San Juan del Norte. San Juan del Sur. La Virgen. La Trinidad o Punta Hipp. El río San Carlos. El río Sarapiquí.	
CAPITULO II	35
Antigua idea de canalizar a Nicaragua. Primer Contrato de canalización. Segundo Contrato y formación de la Compañía Accesoria del Tránsito. Detalles acerca de cómo se hacía el Tránsito. La Compañía incumple sus compromisos y el Gobierno de Nicaragua la amenaza. Los democráticos ocupan a Rivas y las fortalezas del río. Los legitimistas recuperan esos puntos. Walker intenta tomar a Rivas; combate del 29 de junio y su derrota. Costa Rica protesta por incursión de fuerzas legitimistas en su territorio. Walker regresa a San Juan del Sur; el combate de La Virgen y la toma de Granada. Incidentes en La Virgen y en San Carlos, y represalias de Walker. Walker interviene en el conflicto con la Compañía y embarga las propiedades de ésta en Nicaragua. Reacción de Vanderbilt y de sus socios.	
CAPITULO III	49
Costa Rica se alarma por los sucesos de Nicaragua. Don Luis Molina; su carta a los representantes diplomáticos en Washington. El coronel Cañas es trasladado a Moravia. El Presidente Mora lanza su primera proclama. Molina se dirige al Departamento de Estado protestando del filibusterismo. El Presidente de los Estados Unidos condena el filibusterismo. El Gobierno de los Estados Unidos no recibe el enviado de Walker. Molina, partidario de la guerra. Gestiones de Wallerstein y Lafond en Europa. Carta de Walker a Mora. "El Nicaragüense" ataca a Mora. Gestiones para ajustar un pacto militar entre los Estados Centroamericanos y misión del doctor Nazario Toledo.	
CAPITULO IV	63
Misión de Schlessinger. Costa Rica teme una invasión filibustera. Mora convoca al Congreso y éste lo autoriza para hacer la guerra. Se eleva el número	

	Pág.
del ejército nacional. Decreto de Mora declarando la guerra. Decretos disponiendo empréstitos nacionales. Segunda proclama del Presidente Mora. Guarniciones de Walker en el Tránsito. Nuestro Gobierno decide impedir el tránsito de los vapores en el río y en el lago. Se reúne el ejército nacional. Salida de nuestro ejército. El Presidente Mora acompaña al ejército. Se envía un destacamento a San Carlos. Se acuerda iniciar operaciones en el Sarapiquí. Nicaragua declara la guerra a Costa Rica. Batalla de Santa Rosa. Importante y completa relación del historiador don Carlos Meléndez. Los fusilamientos de Liberia; opinión del benemérito don Ricardo Fernández Guardia.	
CAPITULO V.....	91
Walker llega a Rivas y luego abandona la ciudad. El ejército costarricense sale de Liberia y entra en territorio nicaragüense. Ocupación de San Juan del Sur. Toma de La Virgen. Los costarricenses se instalan en Rivas. Combate del Sardinal. Batalla del 11 de abril en Rivas.	
CAPITULO VI.....	125
Preocupaciones del Presidente por el efecto que pudieran causar en Costa Rica las noticias de los resultados del combate del 11 de abril. Aparece el cólera en el ejército costarricense. Mora decide el regreso del ejército. Armas costarricenses para apoyar la insurrección de Chontales. Cañas es nombrado comandante en jefe y organiza la retirada. Su carta a Walker. Detalles del regreso del ejército. En la capital el pueblo pide noticias y critica al Gobierno. Se desarrolla el cólera en el interior del país. Se descubren conspiraciones contra el Gobierno de Mora. Detalles que prueban evidentemente el propósito del Presidente Mora de cortar la vía del Tránsito desde el principio de la guerra. Proclama de Mora al ejército nacional.	
CAPITULO VII.....	149
Recepción del P. Vijil como representante del gobierno provisional de don Patricio Rivas. Manifiesto del Presidente Pierce y protesta de Molina. Se hacen elecciones en Nicaragua y Walker es nombrado Presidente de ese país. Llegan a Nicaragua las fuerzas de Guatemala y El Salvador y se estacionan por tres meses en León. El Presidente Mora trata de atraer a sus opositores. Su Mensaje al Congreso. Asamblea organizada por este cuerpo. Dificultades económicas que se le presentan a Mora para iniciar la campaña. Se consigue un empréstito con el Perú.	
CAPITULO VIII.....	159
Expedición de don Pío Alvarado por las llanuras del Norte. Vanderbilt colabora con el Gobierno de Costa Rica. El Presidente Mora declara a la Na-	

ción en estado de guerra. El general Cañas sale hacia Nicaragua y ocupa San Juan del Sur y el camino del Tránsito. Walker ataca a Cañas y éste se retira hacia Rivas. Combate naval del 22 de noviembre de 1856. Decreto del Presidente Mora llamando a las armas.	
CAPITULO IX.....	167
Se acuerda en definitiva llevar a cabo las operaciones en el río San Juan. La División de Vanguardia. Proclama del general José Joaquín Mora. La División de Vanguardia sale rumbo al río San Juan. Combate de La Trinidad. Se capturan cuatro vapores en el puerto de San Juan del Norte. Toma del Castillo Viejo. Caen tres vapores más en poder de los costarricenses. Máximo Blanco y su gente se apodera de la Fortaleza de San Carlos.	
CAPITULO X.....	179
El ejército que habría de operar en el río San Juan. Llegada del ejército al Muelle de San Carlos y su itinerario hasta el Fuerte del mismo nombre. Toma del vapor "San Carlos". Actividades del ejército costarricense en la Fortaleza. Defensa y caída de La Trinidad. Los filibusteros atacan el Castillo Viejo y heroica resistencia de sus defensores. Los filibusteros fracasan en un nuevo intento de tomar el Castillo y abandonan la empresa. El río San Juan queda totalmente en manos de los costarricenses.	
CAPITULO XI.....	203
Los aliados se trasladan a San Jorge. Pleitos entre los generales centroamericanos. El Presidente Mora decide intensificar la lucha contra los filibusteros. Ataques de los filibusteros a San Jorge. Combate del 5 de marzo. Se nombra al general José Joaquín Mora general en jefe. Los centroamericanos atacan y sitian la ciudad de Rivas. Mediante la intervención del capitán Davis, Walker entrega la plaza de Rivas. Críticas que se han hecho al general Mora por la capitulación del 1º de mayo.	
CAPITULO XII.....	223
Llegan a Centro América rumores de una próxima invasión filibustera y se toman medidas para impedirla. Los costarricenses tratan de apoderarse del Fuerte de San Carlos y se produce serio incidente con el gobierno nicaragüense. William Walker hace su aparición en San Juan del Norte. Los filibusteros toman el Castillo Viejo y varios vapores del río. El comodoro Paulding llega a San Juan del Norte y arresta a Walker y a su gente. La guerra contra los filibusteros fue la lucha de Centro América por su independencia.	
BIBLIOGRAFIA.....	233

Nómina de las personas citadas en el texto	237
Índice	247

MAPAS Y PLANOS

MAPA DE LA ZONA DEL TRANSITO	9
MAPA DEL RIO SAN JUAN	23
PLANO DE LA BATALLA DE SANTA ROSA	83
PLANO DE LA BATALLA DE RIVAS	101

La resolución de editar la "BIBLIOTECA PATRIA" fue tomada por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica el 14 de enero de 1975, en sesión Nº. 603. Componían el Consejo en ese momento José Joaquín Ulloa, Presidente; Federico Vargas, Vicepresidente; Fabián Dobles, Secretario; Laureano Albán, Rafael Fernández, Carlos Luis Altamirano y Chester Zelaya, Directores Propietarios; Arturo Montero, Marcos Retana, Ricardo Ulloa, Fernando Durán, Rolando Mendoza, Enrique Obregón y Joaquín Garro, Directores Suplentes. Y Carlos Alberto Arce, Administrador General.

Se terminó de imprimir esta edición en los talleres gráficos de la Imprenta Nacional en abril de 1976. Consta de 3.500 ejemplares en papel bond 20. Composición de textos por Meoño Hnos. Estuvo al cuidado de Cecilia Trejos Calleja. Diseñó la portada Raúl Becerra Santoro.